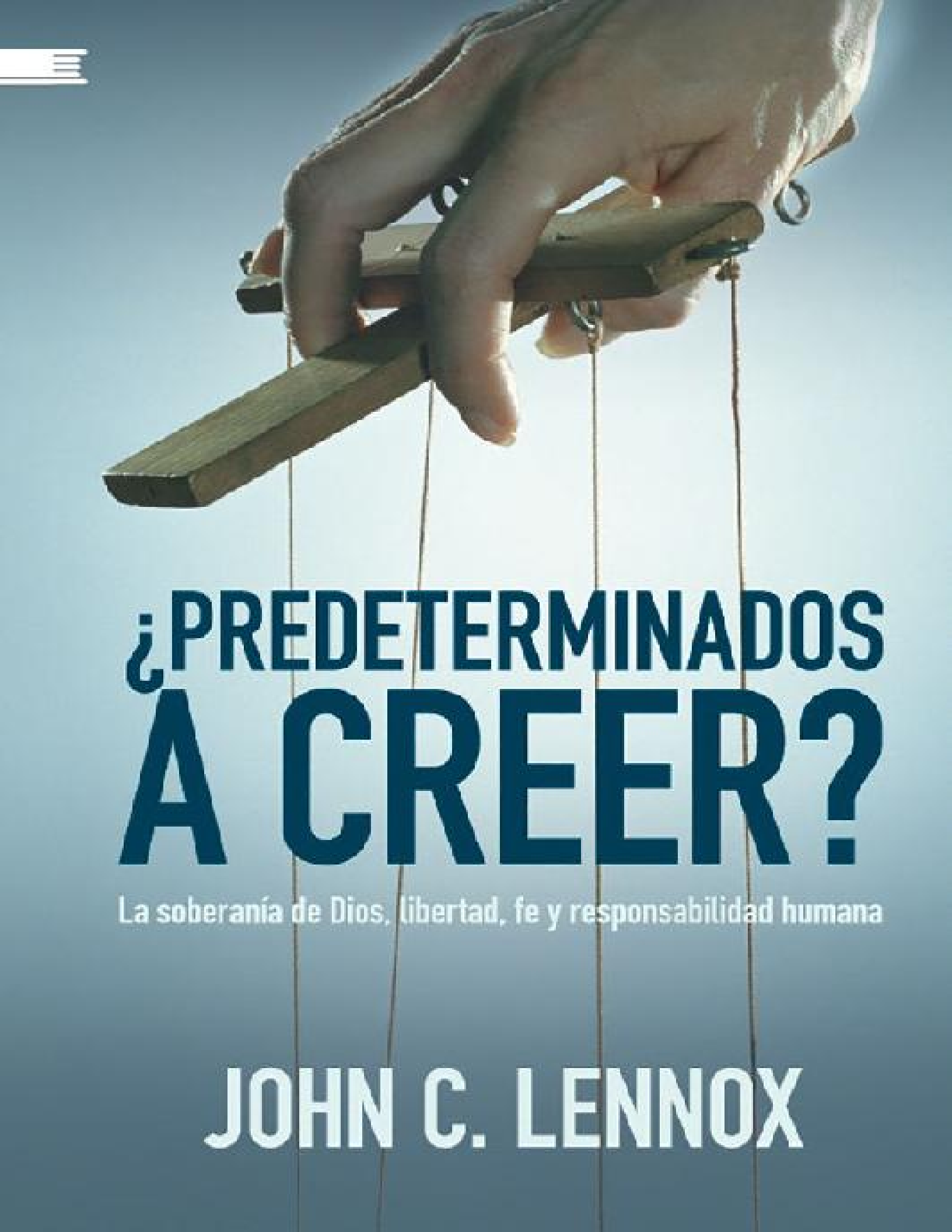


¿PREDETERMINADOS A CREER?

La soberanía de Dios, libertad, fe y responsabilidad humana

JOHN C. LENNOX

¿PREDETERMINADOS A CREER?

andamio

¿PREDETERMINADOS A CREER?

La soberanía de Dios, libertad, fe y responsabilidad humana

JOHN C. LENNOX

"Lennox entra con valentía en un terreno donde muchos no se atreven a pasar. Y un debate integral sobre la libertad es un 'argumento por la causa de los cielos' que ningún cristiano debería evitar, puesto que carga consigo todo el peso de nuestra visión del carácter de Dios, la dignidad humana, la responsabilidad moral y, por lo tanto, de nuestra misión y testimonio público. Elegante, paciente, tenaz, bíblicamente persistente y huyendo de una discusión basada en etiquetas, Lennox es un ejemplo de cómo manejar temas que, aunque nos puedan dividir, son sumamente importantes. Nos toca a nosotros leer, estudiar, pensar, orar y decidir por nosotros mismo. El corazón, el rostro y la voz de nuestra fe están en juego, pendientes de las respuestas que demos".

Os Guinness
Autor de Gente imposible

"El profesor Lennox plantea serias preguntas bíblicas, teológicas y filosóficas sobre el determinismo teológico (la creencia de que Dios ha predestinado y decretado todo lo que ocurre, incluyendo quién será salvo y quién no). Quienquiera que tenga curiosidad sobre este tema debería leer *¿Predeterminados a creer?*".

Roger E. Olson
Profesor Foy Valentine de Teología Cristiana y Ética,
Seminario Teológico George W. Truett, Universidad de Baylor

"John Lennox ofrece con gracia, humildad, sabiduría y valentía una guía legible y bíblicamente informada que aborda cuestiones importantes sobre libertad y fatalismo, salvación y soberanía, fe y predes-tinación, regeneración y reprobación. Este libro servirá de ayuda para quienes sientan perplejidad ante (y se sientan presionados a aceptar) un sistema teológico que les pueda parecer chocante por socavar la responsabilidad moral genuina y poner en duda la seguridad de la salvación".

Paul Copan
Profesor de la Cátedra Familia Pledger de Filosofía y Ética, Universidad Atlántica de Palm Beach, y autor de An Introduction to Biblical Ethics *[Una introducción a la ética bíblica] y* A Little Book for New Philosophers *[Un librito para nuevos filósofos]*

"John Lennox es ampliamente conocido por ser uno de los inte-lectuales cristianos más importantes de nuestro tiempo. También es adecuadamente admirado por su extraordinaria habilidad para abordar los temas más básicos de una discusión y escribir sobre ellos con una sencilla claridad que, aun así, no pierde ni un ápice de profundidad ni se deja nada fuera del tintero. Y, como era de esperar, *¿Predeterminados a creer?* es un modelo de dichas virtudes. Esta obra no es el habitual refrito de los viejos debates entre el calvinismo y el arminianismo, la soberanía de Dios frente al libre albedrío y la responsabilidad moral, etc. De hecho, la verdadera genialidad del libro se encuentra en la insistencia de Lennox de dejar de lado las antiguas etiquetas e intentar acercarse con nuevos ojos a los temas relacionados con la aceptación o no aceptación del determinismo teológico. Como resultado, tenemos ante nosotros un tesoro escondido de exégesis clara y fácilmente comprensible, útiles definiciones de términos clave como 'presciencia' o 'predestinar', y una cobertura del determinismo teológico en todo lo relacionado con la condición humana, la nación de Israel y el endurecimiento del corazón de faraón, y la seguridad con la que un creyente puede reclamar legítimamente su propia salvación. Recomiendo encarecidamente esta útil y estimulante obra".

J. P. Moreland
Profesor distinguido de Filosofía, Talbot School of Theology, Biola University, La Mirada, California, USA

"John Lennox, una de las mentes evangélicas más lúcidas de hoy, obsequia al lector con una postura bien argumentada en el contro-vertido debate que divide a los evangélicos contemporáneos. Bíblico en cuanto a su contenido, filosófico en cuanto al razonamiento, comprehensivo en cuanto a su alcance y conciliador en cuanto al tono, libera al debate de gran parte de la retórica partisana que se suele encontrar en las obras que abordan el mismo tema. Por último, es un libro que evita el enfoque 'texto como pretexto', emplazando la discusión en el contexto de toda la narrativa judeocristiana y elabo-rándola con integridad exegética y rigor intelectual. Leer este libro es como disfrutar de una estimulante conversación con un buen amigo".

Bruce Little
Catedrático de Filosofía, Seminario Teológico Bautista del Sudeste

Índice

Agradecimientos
Prólogo
De qué trata este libro

PARTE 1 - EL PROBLEMA DEFINIDO
01 - La naturaleza y limitaciones de la libertad
02 - Diferentes tipos de determinismo
03 - Reacciones al determinismo: el problema moral
04 - Armas de distracción masiva

PARTE 2 - LA TEOLOGÍA DEL DETERMINISMO
05 - La soberanía de Dios y la responsabilidad humana
06 - El vocabulario bíblico

PARTE 3 - EL EVANGELIO Y EL DETERMINISMO
07 - La capacidad humana y sus límites
08 - La condición humana: diagnóstico y remedio
09 - Atraídos por el Padre y viniendo a Cristo
10 - La irreversibilidad de la regeneración
11 - El evangelio y la responsabilidad moral humana

PARTE 4 - ISRAEL Y EL DETERMINISMO
12 - Israel y los gentiles

13 - ¿Por qué no cree Israel?
14 - El endurecimiento del corazón del faraón
15 - ¿Es Israel responsable?
16 - ¿Israel tiene un futuro?

PARTE 5 - GARANTÍA Y DETERMINISMO
17 - La garantía cristiana
18 - ¿Perseverará la fe en Dios?
19 - Advertencia en Hebreos
20 - Garantía en Hebreos

Epílogo
Cuestiones para reflexionar o debatir
Otros libros del autor

Agradecimientos

Me siento profundamente en deuda con muchos amigos por sus comentarios sobre el contenido de este libro, la mayoría de los cuales han sido tenidos en cuenta. Me gustaría dar las gracias en particular a Chris Clarke, Tim Costello, David Cranston, Paul Ewart, David Glass, Max Baker Hytch, Tom McCall, Pablo Martínez Vila y a mi siempre tan útil asistente de investigación Simon Wenham. Le estoy también agradecido a mi editorial, Lion Hudson, por su apoyo constante y por aportarme (una vez más) un verdaderamente excepcional asesor editorial en la persona de Richard Herkes.

Prólogo

El matemático e historiador de la filosofía del siglo XIX Augustus de Morgan lanzó una vez una advertencia contra el científico que se atrevía a aventurarse en el terreno de la metafísica: "Cuando pretenda echarse un vistazo en lo más profundo de la garganta llevando una vela en la mano", dijo, "que tenga cuidado de no prenderse fuego a la cabeza".

El filósofo Thomas Nagel escribió en *The View from Nowhere* [La vista desde ninguna parte]: "Yo cambio de opinión sobre el tema del libre albedrio cada vez que escribo sobre ello…".

El apóstol Pablo dijo:

> De un solo hombre hizo todas las naciones para que habitaran toda la tierra; y determinó los períodos de su historia y las fronteras de sus territorios. Esto lo hizo Dios para que todos lo busquen y, aunque sea a tientas, lo encuentren.
> Hechos 17:26-27

Uno de los encuentros más conocidos entre el cristianismo y la filosofía tuvo lugar en la antigua Atenas cuando invitaron al apóstol Pablo a hablarles a los filósofos en el Areópago. El historiador Lucas nos cuenta que Pablo estaba debatiendo sobre la fe cristiana con una multitud en el ágora, la plaza pública, cuando se le acercaron representantes de dos de las principales escuelas filosóficas, los estoicos y los epicúreos. Las enseñanzas de Pablo tenían a estos filósofos un poco confundidos y querían saber más, así que le ofrecieron a Pablo la oportunidad de dirigirse a ellos en el contexto oficial del Areópago.

A los filósofos griegos les interesaba la naturaleza de la realidad última y la relación de los seres humanos con lo que sea que fuere esa realidad última. Los estoicos, cuya filosofía era más popular entre la élite intelectual, habían llegado a la conclusión de que existía un principio racional, una razón universal o *logos* que gober-naba el universo por medio de un destino inexorable, y que lo mejor que el ser humano podía hacer era cooperar con ese destino. Los epicúreos, por otro lado, eran materialistas que creían que los dioses (que estaban hechos de átomos como todo lo demás) eran unos seres distantes a los que no les interesaba lo más mínimo el mundo. Lo mejor que el ser humano podía hacer era buscar la

ataraxia, la serenidad. El pensamiento humano era, en su opinión y como todo lo demás, un proceso arbitrario, analizado últimamente como nada más que el viraje aleatorio de los átomos en la vacuidad del espacio vacío.

Es fácil reconocer la silueta de las dos ideas principales que han ocupado la mente humana a lo largo de siglos y que siguen siendo tan fascinantes como al principio: necesidad y azar, lo legislativo y lo arbitrario, lo determinado y lo libre. El Creador Dios, si es que lo hay, soberano; sus criaturas humanas, libres y responsables.

La batalla (y es una batalla) para entender estas cuestiones está librándose en este momento desde dos frentes. El primero es el intento ateo de eliminar el libre albedrío y, con ello e inevitable-mente, cualquier concepto de moralidad absoluta. Esta arremetida atea cuenta entre sus filas con la poderosa autoridad de las ciencias naturales (especialmente la neurociencia). Por otro lado, en el frente cristiano, la difusión de la teología determinista suscita numerosos interrogantes entre los cristianos. Obviamente, y aunque yo tuviera la capacidad de hacerlo, un solo librito sería completamente inadecuado para tratar ambos frentes. Por eso he decidido concentrarme en las preguntas que la teología determinista me provoca a mí y a mis compañeros cristianos.

No obstante, he creído conveniente analizar primero el libre albedrío y el determinismo desde el punto de vista de nuestra experiencia humana y desde una perspectiva filosófica, para fijar así la discusión en un espacio más amplio que la teología cristiana. Soy consciente de que el lector cristiano puede plantear una objeción de principios ante semejante procedimiento, señalando que corremos el peligro de acabar enmarcando a Dios en nuestra propia imagen, basada en nuestras convicciones sobre la naturaleza de la libertad humana. Acepto la advertencia, pero ser consciente del peligro disminuye el riesgo; y espero que mi elección demuestre su utilidad, al menos ampliando la comprensión de lo que estos temas significan para quienes no comparten necesariamente la cosmovisión cristiana.

De qué trata este libro

Este libro ha sido escrito inicialmente para cristianos interesados o preocupados por temas relacionados con la soberanía de Dios y la libertad y responsabilidad humanas. Una de las principales razones que me ha persuadido a escribir esta obra han sido todos aquellos que (quizás demasiado generosamente) han manifestado que mis comentarios sobre estos temas en conferencias y conversaciones les han resultado útiles para abordar las Escrituras por ellos mismos. Es en ese espíritu en el que escribo. No pretendo ni por un instante haber aportado soluciones definitivas a estas difíciles cuestiones. De hecho, me siento inclinado a pensar que nuestra propia finitud nos impone una cierta limitación, lo cual significa que, al final, incluso con nuestros mejores esfuerzos para entender las Escrituras, seguirán existiendo profundos misterios y problemas irresolutos. Por lo tanto, deberíamos tratar estos temas con humildad y reverencia. Lo que me anima en esta sobrecogedora tarea, sin embargo, es que las Escrituras hablan de estos temas y, por lo tanto, es de nuestra incumbencia (es, de hecho, parte de nuestra alabanza) intentar entender lo que Dios nos ha revelado, mientras dependemos totalmente del Espíritu de verdad.

El libro se divide en cinco partes, tal y como sigue:

Parte 1: El problema definido

1. La naturaleza y limitaciones de la libertad

Antes que nada, consideraremos el concepto de libertad, lo que generalmente se entiende por él y en qué medida creemos que la tenemos. Distinguiremos entre la libertad de la espontaneidad y la libertad de la indiferencia. A continuación, exploraremos la conexión entre libertad y moralidad, y entre libre albedrío y amor. Reflexionaremos acerca de la tan a menudo repetida afirmación atea de que la religión destruye la libertad humana, y argumentaremos que, en tanto en cuanto concierne al cristianismo, la verdadera libertad forma parte de su mensaje central.

2. Diferentes tipos de determinismo

Ofreceremos muestras de diversas formas de determinismo y presentaremos

ejemplos de conocidos pensadores ateos que apoyan el determinismo físico: la idea de que todo está predeterminado esencialmente por la física y la química, así que como de otros contrarios a esa corriente. Presentaremos también las opiniones de algunos influentes neurocientíficos.

Trataremos después el determinismo teísta o teológico: la idea de que todo ha sido predeterminado por Dios. Nuestro punto de partida será, obviamente, la enseñanza bíblica sobre los orígenes y en particular la manera en la que se define a los seres humanos como seres morales dotados por Dios (o deberíamos decir, soberanamente dotados por Dios) de una cierta libertad: comer o no de un árbol específico. Citaremos a Alvin Plantinga sobre la diferencia que hay entre que Dios haya creado criaturas libres y que las acciones de dichas criaturas hayan sido causadas por él. Continuaremos con varios ejemplos de determinismo teológico, afirmando que el problema para los cristianos no es si el determinismo enseña la soberanía de Dios (que lo hace como una de sus doctrinas fundamentales), sino lo que de verdad significa la soberanía de Dios tal y como se revela en las Escrituras.

3. Reacciones al determinismo: el problema moral

Continuaremos con nuestro análisis del problema moral que asedia al determinismo, visto por diferentes autores. Seguiremos ofreciendo el contexto histórico de la tensión entre los seguidores de Calvino y los de Arminio, que desembocó en el Sínodo de Dort y el famoso acrónimo TULIP, que resume algunos de los principales problemas que se trataron.

4. Armas de distracción masiva

A partir de este punto, el libro se centra en las enseñanzas bíblicas, y el lector que desee saltarse los preliminares puede empezar a profundizar aquí directamente, aunque, en mi opinión, muchos de los preliminares son importantes como contexto general.

En este capítulo se discute la actitud *bíblica* sobre una cuestión de metodología: el peligro, demasiado común, de tratar profundos temas teológicos colocándole sin más una etiqueta a cada uno de los representantes de las distintas posturas en juego y, una vez etiquetados, comenzar una interminable discusión que pretenda aclarar lo que esas etiquetas significan. La experiencia demuestra que esta actitud tiende a pasar por alto la importante tarea de ponerse manos a la obra para averiguar lo que las Escrituras exponen de verdad sobre estos temas fundamentales. Estudiaremos lo que Pablo tiene que decir en 1 Corintios sobre

esa tendencia a etiquetar, y descubriremos que nos señala sin ambages que no es una buena manera de proceder, ¡aunque las etiquetas contengan los nombres de los mismos profetas!

Esto me llevará a añadir algo más sobre mi motivación para escribir este libro.

Parte 2: La teología del determinismo

5. La soberanía de Dios y la responsabilidad humana

Introduciremos algunas de las enseñanzas bíblicas sobre este tema y comentaremos el espectro de opiniones teológicas al respecto.

6. El vocabulario bíblico

Ofreceremos un breve resumen de los principales conceptos bíblicos empleados en relación con nuestro tema: presciencia, predestinación y elección, demostrando que cubren un rango de significado más amplio del que se asume a veces.

Parte 3: El evangelio y el determinismo

7. La capacidad humana y sus límites

Una de las glorias del evangelio es que su mensaje de salvación es el mensaje de la gracia de Dios. Lo que los humanos ni se merecen ni se pueden ganar, Dios lo ofrece como regalo gratuito a quienes ponen su fe en Cristo como Salvador y Señor, lo cual suscita muchas preguntas: ¿Cuál es el estatus de semejante fe? ¿Se trata de una respuesta a Dios de la cual los seres humanos son capaces, o su pecado los convierte en absolutamente incapaces de responder? Quienes optan por la segunda opinión, presentan tres argumentos que son fundamentales para el debate.

Argumento 1. Si los seres humanos fueran capaces de confiar en Dios, estarían contribuyendo a su salvación y, por lo tanto, ganándosela. La salvación dejaría de ser por gracia y la gloria de Dios se vería, por lo tanto, mermada. Se afirma que la única manera de resolver este problema es mantener que hasta la misma fe es un don de Dios, que él distribuye de acuerdo a su soberana voluntad, completamente independiente de cualquier actitud, deseo o comportamiento de aquellos a quienes él elige para salvarlos. Esta opinión se conoce como “elección incondicional”.

Argumento 2. Los seres humanos son incapaces de creer porque están *muertos*

en… delitos y pecados (Efesios 2:1) como resultado del pecado que Adán introdujo en el mundo. Esta opinión se suele llamar "depravación total" del hombre, aunque esta frase no aparezca en las Escrituras. Igual que las criaturas muertas no pueden responder a ningún estímulo, por su constitución, hombres y mujeres son incapaces de responder a Dios. Para poder ser capaces de responder deben recibir nueva vida (es decir, deben *nacer de nuevo*, Juan 3:3). Solo entonces podrán responder con la fe que Dios les ha dado. Sin ninguna acción por su parte (puesto que están muertos y, por lo tanto, no pueden actuar), Dios regenera a aquellos a quienes él ha elegido por medio de su Espíritu; entonces, y solo entonces, tendrán la capacidad de creer en Cristo.

Argumento 3. Aunque los seres humanos sean incapaces de creer en Dios, debido a la razón dada en el Argumento 2, el que no crean es, sin embargo, culpa de ellos. Por lo tanto, Dios puede condenarlos justamente, lo cual se relaciona con su conexión con Adán, que trajo el pecado al mundo: cuando él pecó, ellos pecaron.

En este capítulo analizaremos estos argumentos a la luz de la enseñanza bíblica sobre la fe y la regeneración.

8. La condición humana: diagnóstico y remedio

Nos centraremos en la doctrina bíblica de la justificación por medio de la fe, que se encuentra en el corazón del evangelio. Esto nos llevará a un análisis de lo que significa estar muerto en delitos y pecados, basándonos en la enseñanza bíblica sobre la entrada del pecado en el mundo.

9. Atraídos por el Padre y viniendo a Cristo

El Evangelio de Juan tiene mucho que decir sobre la iniciativa de Dios en la salvación. Por ejemplo, Jesús dice que *todos los que el Padre me da vendrán a mí… Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió* (Juan 6:37, 44). En este capítulo ofreceremos una exposición detallada de estas declaraciones en su contexto, preguntándonos si pueden leerse o no como evidencia del determinismo teísta.

10. La irreversibilidad de la regeneración

Comenzaremos refiriéndonos al Argumento 2 y a la enseñanza bíblica sobre la regeneración y su relación con la fe en Cristo. Discutiremos los pros y contras de la extendida opinión según la cual, debido a la incapacidad humana, la regeneración debe preceder a la salvación. Continuaremos analizando el

Argumento 3 en lo que respecta a la naturaleza del pecado de Adán y sus consecuencias.

11. El evangelio y la responsabilidad moral humana

En este capítulo examinaremos una gran sección del Evangelio de Juan, capítulos 7-10, que nos ofrecen distintos aspectos de la manera en la que Jesús comunicó su mensaje al mundo. Observaremos que trataba a sus oidores como si fueran moralmente responsables de lo que decidían hacer con lo que escuchaban, y consideraremos su afirmación, *pero vosotros no creéis porque no sois de mi rebaño* (Juan 10:26), y qué sentido determinista tiene (si es que tiene alguno).

Parte 4: Israel y el determinismo

Dedicaremos los siguientes cinco capítulos a estudiar detenida-mente esa gran sección de la carta a los Romanos que son los capítulos 9 a 11, en los que Pablo considera el estatus de la nación de Israel ante Dios. La razón por la que lo haremos es porque la descripción de Dios tratando con el faraón en Romanos 9 se suele considerar el principal pilar que sostiene al determinismo teológico, por lo que nos gustaría estudiarlo en su contexto más amplio en Romanos.

Los capítulos serán los siguientes:

12. Israel y los gentiles
13. ¿Por qué no cree Israel?
14. El endurecimiento del corazón del faraón
15. ¿Es Israel responsable?
16. ¿Israel tiene un futuro?

Parte 5: Garantía y determinismo

Los siguientes cuatro capítulos abordan el tema de la garantía cristiana de la salvación, analizando dos conjuntos de cuestiones: en primer lugar, aquellas planteadas por el determinismo teológico, donde los elegidos están seguros de su salvación, pero resulta problemático saber si uno ha sido de verdad elegido o no; y, en segundo lugar, las planteadas por la doctrina que enseña que es posible que un creyente auténtico pierda su salvación y al final perezca.

17. La garantía cristiana
18. ¿Perseverará la fe en Dios?
19. Advertencia en Hebreos

20. Garantía en Hebreos

PARTE 1

EL PROBLEMA DEFINIDO

01
La naturaleza y limitaciones de la libertad

La gran mayoría de los seres humanos clasifican la libertad como uno de los ideales más elevados. La libertad, sentimos, es un derecho de nacimiento de todos los seres humanos: nadie tiene el derecho de despojarnos de ella en contra de nuestro deseo (excepto, obviamente, en casos de delito probado). Intentar arrebatarle la libertad a alguien se considera hasta un crimen en contra de la dignidad fundamental de lo que significa ser humano.

A pesar de ello, una de las preguntas clave del ser humano es: ¿Hasta qué punto soy libre, si es que lo soy siquiera un poco? Hay gente que piensa que la libertad humana está severamente limitada o que incluso es ilusoria. Los ateos entre ellos se preguntan: ¿Cómo puedo ser libre, si el universo es enteramente responsable de mi existencia? Los que creen en Dios puede que se hagan exactamente la misma pregunta, pero partiendo de un punto de vista radicalmente distinto: ¿Hasta qué punto soy libre, si es que lo soy siquiera un poco, si Dios es enteramente responsable de mi existencia y comportamiento?

Históricamente, el deseo de ser libre ha jugado un papel decisivo en el drama humano. Robert Green Ingersoll escribió: “La libertad es al alma del hombre lo que la luz es a los ojos, lo que el aire es a los pulmones, lo que el amor es al corazón”. En su discurso sobre el estado de la nación de 1941, el presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt enunció las famosas Cuatro Libertades:

Libertad de expresión

Libertad religiosa

Libertad o derecho a tener una vida digna

Libertad o derecho a vivir en paz

Dichas libertades se consideran, casi universalmente, centrales en lo que significa ser humano. En el preámbulo de la Carta de los Derechos Humanos de la ONU, se describen las cuatro libertades como la “mayor

aspiración de las personas comunes". Muchos de quienes las disfrutan hasta cierto nivel suelen darlas por hecho. Para una gran mayoría, estas libertades no son más que un sueño lejano e imposible, irrealizable a la vez que seductor.

Si se nos preguntara qué damos a entender cuando decimos "libertad", muchos de nosotros responderíamos que significa poder elegir lo que hacemos; poder ejercer nuestra voluntad, tomar nuestras propias decisiones y ser capaces de llevarlas a cabo, siempre y cuando no infrinjamos el espacio de los demás ni restrinjamos su libertad.

Sin embargo, somos conscientes de que nuestra libertad, sea esto lo que sea, viene con algunas limitaciones de serie. No tenemos la libertad de correr a cincuenta kilómetros por hora, ni tampoco somos libres para vivir sin comida ni aire, etc. Aun así, tenemos la sensación de ser libres, siempre y cuando exista la disponibilidad y tengamos los recursos para elegir entre guisantes y alubias, la camiseta verde o la azul. Somos libres de apoyar a un determinado equipo de fútbol y no a otro, de decir la verdad o de mentir, de ser amables o maleducados. De hecho, cuando tenemos que decidir entre las incontables opciones de las estanterías del supermercado, a veces desearíamos no tener tanta libertad de elección.

También somos conscientes de que, en ocasiones, limitamos voluntariamente nuestras libertades, a veces incluso por placer. Por ejemplo, si soy miembro de un equipo de fútbol, no puedo jugar como me dé la gana, inventándome las reglas conforme voy jugando. El sentido del juego es que me limite a mí mismo a jugar siguiendo las normas, sujeto al liderazgo del capitán. Eso es lo que hace que el fútbol sea un juego.

Existen otros contextos más importantes en los que nos sometemos a limitaciones por el bien de nuestra propia seguridad y protección: Cada país elige por qué lado de la carretera pueden conducir sus ciudadanos. Es una elección arbitraria, pero, una vez hecha, resultaría estúpido y peligroso ignorarla y conducir por el lado que nosotros queramos. En términos más generales, y en tanto que ciudadanos de un Estado civilizado, nos sometemos voluntariamente a las leyes del país (al menos en teoría), renunciando a parte de nuestra libertad como individuos. Lo hacemos en aras del bien mayor que supone disfrutar de los beneficios de vivir juntos en una sociedad pacífica y civilizada.

Cuando hablamos del derecho de los seres humanos a la libertad, todos nosotros, entendamos la vida como la entendamos, estaríamos de acuerdo en que

ese derecho debería ser considerado inviolable. Desgraciadamente, en muchas partes del mundo se sigue fracasando tristemente a la hora de conseguir algo que se parezca, aunque sea de lejos, a las Cuatro Libertades. Por ello, nos indigna con toda razón que un ser humano sea esclavizado, tratado como si solo fuera parte del engranaje de una máquina, no más que un medio para conseguir el placer o beneficio de otra persona. Cada ser humano, hombre o mujer, niño o niña, de cualquier raza, color o credo, de cualquier parte del mundo, tiene el derecho de ser tratado como un fin en sí mismo, nunca como una mera estadística, o como medio de producción, sino como una persona con un nombre y una identidad única, nacido para ser libre.

Pero, ¿qué es la libertad?, ¿hasta qué punto somos libres?

Dos tipos de libertad

Desde la época de los filósofos John Locke y David Hume se ha diferenciado entre dos tipos de libertad: la libertad de espontaneidad y la libertad de indiferencia.

La "libertad de espontaneidad" es la libertad de seguir nuestros propios motivos, de hacer lo que nos plazca sin que nada ni nadie (el gobierno, por ejemplo) nos pueda forzar a hacer algo que no deseemos hacer, o nos pueda prohibir algo que queramos hacer. Dando por hecho que tengamos la salud, la habilidad, el dinero y las circunstancias necesarias, y que no estemos sujetos a ninguna limitación ni restricción externas, casi todos estaríamos de acuerdo en que tenemos esta libertad de espontaneidad.

La "libertad de indiferencia" (liberalismo libertario)[1] es la libertad de haber hecho algo distinto a lo en la práctica elegimos hacer en cualquier ocasión del pasado. Enfrentados a escoger entre dos cursos de acción en el futuro, la libertad de indiferencia implicaría que la elección está completamente abierta. Puedo optar por cualquiera de los dos cursos de acción indiferentemente; y una vez seleccionado un curso de acción, puedo, mirando atrás, saber que podría haber tomado libremente también el otro curso de acción. Puedo elegir, o podría haber elegido, hacer X o no X.

En este libro, cuando utilice la expresión "libre albedrío" la entenderé en este sentido.

Supongamos, por ejemplo, que Jim ha llegado a un punto en el que tiene que elegir casarse con Rose o con Rachel. Tiene la libertad de espontaneidad: nadie le

va a obligar a casarse con una o con otra. Sin embargo, él también cree que tiene la libertad de indiferencia. Siente que podría casarse igual de fácil con una o con la otra "indiferentemente".

Agustín (el teólogo y filósofo del siglo IV y V), al igual que Hume y otros muchos, negaría que Jim tenga ese tipo de libertad. Sostenían que existen varios complejos procesos subconscientes físicos y psicológicos que restringen y determinan su elección. Jim es libre para casarse con la chica que él elija; sin embargo, la elección que acabará tomando ya está predeterminada por esos procesos que están profundamente arraigados en él. No es libre de elegir y actuar de manera distinta a como lo hace. Como consecuencia, algunos filósofos piensan que la libertad de espontaneidad es compatible con el determinismo (una idea llamada compatibilismo). Obviamente, el liberalismo libertario es el opuesto directo del determinismo. *The Oxford Handbook of Free Will* [El manual de Oxford del libre albedrío] dice así:

> … los debates sobre el libre albedrío en la era moderna desde el siglo XVII se han visto dominados por dos cuestiones, no una: La "Cuestión determinista": "¿Es el determinismo verdad?", y la "Cuestión de la compatibilidad": "¿Es el libre albedrío compatible o incompatible con el determinismo?". Las respuestas a estas preguntas han dado lugar a dos de las principales divisiones en los debates contemporáneos sobre el libre albedrío: los **deterministas** y los **indeterministas**, por una parte, y los **compatibililistas** y los **incompatibilistas**, por otra.[2]

Libertad y moralidad

Queda fuera de toda discusión que el que la comida que nos guste, o el arte, o la música, o cómo elegimos a nuestro esposo o esposa, o cualquiera de nuestras elecciones y decisiones estén fuertemente *influenciados* por elementos de nuestro desarrollo físico o psicológico. Sin embargo, sean cuales sean los traumas psicológicos, deseos o impulsos que nos puedan empujar a transgredir la ley moral o incluso la ley civil (y nos pasa a todos), la mayoría creemos que, en tanto que seres humanos, seguimos siendo libres para controlar nuestros impulsos y respetar tanto la ley moral como la civil. Somos, por lo tanto, moralmente responsables de ello. La sociedad civilizada solo puede funcionar partiendo de esta base. Existe, por ello, una conexión muy cercana entre la libertad (libertaria) y la responsabilidad.

La propia existencia de las leyes civiles y criminales demuestra, de hecho, que los miembros de las sociedades civilizadas tienen la convicción, profundamente asentada, de que son poseedores, no solo de la libertad de espontaneidad, sino también de la libertad de indiferencia. Una parte esencial de lo que significa ser un ser humano maduro (por lo que aquí no cuentan ni los niños ni los que tienen graves enfermedades mentales) es tener la libertad de elegir entre A y no A, de tal manera que somos moralmente responsables y, por lo tanto, debemos rendir cuentas de nuestras acciones. El Tribunal Supremo de Estados Unidos afirma que creer en el determinismo "es inconsistente con los preceptos subyacentes de nuestro sistema de justicia penal" (Estados Unidos contra Grayson, 1978).

Para ser una criatura moral, uno necesita antes que nada tener conciencia moral. Por lo que sabemos, los seres humanos son las únicas criaturas de la tierra que poseen dicha conciencia. Se le puede enseñar a un perro, mediante una dura y rigurosa disciplina, que no debe robar el trozo de carne de la mesa, pero nunca le podrás enseñar por qué está moralmente mal que robe. El perro no tiene el concepto de moralidad y nunca lo tendrá.

En segundo lugar, para comportarse moralmente, uno debe de ser consciente, no solamente de la diferencia entre el bien moral y el mal moral, sino que debe de tener la suficiente autonomía de voluntad para elegir libremente hacer el bien o hacer el mal. A este respecto, existe toda una diferencia de categoría hasta entre el ordenador más avanzado y un ser humano. Un ordenador podría ofrecerte las respuestas a preguntas morales que le hayan programado dar, pero ni va a entender la moralidad ni tener conciencia moral alguna. Por lo tanto, no se le puede considerar moralmente responsable de sus elecciones o comportamiento. Si un ordenador se viera envuelto en el diseño de minas antipersonas que, en última instancia, causaran la mutilación o muerte de miles de niños, no tendría ningún sentido acusarlo de comportamiento moralmente reprensible. No tiene ni libre albedrío ni elección. Hizo aquello para lo que estaba programado. No es un ser moral y, por lo tanto, no es responsable de sus acciones.

Los seres humanos, como contraste, no están programados en ese sentido (a no ser que hayan sido sometidos a un profundo condicionamiento psicológico). Tienen la habilidad de elegir y, por lo tanto, de tomar decisiones morales. Y, lo que es más, suelen enorgullecerse de ello. Nadie preferiría ser un humanoide, un robot computarizado. Cuando un hombre elige, por ejemplo, enfrentarse al peligro para defender sus principios morales en lugar de escaparse cobardemente

y renegar de ellos, le gustaría que se le considerara alguien que ha sido responsable de su elección moral y, en ocasiones, hasta que se le alabara por ello. Normalmente, cuando nos vemos tentados a negar nuestra responsabilidad moral y decir "No lo he podido evitar" es justo cuando hemos hecho algo muy mal.

El neurocientífico de Cambridge Harvey McMahon escribe:

> El libre albedrío también apuntala la ética, en tanto en cuanto que las elecciones se toman a la luz de principios morales. De hecho, el libre albedrío apuntala todas las elecciones. Aún más, el libre albedrío apuntala el rol de lo inintencionado y la culpa en el sistema judicial… La propia idea de la existencia de las reglas o leyes implica que tenemos la elección o habilidad para obedecer. ¿Cómo puede la ley ordenarnos hacer determinadas cosas si no tenemos la habilidad de hacerlas? Por lo tanto, hasta el concepto de obediencia implica que tenemos elección.[3]

Lo cierto es que una persona civilizada considerará reprensible y deshumanizadora la tendencia de los Estados totalitarios a tratar a quienes se posicionen moralmente contra el Estado como "desviados" o "enfermos" en lugar tratarlos como quienes poseen la capacidad moral de elegir.

C. S. Lewis trató el peligro de considerar la maldad como esencialmente patológica en un ensayo brillante titulado "La Teoría humanitaria del castigo":

> La Teoría humanitaria elimina el concepto del Merecimiento del Castigo. Pero el concepto del Merecimiento es el único nexo de unión entre castigo y justicia. Una sentencia solo puede ser justa o injusta en tanto que merecida o inmerecida… Por eso, cuando cesamos de considerar lo que el criminal se merece y consideramos solo lo que lo curará o desalentará a otros, lo hemos apartado tácitamente de la esfera de la justicia por completo; en lugar de una persona, un sujeto de derecho, lo que tenemos ahora no es más que un mero objeto, un paciente, un "caso"…
>
> Ser "curado" en contra del deseo de uno mismo, y ser curado de condiciones que puede que no consideremos enfermedades es que lo pongan a uno al mismo nivel de quienes aún no han alcanzado la edad de razonar, o de quienes nunca la alcanzarán. Es ser clasificado junto con los niños, los imbéciles y los animales domésticos. Sin embargo, ser castigado, sea lo severamente que sea, porque lo merecemos, porque "deberíamos haberlo sabido", es ser tratado como un ser humano creado a la imagen de Dios.

Lewis continúa señalando algunas de las escalofriantes implicaciones de la llamada perspectiva humanitaria. Son todavía más relevantes hoy en día[4] que cuando los escribió, puesto que, como veremos, el determinismo ha hecho grandes avances en las áreas de la psicología y la ciencia cognitiva. La idea de que la religión es una neurosis o un delirio, tal y como la presenta el título del éxito de ventas de Richard Dawkins *El espejismo de Dios*, ha ganado una fuerza considerable.

Lewis continúa:

> Sabemos que una cierta escuela de filosofía ya considera la religión como una neurosis. Cuando esta neurosis en particular se convierta en algo incómodo para el gobierno, ¿qué impedirá al gobierno proceder a "curarla"?… Y, por lo tanto, cuando se dé la orden, todo cristiano prominente del país desaparecerá de un día para otro dentro de la Institución para el Tratamiento de los Ideológicamente Insanos, y quedará en manos de los expertos carceleros decidir cuándo (si es que alguna vez) pueden re-emerger. Pero no será una persecución. Aun cuando el tratamiento sea doloroso, aun y si dura toda la vida, aunque sea fatal, no será más que un lamentable accidente; la intención era puramente terapéutica. En la medicina común también hay operaciones dolorosas y operaciones fatales, igual que aquí. Pero puesto que son un "tratamiento", no un castigo, solamente pueden ser criticados por homólogos expertos, y únicamente en términos técnicos, nunca por hombres normales y corrientes y en términos de justicia.
>
> Por eso, pienso que es fundamental oponerse de cabo a rabo a la Teoría humanitaria del castigo, donde quiera que nos topemos con ella. Da una impresión de misericordia que es complemente falsa. Así es como engaña a los hombres de buena voluntad.[5]

Quienes estén interesados en profundizar en este tema, pueden consultar el artículo de Stuart Barton Babbage titulado "C. S. Lewis and the Humanitarian Theory of Punishment"[6] [C. S. Lewis y la teoría humanitaria del castigo].

Libre albedrío y amor

Otra capacidad que sería imposible sin libre albedrío sería la capacidad de amar. El escritor existencialista Jean-Paul Sartre supo captar muy bien esta idea:

> El hombre que quiere ser amado no desea la esclavitud del ser amado. No

> tiene ningún interés en convertirse en el objeto de una pasión que fluya de manera mecánica. No desea poseer a un autómata y, si quisiéramos humillarlo, nos bastaría con intentar persuadirlo de que la pasión de su amada es el resultado de un determinismo psicológico. El amante sentirá entonces que tanto su amor con su propio ser están siendo desprestigiados…
>
> Si el ser amado se transforma en un autómata, el amante se hallará solo.[7]

El hecho de que hombres y mujeres estén dotados de libre albedrío implica inevitablemente la posibilidad de que lo utilicen para elegir el mal y rechazar el amor, incluso el amor de Dios. Por lo tanto, debemos tener en cuenta algunas de las implicaciones necesarias que el libre albedrío humano tiene sobre la estructura de la naturaleza. Para que el libre albedrío y la libertad de elección que Dios otorgó a los seres humanos puedan ser genuinos, se requiere que la naturaleza posea un cierto grado de autonomía.

C. S. Lewis lo explica así:

> La gente suele hablar como si no hubiera nada más fácil que el que dos mentes desnudas se "encuentren" o se den cuenta de que la otra existe. Pero yo no veo cómo tal cosa podría ocurrir a no ser en un medio común que forme su "mundo externo" o entorno… Lo que se necesita para que la sociedad humana exista es exactamente lo que tenemos: un algo neutro, ni tú ni yo, que ambos podamos manipular para enviarnos señas uno a otro. Puedo hablarte porque ambos podemos producir ondas acústicas en el aire común que hay entre los dos.[8]

Lewis continúa señalando que este y otros campos neutrales (la materia, en otras palabras), deben de tener una cierta naturaleza fija, una cierta autonomía, como Lewis lo llama. Supón lo contrario. Imagina, por ejemplo, que el mundo estuviera estructurado de tal manera que una viga de madera permaneciera dura y fuerte cuando se usara para construir una casa, pero se convirtiera en suave como la hierba cuando le golpeara a mi vecino con ella. O si el aire rehusara transmitir mentiras e insultos. Como dice Lewis:

> Si el principio se llevara a su conclusión lógica, los pensamientos infames serían imposibles, puesto que la materia cerebral que utilizamos a la hora de pensar rehusaría llevar a cabo su tarea cuando intentáramos invocarlos. Toda la materia existente en torno a un hombre malvado estaría sujeta a sufrir alteraciones impredecibles.[9]

El resultado sería, por supuesto, que la verdadera libertad de voluntad y elección humana quedaría negada.

Por lo tanto, la naturaleza debe poseer una cierta autonomía para que pueda existir una sociedad de seres con libre albedrío, capaces de tomar decisiones morales sobre el bien y el mal, y de ponerlas en práctica. El potencial que tienen los pensamientos y actos malignos de producir efectos perniciosos no se puede anular sin eliminar simultáneamente la condición necesaria para que funcione el libre albedrío. Este es un universo moral.

Hasta aquí, todo correcto, pero ¿qué hay detrás de todo esto? ¿Cómo ha llegado a ser este universo un universo moral? Y si de verdad fuéramos libres en él, ¿cuáles serían las condiciones básicas para conseguir semejante libertad?

Reflexiones sobre la visión del mundo

La siguiente es una pregunta clave: Según lo que sabemos y nos afecta, ¿son los seres humanos la única y más elevada autoridad racional en el mundo o, incluso, en el universo? Y en ese caso, ¿somos completamente libres para decidir cómo debemos comportarnos, o qué es correcto e incorrecto, o cuáles son nuestros principios fundamentales? ¿O, si es que lo tiene, cuál es el porqué de nuestra existencia y cuál debería ser nuestra meta final? En última instancia, ¿somos responsables solamente ante nosotros mismos? ¿O existe un Dios que, al haber creado el universo y a nosotros dentro de él, tiene el derecho de establecer, y de hecho ha establecido, no solo las leyes físicas de la naturaleza, las condiciones marco de la existencia humana, sino también las leyes morales y espirituales que tienen como objetivo controlar el comportamiento humano? ¿Considera Dios a los seres humanos responsables de su comportamiento y les pedirá que le rindan cuentas?

Las respuestas reflejan dos maneras distintas de entender el mundo: ateísmo y teísmo. Son tan profundamente diferentes que muchos ateos piensan que el teísmo es el gran enemigo de la libertad humana, y siguen al fallecido Christopher Hitchens a la hora de considerar al Dios en quien no creen como el gran dictador del cielo, al estilo del de Corea del Norte, que está continuamente espiándonos y restringiendo nuestra libertad con sus amenazas. Consideran la religión como una fuente de opresión, esclavitud y guerra que se eleva en directa contradicción contra la dignidad y libertad humanas. De la misma manera, muchos teístas apuntan a la ideología atea como una raíz que causa una

incalculable cantidad de opresión humana y que niega el derecho básico de los seres humanos a la libertad, especialmente en el siglo XX (con Stalin, Mao y Pol Pot).

Este punto se merece un análisis detallado, puesto que en muchos países existe opresión, violencia y guerras que están directamente conectadas tanto con el ateísmo como con la religión. Sin embargo, no todos los sistemas, sean ateos o religiosos, son violentos, e intentar meterlos a todos en el mismo saco sería injusto y, de hecho, absurdo.

Pensemos en las religiones del mundo hoy en día, por ejemplo: los pacíficos *amish* no tienen nada en común con los violentos terroristas islámicos. (Escribo como cristiano que soy, como un seguidor de Cristo, que repudió explícitamente la violencia y enseñó a sus discípulos a amar a sus enemigos).[10]

Comúnmente se suele responder que, aunque sea cierto que algunas religiones no se casan con la violencia, es el mismo postulado de la existencia de Dios lo que degrada a los seres humanos comprometiendo su autonomía. Karl Marx expresó está opinión de la siguiente manera:

> Un hombre no se considera independiente a no ser que sea su propio dueño, y no puede ser su propio dueño a no ser que se deba su propia existencia a sí mismo. Un hombre que viva gracias al favor de otro se considera a sí mismo un ser dependiente. Pero si yo le debo a otra persona no solo la continuación de mi vida sino también su creación, puesto que él es su fuente, vivo absolutamente gracias a su favor.
>
> … El hombre es el ser más elevado para el hombre.[11]

Este es el núcleo de la filosofía humanista contemporánea:

> El humanista se ha deshecho del antiguo yugo del supernaturalismo, con su carga de miedo y servidumbre, y camina por la tierra como un hombre libre, un hijo de la naturaleza, y no de ningún dios hecho por los hombres.[12]

Es una triste ironía que la propia filosofía atea de Marx sea seguramente la mayor arma de destrucción masiva ideológica contra la libertad humana que el mundo haya visto jamás. A pesar de ello, la observación de Marx se merece un comentario más matizado. Porque la idea de que dejar espacio para Dios en nuestra visión del mundo reduce efectivamente nuestra libertad y nos degrada como humanos es muy común.

Los ateos no son los únicos que valoran el deseo instintivo del corazón humano de tener libertad. Según los teístas, ese deseo ha sido otorgado por Dios y es fundamental y central a la hora de experimentar a Dios. Los judíos religiosos, por ejemplo, señalarán la experiencia que supone el elemento original y formativo de su existencia e identidad como nación: Dios liberándolos de la esclavitud en los campos de trabajo egipcios en el segundo milenio antes de Cristo. El toque de clarín de Moisés, el profeta de Dios al faraón egipcio, *Deja ir a mi pueblo para que me adore*, ha resonado en los corazones judíos a lo largo de los siglos. Los judíos lo han celebrado desde entonces en su fiesta anual de Pascua (*Pesaj*). Una fe que se afirma en Dios como sustentador y liberador ha mantenido su esperanza viva a través de todas las opresiones que han sufrido a manos de gobiernos totalitarios y antisemitas.

Los cristianos añadirán probablemente que la libertad es un constituyente fundamental del evangelio de Cristo. Citarán la declaración de la misión de Cristo:

> El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a pregonar el año del favor del Señor.
> Lucas 4:18-19

Bajo el deseo de los ateos de tirar por la borda cualquier idea de un Dios Creador está la crítica que hacen de la religión (que, tristemente, suele provenir de la propia experiencia personal) como una opresiva esclavitud del espíritu humano y causa de la alienación del hombre de su verdadero ser.

Estoy seguro de que otras perspectivas religiosas tienen también algo que decir sobre este tema, pero, puesto que escribo como cristiano, puedo decir que entiendo bien esta objeción. Porque la mera religión, que es distinta de una fe viva y personal en Dios, degenera fácilmente en una forma de esclavitud. La propia Biblia es muy consciente de este peligro. Pablo exhorta así al resto de los cristianos:

> Cristo nos libertó para que vivamos en libertad. Por lo tanto, manteneos firmes y no os sometáis nuevamente al yugo de esclavitud.
> Gálatas 5:1

El yugo de la esclavitud al que él se refiere es una forma de religiosidad legalista. Anteriormente la describe así:

> Antes, cuando no conocíais a Dios, erais esclavos de los que en realidad no son dioses. Pero, ahora que conocéis a Dios —o más bien que Dios os conoce a vosotros—, ¿cómo es que queréis regresar a esos principios ineficaces y sin valor? ¿Queréis volver a ser esclavos de ellos? ¡Seguís guardando los días de fiesta, meses, estaciones y años! Temo por vosotros, que tal vez me haya estado esforzando en vano.
> Gálatas 4:8-11

A ojos de los cristianos, el error del ateo es que, al intentar escapar de la religión opresiva, legalista, supersticiosa y opiácea, rechaza también a Dios, quien en realidad denuncia ese tipo de religión. Rechazar a Dios, lejos de aumentar la libertad humana, en realidad la disminuye y conduce a una ideología antropocéntrica y pseudorreligiosa en la que cada individuo, hombre y mujer, se convierte en prisionero de fuerzas no racionales que acabarán destruyéndolo, despreciando completamente su humanidad.

Sin embargo, no es nuestro objetivo tratar estos temas aquí, ni discutir en profundidad la tensión que existe entre el teísmo y el ateísmo sobre la libertad en general. En su lugar, nos centraremos en el énfasis creciente en distintos tipos de determinismo que existe tanto entre ateos y teístas (cristianos principalmente). Ciertos ateos creen que las leyes de la naturaleza son las que acaban determinando, mientras que ciertos teístas creen que es Dios quien determina.

---

1. El adjetivo "libertario" resulta algo desafortunado puesto que tiene otras connotaciones, particularmente en la esfera moral, que no deberían ser aplicadas a este contexto. El uso del término "indiferencia" no es que sea mucho más adecuado; pero ambos términos han cuajado y no se puede hacer mucho más al respecto.
2. *The Oxford Handbook of Free Will* (OUP, 2011), 5.
3. H. McMahon, "How free is our free will?", *Cambridge Papers*, vol. 25, nº. 2, junio 2016.
4. Resulta humillante pensar que Lewis tuvo que publicar su ensayo en Australia ante la falta de interés en el Reino Unido.
5. C. S. Lewis, "The Humanitarian Theory of Punishment", *The Twentieth Century: An Australian Quarterly Review*, vol. III, nº 3, citado en C. S. Lewis, *God in the Dock* (Eerdmans, 1970), 287-94.
6. www.churchsociety.org/docs/churchman/087/Cman_087_1_Babbage.pdf
7. J. P. Sartre, *Being and Nothingness* (Pocket Books, 1984), 478.
8. C. S. Lewis, *The Problem of Pain* (HarperCollins, 2002), 18.
9. C. S. Lewis, *The Problem of Pain* (HarperCollins, 2002), 21.

10. Para una discusión más completa sobre este tema, véase la obra del autor *Gunning for God* (*Disparando contra Dios*) (Lion Hudson, 2011), 59-82 y 117-144.

11. "The Difference between the Natural Philosophy of Democritus and the Natural Philosopy of Epicurus", traducido en K. Marx y F. Engels, *On Religion* (Foreign Languages Publishing House, 1955), 517, 519.

12. *The Humanist*, nº 5, 1954, 226.

02
Diferentes tipos de determinismo

The Oxford Handbook of Free Will [El manual de Oxford del libre albedrío] nos cuenta alegremente que existen noventa tipos distintos de determinismo. Nos bastaría y sobraría con unos cuantos menos. Por ejemplo, el determinismo causal es aquel en el que cada evento es causado por eventos anteriores de acuerdo con las leyes establecidas de la naturaleza. Muchos deterministas causales son deterministas físicos: admiten solamente causas físicas. Otros están abiertos también a la causación mental.

Por otro lado, el determinismo teísta (determinismo teológico, determinismo divino) es aquel en el que todo está determinado por Dios. En su forma general, el determinismo teísta no explica *cómo* hace Dios para ser la causa de todo, sino solo *que* lo es.

Determinismo físico

El físico teorético vivo más famoso, Stephen Hawking, es un determinista físico.

> Resulta difícil imaginar cómo puede operar el libre albedrío si nuestro comportamiento está determinado por las leyes físicas, por lo que parece ser que no somos más que máquinas biológicas y que el libre albedrío no es más que una ilusión.[1]

Concede, sin embargo, que el comportamiento humano es tan complejo que sería imposible de predecir, así que en la práctica utilizamos "la teoría efectiva de que la gente tiene libre albedrío".[2]

Richard Dawkins escribe sobre un universo moralmente indiferente que controla el comportamiento humano:

> En un universo de fuerzas físicas ciegas y replicación genética, unos sufren mientras que otros tienen suerte, y es imposible encontrar ni rima ni razón ni justicia alguna en ello. El universo que observamos tiene exactamente las propiedades que deberíamos esperar si, al final, no hubiera ni diseño, ni

> propósito, ni mal ni bien. Nada más que una indiferencia ciega y sin piedad. El ADN ni sabe ni le importa. El ADN simplemente es. Y nosotros danzamos a su son.[3]

El neurocientífico Sam Harris escribe:

> Pareces ser un agente actuando a partir de tu libre albedrío. No obstante, como veremos, este punto de vista no se puede reconciliar con lo que sabemos del cerebro humano… Todo nuestro comportamiento puede trazarse hasta llegar a eventos biológicos sobre los cuales no tenemos conocimiento consciente, lo cual sugiere siempre que el libre albedrío es una ilusión.[4]

Paul Bloom, profesor de psicología y ciencia cognitiva en la Universidad de Yale está de acuerdo con Dawkins:

> Nuestras acciones están, de hecho, literalmente predestinadas, determinadas por las leyes de la física, el estado del universo, desde mucho antes de que naciéramos y, quizás por eventos totalmente aleatorios a nivel cuántico. No elegimos nada de esto, por lo que el libre albedrío no existe… El determinismo lleva ya bastante tiempo formando parte del primer curso de filosofía, y los argumentos en contra del libre albedrío llevan siglos circulando, antes de que supiéramos nada sobre genes o neuronas. Lleva mucho tiempo siendo una de las preocupaciones de la teología; Moisés Maimónides, ya en torno a 1100, definió el problema en términos de la divina omnisciencia: Si Dios ya sabe lo que vas a hacer, ¿cómo puedes ser libre para elegir?[5]

El destacado neurocientífico alemán Wolf Singer, coautor del llamado "Manifiesto de los investigadores del cerebro", piensa que, puesto que en algún momento la mente podrá ser completamente explicada naturalmente en términos de los estados físicos y procesos en el cerebro, deberíamos renunciar a hablar del libro albedrío.[6] De manera semejante, el psicólogo experimental Wolfgang Prinz afirma que "la idea de un libre albedrío humano no puede en principio reconciliarse siquiera con las consideraciones científicas".[7]

Las citas anteriores dejan en evidencia que existe una conexión muy cercana, particularmente en el lado ateo, entre el determinismo y el reduccionismo, la idea de que las entidades no son más que la suma de sus partes y, por lo tanto, pueden explicarse por completo cuando se analizan *reduciéndolas* a esas partes. Tenemos asumido que el comportamiento de las cosas físicas está determinado

por las leyes físicas y, si los seres humanos no son más que entidades físicas, lo lógico es pensar que su comportamiento también está determinado, igual que una piedra cae debido a las leyes de la gravedad. Hemos de señalar, por lo tanto, que este reduccionismo físico tiene cada vez más fuerza, aupado no solo por los cristianos teístas, como uno esperaría, sino también por las filas ateas y, notablemente, por el destacado filósofo Thomas Nagel con su libro *Mind and Cosmos* [Mente y cosmos].[8]

Aunque no todos los ateos son deterministas. Por ejemplo, Peter Tse, destacado neurocientífico contemporáneo del Dartmouth College, explora "la manera en la que el libre albedrío podría ponerse en práctica en un tipo particular de arquitectura del procesamiento de la información neuronal y asociada".[9]

No obstante, es cierto que muchos neurocientíficos prominentes rechazan el libre albedrío. En un artículo muy citado que apareció en la revista *Nature*, John Dylan Haynes y sus colegas defendían que nuestra "experiencia subjetiva de libertad no es más que una ilusión".[10] Otro reputado neurocientífico, Michael Gazzaniga, escribe:

> La neurociencia revela que el concepto de libre albedrío no tiene ningún significado, tal y como ya sugirió John Locke en el siglo XVII… Ya va siendo hora de superar el concepto de libre albedrío y avanzar.[11]

Es cuanto menos curioso llegar a esta conclusión en nombre de la ciencia cuando una de las mentes más brillantes, Albert Einstein, sostenía que las teorías científicas eran creaciones libres de la mente humana. Resulta también extraño ante el hecho de que la mayoría de la gente conecta en su mente la libertad humana con la moralidad y la dignidad humana. ¿De verdad queremos dejar atrás la moralidad, no decir nada sobre el concepto del amor? Aun así, a pesar de las deficiencias obvias de creer en el determinismo, Sam Harris insiste en que cualquiera que examine su propia vida "no encontrará el libre albedrío por ningún lado".[12]

Irónicamente, muchos de los llamados nuevos ateos continúan fulminando la religión por considerarla un engaño malvado que debería ser eliminado. Su uso de la palabra "malvado" muestra que su rabia es una rabia moral y de inmediato plantea la siguiente cuestión: ¿Cómo pueden tener conceptos morales de ningún tipo si, tal y como dice Dawkins en la cita anterior, creen que "no existe ni el bien ni el mal" y el comportamiento humano queda reducido a la danza de la música de nuestro ADN? ¿Cómo se puede culpar a nadie de sus acciones?

En la opinión determinista de Dawkins, el problema del mal no existe, por la sencilla razón de que, según su punto de vista, el mal simplemente no existe. Si ese fuera el caso, ¿qué sentido tiene que reaccione contra la religión (o cualquier otra cosa) por ser algo malo? Lo cierto es que no todos los ateos están de acuerdo con Dawkins. De hecho, ¡los arrebatos morales de Dawkins contra el cristianismo (o contra cualquier otra cosa) muestran que Dawkins no siempre parece estar de acuerdo con Dawkins!

Para la mayoría de la gente, disolver el problema del mal hasta el sinsentido no les sirve como respuesta. El determinismo causal, sea genético o de otro tipo, se extralimita a sí mismo. No solo destruye la moralidad, sino cualquier significado en la vida. La ironía suprema en todo esto es que muchos de los ateos citados son exactamente los mismos que piensan que el cristianismo oprime a la gente, los degrada y les quita la libertad. Resulta que son ellos quienes nos dicen que en realidad no tenemos ninguna libertad, ¡semejante lógica es digna de admirar!

Una de las principales razones que se dan para rechazar el libre albedrío es el argumento del nexo causal, ejemplificado en la cita anterior de Richard Dawkins. Si lo que llamamos nuestras decisiones no son más que parte de una larga cadena de causa y efecto físicos que retroceden hasta la física básica y la química del universo, es imposible que dispongamos del control de nuestras decisiones en ningún sentido (sea lo que sea lo que el "dispongamos" signifique en esta afirmación).

El filósofo de la ciencia Tim Lewens, de Cambridge, defiende que la indeterminación cuántica no debilita este argumento:

> Según parece, lo que le pedimos al libre albedrío es que nos asegure que disponemos del control de las cosas, pero no es lo que nos proporciona la indeterminación. En su lugar, nos sugiere que, del mismo modo que un núcleo atómico en estado excitado puede o no decaer en un intervalo de cinco minutos, el resuelto comprador de un coche puede o no comprar un Ford en un intervalo de cinco minutos. Pero el indeterminismo no nos dice que el átomo tiene el control cuando decae, y tampoco nos dice que la persona tenga el control de si va a comprar el Ford o no… Es azar, no control, lo que dicta cuál de estos futuros se materializará.[13]

Sea como fuere, David Hodgson escribe: "Creo que el consenso general de los físicos favorece el indeterminismo y, recientemente, los matemáticos John Conway (inventor del famoso 'Juego de la vida') y Simon Kochen han

cuestionado enérgicamente la posibilidad de una versión determinista de la MC [mecánica cuántica]…".[14]

Lewens continúa discutiendo experimentos en neurociencia, como los de Benjamin Libet, que, según algunos, mostraba que la actividad subconsciente del cerebro precedía a la decisión consciente. Como resultado, la decisión consciente llega demasiado tarde como para poder ser la causa de ciertos tipos de actividad. Sin embargo, la conclusión de Lewens es: "la neurociencia sigue sin demostrar que la libertad sea una ilusión".[15] El neurocientífico de Cambridge Harve Mcmahon está de acuerdo con él:

> "No existe ningún paradigma experimental puro que pruebe el libre albedrío cómo opción significativa. Por eso, aunque se suele invocar el experimento tipo Libet para afirmar que no tenemos libre albedrío, y aunque resulte útil para ayudar a explicar cómo el cerebro puede tomar decisiones que no necesitan cognición activa o prepararse para elegir, no afronta el cómo ni cuándo se toman las decisiones cognitivas".[16]

Uno de los libros más útiles acerca del tema es *Mythos Determinismus* [El mito del determinismo], subtitulado "¿Cuánto explica la investigación del cerebro?", de Briggitte Falkenburg.[17] Falkenburg plantea que, en el debate que rodea el cerebro y la mente, se han dejado de lado inexcusablemente cuestiones fundamentales. Con una honestidad refrescante, muestra las enormes grietas que hay en las explicaciones que ofrece la investigación del cerebro, y concluye que, a pesar de los que afirman lo contrario, a día de hoy nadie sabe si la mente no es más que una expresión ilusoria que acompaña a los autómatas neuronales, un producto del cálculo neuronal. Dice que: "Al final, la investigación sobre el cerebro no puede demostrar que el comportamiento neuronal determine los contenidos de nuestra conciencia".

Determinismo teísta

El supuesto que subyace tras la mayor parte de las negativas a aceptar el libre albedrío es el naturalismo o, incluso, el materialismo. Lo que el naturalismo presupone es que solo existe el mundo natural o material. No existe lo sobrenatural, ni la causalidad vertical, ni ninguna interrupción en la cadena causal que une todo lo que acontece con los elementos primarios del universo. La lógica de esta teoría sería impresionante únicamente si la premisa fuera cierta. Sin embargo, como teísta que soy, y más concretamente, como cristiano teísta,

niego la premisa. También la niego a causa de, y a pesar del hecho de que soy científico. Sostengo que la propia ciencia, y el hecho mismo de que podamos hacer ciencia, apunta a la realidad de que este universo no es todo lo que existe. Creo que la ciencia da testimonio de la existencia de un Dios Creador eterno, que causó que el universo llegara a ser en primer lugar, y quien lo sostiene subsecuentemente para que continúe siendo. Existe algo más allá de lo natural: lo sobrenatural.

Ahora bien, esto no significa que no exista una cadena causal: lo que significa es que hay algo más. Dios no forma parte del mundo natural, aunque lo creó con las regularidades que nosotros llamamos leyes. Pero él no es prisionero de esas leyes, que lo único que hacen es describir lo que ocurre en circunstancias normales. Dios es libre de alimentar nuevos acontecimientos, fenómenos y demás en la naturaleza desde "afuera". De hecho, la afirmación central del cristianismo es que Dios mismo ha venido al mundo: lo que el Evangelio de Juan llama *el Verbo* se hizo humano en Jesucristo.[18] La ciencia es capaz de reconocer cómo funciona la naturaleza en circunstancias normales, pero no puede impedir que Dios haga algo nuevo o diferente.

Lo cual nos conduce al tema del determinismo teísta. Si existe un Dios Creador que es la primera causa y el sustentador del universo, está claro que hay ciertas cosas que están predeterminadas. Dios ha creado un universo físico que exhibe el tipo de comportamiento conforme a la ley que facilita que sea predecible. Algunos de los sistemas del universo sí son deterministas, al menos a gran escala.

Y, a pesar de ello, Dios no está constreñido por el nexo causal, y ha creado seres humanos a su imagen que tampoco están complemente constreñidos por dicho nexo, lo cual significa que poseen verdadera libertad.

C. S. Lewis ha defendido que la propia racionalidad humana, que está íntimamente involucrada en lo que decidimos hacer o no hacer, forma parte de lo supernatural:

> Si todo lo que existe en la naturaleza, el gran acontecimiento entrelazado sin sentido, si nuestras propias convicciones más profundas no son más que un subproducto de un proceso irracional, entonces está claro que no tenemos ni el más mínimo fundamento para suponer que nuestro sentido de la aptitud y nuestra consecuente fe en la uniformidad nos esté hablando de una realidad externa a nosotros mismos. Nuestras convicciones no son sino un dato más acerca de nosotros, como el color de nuestro pelo. Si el naturalismo es

> cierto, no tenemos ningún motivo para fiarnos de nuestra convicción de que la naturaleza es uniforme. Solo podríamos fiarnos de ello si fuera cierta una metafísica bastante distinta: si lo más profundo de la realidad, el Hecho que es el origen de todos los demás hechos, fuera algo parecido a nosotros en cierta medida, un Espíritu Racional del que deriváramos nuestra espiritualidad racional, entonces sí que podríamos fiarnos de nuestra convicción. Nuestra repugnancia hacia el desorden se deriva del Creador de la naturaleza y Creador nuestro.[19]

Resulta alentador ver como algunos destacados pensadores ateos comienzan a considerar este argumento. El filósofo ateo Thomas Nagel piensa que el naturalismo asumido por la mayoría de los escritores ateos mencionados antes (filósofo que, recuerdo, es el responsable en gran medida del determinismo de muchos de ellos) tiene serios problemas.

> La conciencia es el obstáculo más notorio para un naturalismo comprehensivo que depende solamente de los recursos de la ciencia física… Si nos tomamos en serio este problema y llevamos sus implicaciones hasta el final, amenaza con deshacer la imagen completa del mundo naturalista.[20]

Si, por otro lado, el naturalismo es falso y el teísmo es verdadero[21] entonces, repito, se puede concebir sin duda alguna que los seres humanos hechos a la imagen de Dios puedan tener un cierto grado de libertad verdadera para decidir sobre el nexo causal y alterarlo.

Uno esperaría, por lo tanto, que los teístas cristianos defendieran la libre voluntad humana, y muchos lo hacen, ciertamente. Nuestra mayor preocupación en este libro son, sin embargo, aquellos cristianos que no la defienden, o al menos aparentan no defenderla; aquellos cuyo "determinismo teísta" perturba a mucha gente debido a la imagen de Dios que dicho determinismo conlleva.

De vuelta al principio

Hasta este momento he estado reflexionando sobre la cuestión del libre albedrío y el determinismo desde nuestra experiencia humana y desde una perspectiva filosófica. Consciente del peligro, mencionado en el prólogo, de acabar haciendo encajar a Dios en nuestra propia imagen, me propongo restablecer el equilibrio pasando a considerar lo que la Biblia dice sobre este tema.

Sin embargo, ¿por dónde empezamos? Resulta curioso que, cuando se trata del tema objeto de este libro, muchos escritores y oradores comienzan con pasajes

del Nuevo Testamento como Efesios 1 o Romanos 9 (que tratan el tema de la predestinación) para proceder luego a leer el resto de la Biblia a la luz de la interpretación que hacen de estos pasajes. Y, si bien estos pasajes son de suma importancia y reflexionaremos sobre ellos en su debido momento, están muy lejos de ser el comienzo de la historia bíblica.

Sin duda, el lugar más apropiado para comenzar es el principio mismo, el relato bíblico de la creación que nos dice que *En el principio Dios creó los cielos y la tierra* (Génesis 1:1). Por lo tanto, Dios es la "Causa primera" puesto que ha causado que el universo exista. Más tarde, Dios dijo ser *el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa* (Hebreos 1:3). Por lo tanto, el Dios de la Biblia no es un remoto Dios deísta que inaugura el universo para retirarse luego, dejándolo correr sin participar en él. Dios, tal y como lo revela la Biblia, está íntimamente implicado en sostener el universo para que siga siendo. Por lo tanto, es el Señor soberano de la creación. De hecho, la soberanía de Dios es uno de los temas centrales en la Biblia, y es aquí donde surge la cuestión del determinismo, esta vez no para los ateos sino para los teístas.

La pregunta clave es: ¿qué implica exactamente la soberanía de Dios?

Está claro que Dios determina la existencia del universo y de los seres humanos que lo habitan. Se nos informa que hombres y mujeres fueron creados a imagen de Dios y, por lo tanto, poseen algo muy especial, puesto que, aunque el universo declara la gloria de Dios, no fue hecho a su imagen. Los seres humanos sí.

El que se colocara a los primeros humanos en un magnífico jardín y se les dijera que podrían comer los frutos de todos los árboles excepto del árbol del conocimiento del bien y el mal es particularmente relevante para nuestro tema. Lejos de denegar el estatus de la humanidad, esa prohibición era esencial para establecer la dignidad única de los seres humanos en tanto que seres morales. Porque en este punto la historia bíblica define los ingredientes irreducibles que constituyen a los humanos en tanto que seres morales y les permiten funcionar como tales. Para que la moralidad pueda ser real, los humanos deben tener un cierto grado de libertad para comer o no comer de todos los árboles que había en el jardín. Pero Dios dijo que no debían comer de un árbol en particular: les dijo que si comían del árbol del conocimiento del bien y el mal sin duda morirían (véase Génesis 2:17).

Este pasaje es crucial para comprender lo que las propias Escrituras entienden por soberanía de Dios. Claramente, debe de ser interpretado, no en términos de

control absoluto sobre el comportamiento humano, sino como algo mucho más glorioso: el traspaso de poder real a unas criaturas hechas a la imagen de Dios, de manera que no sean meros autómatas programados sino seres morales con auténtica libertad: criaturas con la capacidad de decir sí o no a Dios, de amarlo o rechazarlo.

El término "soberanía" (que, por cierto, no aparece en la narrativa de Génesis) podría, por supuesto, entenderse también como control absoluto sobre cada detalle de la vida y, como veremos más adelante, eso es precisamente lo que entienden ciertos teístas. Pero esto, más que hablar de un Dios que ha creado un universo en el que el amor no solo puede existir, sino que es sumamente característico del mismo Dios, huele a dictadura despótica y totalitaria.

Por lo tanto, en este sentido, la libertad humana es fundamental en la narrativa bíblica. Concuerda con la lógica y la experiencia, pero es anterior a ambas. Es la manera en la que Dios nos ha creado, y debe de celebrarse como una de sus mayores glorias. Significa que nosotros, los humanos, importamos algo; somos seres moralmente responsables, nuestras elecciones y decisiones son relevantes.

A. W. Tozer supo capturar estas ideas muy bien cuando escribió:

> Esta es mi opinión: Dios decretó soberanamente que el hombre fuera libre para ejercitar decisiones morales, y el hombre ha satisfecho ese decreto desde el principio eligiendo entre el bien y el mal. Cuando elige hacer el mal, no está contrarrestando la voluntad soberana de Dios sino satisfaciéndola, ya que el decreto eterno establecía, no qué debía elegir el hombre, sino que debía ser libre para hacerlo. Si en Su libertad absoluta Dios ha querido otorgarle al hombre una libertad limitada, ¿quién es nadie para levantarse como Su mano o decir "¿Qué haces?"? El albedrío del hombre es libre porque Dios es soberano. Un Dios menos soberano no podría otorgar libertad moral a Sus criaturas. Tendría miedo de hacerlo.[22]

Una de las mejores expresiones de esta postura que ha ganado gran aceptación es la que ofrece Alvin Plantinga en su importante obra *God, Freedom and Evil* [Dios, libertad y maldad]. Comienza definiendo lo que entiende que es una persona libre con respecto a una acción:

> Una persona es libre de llevar a cabo esa acción y libre de abstenerse de llevarla a cabo; ninguna condición precedente ni/o leyes causales determinan que llevará a cabo la acción o no. Está en su poder, en el momento en cuestión, tomar o llevar a cabo la acción, y en su poder

abstenerse de ella.

Esto es, por supuesto, libertad libertaria. La afirmación de Plantinga de la Defensa del Libre Albedrío continua como sigue:

> Un mundo que contiene criaturas que son significativamente libres (y libres de realizar más acciones buenas que malas) tiene más valor, permaneciendo el resto igual, que un mundo que no contiene ninguna criatura libre. Ahora bien, Dios puede crear criaturas libres, pero no puede causar o determinar que hagan solo lo que es correcto. Porque si lo hiciera, después de todo no serían significativamente libres; no harían lo que está bien libremente. Por lo tanto, para crear criaturas capaces de ser moralmente buenas, debe crear criaturas capaces de ser moralmente malas, y no se les puede dar a esas criaturas la libertad de hacer lo malo y a la vez evitar que lo hagan. Tristemente, como se ha puesto de manifiesto, algunas de las criaturas libres que Dios creó eligieron hacer lo malo al ejercitar su libertad: este es el origen del mal moral. Sin embargo, el hecho de que las criaturas libres a veces hagan lo malo no cuenta ni contra la omnipotencia de Dios ni contra su bondad, porque Dios solo podría haber prevenido que el mal moral ocurriera eliminando la posibilidad del bien moral.[23]

Sin embargo, como veremos con detalle, esta manera de entender la postura bíblica se ha visto cuestionada por todo tipo de formas, siendo la más conocida quizás la de Martín Lutero durante de la Reforma. En su libro *La voluntad determinada*, escrito en respuesta al ensayo de Erasmo *Discusión sobre el libre albedrío*, Lutero dijo:

> [La] omnipotencia y la presciencia de Dios, repito, destruyen completamente la doctrina del "libre albedrío"… Sin duda, resulta la mayor ofensa posible al sentido común o a la razón natural que Dios, a Quien se proclama lleno de misericordia y bondad, etc., podría por propia y pura voluntad abandonar, dificultar y condenar a los hombres, como si se deleitara en los pecados y duros tormentos eternos de semejantes miserables. Pensar así de Dios sería inicuo, cruel e intolerable; y es eso precisamente la que ha supuesto una enorme piedra de tropiezo para tantos destacados hombres a lo largo de los siglos. ¿Y quién no se tropezaría en ello? Yo mismo me he tropezado con ello más de una vez, hasta alcanzar semejante nivel de desesperación, que deseé nunca haber sido creado hombre. (Eso fue antes de saber lo saludable que esa desesperación era, y lo cercana que estaba a la

gracia).[24]

En este pasaje, Lutero parece ser consciente de que existe un profundo dilema moral con determinados aspectos de su opinión, un tema que exploraremos detalladamente.

Otra famosa e influyente declaración sobre el asunto de la predestinación es la del teólogo francés Juan Calvino, quien escribió:

> Entendemos por predestinación el decreto eterno de Dios por el cual determinó consigo mismo todo lo que deseó que le ocurriera a cada hombre. Todos no son creados en iguales términos, puesto que algunos han sido predestinados a vida eterna, otros a condenación eterna; y, en consecuencia, puesto que cada uno ha sido creado para uno u otro fin, decimos que ha sido predestinado a vida o a muerte.[25]

Observamos que la afirmación general de que "todo lo que deseó que le ocurriera a cada hombre" se reduce rápidamente para centrarse en el destino eterno de cada hombre. La palabra "predeterminación" supone la idea de destino, y una de las cuestiones más importantes de todo el debate es precisamente la prescripción del destino humano.

Hemos de detenernos en este punto, puesto que la mención de Lutero y Calvino seguramente produzca una cierta reacción en algunos cristianos que, aunque puedo entender, quisiera evitar. Tal vez algunos de mis lectores piensen: "Aquí tenemos otro desafortunado intento de cuestionar la sabiduría acumulada durante siglos de teología reformada basado en las obras magistrales de dos de los más destacados e influyentes eruditos cristianos que han vivido jamás. No tiene ningún sentido seguir leyendo".

Me entristecería mucho si esa fuera la reacción de mis lectores. El mismo hecho de que yo esté escribiendo este libro podría muy bien deberse, desde una perspectiva histórica, a la extraordinaria energía, capacidad y valor de Lutero, Calvino y otros reformadores, figuras que inspiraron y lograron conseguir la monumental e importante tarea de volver a llevar las Escrituras al centro del cristianismo y su testimonio al mundo. Su énfasis en la gloria y la soberanía de Dios y su insistencia en volver siempre al texto bíblico, poniendo todo su empeño en explicarlo claramente y aceptando solo lo que era coherente con él, forman un modelo al que muchos de los mortales de menor importancia aspiramos con toda razón.

Esos principios sirven de gran inspiración para muchos cristianos, entre los que me incluyo, que anhelan mayor solidez, más profundidad intelectual, más madurez a la hora de expresar su fe cristiana, sentir la santidad de Dios en mayor medida, y que se preocupan más por la reputación de Dios que lo que se encuentra en algunos de los frívolos e insustanciales intentos de hacer que la fe cristiana sea más atractiva al mundo exterior.

Es esa sensación de deberles tanto, junto con el ser consciente de mis propias deficiencias, lo que me ha hecho dudar durante mucho tiempo antes de decidirme a escribir este libro.

Existe además otra razón que añadir a mi vacilación: el significativo dato de que en el corazón de la Reforma yace la doctrina cristiana de la salvación: justificación solamente por medio de la fe a través únicamente de Cristo. Los reformadores sostenían con razón que la idea contraria era falsa (que los seres humanos pudieran ganarse la salvación con su propio esfuerzo en términos de obras, rituales, fervor religioso o incluso pagos). La salvación era de Dios, un don gratuito de su gracia en Cristo. Lo que estaba en juego era absolutamente fundamental para el cristianismo y urge dejárselo volver a repetírselo a cada nueva generación.

Resulta fácil ver que la tensión central estaba, dicho sin ambages, entre la obra divina de Dios y nuestras obras humanas, o entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana y el libre albedrío. Los reformadores tenían razón al querer exaltar y glorificar a Dios atribuyéndole la salvación solo a él, sin concederle nada al mérito humano. Merece la pena reflexionar en particular en los tempranos y vanos esfuerzos de Lutero de hallar la paz con Dios convirtiéndose en monje agustino y sometiéndose a ayuno, flagelo y un sinnúmero de distintas autodisciplinas punitivas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, sin importar cuánto ni cómo doblegara su voluntad o avivara su determinación, nunca podría hacer lo suficiente como para merecerse estar en paz con Dios.

Hasta que no dio su primera serie de clases como profesor de teología en Wittenberg, no descubrió la verdad de la justificación por fe sin obras en Cristo. Por fin experimentaba la paz con Dios, y el enfrentamiento con la cultura católico romana de su tiempo, de una extremada “justificación por las obras” en la que el favor de Dios podía hasta comprarse en términos de caras indulgencias, peregrinajes y penitencias, se hizo inevitable. Las noventa y cinco tesis de Lutero

clavadas en la puerta de la Iglesia de Todos los Santos de Wittenberg supusieron una devastadora acusación de semejante corrupción religiosa. Su valiente determinación de ir contracorriente representó un punto de inflexión en la historia.

A la vista de esto puedo comenzar a entender que Lutero tuviera dificultades con la cuestión del libre albedrío humano. Después de todo, él mismo había forzado su propia voluntad hasta sus límites para poder merecerse la salvación, para acabar descubriendo que no había manera de ganársela. Esto podía interpretarse como que el albedrío humano no era libre, en el sentido de que no era "lo suficientemente libre" como para permitir que una persona se ganara el favor de Dios. En la introducción teológica a su traducción de *La esclavitud de la voluntad*, J. I. Packer y O. R. Johnston hacen la siguiente declaración:

> Lutero y Erasmo no discutieron ni estuvieron en desacuerdo sobre la realidad o la psicología de la elección humana, a pesar de que Erasmo no se diera cuenta y hablara a veces como si el determinismo de Lutero supusiera una doctrina de coacción psicológica. Pero la negación que Lutero hace del libre albedrío no tiene nada que ver con la psicología de la acción. Él mismo sabía y afirmaba que las elecciones humanas son espontáneas y no forzadas; es, de hecho, algo fundamental para su postura que así sea. Era la total incapacidad del hombre de salvarse a sí mismo y la soberanía de la gracia Divina en su salvación lo que afirmaba Lutero cuando negaba el libre albedrío, y era lo contrario lo que Erasmo afirmaba cuando defendía el libre albedrío.

Los traductores continúan diciendo que, desde la perspectiva de Lutero, la salvación

> debe ser exclusivamente mediante la gracia Divina, porque él mismo no puede contribuir en nada a ella; y cualquier formulación del evangelio que venga a afirmar que Dios muestra gracia, no salvando al hombre, sino haciendo posible que el hombre se salve a sí mismo, debe ser rechazada como falsa. Toda la obra de la salvación de Dios, de principio a fin, es de Dios; y toda la gloria debe ser también para Dios. Eso es justo lo que Erasmo no diría… Erasmo afirma que la misericordia de Dios se gana con obras. Lutero, que se reconoce y se recibe por fe.[26]

Si esta interpretación es correcta, acabaría con gran parte de los malentendidos y discusiones en torno al tema, aunque podría decirse que, retrospectivamente,

negar el libre albedrío (con las implicaciones inmediatas para la elección humana) no fue la manera más sabia de expresar semejante interpretación.

En este punto deberíamos resaltar que (para mí y para muchos otros) el problema no es si la Biblia enseña o no la soberanía de Dios: lo hace, y yo creo de todo corazón en lo que enseña. El reino de Dios era, sigue siendo y será eternamente. Dios es el iniciador y la fuente de una salvación que ningún ser humano se merece. En el ámbito personal, para mi esposa, mi familia y yo, ha sido de un consuelo inestimable y de gran valor ver el bondadoso cuidado de Dios y la guía de la que hemos disfrutado durante tantos años, así como nuestra convicción de que, en última instancia, Dios tiene el control de su universo, tal y como lo expresan la bella poesía hebrea del Salmo 139:

> Tú creaste mis entrañas;
> me formaste en el vientre de mi madre.
> ¡Te alabo porque soy una creación admirable!
> ¡Tus obras son maravillosas,
> y esto lo sé muy bien!
> Mis huesos no te fueron desconocidos
> cuando en lo más recóndito era yo formado,
> cuando en lo más profundo de la tierra
> era yo entretejido.
> Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación:
> todo estaba ya escrito en tu libro;
> todos mis días se estaban diseñando,
> aunque no existía uno solo de ellos.
> Salmo 139:13-16

Innumerables son las veces en las que las palabras del magnífico himno "Aquiétate, alma mía" han servido de firme consuelo:

> Aquiétate, alma mía: ¡el Señor está a tu lado!
> Soporta con paciencia la cruz de la tristeza o el dolor;
> deja en manos de tu Señor que disponga y provea;
> en cada cambio Él permanecerá fiel.

Sin embargo, la guía de Dios no es nunca pura y simplemente el tipo de microgestión que no deja ninguna elección al individuo. La narrativa bíblica lo demuestra una y otra vez. Abraham es un interesante buen ejemplo. Dios se le apareció en determinados momentos y le dijo explícitamente qué hacer (por

ejemplo, irse de Ur). Sin embargo, entremedias de dichos momentos, no le ofrecía ninguna guía específica. Abraham tenía que decidir qué hacer (y a veces tomaba la decisión equivocada). Si Dios le hubiera estado ordenando qué hacer a cada paso, la humanidad de Abraham se habría visto comprometida porque no podría haber aprendido lo que significa ser un ser humano responsable y moralmente competente, y su relación con Dios no habría sido auténtica. Lo mismo ocurre, en esencia, con la bondadosa y soberana guía de Dios en nuestras vidas.

El problema tampoco es que la Biblia enseñe ciertas cosas que son incómodas y particularmente difíciles de entender para la mente moderna, en el sentido de que, si queremos alcanzar a la generación actual, tengamos que suavizar u omitirlas para evitar arriesgarnos a hacer el ridículo. La soberanía de Dios no es lo único que le resulta difícil de entender a la mente contemporánea. La encarnación, los milagros, la resurrección y la ascensión de Jesús entran también en esa categoría, y yo sé muy bien lo que significa que te ridiculicen intelectualmente en público al más alto nivel por creer en ello.

El problema, insisto, no es si la Biblia enseña o no la soberanía de Dios: lo hace. El problema es lo que quiere decir con esa enseñanza. Existen distintas maneras de entender el concepto de soberanía. Una es en términos del determinismo divino. Otra es que Dios es un Creador amoroso que ha creado a los seres humanos a su imagen con una significativa capacidad de elegir, con todo su maravilloso potencial de amor, confianza y responsabilidad moral. Dios no es la causa irresistible del comportamiento humano, ya sea bueno o malo; si así fuera, nuestras acciones y caracteres quedarían privados de valor moral y no tendría sentido hablar de los humanos como seres que hacen el “bien” o el “mal” o son “buenos” o “malos”.

Una de las mayores glorias de Dios es que nos ha investido de sentido moral. La salvación que Dios ofrece es lo que más claramente lo demuestra. Esa salvación viene enteramente de Dios, no podemos merecerla, pero, al predicar el evangelio, se nos desafía a usar nuestra capacidad otorgada por Dios de confiar en Cristo para recibirla. A esa confianza se le llama “fe” y es, según Pablo, lo opuesto a las obras, como veremos más adelante.

El determinismo divino, sin embargo, sostiene que le da todavía más gloria a Dios creer que los seres humanos no poseen esas capacidades y que su comportamiento está completamente determinado por Dios. No obstante, mucha

gente, entre los que me incluyo, consideran que esta perspectiva va mucho más allá de la enseñanza bíblica de la soberanía de Dios, tanto que acaba restándole gloria a Dios, hasta tal punto que aleja a la gente del mensaje del evangelio. Diciéndolo sin rodeos, esta perspectiva plantea la cuestión de si el Dios del determinismo teísta es el Dios de la Biblia.

Por lo tanto, es importante comprobar la validez de nuestras ideas a la luz de las Escrituras. Por supuesto, son las Escrituras las que está inspiradas, y no la interpretación que nosotros hagamos de ellas y, por lo tanto, sería lamentable que lo que ofendiera no fuera la palabra de Dios sino la mala interpretación que nosotros hacemos de ella. La motivación que hay detrás de este libro es, pues, mi deseo de entender mejor las Escrituras, y depende del lector comprobar si he tenido algún éxito al hacerlo.

Más ejemplos de determinismo teísta

Demos primero algunos ejemplos más recientes de las perspectivas teístas que se hallan al extremo del espectro.

B. B. Warfield:

> Ciertamente, Él dispone todas las cosas sin excepción, y Su voluntad es la explicación última de todo lo que ocurre… Es Él quien… crea incluso los pensamientos e intenciones del alma.[27]

Paul Helm:

> Dios tiene bajo su control no solo cada átomo y molécula, cada pensamiento y deseo, sino que también cada giro y cambio de cada uno de ellos está bajo el control directo de Dios.[28]

A pesar de su postura de aparente extremismo determinista, Helm no obstante niega que Dios cause directamente el pecado.

Edwin H. Palmer va más allá:

> Nada en este mundo ocurre por casualidad. Dios está detrás de todo. Él decide y causa que todas las cosas que ocurren ocurran. No está sentado al margen preguntándose y temiendo quizás lo que va a suceder a continuación. No, él lo ha predestinado todo "según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad" (Efesios 1:11): el movimiento de un dedo, el latido del corazón, la risa de una niña, el error de un mecanógrafo; incluso el pecado.[29]

R. C. Sproul se hace eco de las palabras de Paul Helm:

> El movimiento de todas y cada una de las moléculas, las acciones de cada planta, la caída de cada estrella, las elecciones de todas y cada una de las criaturas volitivas, todo está sujeto a su voluntad soberana. Ninguna molécula díscola corre desatada por el universo fuera del control del Creador. Si tal molécula existiera, supondría un crítico dolor de cabeza eterno.[30]

Conviene notar que ninguna de estas citas se restringe al destino humano, sino que atribuye todo lo que hay en el universo, incluyendo el comportamiento de las moléculas individuales, al control directo de Dios, lo cual, por supuesto, plantea la pregunta de qué queremos decir con "control". Aquí se entremezclan asuntos de gran profundidad. Tenemos muy poca idea de lo que son la conciencia y la mente humana, y qué podemos decir ya de Dios, que no es materia sino Espíritu. No tenemos ninguna noción real de lo que significa que Dios, que es Espíritu, haya creado la materia, y mucho menos que haya creado mentes fuera de la suya. La mente humana refleja la imagen de Dios. Igual que la mente de Dios, puede controlar las moléculas. Yo puedo decidir mover mi brazo, y las moléculas que lo constituyen me obedecen. Si pronuncio la palabra "fuego" en una habitación llena de gente, puedo "controlar" las moléculas constituyentes de los cuerpos de mucha gente para que salgan corriendo a la calle.

Helm y Sproul no parecen apreciar que, si Dios toma el mando y "controla directamente" las moléculas de mi brazo, por ejemplo, cuando lo giro para golpearte, mi responsabilidad desaparece y dejo de ser plenamente humano. Indudablemente, lo que hay de más remarcable en la creación de mentes humanas a imagen de Dios es que él ha elegido cederles, hasta cierto punto al menos, una capacidad real de actuar de manera independiente de su control directo. En otras palabras, la libertad humana es real.[31]

Soy consciente de que mi lista de ejemplos es muy breve y no hace justicia a la inmensa cantidad de investigación *histórica* disponible en la bibliografía sobre el tema. La mención que he hecho de Lutero y Calvino puede que lleve a quienes conocen dicho material histórico a protestar porque no le he concedido la debida valoración al amplio rango de enseñanzas de los grandes reformadores en estos temas. Es perfectamente correcto. Hay, por ejemplo, mucho por deliberar acerca de lo que de verdad quería decir Calvino cuando hablaba de predestinación, y cómo debe de entenderse a la luz del hecho de que él creía en un cierto grado de

libre albedrío. Richard Muller argumenta con gran poder de convicción en su reciente libro que hay una enorme variedad entre los teólogos de tradición reformada del siglo XVII, muchos de los cuales hasta se oponen al determinismo. Cataloga como importante el libro *Reformed thought on Freedom* [El pensamiento reformado acerca de la libertad],[32] y cita una reseña que Keith Stangin hizo de dicha obra: "Esta investigación histórica plantea un desafío tácito para los calvinistas modernos, especialmente aquellos que suscriben un determinismo metafórico que trae consigo conclusiones teológicas intolerables", tales como, añade Muller, "la identificación de Dios como el autor del pecado y la eliminación de la responsabilidad moral humana".[33]

Muller también apunta que:

> El debate se hizo significativamente más complejo cuando algunos pensadores reformados del siglo XVIII adoptaron la premisa de las nuevas filosofías racionalistas y mecanicistas y argumentaron abiertamente a favor de una lectura determinista de la doctrina reformada. El pensamiento de Jonathan Edwards es paradigmático de este nuevo determinismo y, en la medida en que Edwards ha sido identificado como "calvinista", su obra es la causa de que más recientemente se identifique la teología reformada como determinista.[34]

Más aún, Muller ofrece un fascinante análisis de la influencia de los eruditos patrísticos y medievales en el pensamiento protestante inicial demostrando una oposición aún más temprana al determinismo. En particular, discute las actitudes de Aristóteles, Agustín, Aquino y Duns Scoto hacia el determinismo, y cuál fue en realidad su influencia sobre reformadores como Calvino.

Además, existe también gran cantidad de bibliografía *filosófica* sobre estos temas, mucha de la cual se dedica a discutir si varias opiniones deterministas como las listadas arriba pueden, a pesar de todo, considerarse compatibles con distintas maneras de entender el libre albedrío humano, y a explicar cómo serían compatibles. Existen muchos tipos distintos de compatibilismo e incompatibilismo, y hay filósofos que rechazan ambos. El tema es a la vez intrigante y complejo, y los dos libros de Kevin Timpe: *Free Will: Sourcehood and its Alternatives* [El libre albedrío: Sus fuentes y alternativas] y *Free Will in Philosophical Theology* [El libre albedrío en la teología filosófica] conforman una excelente introducción. Desafortunadamente, no podemos dedicarle más tiempo a estos interesantes e importantes temas. Porque, cualesquiera que sean las

conclusiones a las que lleguemos acerca de lo que Calvino y sus sucesores creían en realidad sobre el determinismo y el libre albedrío, resulta, sin duda, razonable decir que estos teólogos fueron cuanto menos instrumentales a la hora de llevar a mucha gente, entonces y ahora, a ser deterministas de uno u otro tipo. Muller lo confirma:

> Estas asunciones acerca de la naturaleza determinista del calvinismo han sido absorbidas tanto positiva como negativamente en gran parte de la bibliografía moderna que trata el tema de la voluntad divina y su relación con la libre elección humana, con el resultado de que el pensamiento calvinista o reformado se ha adscrito, casi uniformemente, tanto por sus adversarios como por sus defensores, a un tipo de determinismo, a menudo el compatibilismo o determinismo suave, con poca o ninguna preocupación por la posible aplicación anacrónica de los términos.
>
> Resumiendo, la línea dominante en las discusiones modernas ha entendiendo la teología reformada del siglo XVI (y XVII) como una variedad del fatalismo o del determinismo, a pesar de que los iniciales reformadores modernos afirmaran todo lo contrario.[35]

A la luz de todo esto, no considero que mi misión con este libro sea ni establecer de manera precisa e histórica lo que, por ejemplo, pensadores desde Calvino hasta Edwards enseñan, ni intentar analizar el compatibilismo desde un punto de vista filosófico, sino más bien ver lo que las Escrituras nos enseñan sobre el libre albedrío y el determinismo. Es obvio que no tiene ningún sentido defender la compatibilidad entre la opinión X sobre el determinismo y la opinión Y sobre libertad humana y responsabilidad si la opinión X, o la opinión Y, o las dos no son, en primer lugar, consistentes con las Escrituras.

La cuestión que nos inquieta principalmente va antes que todo esto, y es *¿qué es lo que enseña la Escritura?* He utilizado el término "inquieta" de manera deliberada, puesto que no nos referimos solamente a una cuestión intelectual sino también pastoral, ya que el determinismo teísta confunde a mucha gente.

Ninguno de los creyentes en Dios podemos permitirnos dar una impresión errónea de Dios al público en general, y mucho menos una que lleve a la gente a cuestionarse su bondad y amor, o incluso su propia existencia.

Sin embargo, eso es precisamente lo primero que ocurre. Porque la reacción inmediata al contenido de la secuencia de citas que acabo de citar no suele surgir de un detallado conocimiento de las Escrituras sino de una lógica y razonamiento

elemental sobre moral. Se suele explicar así: si Dios microgestiona el universo entero a la manera esbozada arriba, de modo que causa incluso el pecado y el desastre, y si eso es lo que significa la soberanía de Dios, entonces Dios no es más que un dictador o un monstruo moral. ¿Cómo podemos nosotros ser seres morales, capaces de realizar actos moralmente significativos, si nuestro comportamiento está complemente determinado por una predestinación divina absoluta? ¿Cómo puede nadie creer que Dios es bueno, o que es un Dios de amor, si establece el destino humano como un ajedrecista experto o un titiritero, sin importarle la respuesta de los humanos involucrados? ¿Han sido unos creados para la felicidad eterna y otros para el tormento eterno? Y, por supuesto, si Dios causa el pecado de esta manera tan directa, ¿qué sentido tienen conceptos como los de un Dios justo o el bien y el mal?

A estas alturas existe una chocante similitud entre las formas teístas y ateas de determinismo, puesto que ambas, de manera lógica, arrebatan la moralidad de todo su sentido. Podríamos llamar a la variante ateísta *determinismo desde abajo*, puesto que considera que los seres humanos y su comportamiento no son más que el producto de la física y la química de la sustancia base del universo. Podemos ver la forma teísta un *determinismo desde arriba*, puesto que considera que los seres humanos y su comportamiento no son más que productos determinados de una voluntad divina inexorable y sobrecontroladora que está por encima de ellos.

David Bentley Hart hace la siguiente observación:

> Llega un momento en que una explicación llega a ser tan comprehensiva que acaba no explicando nada porque se convierte en una mera tautología. Esto es lo que ocurre siempre en el caso del determinismo puro. Aseverar que cada contingencia finita es única e inequívocamente el efecto de una sola voluntad que maneja todas las cosas (sin el misterio más profundo de una libertad creada) es sencillamente aseverar que el mundo es lo que es, puesto que cualquier distinción significativa entre la voluntad de Dios y la simple totalidad de la eventualidad cósmica ha colapsado… Semejante Dios al final del día no es más que voluntad y, por lo tanto, no más que un evento bruto infinito; y la única adoración que semejante Dios puede evocar es una coincidencia casi perfecta de fe y nihilismo.[36]

No es de extrañar que nos encontremos, a ambos lados del espectro ateo-teísta, a quienes mantienen que el libre albedrío humano es una ilusión. Esta idea nos

lleva directamente, no solo a la dificultad moral ya mencionada, sino también a una dificultad intelectual de gran calibre.

John Polkinghorne, físico y cristiano, explica:

> Según la opinión de muchos pensadores, la libertad humana está íntimamente conectada con la racionalidad humana. Si fuéramos seres deterministas, ¿qué validaría la afirmación de que nuestra expresión constituye un discurso racional? ¿No serían los sonidos que salen de nuestras bocas, o las marcas que hacemos en el papel, nada más que las acciones de un autómata? Todos los defensores de teorías deterministas, ya sean sociales y económicas (Marx), sexuales (Freud), o genéticas (Dawkins y E. O. Wilson), necesitan un descargo de responsabilidad encubierto a su propio nombre en el que se excluyan sus propias contribuciones en caso de despido.[37]

La cuestión es que el determinismo causal no puede ni siquiera afirmarse de manera efectiva, puesto que, si fuera verdad, entonces la propia afirmación estaría determinada, por lo que no sería una creencia formada libremente en base a un análisis de la evidencia disponible a favor y en contra. La afirmación es, por lo tanto, irracional. Además de eso, es habitual que los deterministas intenten convencer a los no deterministas para que se conviertan al determinismo. Pero con ello asumen que los no deterministas son libres de convertirse y, por lo tanto y, en primer lugar, su no determinismo no está determinado. El coste de mantener que el libre albedrío humano es una ilusión es demasiado alto, puesto que implica la invalidez no solo de la moral humana sino de la razón humana.

Por lo tanto, nos vamos a centrar ahora en los problemas morales que presenta el determinismo.

---

1. S. Hawking y L. Mlodinow, *The Great Design* (Bantam Press, 2010), 45.
2. S. Hawking y L. Mlodinow, *The Great Design* (Bantam Press, 2010), 47.
3. R. Dawkins, *Out of Eden* (Basic Books, 1992), 133.
4. S. Harris, *The Moral Landscape* (Free Press, 2010), 102–12.
5. *The Chronicle Review*, marzo 2012.
6. W. Singer y G. Roth en *Gehirn und Geist*, 2004.
7. W. Prinz, "Der Mensch ist nicht Gespräch", en C. Geyer (ed.), *Hirnforschung und Willensfreiheit*, Frankfurt, Suhrkamp, 2004.
8. T. Nagel, *Mind and Cosmos* (OUP, 2012).

9. P. Tse, *The Neural Basis of Free Will: Criterial Causation* (MIT Press, 2013).

10. C. S. Soon et al., "Unconscious Determinants of Free Decisions in the Human Brain", *Nature Neuroscience*, 11, 2008, 543–45.

11. M. Gazzaniga, "Free will is an illusion, but you are still responsible for your actions", *Chronicle of Higher Education*, 18 de marzo de 2012.

12. S. Harris, *Free Will* (Simon y Schuster, 2012), 64. "Nuestro sentido de nuestra propia libertad se debe a no prestar atención a lo que de verdad significa ser lo que somos. En el momento en el que le prestamos atención, comenzamos a ver que el libre albedrío no se encuentra por ningún lado, y que nuestra subjetividad es perfectamente compatible con la verdad".

13. T. Lewens, *The Meaning of Science* (El significado de la ciencia), Londres, Pelican, 2015, 231.

14. *The Oxford Handbook of Free Will*, 70.

15. T. Lewens, *The Meaning of Science* (Pelican, 2015), 250.

16. H. McMahon, "How free is our free-will?", *Cambridge Papers*, vol. 25, nº. 2, junio 2016.

17. B. Falkenburg, *Mythos Determinismus: Wieviel Erklärt uns die Hirnforschung?* (Springer-Verlag, 2012).

18. Juan 1:14.

19. C. S. Lewis, *Miracles* (Simon and Schuster, 1996), 139.

20. T. Nagel, *Mind and Cosmos* (OUP, 2012), 35.

21. Estas no son, por supuesto, las únicas alternativas, pero son aquellas en las que este libro se centra.

22. A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (Harper, 1961), capítulo 22

23. A. Plantinga, *God and Other Minds* (Eerdmans, 1977), 132.

24. M. Luther, *The Bondage of the Will* (Baker, 1990), 217.

25. J. Calvin, *Institutes of Christian Religion*, III, xxi, 5.

26. M. Luther, *The Bondage of the Will* (Baker, 1990), 53.

27. B. B. Warfield, "Biblical Doctrines", art., "Predestination", p. 9, citado en L. Boettner, *The Reformed Doctrine of Predestination* (P & R Publishing, 1971), 31–32.

28. P. Helm, *The Providence of God* (*La providencia de Dios*) (IVP, 1993), 22.

29. E. H. Palmer, *The Five Points of Calvinism* (Baker, 2009), 30. Deberíamos señalar, sin embargo, que la Confesión de Westminster declara explícitamente que "Dios no es autor del pecado"; Art. 3, Pár. 1.

30. R. C. Sproul, *What Is Reformed Theology?* (Baker, 2016), 172. En otro lugar, Sproul dice que quien no se lo crea es porque es ateo. Irónicamente, reemplazando Dios por la naturaleza, es justamente eso lo que el ateísmo determinista cree.

31. Recomiendo al lector interesado en saber más acerca de mis opiniones sobre mente y materia que lea mi capítulo en R. A. Varghese (ed.), *Missing Link* (University Press of America, 2013).

32. Willem J. van Asselt (ed.), (Baker Academic, 2010).

33. R. Muller, *Divine Will and Human Choice* (Baker Academic, 2017), 30–31.

34. Ibíd., 19.

35. Ibíd., 21–22.

36. D. B. Hart, *The Doors of the Sea* (Eerdmans, 2005), 29–30.

37. J. Polkinghorne, *Science and Theology* (SPCK, 1998), 58.

03
Reacciones al determinismo: el problema moral

Las actitudes hacia el determinismo varían enormemente. Hay exateos para quienes la desolación del determinismo fue lo que desencadenó su viaje hacia el cristianismo. Por otro lado, hay cristianos que mantienen que la soberanía absoluta es uno de los atributos divinos más gloriosos y debe protegerse a toda costa, incluso si conduce a algunos a la conclusión (para mí, espantosa) de que Dios es la causa directa de todos los desastres y tragedias, e incluso del propio pecado.

Otros, que podrían verse tentados a estar de acuerdo, se retraen no obstante ante lo que parecerían ser las implicaciones lógicas de sus opiniones. Una cosa es creer, como parte del cristianismo más esencial, que vivimos en un mundo en el que nada ocurre sin el permiso de Dios, o incluso su presciencia; pero algo completamente distinto sería ir mucho más allá y asumir que todo lo que pasa, incluyendo el mal, ha sido meticulosamente planeado y forzado a ocurrir por Dios, independientemente de cualquier otra consideración. Resulta difícil de imaginar que alguien pueda aceptar que semejantes ideas deterministas, tan extremas, sean ni siquiera remotamente cristianas. Parecen estar infinitamente lejos de describir al Dios de amor que nos ha sido revelado en Jesucristo, o al Dios que condena el mal y nos dice que debemos evitarlo. Y, sin embargo, ¿cómo puede uno condenar algo que Dios ha predeterminado que debe ocurrir? Por lo tanto, como hemos visto, este tipo de determinismo abole el propio concepto de maldad.

No es de extrañar que muchos simpaticen instintivamente con la apasionada reacción de David Bentley Hart al decir que el determinismo teológico

> requiere que creamos en y amemos a un Dios cuyos buenos fines serán llevados a cabo, no solo a pesar de, sino enteramente por medio de, cada crueldad, cada miseria aleatoria, cada catástrofe, cada traición, cada pecado que el mundo haya conocido… Resulta realmente extraño buscar la paz en un universo transformado en moralmente inteligible a costa de un Dios

transformado en moralmente detestable.[1]

La idea de Bentley Hart de que, de alguna manera, la gloria de Dios se incrementa con cada evento trágico que ocurre es una reminiscencia de lo que Iván le dice a Aliocha en la obra maestra de Dostoyevsky, *Los hermanos Karamazov*:

> Respóndeme con franqueza. Si los destinos de la humanidad estuviesen en tus manos, y para hacer definitivamente feliz al hombre, para procurarle al fin la paz y la tranquilidad, fuese necesario torturar a un ser, a uno solo, a esa niña que se golpeaba el pecho con el puñito, a fin de fundar sobre sus lágrimas la felicidad futura, ¿te prestarías a ello? Responde sinceramente.

Iván mantiene al final que no rechaza a Dios, pero en vista del atroz mal que existe en el mundo, y en particular la crueldad perpetrada contra niños pequeños, no consigue obligarse a creer en la reconciliación final de todas las cosas y la armonía universal prometida en la Biblia. Tampoco desea formar parte de esa armonía bajo los términos y condiciones que (él imagina) la Biblia establece:

> No quiero armonía. Mi amor a la humanidad me impide desear esa armonía. Prefiero conservar mis dolores y mi indignación no rescatados, ¡aunque me equivoque! Además, se ha enrarecido la armonía eterna. Cuesta demasiado la entrada. Prefiero devolver la mía. Como hombre honrado, estoy dispuesto a devolverla inmediatamente. Ésta es mi posición. No niego la existencia de Dios, pero, con todo respeto, le devuelvo la entrada.[2]

No resulta extraño encontrarse con gente que dicen que se han vuelto ateos porque la versión del teísmo que se les presentó era determinista y contradecía su sentido moral. Más aún, cada vez hay más gente dentro de la comunidad cristiana a la que estas opiniones les molestan, si no les repelen.

Por ejemplo, padres preocupados preguntan qué le pueden responder a su hijo cuando les pregunta: “Para qué voy a tener que molestarme en pensar en Dios si tu iglesia me enseña que, si tengo que ser salvo, seré salvo, y no puedo hacer nada ni en un sentido ni en otro, así que no merece la pena preocuparme por ello”; o la hija que les confronta con: “No puedo seguir creyendo en vuestro Dios. ¿Cómo puedo creer en un Dios que fijó mi destino eterno antes de que yo naciera para que yo no pueda hacer nada con ello? ¿Cómo puedo creer en un Dios que participa activamente en el mal? ¿No es esto no solo injusto sino también inmoral? Si semejante Dios existe, ni es amoroso ni es bueno; eso es evidente”.

Estoy de acuerdo. Habiendo visitado Auschwitz varias veces y habiendo sido confrontado con la evidencia del mal consumado a escala industrial, yo tampoco podría creer en semejante Dios. En cierto sentido, eso debería poner punto final al asunto. El argumento moral tiene ciertamente el suficiente peso como para invalidar las teorías del determinismo divino. El problema, sin embargo, es que todas esas teorías están a menudo tan bien envueltas en citas bíblicas y terminología cristiana que muchas de las claramente inaceptables implicaciones del determinismo divino quedan rodeadas de misterio: un misterio que no se nos permite cuestionar. Algunos hasta sostienen que la solución subyace en el hecho de que Dios tiene dos voluntades: una es secreta, y es salvar solo a quienes él ha elegido incondicionalmente para la salvación; la otra es revelada, y es que desea que todo el mundo sea salvo. Otra manera menos caritativa de explicarlo es que las inaceptables implicaciones del determinismo quedan veladas por la niebla intelectual y la contradicción, en una confusión irresoluble.

Utilitarismo cristiano

Otro intento de evitar el problema es decir que todo, incluyendo el mal, es causado directamente por Dios en pro de un bien mayor. Para hacerlo plausible, se suele citar la contribución que el sufrimiento puede hacer al desarrollo del carácter, etc. (el llamado argumento del "bien mayor"), lo cual es una versión del utilitarismo.

No se puede negar que el Nuevo Testamento enseña que Dios *permite* que su pueblo sufra para enseñarles acerca de su gracia. Pablo es un buen ejemplo. Pero usar ese argumento para decir que Dios es la *causa directa* de horrible abuso o asesinato de un niño, como en la historia de Dostoyevsky, y a menudo en la vida real, va mucho más allá de la enseñanza bíblica y, desde una perspectiva moral, es profundamente reprensible.

¿Y qué podemos decir de aquellos que tratan de vindicar a Dios en semejantes situaciones sugiriendo que, a pesar de que él es quien causa que la gente haga el mal, ellos son, en última instancia, responsables de ello, mientras que, por increíble que parezca, Dios no lo es? Yo no tengo ni siquiera la capacidad de imaginarme cómo la gente es capaz de sugerir semejantes cosas sin, al parecer, darse cuenta del monstruo en que convierten de Dios.

G. K. Chesterton fue franco en su juicio:

> Los calvinistas tomaron de los católicos la idea del conocimiento y poder

> absoluto de Dios, y lo trataron como si fuera una firme e irreducible obviedad tan sólida que cualquier cosa podría construirse encima, fuera lo devastador o cruel que fuera. Tenían tanta confianza en su lógica, y este es uno de los primeros principios dela predestinación, que torturaron al intelecto y a la imaginación con tan espantosas deducciones acerca de Dios, que parece que acabaron convirtiéndolo en un demonio.[3]

En otro intento de evitar las obviamente negativas implicaciones de sus opiniones, algunos teólogos deterministas, una vez que han afirmado que Dios es la causa de todo, hasta del movimiento de último átomo y de cada uno de los pensamientos humanos, proceden a contradecirse a sí mismos haciendo una pirueta y manteniendo que, a pesar de ello, el mal no es directamente causado por Dios. Es más bien que él lo permite. Pero esto no tiene ningún sentido. Existe una enorme y crítica diferencia entre causalidad y permiso. Imagina que, como padre, permito que mi hijo se monte en su bicicleta en la calle y muere en un accidente. Hacerme responsable de causar el accidente sería perversamente injusto y una carga demasiado pesada de llevar. No; debemos de ser muy claros en cuanto a la distinción fundamental entre causalidad y permiso.

No es de extrañar, por lo tanto, que las afirmaciones que difuminan esa distinción se vuelvan engañosamente ambiguas y confusas, como, por ejemplo, cuando R. C. Sproul escribe: "Lo que Dios permite, decreta permitirlo".[4] Esto podría interpretarse como que Dios ha decretado que seamos seres morales libres y podamos decidir por nosotros mismos hacer el bien o el mal. Pero eso no parece ser lo que Sproul cree. Semejante confusión puede ser perfectamente una muestra del conflicto interno que surge cuando la gente ve a dónde les lleva la lógica de sus argumentos y, en realidad, no les gusta.

John Piper, el más prominente defensor contemporáneo del determinismo, cita a Jonathan Edwards con un efecto similarmente desconcertante

> Dios es, dice Edward, "el permitidor… del pecado; y al mismo tiempo, un disponedor del estado de los eventos, de tal manera, por sabia, santa y de fines y propósitos más sabios y excelentes, que el pecado, si es permitido… ocurrirá cierta e infaliblemente".[5]

La profundidad de la bruma intelectual resultante queda demostrada por la increíble postura que algunos sostienen de que Dios causa directamente la maldad humana que él mismo prohíbe expresamente. Ninguna súplica ni sofistería teológica puede hacer que semejante opinión sea menos que grotesca y

completamente inaceptable para una persona moralmente sensible. Después de todo, uno de los conceptos bíblicos clave es el arrepentimiento del pecado. Significa un cambio de mentalidad, estar de acuerdo con Dios de que lo he hecho está mal. Lleva consigo el reconocimiento implícito de que yo tenía libertad (libertaria) para hacer otra cosa. Por lo tanto, el arrepentimiento carece de sentido si Dios ha causado que yo peque. Y, de todas maneras, como me han preguntado muchas veces a bocajarro, ¿cómo podemos decir que Dios ama al mundo si ha creado una buena parte de él para que vaya al infierno?

Me imagino que algunos de mis lectores estarán pensando que todo esto es una exageración: seguramente nadie podría sugerir semejantes cosas de manera seria. Sin embargo, el propio Calvino escribió:

> En resumen, puesto que se considera que la voluntad de Dios es la causa de todas las cosas, he hecho de su providencia el principio determinativo para todos los planes y obras humanos, no solo para mostrar su poder sobre los elegidos, que están gobernados por el Espíritu Santo, sino también para compeler a los reprobados a la obediencia.[6]

Es decir, la providencia de Dios es igualmente determinante del bien y el mal. Resulta interesante ver que Calvino dice que *él* ha hecho de la providencia de Dios el principio determinante para toda la actividad humana. Una afirmación enorme. El que sea fiel a las Escrituras o no ya es otra historia.

Una cosa es decir *mi vida entera está en tus manos* porque las Escrituras lo enseñan (Salmo 31:15). Si eso es lo que significa la soberanía de Dios, es verdadero, maravilloso y muy reconfortante. Otra cosa muy distinta es incluir bajo el mismo concepto de "soberanía" lo que Gordon H. Clark dice: "Me gustaría afirmar franca e intencionadamente que, si un hombre se emborracha y mata a tiros a su familia, era la voluntad de Dios que lo hiciera…" y aun así, Clark mantiene que Dios no es responsable del pecado a pesar de que lo decreta.[7] Y la misma regla de tres se aplica al Holocausto, los campos de exterminio, el ISIS, ¿no? ¿Cómo puede ser este el mismo Dios que dice: *No matarás* (Éxodo 20:13)?[8]

Bentley Hart pone el dedo en la llaga de lo que está ocurriendo para producir opiniones tan extremas: el colapso de la tan importante distinción entre voluntad y permiso. Escribe:

> Pero cuando se excluye cualquier distinción relevante entre voluntad y permiso, y cuando la causalidad transcendente del Dios creador se confunde con la red inmanente de causación que constituye el mundo de nuestras

> experiencias, es imposible imaginar que lo que Dios desea no pueda conectarse inmediatamente con lo que ocurre en la realidad, y por ende, tanto la autoridad de las Escrituras como la justicia de Dios caen ante la inexorable lógica de la soberanía divina absoluta.[9]

Hart rastrea esta idea hasta el propio Calvino (*Institutes III*), que escribió que Dios predestinó la Caída del hombre para demostrar su grandeza tanto en la salvación como en la condenación de aquellos a quienes ha predestinado eternamente a sus destinos. Calvino añade que esto "no debe parecer absurdo", ¡lo cual muestra que él mismo anticipa correctamente que puede parecerlo!

John Piper hace de la noción de Dios "demostrando su grandeza" por medio de su absoluto control soberano una piedra angular de lo que llama "la vindicación de Dios". Cita la opinión de Jonathan Edwards de que la grandeza de Dios se muestra por medio del ejercicio de su voluntad absoluta e integral:

> Es apropiado que el resplandor de la Gloria de Dios sea completo; es decir, que todas las partes de su gloria deberían resplandecer… Por lo tanto, es necesario que se manifiesten la terrible majestad de Dios, su autoridad y su temible grandeza, justicia y santidad. Pero esto no podría ocurrir a no ser que el pecado y el castigo hubieran sido decretados; de manera que el resplandor de la gloria de Dios fuera muy imperfecto, tanto porque esas partes de la divina gloria no resplandecerían como las otras lo hacen, como también porque la gloria de su bondad, amor y santidad palidecería sin ellos; no, apenas podrían resplandecer en absoluto.[10]

Piper lo explica así: "Dios es más glorioso por haber concebido y creado y gobernado un mundo como este con toda esta maldad".[11] Decir que esto se hace difícil de aceptar es un eufemismo. Por ejemplo, si el mal ocurre en última instancia necesariamente de acuerdo al inexorable decreto de Dios, ¿cómo puede el pecado tener sentido alguno? Viene a la mente la mordaz denuncia del deísta Voltaire del choque moral que semejante teodicea suscitaba. Se encuentra en el poema que escribió tras el terrible terremoto que sacudió Lisboa en 1755 y que mató a unas sesenta mil personas:

> Tout est bien, dites-vous, et tout est nécessaire.
> Quoi! L'univers entier, sans ce gouffre infernal,
> sans engloutir Lisbonne, eut-il été plus mal?
>
> [Todo está bien, dices, y todo es necesario.
> ¡Qué! ¿El universo entero, sin este abismo infernal,

sin haberse tragado a Lisboa, habría sido peor?].

Para una evaluación detallada del argumento de Piper remito al lector al artículo de Thomas McCall que muestra (convincentemente, en mi opinión) que las Escrituras no apoyan las opiniones de Piper.[12]

El que Dios sea la causa directa del mal probablemente suponga la implicación más seria del determinismo teísta. Pero tiene también otras implicaciones, cuestiones muy prácticas de la fe cristiana y el testimonio, que suelen surgir con frecuencia en las conversaciones. Por ejemplo, cuando alguien me dice: "Ojalá tuviera yo tu fe en Dios. Pero qué va, no me ha pasado. Igual Dios me la da algún día, pero mientras tanto, he oído en la iglesia que no hay nada que yo pueda hacer para remediarlo". La impresión que se da es que la fe es algo que, o bien, te "pasa", o bien no, sin ninguna acción ni participación por tu parte. El que tengas o no fe va a depender única y exclusivamente de Dios. También puede que te hayan contado que, si la salvación necesitara de una respuesta de tu parte, se podría decir que tú estarías contribuyendo a tu propia salvación, y eso anularía el hecho de que la salvación es una obra exclusiva de Dios.

En la misma línea, algunos teólogos deterministas acusan a gente como yo, que discuten y debaten con ateos y agnósticos, de estar perdiendo el tiempo. "No tiene ningún sentido usar argumentos para defender la fe cristiana", dicen. "Después de todo, quienes no creen en Dios están 'muertos en sus delitos y pecados', así que no tienen mayor capacidad de responder a tus argumentos de la que tendría un perro muerto de responder a la orden de levantarse. De todas maneras, a no ser que Dios los haya escogido para salvación, nunca van a responder, hagas tú lo que hagas".

Debemos tomarnos esas reacciones muy en serio. En su conjunto, este no es un debate entre quienes son teológicamente irresponsables y quienes lo único que quieren es encontrarle defectos al cristianismo, sino que incluye a gente que está luchando por intentar entenderse a sí mismos, al mundo que les rodea y cómo Dios se relaciona con todo ello. La gente sí que piensa sobre los grandes temas de la soberanía de Dios y la libertad y responsabilidad humana, y es importante que quienes afirman ser cristianos hagan un esfuerzo para sentarse a su lado y escuchar con atención lo que tienen que decir.

Precedentes históricos

El debate interno sobre estos temas tiene una larga y compleja historia, como lo

muestran en particular las controversias entre Agustín y Pelagio en el siglo V; Lutero y Erasmo, y Calvino y Arminio en el siglo XVI; y Whitefield y Wesley en el XVIII.

No obstante, el debate no ha quedado en absoluto confinado al pasado. Colin Hansen, en su libro publicado en 2009 *Young, Restless and Reformed: A Journalist's Journey with the New Calvinists* [Joven, inquieto y reformado: Viaje de un periodista con los nuevos calvinistas], escribe una crónica del despertar de un movimiento que ha surgido, según su opinión, parcialmente debido a la superficialidad que se percibe en muchas iglesias, lo que ha empujado a muchos a adoptar lo que consideran una teología mucho más sólida proveniente de las generaciones pasadas. Este movimiento, que defiende en particular el legado de Jonathan Edwards, se asocia hoy en día con influyentes autores y oradores de la talla de R. C. Sproul, John MacArthur y John Piper. La revista *Time* llamó a este "nuevo calvinismo" una de las "diez ideas que están cambiando el mundo hoy en día".

Es perfectamente comprensible que un sistema teológico que parece poseer un considerable peso intelectual e histórico atraiga a tanta gente joven que va a la búsqueda de algo más glorioso y divino. Están hartos de ese tipo de cristianismo aguado, superficial y ubicuo, que deja muy poco espacio para una reflexión bíblica sólida, y demasiado para unos esquemas cómodos, suaves y centrados en uno mismo que buscan el bienestar del ser humano creando un dios a su propia imagen. Simpatizo con esta reacción. La falta de profundidad teológica y conocimiento bíblico en muchos contextos que se profesan cristianos es deplorable, por lo que resulta muy alentador ver a la gente joven tomándose las Escrituras en serio y pasando tiempo con ellas para descubrir lo que dicen.

Sin embargo, cuando algunas de las enseñanzas fundamentales que se presentan a gente tan joven se inclinan tanto hacia el lado determinista del espectro que parecen poner en duda el amor y la bondad de Dios, y en consecuencia alienan a quienes están empezando a pensar en el cristianismo, debemos ciertamente revisar la validez de la interpretación de las Escrituras que se halla tras esa enseñanza. En este marco, merece la pena leer el libro de Austin Fischer, *Young, Restless, No Longer Reformed* [Joven, inquieto, pero ya no reformado].[13] Fischer cuenta su historia con claridad, honestidad y sin rencor.

Los cinco puntos del calvinismo

Uno de los legados de la controversia entre los seguidores de Calvino y los de Arminio es la sistematización de las cuestiones principales del calvinismo en lo que se conoce como Los cinco puntos del calvinismo. Se discutieron en el Sínodo de Dort entre 1618-19, convocado cincuenta y cinco años después de la muerte de Calvino para responder a los seguidores de Jacobo Arminio (a quienes se llamó remonstrantes). Estos puntos de doctrina se conocen normalmente con el acrónimo TULIP:

T – Depravación total [Total depravity]

U – Elección incondicional [Unconditional Election]

L – Expiación limitada [Limited Atonement]

I – Gracia irresistible [Irresistible Grace]

P – Perseverancia de los santos [Perseverance of the Saints]

Estos puntos se presentan utilizando una terminología ligeramente distinta en la que se considera una obra clásica sobre el tema, escrita en 1932 por Loraine Boettner, y titulada *The Reformed Doctrine of Predestination* [La doctrina reformada de la predestinación].[14]

Parte de este acrónimo (depravación total, elección incondicional, gracia irresistible) nos puede ayudar en esta fase a trazar un mapa de las líneas principales de algunos de los problemas que trataremos en este libro. El esquema comienza con un análisis del estatus de los seres humanos tras la entrada del pecado en el mundo. Se afirma que son unos completos depravados, lo cual quiere decir que no solo son totalmente incapaces de merecer la salvación de Dios, sino también de responder a Dios de ninguna manera, igual que un cadáver en el fondo del océano está absolutamente imposibilitado para aferrarse y confiar en el salvavidas que le lanzan.

Por lo tanto, lo lógico es que para que la gente pueda responder y confiar en Dios, se les debe de dar vida, es decir, deben de ser regenerados por un acto de Dios. Así pues, la regeneración debe preceder a la fe. Los receptores de este acto regenerador de Dios son elegidos (escogidos) incondicionalmente por Dios en su soberanía predestinadora, sin que los seres humanos puedan intervenir en modo alguno. La sucesión correlativa inmediata de la predeterminación de este acto soberano de Dios es que es completamente irresistible.

Sin embargo, el destino de los no-escogidos se contempla de distintas formas, bien como igualmente determinado, bien como culpable o bien como ambos

("doble predeterminación"). Lo que resulta central a todo el esquema es el llamado *ordo salutis*, el orden de la salvación, en el cual se basa. El orden propuesto es: predeterminación y elección incondicional, regeneración, fe, salvación.

La P en TULIP representa la perseverancia (o preservación) de los santos y plantea una cuestión muy importante que es parte de la motivación para escribir este libro. Expresándolo de manera algo más cruda y quizás más reconocible, la pregunta es: ¿puede perderse un hijo de Dios? Para muchos cristianos, tener la seguridad de la salvación es una cuestión que les causa gran preocupación, y llega incluso a confundirles, puesto que, una vez más, las opiniones sobre este tema están divididas. Esta división se expresa a veces en términos de las diferencias entre el calvinismo y el arminianismo. La doctrina de la perseverancia de los santos (P) en el esquema TULIP está íntimamente conectada con la doctrina de la elección incondicional (U) por razones obvias: si Dios predetermina, si Dios escoge, entonces (esencialmente por definición) el escogido no puede pasar a ser no escogido; creyentes auténticos no pueden convertirse en no creyentes. Perseverarán. Por eso algunos prefieren el término "preservación de los santos", descripción más precisa del asunto en cuestión.

Hay, sin embargo, un problema. Una cosa es mantener que el elegido perseverará, y otra completamente diferente es estar personalmente seguro de que uno de verdad pertenece al rango de los escogidos. La historia muestra, de manera más bien paradójica, que sostener P y U no conduce necesariamente a una seguridad genuina y profunda de salvación. Una cosa es creer que Dios predestina a algunos a salvación y otros al rechazo, y otra muy diferente es saber en qué categoría entras tú.

Si le preguntamos a alguien que defienda esta postura cómo sabe una persona si es o no uno de los escogidos, elegidos por Dios sin que ellos puedan intervenir en modo alguno (por supuesto que no con sus méritos, pero ni siquiera tampoco con su fe), descubriremos, de nuevo de manera algo paradójica, que su seguridad sí que depende esta vez de la valoración que ellos mismos hagan de su propio comportamiento.

Por otra parte, hay mucha gente que mantiene que, si de verdad existe algún tipo de libertad humana, debe ser posible entonces para los creyentes renunciar a la salvación y perderla de verdad. Citan como evidencia los famosos "pasajes de advertencia" de Hebreos 6 y 10. Esta suele ser una opinión característica

“arminiana”.

Bendita seguridad

El tema de qué seguridad y confianza tenemos en nuestra salvación es relevante para todas las áreas del desarrollo personal cristiano y del evangelismo, porque lo que pensemos de ello reflejará lo que creemos que el evangelio es en verdad. Hoy en día son muchas las voces externas que nos dicen que es muy arrogante estar seguro de nada, y que luchan por la privatización de la expresión de una fe cristiana segura de sí misma. También está el debate teológico interno sobre el tema, al que trataremos de dos maneras en este libro: en primer lugar, nos referiremos a él cuando surja de manera natural mientras desarrollamos nuestros temas principales; y, en segundo lugar, le dedicaremos especialmente los capítulos finales, para que el tema no se pierda entre la discusión detallada del resto del libro.

Soy muy consciente de las objeciones que plantearán quienes digan que esto o aquello no es exactamente lo que ellos creen. Lo acepto. Sin embargo, estas son las creencias por las que se me pregunta constantemente y las que, por lo tanto, quiero tratar, dejándole a los lectores el poder decidir qué relevancia tienen mis respuestas para su situación particular, si es que tienen alguna.

También soy consciente de que no todos los que se consideran a sí mismos parte de lo que se llama en general tradición reformada suscriben los cinco puntos del esquema TULIP. Muchos, por ejemplo, no aceptan el tercero, y se les suele llamar “los de los cuatro puntos”. Otros están en desacuerdo con algunos de los términos utilizados. Por ejemplo, algunos usan el término “inhabilidad total” en lugar de “depravación total”, y otros han reemplazado “expiación limitada” por “expiación determinada” o “redención particular”. Hay quien piensa también que para poder ser calvinista, hace falta afirmar mucho más de lo que afirman estos cinco puntos, añadiéndoles por ejemplo la doctrina del bautismo infantil, considerar los sacramentos como medios de gracia y sostener una escatología amilenialista. Nos referiremos ocasionalmente al acrónimo TULIP en las partes de la discusión en las que sea relevante, pero puesto que ninguno de los términos es estrictamente bíblico, pondremos más interés en las doctrinas subyacentes y no en las etiquetas que se les ponen a las doctrinas o a la gente que las mantiene.

Existe otra importante razón que apoya este enfoque y a ello nos vamos a referir ahora.

1. D. B. Hart, *The Doors of the Sea* (Eerdmans, 2005), 99.
2. F. Dostoyevsky, *Los hermanos Karamazov*, edición online.
3. G. K. Chesterton, *The Collected Works of G. K. Chesterton*, vol. 3 (Ignatius Press, 1990), 152.
4. R. C. Sproul, *What Is Reformed Theology?* (Baker, 2016), 173.
5. "Is God Less Glorious Because He Ordained That Evil Be?", www.desiringgod.org.
6. J. Calvin, *Institutes of Christian Religion*, I, xxvii, 2.
7. G. H. Clark, *God and Evil: The Problem Solved* (The Trinity Foundation, 2004), 27, 40.
8. Para un relato más completo y matizado de este tema, véase R. Olson, *Against Calvinism: Rescuing God's Reputation from Radical Reformed Theology* (Zondervan, 2011).
9. D. B. Hart, *The Doors of the Sea* (Eerdmans, 2005), 90.
10. J. Piper, *The Justification of God* (Baker, 1993).
11. "Is God Less Glorious Because He Ordained that Evil Be?", www.desiringgod.org
12. T. McCall, "I Believe in Divine Sovereignty", *Trinity Journal*, 29NS, 2008, 205–26.
13. A. Fischer, *Young, Restless, No Longer Reformed: Black Holes, Love, and a Journey In and Out of Calvinism* (Cascade Books, Wipf and Stock, 2014).
14. L. Boettner, *The Reformed Doctrine of Predestination* (P & R Publishing, 1971).

04
Armas de distracción masiva

El problema de las etiquetas

La mención de algunos conocidos eruditos asociados con el debate nos conduce a una de las principales dificultades de la discusión, que al final no es más que la necesidad de la gente de decidir si toman para sí la etiqueta de calvinista o arminiano (o molinista, o reformado, o…). Sin embargo, me gustaría sugerir que estas mismas etiquetas conforman, en gran parte, el problema, y es algo que hay que afrontar más bien pronto que tarde si se quiere tener una discusión razonable y productiva después. Los seres humanos parecen ser propensos a utilizar etiquetas que los definan a ellos mismos y a los demás, y aquellos con inclinaciones teológicas no son la excepción. Como ejemplo inmediato, sospecho que algunos de mis lectores están ya intentando meterme en una casilla etiquetada, digamos, como calminiano.[1] Se formarán entonces una opinión de lo que escribo, o hasta de si seguirán leyendo o no, basándose solamente en esa etiqueta. Me gustaría pedirles educadamente que se abstuvieran de hacer tal cosa. Déjenme explicarles por qué.

Hace muchos años, al aceptar un compromiso académico, recibí lo que en principio tenía la intención de ser una visita de bienvenida de un grupo de colegas académicos. A lo largo de la conversación quedaron claras dos cosas. Querían hacerme una pregunta, pero no sabían muy bien cómo plantearla. Por fin, fueron capaces de formularla: "¿Eres calvinista?".

"Me pones en un aprieto", les contesté.

"¿Por qué? ¡Eso es lo último que queremos!".

"Pues a ver", respondí, "cuando pienso en Calvino, pienso en alguien que logró un gran efecto reformando la iglesia en Europa y defendiendo la centralidad de las Escrituras. El valor que tiene solamente eso es inconmensurable. E, imagino que igual que vosotros, tengo una enorme deuda con otros grandes teólogos del pasado: Wycliffe, Tyndale, Lutero y muchas otras luminarias que van más allá de

los Padres de la iglesia hasta llegar a los mismos apóstoles. He aprendido y sigo aprendiendo muchísimo de todos ellos, y muchos de mis amigos no tendrían problema alguno en describirse como calvinistas o luteranos".

"Sin embargo, si debiera revisar la larga lista de eminentes personas con quienes estoy en deuda y tuviera que decir llamarme seguidor de alguno de ellos, la verdad es que me inclinaría a elegir o bien a Pablo o a Pedro. No creo que ni Lutero ni Calvino se sintieran insultados por ello".

"Pero entonces tengo un problema. Ni siquiera eso puedo hacer, por la simple razón de que las Escrituras lo prohíben. Con plena autoridad apostólica, Pablo establece que no debemos decir yo soy de Pablo o de Apolos o de Pedro. No tenemos que etiquetarnos, ni siquiera si los nombres que aparecen en las etiquetas son los de los apóstoles. ¿Por qué no? Pablo da la razón directamente y sin rodeos: *¡Cómo! ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso Pablo fue crucificado por vosotros? ¿O es que fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?* (1 Corintios 1:13). A Pablo la mera idea le ofende".

"No sé si veis ahora el aprieto en el que me hallo. Supongamos que yo dijera que soy calvinista, ¿cómo reaccionaríais? ¿Tendríais entonces comunión conmigo por ello? Si lo hicierais, debería haceros la pregunta sugerida en la argumentación de Pablo: ¿fue Calvino crucificado por vosotros? Supongamos, por otro lado, que os dijera que no soy calvinista. ¿Disminuiría eso la posibilidad de que tengamos comunión los unos con los otros? Si así fuera, os preguntaría exactamente lo mismo: ¿fue Calvino crucificado por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Calvino?".

"Por lo tanto, no debería sorprenderos que no os responda a vuestra pregunta de la manera en que esperáis. Lo que sí me encantaría hacer, sin embargo, es discutir lo que la Biblia dice sobre los puntos de interés que compartamos, así todos podemos aprender algo".

Pero no lo hicimos. Lo único que les interesaba era encasillarme, pero no tuvieron éxito.

Y eso quizás sea lo más triste de todo. Conversaciones semejantes sobre etiquetas y sistemas suelen ocurrir sin que se mencionen siquiera las Escrituras, mucho menos que se discutan. El objetivo es etiquetar, poner a alguien en un casillero. Los participantes, una vez que se han etiquetado unos a otros, fallan estrepitosamente a la hora de abordar la cuestión: ¿qué enseñan exactamente las Escrituras sobre los temas que las etiquetas engloban?

Charles Simeon escribió una vez:

> El calvinismo es un sistema. Dios no ha revelado su verdad en un sistema; la Biblia no contiene ningún sistema. Dejad de lado los sistemas y volad a la Biblia; recibid sus palabras con sencilla sumisión, y sin tener el ojo puesto en ningún sistema. Sed cristianos de la Biblia y no cristianos de un sistema.[2]

Hay todavía más razones para rechazar adoptar la etiqueta de calvinista o arminiano, o cualquier otra etiqueta similar, porque el propio Pablo indica que el principio de rechazar etiquetas se aplica de modo mucho más amplio, como veremos más tarde en este capítulo. El hecho es que todas estas opiniones tienen muchos matices diferentes. Por ejemplo, están los que se llaman a sí mismos calvinistas, pero no están de acuerdo con todo lo que Calvino enseñó. Están también quienes no se llaman calvinistas, pero están de acuerdo con muchas de las cosas que Calvino enseñó. Lo mismo ocurre con Arminio, Lutero, Agustín, Whitefield, Wesley, etc.

Así, sabemos que existen hípercalvinistas (de al menos cuatro tipos diferentes, que yo haya podido comprobar), neocalvinistas, calvinistas resurgentes, neopuritanos y arminianos clásicos. Nos hemos topado con intentos de decidir si los arminianos son semipelagianos o semiagustinianos, y hasta hemos conocido híbridos de calvinistas y arminianos (¡los ya mencionados calminianos, sin duda!).

Están quienes, al etiquetarse a sí mismos y a otros como calvinistas, hípercalvinistas, ultracalvinistas o arminianos, o reformados, o neoreformados, o cualquier otra de las muchas etiquetas que navegan por ahí, se imaginan que han definido exactamente lo que ellos u otros creen exactamente. Sufren el mal de la falsa y simplista presunción de que el calvinismo y el arminianismo, por ejemplo, son dos sistemas claramente definidos que son polos opuestos. Así pues, si uno es cierto, el otro es falso. Sin embargo, un momento de reflexión bastaría para mostrarnos que el tema no es tan simple. Después de todo, no combatimos el politeísmo renegando de la doctrina de la Trinidad. Existen detalles que deben ser aireados y discutidos.

Por eso las etiquetas son tan inútiles.[3] De hecho, pueden hasta conducirnos a la banalidad de afirmaciones despectivas del estilo de: “Tú crees eso porque eres calminiano”. Esta es la llamada falacia genética, que quizás se encuentra con mayor frecuencia en afirmaciones como: “Tú crees eso porque eres mujer, irlandés, banquero, conservador, etc.”. El error subyace en asumir que, si puedes

aportar una explicación causal que justifique el porqué una persona sostiene una creencia específica, le has arrebatado toda validez a dicha creencia. En realidad, no has abordado siquiera el contenido real de esa creencia. Este tipo de argumento conlleva una profunda ironía, especialmente cuando quien lo usa es un determinista, puesto que el argumento se basa en el supuesto de que una explicación causalmente determinista de cualquier cosa la despoja de todo sentido.

Cuando intento discutir estos temas, también soy consciente de que la reacción a veces es: "Pero si eso no es lo que los calminianos pensamos". O "Pero eso no representa al calminianismo clásico; eso es más parecido al calminianismo moderno, y de todas maneras, eso nosotros no lo aceptamos". Existe una tendencia que está profundamente arraigada de referirse a algún sistema teológico etiquetado en lugar de enfrentarse a lo que las Escrituras dicen en realidad.

Por ejemplo, mientras fulano estudia la carta a los Romanos, podría mencionar la importancia de la afirmación que Pablo hacer sobre la predestinación. "¡Ah, entonces fulano es un calvinista!". No necesariamente. Puede que sencillamente fulano crea lo que las Escrituras dicen sobre la predestinación y que nunca se haya puesto a pensar en que tiene que considerarlo dentro del marco general de un sistema teológico. O en otra ocasión, el mismo fulano podría estar discutiendo acerca del evangelismo con sus amigos, enfatizando que es muy importante razonar con la gente. "¡Ah, entonces fulano es un arminiano!". No necesariamente. Puede que fulano esté sencillamente intentando tomarse en serio lo que Pablo practicaba en las sinagogas y las plazas de las ciudades.

Cuando uno lee libros sobre estos temas, se lleva la impresión, debido a lo frecuentemente que se usan etiquetas, de que lo que de verdad les importa a muchos escritores es el sistema general, el paradigma teológico elegido. La ironía suprema es que los mismos apóstoles, cuyos escritos son sistematizados, *rechazaban el uso de ninguna etiqueta* en términos muy claros. Esto solo puede significar que, en el espacio teológico, en algún momento se ha tomado la salida incorrecta. Cómo de incorrecta ha sido esa salida se hará más evidente ahora que vamos a considerar con un poco más de detalle por qué Pablo no consideró el tema de las etiquetas una "comodidad inocente" (como he oído a algunos llamarla).

El apóstol Pablo y las etiquetas

Lo primero que nos choca es que Pablo elige abordar este problema de entre el amplio abanico de situaciones complicadas a las que se enfrentaba la iglesia de Corinto. En segundo lugar, observamos el dilatado espacio que, comparándolo con otros, Pablo le dedica al tema: nada más y nada menos que los cuatro primeros capítulos de 1 Corintios. Lo menciona repetidamente:

> Me refiero a que unos dicen: "Yo sigo a Pablo"; otros afirman: "Yo, a Apolos"; otros: "Yo, a Cefas"; y otros: "Yo, a Cristo".
> 1:12

> Cuando uno afirma: "Yo sigo a Pablo", y otro: "Yo sigo a Apolos", ¿no es porque estáis actuando con criterios humanos?
> 3:4

> Por lo tanto, ¡que nadie base su orgullo en el hombre! Al fin y al cabo, todo es vuestro, ya sea Pablo, o Apolos, o Cefas, o el universo, o la vida, o la muerte, o lo presente o lo por venir; todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.
> 3:21-23

> Hermanos, todo esto lo he aplicado a Apolos y a mí mismo para vuestro beneficio, con el fin de que aprendáis de nosotros aquello de "no ir más allá de lo que está escrito". Así ninguno de vosotros podrá engreírse de haber favorecido al uno en perjuicio del otro.
> 4:6

La afirmación final de Pablo demuestra que no le preocupa solamente la práctica de seguir a determinados líderes, sino el principio subyacente de determinada práctica: las diferencias sobre prácticas eclesiales, formas de congregarse, observancia de los rituales, etc., pueden causar divisiones. A John Bunyan (autor de *El progreso del peregrino*), también le inquietaba este tema cuando escribió:

> Lo siguiente que me preguntas es: ¿Cuánto tiempo llevas siendo bautista? Debo responderte que no conozco a nadie para quien ese título sea más adecuado que para los discípulos de Juan. Y puesto que lo que te gustaría saber es con qué nombre me distinguiría de los demás, te digo que me gustaría ser, y espero ser, un cristiano, y elegiría ser, si Dios me contara digno de ser llamado cristiano, un creyente, o cualquier otro nombre similar aprobado por el Espíritu Santo. Y en lo que se refiere a títulos como anabaptista, independientes, presbiterianos y similares, concluyo que ni vienen de Jerusalén, ni de Antioquía, sino más bien del infierno y de

> Babilonia, puesto que tienden naturalmente a causar divisiones. Por sus frutos los conoceréis.[4]

El lenguaje de Bunyan es visiblemente más destemplado que el de Pablo, pero eso no debería desanimarnos a la hora de preguntarnos por qué Pablo estaba tan empeñado en resistir estas tendencias. La respuesta que nos proporcionan estos capítulos de 1 Corintios es que, lejos de ser problemas inocentes, recreativos o periféricos, lo que hacen es apartar la atención de la gente de la predicación de la cruz de Cristo. En vez de centrarse en el Espíritu Santo, se centran en el pensamiento natural y hacen que la gente deposite su confianza y orgullo en líderes humanos en lugar de en Dios. Resumiendo, Pablo considera que estas formulaciones de la iglesia primitiva ponen en peligro la percepción que tiene la gente del Dios Padre, del Espíritu Santo, del Hijo y del evangelio de su cruz. Lo considera un asunto de máxima seriedad, puesto que afecta a nuestra actitud hacia la misma Divinidad. Uno teme pensar qué nos habría dicho Pablo hoy, en la edad de las redes sociales, cuando el interés se centra en cuántos seguidores tenga uno.

El Nuevo Testamento presenta a nuestro Señor diciendo: "¡Sígueme!" unas veinte veces. Pero ninguno de los apóstoles usa nunca esas palabras. Lo más cercano a algo así que podemos encontrar es un llamamiento que Pablo hace a los corintios al final de la sección de la que estamos hablando. Es una llamada, no a seguirlo, sino a imitarlo:

> No os escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros, como a hijos míos amados. De hecho, aunque tuvierais miles de tutores en Cristo, padres sí que no tenéis muchos, porque mediante el evangelio yo fui el padre que os engendró en Cristo Jesús. Por tanto, os ruego que sigáis mi ejemplo. Con este propósito os envié a Timoteo, mi amado y fiel hijo en el Señor. Él os recordará mi manera de comportarme en Cristo Jesús, como enseño por todas partes y en todas las iglesias.
> 1 Corintios 4:14-17

Pablo pone mucho cuidado en enfatizar lo que debe imitarse es su *manera de vivir en Cristo Jesús*, como explica más adelante: *Imitadme a mí, como yo imito a Cristo* (1 Corintios 11:1).

Y Dios nos da a todos roles modélicos en líderes santos. Se nos instruye que recordemos a quienes nos trajeron la palabra de Dios y nos enseñaron. Hemos de considerar no solo sus enseñanzas sino también el fruto de sus vidas, y debemos

imitar su fe:

> Acordaos de vuestros dirigentes, que os comunicaron la palabra de Dios. Considerad cuál fue el resultado de su estilo de vida, e imitad su fe.
> Hebreos 13:7

Debemos seguir a Cristo, y cualquier imitación que hagamos de otros ha de ser estrictamente controlada comparando sus vidas y enseñanzas con las de Cristo, para que él y solo él sea el eje central.

¿Cómo podemos, entonces, resistirnos a ponerles etiquetas a los demás y a nosotros mismos? Si Pablo dice que no debe hacerse, entonces no se debe hacer. ¡Ni siquiera en este libro! Eso es mucho pedir y el realismo me dice que seguramente no sea capaz. Deshacerse de las etiquetas no va a ser nada fácil, porque a algunos grupos las etiquetas no les molestan necesariamente ya que se las han puesto otros grupos. Más aún, muchos están convencidos de que las etiquetas son algo perfectamente correcto y muy útil, y aceptan alegremente, y hasta con orgullo, el uso de una gran variedad de ellas para describirse a sí mismos. Pero estoy seguro de que, por lo menos, podemos aspirar a evitar esta tendencia, e intentar entender por qué las Escrituras están en contra de ella, en lugar de definir y etiquetar a un sistema particular para que podamos encajarlo de cualquier manera.

El poder de los paradigmas

Esto no significa, no obstante, que yo no aprecie la teología sistemática. Mi trasfondo académico es, de hecho, en ciencias matemáticas, y la esencia de la ciencia es la sistematización. La formación de sistemas lleva a crear marcos de hipótesis de fondo, o paradigmas, en cuyo escenario se lleva a cabo la ciencia. Estos marcos pueden ser muy útiles.

Sin embargo, la ciencia puede enseñarnos una lección. Existe un peligro, bien conocido por los filósofos de la ciencia, de que un sistema o paradigma científico cobre vida propia y termine, en esencia, definiendo la realidad de lo que estamos estudiando en lugar de dejar que la realidad lo defina a él. El resultado es que, en lugar de cuestionar el paradigma, se recortan y adaptan teorías e, incluso, observaciones, para hacerlas encajar en el paradigma. Por ejemplo, la opinión de Aristóteles de que la tierra estaba físicamente fija e inmóvil en el centro del universo dominó durante siglos el pensamiento europeo. Por lo tanto, cualquier avance importante en nuestra comprensión del universo resultaba complicado,

tal y como testifica Galileo y sus tratos con la Inquisición romana. La experiencia demuestra que suele ser muy complicado cuestionar un paradigma.

El poder de los paradigmas es parte de la razón por la que participo activamente en la defensa pública del cristianismo contra el nuevo ateísmo, que está comprometido con la divulgación de un paradigma naturalista cuya verdad e idoneidad yo cuestiono, tanto en el nombre de la ciencia como de mi cosmovisión cristiana. Lo hago a pesar de que el naturalismo domina el mundo académico occidental y se considera la postura a tomar por defecto.

Con la teología parece suceder algo similar. Todos nosotros estamos agradecidos (o deberíamos estarlo) a los teólogos que han sistematizado a lo largo de los siglos su conocimiento para ayudarnos a entenderlo. Sin embargo, igual que ocurre con la ciencia, los sistemas teológicos o paradigmas a veces pueden llegar a tener tanto poder que acaban definiendo lo que las Escrituras tienen permitido o no decir, de modo que "tomarse las Escrituras en serio" significa aceptar un sistema teológico en particular y hacer que toda la Biblia encaje en él. Por lo tanto, es prudente recordar que, igual que la ciencia no creó el universo, la teología sistemática no produjo la Biblia. Nuestros "ismos" con sus sistemas y paradigmas no son infalibles. Más aún, aunque los sistemas teológicos pueden sernos de gran ayuda, la gran parte de la propia Biblia ni siquiera fue escrita de manera sistemática. Así pues, igual que tenemos que estar dispuestos a dejar que el universo corrija nuestros paradigmas científicos, también debemos permitir que las Escrituras controlen nuestros sistemas teológicos.

No hace falta decir que la mayoría de los lectores de este libro estarán convencidos de que sus sistemas tienen su origen primero en las Escrituras. Y, sin embargo, seguramente todos podamos reconocer que, en el caso de la Biblia, exactamente igual que en la ciencia, el observador o comentarista imparcial no existe. Lo reconozcamos o no, todos nos acercamos a las Escrituras con presupuestos y prejuicios, tanto teológicos como filosóficos. Debemos, por lo tanto, estar dispuestos a preguntarnos: ¿Leo el texto de esta manera por lo que dice, o por el color de las gafas (la naturaleza del paradigma) a través de las cuáles lo estoy mirando?

Por supuesto, el problema suele surgir cuando se trata de dilucidar lo que está claro y lo que está menos claro. Si escuchamos una discusión típica en la que existen dos posturas distintas, oiremos afirmaciones del tipo: "No puede ser que no veas que lo que dice toda esta serie de versículos está totalmente claro, y que

el versículo o dos que presentan dificultades se pueden resolver de manera consistente muy fácilmente, así que tu postura es insostenible".

Obviamente, la otra parte defenderá exactamente los mismos argumentos, señalando su propio grupo de textos que ellos consideran que están totalmente claros, por lo que sienten que pueden abordar consistentemente otros textos que presenten dificultades desde su perspectiva. Lo que para una parte está claro, presenta dificultades para la otra, y viceversa. Cada parte examina los textos problemáticos; pero a través sus respectivos pares de gafas el texto está claro y no plantea ningún problema.

Creo que esta fatalidad es más un motivo para la humildad que para la desesperación.

Motivaciones para escribir

Doy por hecho que estoy escribiendo para una mayoría que, como yo, se toman muy en serio la inspiración y autoridad de la Biblia. Resulta un espectáculo triste observar cómo gente con convicciones similares se comporta de manera tan poco amable con aquellos con quienes tienen diferencias de opinión. Para que una discusión sea fructífera, resulta axiomático reconocer que ha habido y hay siervos de Dios que difieren profundamente en estos temas, pero cuya efectividad a la hora de llevar el evangelio de Jesucristo al mundo es incuestionable: relacionado con el tema que estamos tratando, pensemos, por ejemplo, en la evidente bendición espiritual que acompañó los ministerios de John Wesley y George Whitefield, o de C. H. Spurgeon y Billy Graham.

Todos nosotros, hombres y mujeres, imperfectos y pecadores como somos, tendremos inevitablemente ángulos muertos en nuestra teología (al menos a los ojos de otros, si no a tus propios ojos, ¡esa es la definición de ángulo muerto!). Llevados a su conclusión lógica, estos ángulos muertos pueden inhibir la comunicación del evangelio. Sin embargo, la gracia de Dios y el poder del evangelio es tal que, llegado el momento, estos ángulos muertos quedan en el olvido cuando predicamos, de manera que el mensaje sale adelante a pesar de ellos, y Dios en su misericordia lo bendice.

En el Nuevo Testamento, cuando Pablo observó que se estaban empezando a formar grupos (facciones, incluso) en torno a los principales maestros como Apolos, Pedro, o él mismo, actúa con rapidez para intentar detener esta tendencia divisiva. Uno de los argumentos que utiliza, como hemos visto antes,

fue inclinarse por la humildad y dar prioridad a las cosas positivas que compartimos:

> Por lo tanto, ¡que nadie base su orgullo en el hombre! Al fin y al cabo, todo es vuestro, ya sea Pablo, o Apolos, o Cefas [Pedro]…
> 1 Corintios 3:21-22

Podemos asumir, por lo tanto, que, si Pablo estuviera vivo hoy, nos diría lo mismo a nosotros: "Ya sea Wesley o Edwards, Spurgeon o Graham, todos son vuestros".

Esta es sin duda una de las claves de nuestra discusión: el reconocimiento claro y consciente de que existe el peligro de agruparnos en torno a nuestros propios predicadores y maestros especiales y reconocidos, sin aceptar que toda esta gente es "nuestra". Son nuestros hermanos en la fe, estemos o no de acuerdo con ellos en todos los temas. Por lo tanto, debemos aceptarlos gozosamente como miembros hermanos del cuerpo de Cristo, parte de nuestra rica y multifacética herencia cristiana. Debemos ser lo suficientemente humildes como para reconocer lo que, después de todo, es un hecho puro y duro: que Dios ha bendecido abundantemente a hombres y mujeres que sostienen opiniones muy distintas en estos temas.

Por ese motivo, resulta alentador leer afirmaciones como la siguiente. La primera es de un libro titulado *Why I Am Not an Arminian* [Por qué no soy arminiano]:

> Una herejía es una corrupción de la gracia de Dios en Cristo a tal nivel que invalida, o bien a Jesús como Salvador, o la gracia como el modo de salvación. La tradición arminiana no hace ninguna de las dos cosas… Sean los que sean los temas relevantes para la salvación en los que estamos en desacuerdo, estemos de acuerdo en esto: tanto calvinistas como arminianos son hermanos en Cristo…
>
> Lo que se debate no es si se es o no creyente, sino cuál de las dos perspectivas cristianas representa mejor el retrato bíblico de las relaciones divinas-humanas en la salvación y la contribución tanto de Dios como del hombre en la historia humana.[5]

Igual nos hemos dado cuenta, así como de pasada, que el autor citado solo considera dos perspectivas. Esto es también parte del problema.

Mi segunda cita proviene de un libro titulado *Why I Am Not a Calvinist* [Por

qué no soy calvinista]:

> Le tenemos un respecto enorme y gran aprecio a Calvino y a la herencia que definió y engendró. Durante siglos, el calvinismo ha representado una tradición vital de piedad que es intelectual y moralmente seria… En su pasión por la gloria de Dios, los calvinistas han jugado un papel protagonista a la hora de renovar la adoración en esta generación.[6]

La mera existencia de libros como estos demuestra que es posible una sólida discusión. Un intercambio valioso de verdad solo puede tener lugar cuando existe respeto mutuo y un reconocimiento de que es muy probable que a la gente con opiniones diferentes le motive exactamente la misma preocupación por la reputación de Dios, por lo que buscan defender y promover su gloria y santidad.

Para mí es importante, al acercarme a este tema, ser consciente de que quienes estén en desacuerdo conmigo en ciertas cuestiones seguramente tengan el mismo o incluso un mayor deseo que yo de ser fieles a las Escrituras. Así que permitidme resumir mi postura. Por las razones proporcionadas arriba, en la medida de lo posible evitaré términos como calvinista, hípercalvinista, reformado, reformado radical, arminiano… No voy a intentar asignarme la tarea de delinear el papel del calvinismo (se defina como se defina) en la tradición reformada (se defina como se defina), y ni siquiera delinear las diferencias sutiles que hay entre los diversos ramales de un gran número de tradiciones teológicas. Esas son tareas que deben llevar a cabo personas mucho más competentes que yo en las disciplinas relevantes.

He aprendido muchísimo de esas tradiciones. He leído sus libros hallando beneficio en ellos y cuento entre mis amigos a muchos de sus partidarios. Recuerdo con placer, por ejemplo, que durante mi época de estudiante en Cambridge solía pasar tiempo con un amigo leyendo y discutiendo los sermones de Calvino en el original en francés. Comparto la preocupación por la gloria y soberanía de un Dios que toma la iniciativa de la salvación, y también me lamento por la pérdida de ese sentido de la gloria, la santidad y la dignidad de Dos en gran parte de las predicaciones superficiales, contemporáneas y centradas en el bienestar de hoy en día.

Precisamente porque considero que la gloria de Dios es de suprema importancia me preocupo en este libro por el determinismo teísta, o cualquier cosa que se le acerque, sea como fuere que se autodenomine; cualquier cosa que pueda dar la sensación de distorsionar la gloria, la bondad y el amor de Dios y la naturaleza de

los evangelios hasta tal punto que espante o confunda a la gente.

¿Qué pensarían, por ejemplo, los lectores de un artículo publicado el 23 de marzo de 2009 en la edición de la revista *Time*? Lo que el artículo llama "nuevo calvinismo" se describe así:

> completado con una deidad absolutamente soberana y microgestionadora, una humanidad pecadora e insignificante, y la lógica combinación consecuente, predestinación: la creencia de que antes del amanecer del tiempo, Dios decidió a quién salvaría (y a quién no), sin que ninguna acción o decisión humana subsecuente pudiera tener efecto alguno en dicha decisión.

A pesar de que pueda contener elementos caricaturescos, este tipo de publicidad hace mucho daño al evangelio.

Por supuesto, soy muy consciente de que en la lista de tradiciones mostrada arriba hay gente que difiere hasta el punto de que se plantean en qué medida este tipo de determinismo es central o, de hecho, requerido por su teología. Por ejemplo, Todd Billings, un pastor de la tradición reformada que fue quien me pasó la cita del *Time*, escribe:

> El acróstico TULIP[7] no aporta una destilación adecuada, o siquiera correcta, de la teología reformada. Los nuevos calvinistas recogen el TULIP del campo reformado, desdeñando otras flores. Hay mucho más aparte del TULIP en este amplio campo que ha crecido de la semilla de la palabra de Dios.[8]

Una vez más, esto viene a demostrar que el reducir creencias a un acrónimo puede crear más problemas de los que resuelve. Por ejemplo, R. C. Sproul dice que, aunque el acróstico TULIP ha ayudado a mucha gente a recordar las características distintivas de la teología reformada, "también ha causado una gran confusión y muchos malentendidos". A Sproul no le gusta la formulación del concepto de T = depravación total, porque suele confundirse a menudo con la idea de "depravación absoluta", lo cual no me sorprende, puesto que "total" y "absoluta" cubren más o menos el mismo campo semántico. Sproul prefiere el término "corrupción radical". También cree que el término "gracia irresistible" lleva a confusión y prefiere en su lugar "gracia efectiva" porque, nos dice, los calvinistas no creen que la gracia salvífica de Dios sea literalmente irresistible. De hecho, "todos los calvinistas creen que los hombres pueden y de hecho se resisten a la gracia de Dios".[9] Esto sirve para ilustrar el campo de minas en el que nos adentramos cuando utilizamos terminología no bíblica para definir lo que

creemos que son enseñanzas bíblicas, y la propia popularidad de la terminología nos fuerza a realizar frecuentes re-definiciones. No pocas veces estas nuevas re-redefiniciones también se formulan utilizando terminología no bíblica, añadiendo, por tanto, aún más confusión.

A la luz de todo esto, y ante el hecho de que mentes más lúcidas que la mía han lidiado con estos temas durante siglos, es posible que alguien se esté preguntando: Y entonces ¿cuál es el propósito de escribir otro libro sobre el tema? Mi respuesta es que es importante que cada generación se vuelva a acercar a las Escrituras. El instinto que llevó a William Tyndale a traducir la Biblia al inglés y a Martín Lutero a traducirla al alemán para que la gente pudiera acercarse directamente a ella sin que tuviera que haber ninguna autoridad eclesiástica de por medio es un instinto que debe cultivarse también en el nivel de la comprensión de las Escrituras.

Resultaría, por supuesto, arrogante ignorar la vasta contribución de quienes nos han precedido, pero no sería prudente ignorar el hecho de que la historia está plagada de ejemplos de gente "que no lo pilló", como veremos a continuación. Estoy totalmente seguro de que algunos de mis lectores están convencidos de que yo soy uno de esos que no lo pillan. Dios es misericordioso y compasivo, y a veces hasta no pillarlo puede servir para enriquecer la discusión y refinar nuestra comprensión.

Para hacer todo lo que esté en mis manos para evitar no pillarlo, intentaré, en la medida de lo posible, abordar el contexto general en el que tienen lugar las Escrituras relevantes para nuestro tema. La consecuencia de esto será un libro más largo, pero espero que, en aras del beneficio que supone facilitar la apreciación clara de la lógica del argumento bíblico, se considere que el esfuerzo extra merece la pena, y quizás hasta lleve a los lectores a vías tangenciales que les animen a explorar ideas que no estén relacionadas con el tema principal.

Lo que estoy haciendo es sencillamente ofrecer a una audiencia mayor lo que yo he encontrado útil en mi propia búsqueda en las Escrituras, con la esperanza de que otros hallen en ello el mismo valor, estén o no de acuerdo conmigo al final. Para llevarlo a cabo, es inevitable que mencione los nombres de autores que aún están vivos, algunos de los cuales considero mis amigos, y con quienes no estoy de acuerdo. En cierto modo, me resulta difícil, e incluso desagradable, puesto que es fácil que se lea entendiéndose que estoy en desacuerdo con todo lo que dicen. Eso no es cierto. Como ya he dicho antes, me centraré en las opiniones de dicha

gente en tanto en cuanto se relacionen con el determinismo teísta, y me siento con tanta libertad para estar en desacuerdo con ellos como me imagino ellos se sienten conmigo.

Me viene a la cabeza una anécdota personal. En una ocasión, cuando compartía la plataforma de una conferencia con John Piper, si mi memoria no me falla, mientras discutíamos algunos de estos temas en respuesta a las preguntas del público, él mencionó que su padre no estaba de acuerdo con él. Así pues, en ese espíritu, ¡me siento perfectamente libre de hacer lo mismo!

Más aún, en muchos casos me he beneficiado grandemente de las opiniones de dichos autores en otros temas. Por lo tanto, en modo alguno debe mi discusión de una idea, especialmente de una con la que yo discrepo, ser interpretada como un ataque a la persona, más de lo que yo interpretaría un desacuerdo con mi punto de vista como un ataque *ad hominen* contra mí.

A fin de cuentas, todos ellos son mis hermanos y hermanas en Cristo, y me gustaría que siguieran pensando que yo también soy su hermano.

Que nuestra búsqueda sea motivada solamente por un deseo de promover la gloria de Dios.

---

1. ¡Calmenio es, por supuesto, un nombre puramente ficticio formado al combinar dos nombres familiares en este debate!

2. A. W. Brown, *Recollections of Conversation Parties of Rev. Charles Simeon* (M. S. Rickerby, 1862), 269.

3. Para ver un ejemplo de la increíble variedad y complejidad de etiquetas que existen en esta área, véase R. Olson, *Against Calvinism: Rescuing God's Reputation from Radical Reformed Theology* (Zondervan, 2011).

4. J. Brown, *John Bunyan: His Life, Times and Works*, 3ª ed. (Wipf and Stock, 2007), 239.

5. R. A. Peterson y M. D. Williams, *Why I Am Not an Arminian* (IVP, 2004), 13.

6. J. L. Walls y J. R. Dongell, *Why I Am Not a Calvinist* (IVP, 2004), 9.

7. TULIP significa también "tulipán", de ahí el juego de imágenes del autor del texto.

8. Todd Billings, "Calvin's Comeback – The Irresistible Reformer", artículo de portada para *The Christian Century*, diciembre 2009.

9. R. C. Sproul, *Chosen by God,* Carol Stream (Tyndale House, 2011), 95.

PARTE 2

LA TEOLOGÍA DEL DETERMINISMO

05
La soberanía de Dios y la responsabilidad humana

Poca discusión habría entre los cristianos, y mucho menos controversia, sobre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana si ambos conceptos no se encontraran en la Biblia. Suena hasta ridículo dicho así, puesto que estos temas no son asuntos periféricos en la historia más grande. En realidad, son la historia, puesto que la narrativa bíblica es la historia de la soberanía de Dios y la responsabilidad humana.

Hablemos primero de la soberanía de Dios sobre la historia. El profeta Daniel, entre otros muchos escritores bíblicos, trata este tema. La afirmación que abre su libro es:

> En el año tercero del reinado del rey Joacim de Judá, el rey Nabucodonosor de Babilonia vino a Jerusalén y la sitió. El Señor permitió que Joacim cayera en manos de Nabucodonosor…
> Daniel 1:1-2

De nuevo, en el mismo libro, una de las mayores lecciones que Dios le enseña al monarca de Babilonia, Nabucodonosor, es un juicio contra él a causa de su orgullo:

> Serás apartado de la gente y habitarás con los animales salvajes; comerás pasto como el ganado, y te empaparás con el rocío del cielo. Siete años pasarán hasta que reconozcas que el Altísimo es el Soberano de todos los reinos del mundo, y que se los entrega a quien él quiere.
> Daniel 4:25

A través de Daniel, Dios predice entonces siete años de disciplina contra Nabucodonosor.

De manera más amplia, la Biblia muestra cómo Dios tiene el control soberano de la historia en el importante fenómeno de la profecía cumplida: desde las detalladas predicciones relativas a las vidas familiares de Abraham, Isaac y Jacob,

a las famosas profecías de Isaías y Miqueas relativas al nacimiento del Mesías, o las detalladas profecías de Daniel acerca del periodo helénico.[1] En el Nuevo Testamento aparecen predicciones hechas por Jesús relativas a su muerte, resurrección y ascensión, la destrucción de Jerusalén, y la dispersión de la nación judía, y muchas profecías acerca del retorno del Cristo. Única entre toda la literatura, la Biblia está llena de predicciones y cumplimientos, un hecho que debe tenerse en cuenta a la hora de intentar entender la naturaleza de la relación de Dios con la historia y la humanidad.

Para complicar el asunto, debemos considerar junto con esto el hecho de que los individuos protagonistas de estas predicciones bíblicas no son tratados como marionetas que son manipulados por un maestro titiritero. Dios los considera responsables de su comportamiento. Por ejemplo, Abraham y Jacob son dos de estos individuos a cuyas vidas y experiencias volveremos más adelante.

Luego tenemos también ejemplos en las Escrituras en los que la soberanía de Dios y la responsabilidad humana se mencionan directamente juntas. En su discurso durante Pentecostés, Pedro dice de Jesús: *Este fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios; y, por medio de gente malvada, vosotros lo matasteis, clavándolo en la cruz* (Hechos 2:23). Por lo tanto, Dios conocía de antemano la crucifixión, y esta ocurrió según su propósito determinado; y, aun así, los hombres que lo mataron eran malvados y, por lo tanto, moralmente responsables.

De nuevo, Jesús anima a su gente a venir a él: *Yo soy el pan de vida, declaró Jesús. El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed* (Juan 6:35). Se lamenta por aquellos que rechazan venir a él: Estudiáis con diligencia las Escrituras porque pensáis hallar en ellas la vida eterna. *¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, no queréis venir a mí para tener esa vida* (Juan 5:39-40). Por otro lado, dice: *Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió, y yo lo resucitaré en el día final* (Juan 6:44). Podemos, por lo tanto, ver que se mantienen dos cosas:

1. Dios toma la iniciativa.
2. La gente es responsable de venir a Jesús y capaz de hacerlo o negarse a hacerlo.

O de nuevo, cuando Pablo se dirige a los filósofos atenienses, les dice que Dios *determinó los períodos de su historia y las fronteras de sus territorios*. Observa a continuación que se ha hecho esto para que *lo busquen y, aunque sea a tientas, lo*

encuentren (Hechos 17:26-27). Dios ha determinado claramente ciertos límites, pero eso no exime a hombres y mujeres de la responsabilidad de buscar, indagar y hallarlo.

Hay suficiente material en estos textos como para hacer que nos demos cuenta de que estos temas son muy complejos, y de que debemos acercarnos a ellos no solo con humildad sino sabiendo que, aunque tengamos una profunda capacidad de comprensión y entendimiento, llegará un momento en que alcanzaremos nuestro límite y aún nos quedarán elementos cargados de misterio. Como ya mencionamos antes, nadie sabe en realidad lo que es el pensamiento humano, y mucho menos cómo el pensamiento desencadena la acción humana, por lo que es bastante improbable que vayamos a comprender mejor la interacción de Dios con su creación. Lo que sí podemos hacer es intentar entender lo que Dios nos ha revelado acerca de estas cosas, lo que él quiere que sepamos.

Pero aun cuando no podamos comprenderlo todo completamente, quienes estemos convencidos de la autoridad plena y la inspiración de las Escrituras, estaremos seguramente dispuestos a creer lo que la Biblia dice. Una analogía tomada de la ciencia puede ayudarnos a entenderlo. El universo que los científicos estudian no fue creado por los científicos sino por Dios, por lo que los científicos estudian un hecho. Por ello, deben someter sus teorías al universo, y no al contrario. Como hemos visto, el hecho de que pensadores influyentes como Aristóteles se hubieran hecho una idea en su cabeza de cómo debería ser el universo e intentaran imponerle sus estructuras, frenó el avance de la ciencia durante siglos. Lo mismo ocurre con las Escrituras. Están inspiradas por Dios. La Biblia es un hecho y debemos someterle nuestras teorías y sistemas y no someter la Biblia a nuestros sistemas. Creemos lo que dicen las Escrituras, intentamos entender lo que dicen, pero seguimos siendo lo suficientemente humildes como para darnos cuenta de que es la Biblia la que tiene autoridad y está inspirada, y no la interpretación que hagamos de ella.

Esto debe de ser así especialmente cuando percibamos cierta tensión, como la existente entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana. No ser capaces de reconciliarlo todo en nuestras mentes no es razón suficiente para dejar de creer una o la otra, ni es un motivo para subrayar una sobre la otra hasta tal punto que una de ellas deje de tener sentido.

Una de las mejores descripciones de la iniciativa de Dios y nuestra respuesta se la debemos seguramente al fallecido John Stott en el primer capítulo de su libro

Por qué soy cristiano. Ese capítulo se titula "El Sabueso del cielo", una metáfora tomada del poema de Francis Thomson describiendo la búsqueda incesante llevaba a cabo por Dios para alcanzar a una persona. Stott escribe lo siguiente describiendo su conversión:

> El 13 de febrero de 1938, cuando era un joven de casi diecisiete años, tomé la decisión de seguir a Cristo. Escuché a un clérigo predicar acerca de la pregunta de Pilatos, "¿Qué, pues, haré con Jesús, al que llaman el Cristo?". Hasta ese momento no sabía que yo tenía que hacer algo con Jesús, al que llaman el Cristo. Pero en respuesta a mis preguntas, el predicador desplegó los pasos hacia Cristo. En particular, me señaló, en el Nuevo Testamento, a Apocalipsis 3:20, donde Jesús dice, "Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo". Así que aquella noche, a los pies de mi cama, abrí la puerta de mi personalidad a Cristo, invitándole a que viniera como mi Salvador y Señor.
>
> Esto es verdad, pero constituye solo una cara de la verdad.
>
> El factor más significativo se halla en otro lugar, y es ahí donde pretendo centrarme en este primer capítulo. Por qué soy cristiano no se debe en última instancia ni a la influencia de mis padres y maestros, ni a mi decisión personal por Cristo, sino al "Sabueso del cielo". Es decir, se debe a Jesucristo mismo, quien me buscó incesantemente incluso cuando yo huía de él para seguir mi propio camino. Y si no fuera por la misericordiosa búsqueda del Sabueso del cielo, a estas alturas yo estaría en el desguace de las vidas desperdiciadas y desechadas.[2]

Scott continúa ofreciendo otros ejemplos de la iniciativa de Dios buscando a gente, incluyendo a Pablo de Tarso y C. S. Lewis, para terminar regresando a su propia experiencia de conversión en términos del Desconocido que llama a la puerta de su corazón:

> Y, aun así, a pesar de mi sensación de alienación y fracaso, el Desconocido a la puerta siguió llamando, hasta que el predicador que he mencionado al comienzo de este capítulo arrojó luz a mi dilema. Me habló de la muerte y la resurrección de Jesucristo. Me explicó que Cristo murió para transformar mi extrañamiento en reconciliación, y que fue levantado de los muertos para transformar mi derrota en victoria. La correlación entre mi necesidad subjetiva y el ofrecimiento objetivo de Cristo parecía demasiado estrecha como para que fuera una coincidencia. La llamada de Cristo se volvió cada

> vez más y más insistente. ¿Abrí yo la puerta, o la abrió él? Verdaderamente, la abrí yo, pero solo porque su insistente llamada lo hizo posible, inevitable incluso…
>
> Si somos conscientes de la búsqueda incesante de Cristo y renunciamos a intentar escapar de él y nos rendimos al abrazo de "este magnífico amante", no quedará espacio para alardear de lo que hemos hecho. Solo habrá lugar para un profundo agradecimiento por su gracia y misericordia, y por la firme resolución de pasar toda la vida y la eternidad a su amoroso servicio.[3]

Tres cosas quedan claras en este texto:

1. Dios tomó la iniciativa y llamó a la puerta de John Stott.
2. Stott tuvo que abrir la puerta. Tuvo que "renunciar a intentar escapar" y "rendirse".
3. Queda excluido el alarde.

Sin embargo, las palabras del penúltimo párrafo citado plantean una pregunta importante: si Cristo llama al a puerta del corazón de alguien, ¿resulta siempre "inevitable" abrirla? Hay quien dice que sí porque la gracia de Dios es irresistible y nuestra respuesta a ella esta predeterminada. Regresaremos a estas preguntas en su debido momento.

A los filósofos atenienses seguramente les resultara fascinante el planteamiento de Pablo, puesto que entre ellos había estoicos que creían básicamente en el gobierno determinista del destino; mientras que también había epicúreos que opinaban que reinaba la casualidad y que, por lo tanto, los seres humanos deberían hacerse responsables de sus propios destinos. Pablo no se alineó con ninguno de ellos, pero sí les concedió un elemento de verdad a ambos. Les dijo a los atenienses que Dios ha tomado la iniciativa de establecer las condiciones que delimitan las vidas humanas, pero también que hombres y mujeres tenían una responsabilidad real (y, por tanto, capacidad implícita) de buscar a Dios y buscar su camino hacia él. Esto ni era estoicismo ni epicureísmo. Era teísmo cristiano.

Hechos 17 es también históricamente importante puesto que nos recuerda la influencia dominante del pensamiento griego en el mundo antiguo. En los primeros siglos del cristianismo, mucha gente tenía una educación griega y, para comunicar el mensaje cristiano a sus contemporáneos, se hacía inevitable emplear ideas y modos de pensar griegos. La mayoría eran buenas, por supuesto, puesto que la argumentación lógica formaba parte importante de la agenda

educativa clásica griega. Sin embargo, también había profundas corrientes de pensamiento que dejaron su huella en pensadores de todo tipo, tanto paganos como cristianos. Para mucha gente (especialmente los romanos), la filosofía estoica con su fatalismo resultaba muy atractiva. El pensamiento cristiano de quienes habían sido expuestos a una educación clásica, tanto en lenguaje como en filosofía, estaba inevitablemente influido hasta cierto punto que no siempre es posible apreciar. Muchos de los teólogos más influyentes de los siglos pasados también fueron educados en las formas de pensamiento clásicas antes de estudiar teología, y el estoicismo ha dejado su marca en las formas más extremas de determinismo cristiano, donde se podría incluso discutir si el concepto de Dios parecer ser más griego que cristiano.

Por la misma regla de tres, el epicureísmo, particularmente en los escritos de Lucrecio, ha dejado su marca a lo largo de la historia. Tuvo su prevalencia en el renacimiento del pensamiento clásico del siglo XVIII, y las doctrinas de la casualidad dominan el mundo secular hoy en día.

Según la *Stanford Encyclopedia of Philosphy* [Enciclopedia Stanford de filosofía],

> Uno de los desarrollos decisivos de la tradición filosófica occidental fue la eventual fusión generalizada de la tradición filosófica griega y la religión judeocristiana y las tradiciones bíblicas. Agustín es una de las principales figuras a través de quien y por medio de quien esta fusión tuvo lugar. Él es, también, una de las figuras más sobresalientes de la filosofía medieval cuya autoridad y pensamiento ejerció una penetrante y duradera influencia hasta bien entrado el periodo moderno.

El artículo continúa diciendo:

> Agustín legó al occidente latino un voluminoso conjunto de obras que contiene en sus extremos cronológicos dos retratos bastante disimilares de la condición humana. Al comienzo, ofrece un retrato mayormente helenista, uno que es notable por el optimismo de que una vida suficientemente racional y disciplinada puede ponerse a salvo de la siempre amenazadora adversidad circunstancial que parece rodearnos. Más próximo al final, sin embargo, emerge un retrato considerablemente sombrío, uno que enfatiza la impotencia de la voluntad humana carente de ayuda, y el Agustín tardío presenta un paisaje moral habitado mayormente por la *massa damnata* [De Civitate Dei XXI.12], la abrumadora mayoría de quienes están

> justamente predestinados al castigo eterno por un Dios omnipotente, entremezclada con una pequeña minoría a quien Dios, con misericordia inmerecida, ha predestinado a ser salvos.[4]

Se reconocen aquí los contornos de lo que más tarde se convirtieron en las doctrinas de la depravación total y la elección incondicional (La T y la U de TULIP). Con raíces históricas semejantes, resulta obvio que nuestro tema no es nada fácil. Es difícil imaginar que Dios no tenga el control incluso en lo elemental; y aun así, es complicado ver cómo puede tener la moral sentido alguno si la acción humana está completamente predeterminada por Dios. Dicho con otras palabras: si Dios ha determinado que x va a ocurrir, entonces parece imposible que x no vaya a ocurrir. ¿Cómo puede entonces ser yo libre para hacer algo distinto a x?

Un espectro teológico

Las Escrituras enseñan claramente doctrinas que pueden ser descritas razonablemente utilizando los términos de "soberanía de Dios" y "responsabilidad humana", a pesar de que ninguna de estas expresiones aparezca en la Biblia.[5] Nuestra respuesta a esta tensión aparente varía grandemente, y puede representarse en términos de posturas en una línea, con la soberanía de Dios enfatizada fuertemente en un extremo y la responsabilidad humana en el otro.

Soberanía de Dios Responsabilidad humana



El espectro corre entonces entre los que enfatizan la soberanía divina y quienes enfatizan la responsabilidad humana. Los primeros sostienen que la "tensión" se resuelve únicamente en términos de la soberanía de Dios, negando en la práctica cualquier papel real para la responsabilidad humana, puesto que Dios es la causa directa de todo. Eso es determinismo teísta. En el otro extremo están quienes maximizan el rol de la responsabilidad humana y minimizan la soberanía de Dios. Sin embargo, aunque solamente tomemos en cuenta los pocos textos que hemos citado hasta ahora, da la impresión de que cualquier intento de obtener una resolución completa de la tensión inclinándose por uno u otro extremo no haría justicia a la enseñanza bíblica.

D. A. Carson escribe sobre la manera en la que este tipo de discusiones suele tener lugar:

> Supón, por ejemplo, que mi oponente está tan impresionado por la soberanía de Dios que construye su sistema teológico basándolo en todos los textos y argumentos que apoyan esta importante verdad, y luego filtra con esa red la evidencia que podría utilizarse para poner en tela de juicio algunas partes de su sistema teológico. Mi respuesta inmediata sería que su procedimiento es metodológicamente indistinguible del de quien primero construye su sistema teológico basándose en aquellos textos y teoremas que parecen apoyar algún tipo de libertad humana, y luego filtra los pasajes acerca de la elección y la predestinación hasta que puede desactivarlos de forma segura redefiniéndolos. Este juego se llama reduccionismo.

Carson continúa señalando que dicho reduccionismo no funciona; solo cambia la forma de la tensión soberanía-responsabilidad. Defiende que no existe ninguna escapatoria a dicha tensión,

> excepto si nos alejamos tanto de los datos bíblicos que, o bien el retrato de Dios o bien el del ser humano se parece bien poco a los retratos dibujados por los propios textos bíblicos.

Carson concluye que, en su opinión,

> No me sirve de respuesta que me digan que mi presentación de la tensión soberanía-responsabilidad sigue incluyendo ciertas tensiones irresolutas. Por supuesto que lo hace. Pero, para corregirme, no puedes afirmar que puedes resolver todas las tensiones, puesto que semejante espejismo queda fácilmente expuesto. Más bien, si deseas convencerme de que tu teología es esencialmente más cristiana que la mía, debes demostrarme cómo la manera en la que das forma a la tensión se ajusta mejor a los datos bíblicos que la mía.[6]

Comentando Juan 6:44 (*Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió, y yo lo resucitaré en el día final*), Carson escribe:

> Y, aun así, a pesar de la fuerte presión de la existencia de predestinación, se debe insistir con el mismo vigor en que Juan enfatiza la responsabilidad de la gente de venir a Jesús, y puede fustigarlos por no hacerlo (por ejemplo, 5:40).[7]

La opinión de Carson es que “Juan está bastante satisfecho con la postura que la

filosofía moderna llama 'compatibilismo'".[8]

Si lo que Carson quiere decir es que Juan cree tanto en la soberanía de Dios como en la responsabilidad humana, y en que ambas deben de ser defendidas con la misma firmeza, por paradójica que nos resulte la tensión subsiguiente, su afirmación sería correcta. Sin embargo, el término "compatibilismo", como ya mencionamos antes, se suele utilizar por filósofos que mantienen que la libertad humana y la responsabilidad son compatibles con el determinismo, lo cual es un tema muy diferente; a no ser, desde luego, que uno interprete soberanía como determinismo.[9]

Por supuesto, lo que se quiera decir con "cada extremo de la discusión", o qué tensión de qué extremo es compatible con la otra, es otro tema. Una ilustración más de cómo mantener opiniones en tensión es la que nos da la *Confesión de fe de Westminster, del siglo XVII* (sección 3):

> Dios desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede. Sin embargo, lo hizo de tal manera que Dios ni es autor del pecado, ni hace violencia al libre albedrío de sus criaturas, ni quita la libertad ni contingencia de las causas secundarias, sino más bien las establece.

La segunda oración plantea preguntas inmediatas sobre qué es lo que la primera frase quiere decir entonces. Sin embargo, esta afirmación tiene el mérito considerable de reconocer claramente que las Escrituras enseñan tanto la soberanía de Dios como la responsabilidad humana, en cuyo caso todas las interpretaciones que fuercen una parte excluyendo la otra deben ser incorrectas, por la simple razón de que *las propias Escrituras no permiten que una parte anule a la otra*. Este principio elemental pero vital suele ser ignorado por quienes intentan resolver la tensión; un intento que está ligeramente velado en esta declaración de Westminster que invoca un cierto tipo de determinismo teísta.

Los temas que estamos tratando no son simples cuestiones de teología abstracta. Tienen que ver con nuestro concepto de la persona y el carácter de Dios y de nosotros en tanto que seres humanos, y alcanzan al corazón mismo del evangelio. Por ejemplo, un argumento que se usa a menudo para poner virtualmente el énfasis exclusivo en la soberanía de Dios es que cualquier cosa menor significaría una merma de la gloria de Dios, por ejemplo, si concedemos que los humanos puedan participar de algún modo en su propia salvación o, incluso el ejercicio de la fe. Los seres humanos no pueden siquiera ejercitar la fe a causa de su "total

depravación".

Por lo tanto, se nos dice, antes de crear el universo Dios eligió quiénes serían salvos (los elegidos) y quiénes se perderían (los reprobados). Es decir, el proceso de selección/rechazo no tuvo nada que ver con la gente que participa en él, sino que estuvo gobernado únicamente por una decisión soberana de Dios inescrutable para nosotros. Esta idea suele llamarse "elección incondicional".

Muchos reaccionan con suma firmeza ante esta idea porque, según su opinión, lejos de promover la gloria de Dios, semejante determinismo la menoscaba seriamente, llegando incluso a eclipsarla. Dirán: ¿cómo puedes creer en un Dios que fijó tu destino eterno incluso antes de que nacieras, independientemente de lo que hagas? Si eligió salvarte, te concederá el don de la fe para que creas y seas salvo. Si decidió condenarte, serás condenado. No hay nada que puedas hacer. ¿Esto no entra en conflicto con cualquier concepto aceptable de moralidad y justicia, y no representa a Dios ni como amoroso ni como bueno y, por lo tanto, indigno de nuestro respeto, y mucho menos de nuestra alabanza?

Está en juego nada menos que el carácter de Dios y su reputación en el mundo. Por eso debemos abordar estas cuestiones con la mayor equidad posible.

Una manera de hacerlo sería investigar el origen de los distintos problemas, ofrecer ejemplos históricos de cómo proponentes destacados de cada postura los han abordado, y luego conectarlas a la Biblia. Otra manera sería comenzar con lo que la Biblia dice y luego traer a colación las dificultades que han surgido al interpretarla. Recordando el consejo de Carson, adoptaremos el segundo método. El primero puede fácilmente acabar perdiéndose en un interminable (y a menudo estéril) proceso de definir y redefinir sistemas de teología, preguntándose lo que X quiso decir en su interpretación de Y, y viceversa, en lugar de concentrar nuestra atención en las propias Escrituras.

Insisto deliberadamente en lo que ya he escrito antes: No voy a intentar ofrecer definiciones de los distintos tipos de hipercalvinismo, diferentes de los varios tipos de calvinismo, para luego analizar quién cree qué y por qué. Una mirada superficial a la bibliografía muestra que semejantes esfuerzos suelen conducir a una mayor confusión. Lo que voy a intentar hacer es discutir las Escrituras y la validez de las distintas interpretaciones, independientemente de cómo se llamen a sí mismas las personas que sostengan dichas interpretaciones. Dicho de otra manera, responderé a las preguntas que la gente me ha preguntado desde muchos puntos del espectro teológico, e intentaré analizarlas a la luz de las Escrituras sin

intentar alinearlas con tal o cual “ismo”.

Esto significa, por ejemplo, que no le voy a dedicar tiempo a intentar responder a preguntas como: ¿son los calvinistas deterministas? Hay quienes se llaman calvinistas y se distancian a sí mismos del determinismo, mientras que otros parecen alinearse con una forma muy particular de determinismo. Lo que nos interesa es lo que las Escrituras enseñan sobre el determinismo, y consideraremos las afirmaciones de los demás desde esa perspectiva.

Esto quiere decir que evitaré utilizar los términos calvinismo, arminianismo y similares en la medida de lo posible, aunque aparecerán inevitablemente en las citas de diversos autores, muchos de los cuales no tienen problema en emplear semejantes términos para describir sus propias posturas. Dejo a mis lectores el papel de juzgar si he conseguido ser justo en mi intento de entender los problemas bíblicos subyacentes por sí mismos.

---

1. Lease la obra del autor *Against the Flow: The Inspiration of Daniel in an Age of Relativism* (Lion Hudson, 2015).
2. J. R. W. Stott, *Why I Am a Christian* (Por qué soy cristiano), (IVP, 2003), 12–13.
3. Ibíd., 27–28.
4. http://plato.stanford.edu/entries/augustine. Es importante señalar que la opinión académica acerca de la postura de Agustín en estos temas está dividida. Véase Muller, op. cit., 104.
5. D. A. Carson recoge provechosamente pasajes que hablan de ambos extremos en su libro, *Divine Sovereignty and Human Responsibility: Biblical Perspectives in Tension*, 2ª ed, (Wipf and Stock, 2002).
6. D. A. Carson, *Divine Sovereignty and Human Responsibility: Biblical Perspectives in Tension* (Wipf and Stock, 1994), 220-21.
7. D. A. Carson, *The Gospel According to John* (IVP, 1991), 293.
8. Ibíd., 291.
9. Véase la discusión en Tom McCall, *An Invitation to Analytic Christian Theology* (IVP, 2015).

06
El vocabulario bíblico

Como paso previo, examinaremos los conceptos que dominan este tema, algunos de los cuales ya han sido mencionados. Intentaremos estudiarlos detalladamente, puesto que es fácil que cualquiera de nosotros haga interpretaciones sobre el significado de dichos términos que pueden no estar de acuerdo con las enseñanzas bíblicas.

Examinaremos primero las tres grandes ideas asociadas con la soberanía de Dios: presciencia, predestinación y elección.

1. Presciencia

Las palabras griegas usadas aquí son *prognosis* y *proginōskō*, y solo se utilizan en el Nuevo Testamento en las siguientes ocasiones. Reconocemos la primera, puesto que en español ha dado el término 'prognosis". El verbo significa conocer de antemano.

> Este fue entregado según el determinado propósito y el **previo conocimiento** de Dios; y, por medio de gente malvada, vosotros lo matasteis, clavándolo en la cruz.
> Hechos 2:23

> Ellos me **conocen** desde hace mucho tiempo…
> Hechos 26:5

> Porque a los que Dios **conoció de antemano**, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.
> Romanos 8:29

> Dios no rechazó a su pueblo, al que **de antemano conoció**. ¿No sabéis lo que relata la Escritura en cuanto a Elías? Acusó a Israel delante de Dios…
> Romanos 11:2

> … según la **previsión** de Dios el Padre, mediante la obra santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser redimidos por su sangre: Que

abunden en vosotros la gracia y la paz.
1 Pedro 1:2

Cristo, a quien Dios **escogió** (literalmente, **conoció de antemano**) antes de la creación del mundo.
1 Pedro 1:20

Así que vosotros, queridos hermanos, puesto que **ya sabéis esto de antemano**, …
2 Pedro 3:17

2. Predestinación

El grupo de palabras griegas usadas aquí es *horizō* y *proorizō*. Los versículos marcados con un asterisco utilizan el segundo término.

A la verdad el Hijo del hombre se irá según está **decretado**, pero ¡ay de aquel que lo traiciona!
Lucas 22:22

Este fue entregado según el **determinado propósito** y el previo conocimiento de Dios; y, por medio de gente malvada, vosotros lo matasteis, clavándolo en la cruz.
Hechos 2:23

… para hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad **habían determinado** que sucediera.
Hechos 4:28*

Él nos mandó a predicar al pueblo y a dar solemne testimonio de que **ha sido nombrado** por Dios como juez de vivos y muertos.
Hechos 10:42

Entonces **decidieron** que cada uno de los discípulos, según los recursos de cada cual, enviaría ayuda a los hermanos que vivían en Judea.
Hechos 11:29

De un solo hombre hizo todas las naciones para que habitaran toda la tierra; y **determinó** los períodos de su historia y las fronteras de sus territorios.
Hechos 17:26

Él ha fijado un día en que juzgará al mundo con justicia, por medio del hombre que **ha designado**.

Hechos 17:31

… pero que según el Espíritu de santidad **fue designado** con poder Hijo de Dios por la resurrección. Él es Jesucristo nuestro Señor.
Romanos 1:4

Porque a los que Dios conoció de antemano, también los **predestinó** a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que **predestinó**, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.
Romanos 8:29-30*

Más bien, exponemos el misterio de la sabiduría de Dios, una sabiduría que ha estado escondida y que Dios **había destinado** para nuestra gloria desde la eternidad.
1 Corintios 2:7*

… nos **predestinó** para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad…
Efesios 1:5*

En Cristo también fuimos hechos herederos, pues **fuimos predestinados** según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, a fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria.
Efesios 1:11-12*

Por eso, Dios volvió a **fijar** un día…
Hebreos 4:7

Esta lista nos servirá para hacernos una idea del rango de significados cubiertos por la palabra "predestinación". Por ejemplo, Hechos 11:20 se refiere al acto humano ordinario de decidir algo por adelantado (en este caso, apoyar financieramente a gente necesitada). En hechos 17:31, Dios ha designado (predeterminado) a un hombre para que juzgue el mundo, lo cual es claramente una designación por adelantado en términos de nuestra comprensión de una línea del tiempo histórica. Lo mismo ocurre con Hebreos 4:7.

En varios de los pasajes citados los conceptos de presciencia y predestinación tienen lugar muy cerca uno de otro. Una de las principales cuestiones que esto plantea es: si Dios sabe algo de antemano, o si Dios lo predestina, ¿qué implicaciones tiene en la implicación, responsabilidad y estatus moral de aquellas

personas afectadas por el acontecimiento?

¿Es la presciencia de Dios causativa? Es decir, ¿el hecho de que Dios sepa que algo va a ocurrir causará que ese algo ocurra y, por lo tanto, eximirá de responsabilidad a cualquier persona envuelta en el evento? Seguramente la respuesta sea: no necesariamente, aunque por la única razón de que *la propia Biblia no considera que la presciencia de Dios o la predestinación mermen la responsabilidad humana*.

La primera cita bajo "presciencia" (que es la misma cita que la segunda bajo "predestinación") dice que la crucifixión de Cristo era tanto conocida de antemano como predestinada, pero que los hombres involucrados en ella eran malvados y, por lo tanto, moralmente responsables. A esto se podría añadir que la muerte de Cristo se había predicho en las Escrituras siglos antes de que ocurriera. Sin embargo, la propia Escritura nos dice que este hecho no menoscaba la culpabilidad de quienes participaron en la crucifixión del Señor.

De modo similar, la primera cita bajo "predestinación" dice que la traición de Jesús estaba predestinada y, aun así, ¡ay del traidor!, lo cual conlleva claramente que el traidor era moralmente culpable y, por lo tanto, responsable. De nuevo lo que esto implica es que, entendamos los términos como los entendamos, no podemos interpretarlos de tal manera que nieguen la responsabilidad moral humana.

Evidentemente, a nivel humano, la presciencia (conocer algo por adelantado) no es necesariamente causativa. Si veo un caballo galopando desbocado tirando de un carro en medio de un campo hacia un acantilado que el caballo no ve, sé de antemano que va a ocurrir un accidente desastroso. Pero el hecho de que lo sepa por adelantado no causa el accidente. Dicho esto, es de sabios, obviamente, ser prudentes a la hora de utilizar analogías humanas, porque que el Creador y Sustentador de todas las cosas sepa algo de antemano, seguramente poco tenga que ver con nuestro conocimiento adelantado de las cosas.

En el nivel superior existe otra consideración. La idea de que el que Dios sepa que un evento va a ocurrir signifique que debe haber sido predestinado se sustenta en la asunción de que la relación de Dios con el tiempo es la misma que la nuestra; que él se sitúa, como nosotros, en una línea temporal que se alarga desde el pasado hacia el futuro. Sin embargo, las Escrituras indican que la relación de Dios con el tiempo no tiene mucho que ver con la nuestra. Jesús dijo: *antes de que Abraham existiera, ¡yo soy!* (Juan 8:58). Puede ser que, por ejemplo,

Dios supiera de antemano que yo confiaría en Cristo sencillamente porque lo ve desde una perspectiva eterna, por lo cual el problema de la causalidad ni siquiera se plantea.

Debemos, no obstante, ser prudentes con este tema. El tiempo no es un concepto fácil; de hecho, nadie admite entender lo que realmente es. Sería, por lo tanto, aconsejable mantenerse escéptico con respecto a las interpretaciones de la presciencia de Dios que niegan la libertad que, según otras partes de las Escrituras, los hombres y mujeres que Dios ha creado poseen.

Sin embargo, las Escrituras tienen más que decir acerca de la naturaleza del conocimiento de Dios. En una ocasión, Jesús denunció las ciudades en las que había hecho muchos milagros:

> Entonces comenzó Jesús a denunciar a las ciudades en que había hecho la mayor parte de sus milagros, porque no se habían arrepentido. "¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Si se hubieran hecho en Tiro y en Sidón los milagros que se hicieron en medio de vosotras, ya hace tiempo que se habrían arrepentido con muchos lamentos. Pero os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú, Capernaún, ¿acaso serás levantada hasta el cielo? No, sino que descenderás hasta el abismo. Si los milagros que se hicieron en ti se hubieran hecho en Sodoma, esta habría permanecido hasta el día de hoy. Pero te digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Sodoma que para ti".
> Mateo 11:20-24

Esta afirmación muestra que nuestro Señor no solo sabía lo que le *pasó* a Tiro y Sidón en su día, y a Sodoma siglos antes, sino lo que les *habría pasado* si se les hubiera presentado una evidencia distinta. Y ese conocimiento será usado en el Día del Juicio.

Este tipo de conocimiento fue llamado "ciencia media" por el jesuita español Luis de Molina (1535-1600), y los argumentos que se basan en él han producido (inevitablemente) otro "ismo" más: el molinismo. Déjenme recordarles que nuestro método no es proceder desde los "ismos" sino desde la Escritura, puesto que existe el peligro (que justo ahora está al acecho) de que en el momento en el que usemos un "ismo" toda nuestra atención se desvíe a todo un paquete de ideas, apartándose del hecho de que las Escrituras sí que enseñan que Dios posee el conocimiento de lo que "habría pasado si", un tipo de conocimiento que seguramente nos resulte difícil entender.

Las implicaciones de esta afirmación que hizo nuestro Señor son profundas. En primer lugar, apoya nuestra alegación anteriormente esgrimida de que la presciencia de Dios no es causativa, en el sentido de que no elimina ni la libertad humana para responder ni la responsabilidad humana.

Resulta interesante que sea en este mismo contexto cuando nuestro Señor hable de revelarle a los niños pequeños las cosas que les son ocultas a los sabios:

> En aquel tiempo Jesús dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad.
>
> Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo.
>
> Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. Cargad con mi yugo y aprended de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestra alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana.
> Mateo 11:25-30

Cristo afirma ser la única fuente de conocimiento del Padre, revelándose a quienes él elige. Pero la elección está lejos de ser arbitraria, porque justo en la siguiente frase muestra que él elige dar descanso a quienes vienen a él, siendo la presunción que son capaces de acercarse libremente.

La frase "la doctrina de la predestinación" se suele utilizar como abreviatura de la idea de que algunos están predestinados a la salvación,[1] sin ninguna referencia a su futura cooperación, aunque esta esté prevista por Dios, lo cual suele llevar a asumir que el término predestinación siempre hace referencia a salvación. No obstante, ese no es el caso. En realidad, solamente tres de las catorce referencias listadas anteriormente están posiblemente relacionadas con el tema de la salvación. Se repiten por comodidad debajo:

> Porque a los que Dios conoció de antemano, también los **predestinó** a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que **predestinó**, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.
> Romanos 8:29-30

> … nos **predestinó** para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad…
> Efesios 1:5*

> En Cristo también fuimos hechos herederos, pues **fuimos predestinados** según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, a fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria.
> Efesios 1:11-12*

Examinaremos el pasaje de Efesios en nuestro siguiente encabezamiento, y los versículos de Romanos los estudiaremos cuando consideremos los tratos de Dios con Israel. Pero antes de continuar, debemos señalar algo sorprendente. La lista de Escrituras en las que aparecen los términos griegos relacionados con la predestinación es corta y los temas son pocos. Tres tienen que ver con la muerte de Cristo, dos con su resurrección, dos con su designación como juez, uno con la determinación de Dios de nuestros lugares de habitación, tres en conexión con los creyentes y uno relacionado con ayuda social.

A la luz de esto, resulta casi increíble que la doctrina de la predestinación se haya extrapolado hasta convertirse en un determinismo divino global que no conoce límites, tal y como lo presenta R. C. Sproul en el texto citado anteriormente:

> El movimiento de todas y cada una de las moléculas, las acciones de cada planta, la caída de cada estrella, las elecciones de todas y cada una de las criaturas volitivas, todo está sujeto a su voluntad soberana. Ninguna molécula díscola corre desatada en el universo fuera del control del Creador. Si tal molécula existiera, supondría un crítico dolor de cabeza eterno.[2]

3. Elegido, elección, escogido

Este grupo de palabras es *eklegomai*, *eklektos*, *eklog*, de donde tenemos en español “ecléctico”, “electo” y “selecto”, y términos semejantes.

La mayoría de las veces que el término “electo” aparece lo hace en referencia al pueblo de Dios, los creyentes. Nuestro Señor lo utiliza principalmente en relación con su retorno. Por ejemplo:

> Y él enviará a sus ángeles para reunir de los cuatro vientos a los **elegidos**, desde los confines de la tierra hasta los confines del cielo.

Marcos 13:27

¿Acaso Dios no hará justicia a sus **escogidos**, que claman a él día y noche? ¿Se tardará mucho en responderles?
Lucas 18:7

Pablo describe a los cristianos de Colosas como el pueblo elegido de Dios:

Por lo tanto, como **escogidos** de Dios, santos y amados, revestíos de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia…
Colosenses 3:12

El apóstol Juan habla de la persona a quien escribe (seguramente una contraseña para llamar a la iglesia) como de la señora elegida o escogida:

El anciano, a la señora **elegida** y a sus hijos, a quienes amo en la verdad —y no solo yo, sino todos los que han conocido la verdad…
2 Juan 1:1

A partir de estas referencias y muchas otras similares, se muestra que "electo" o "elegido" era una manera común de referirse a los creyentes cristianos en los tiempos del Nuevo Testamento. Del mismo modo describe Pedro a los destinatarios de su carta:

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los **elegidos**, extranjeros dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia…
1 Pedro 1:1

Más aún, puesto que "elegido" y "electo" suelen transmitir la idea de que se está llevando a cabo una selección en un grupo, es importante señalar también que ambas palabras se pueden utilizar sin que hagan referencia alguna a ningún proceso selectivo de ningún tipo. Por ejemplo, en Lucas 23:35 nuestro Señor se refiere *al Elegido*; o en 1 Pedro 2:4-6 se dice de Cristo que *ha sido rechazado por los seres humanos, pero escogido por Dios como una piedra viva preciosa y escogida*. Y en el monte de la transfiguración, Dios describe a su Hijo como escogido:

Entonces salió de la nube una voz que dijo: "Este es mi Hijo, mi **escogido**; escuchadle".
Lucas 9:35

Resulta innegable que los términos "elegido" o "escogido" no conllevan en estos pasajes la idea de selección dentro de un grupo de candidatos, igual que en

Hechos 17:31 el nombramiento de Cristo como juez no significa que fuera seleccionado de entre un grupo. De modo similar, en las conversaciones normales utilizamos a menudo la palabra "elección" para expresar algo "especial" o "excelente", sin implicar que haya tenido lugar ningún proceso de selección. Por ejemplo: "Nuestros huertos producen manzanas escogidas".

Contrástese con los siguientes pasajes:

> Ahora bien, durante la fiesta el gobernador acostumbraba soltar un preso que la gente **escogiera**.
> Mateo 27:15

Pilatos ofreció a la multitud elegir entre Jesús y Barrabás, y eligieron a Barrabás.

> Hermanos, **escoged** de entre vosotros a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para encargarles esta responsabilidad…
> Hechos 6:3

Estos son ejemplos evidentes de selección dentro de un grupo. Nótese que son elecciones no arbitrarias que tienen que ver con el carácter de la gente implicada. Nótese también que estas elecciones no tienen nada que ver con la salvación.

En el Antiguo Testamento se describe frecuentemente a Israel como "elegido". Por ejemplo:

> Porque para el Señor tu Dios tú eres un pueblo santo; él te **eligió** para que fueras su posesión exclusiva entre todos los pueblos de la tierra.
> Deuteronomio 7:6

Sin embargo, el que Dios eligiera a Israel no significaba que todos los israelitas fueran creyentes, o que todos los gentiles fueran incrédulos, lo cual deja espacio a la idea de que Dios elige que exista un grupo como el de Israel para que lleve a cabo sus propósitos como algo distinto a Dios eligiendo a los individuos que deben conformarlo.

La idea de Dios eligiendo de antemano quién ha de ser creyente y quién no se conecta con la U (elección incondicional [*unconditional election*]) del paradigma TULIP, por lo que mucha gente piensa que cuando la palabra "elegido" o "escogido" aparece en las Escrituras siempre contiene este significado. No es el caso.

En su uso lingüístico ordinario, si yo le anuncio a alguien: "Has sido elegido", su reacción inmediata será preguntar: "¿Para qué?". Es muy importante plantear esa

pregunta en los contextos bíblicos en lugar de asumir que la respuesta será inevitablemente ser "elegido para ser un creyente". Por ejemplo, en el Antiguo Testamento se dice que determinados individuos fueron elegidos por Dios por distintas razones. Rebeca fue elegida para ser la esposa de Isaac; Bezalel fue elegido para ser un artista; los levitas fueron elegidos para servir como sacerdotes; Saúl, David y Salomón fueron elegidos para ser reyes; etc. En el Nuevo Testamento, nuestro Señor eligió a los discípulos "para que estuvieran con él", a pesar de que no todos ellos eran creyentes. *"¿No os he escogido yo a vosotros doce?". Respondió Jesús. "No obstante, uno de vosotros es un diablo"* (Juan 6:70). Ninguna de estas elecciones se centra en la salvación.

En el marco de esa conexión deberíamos añadir el siguiente pasaje:

> No me **escogisteis** vosotros a mí, sino que yo os escogí a vosotros y os comisioné para que vayáis y deis fruto, un fruto que perdure. Así el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre.
> Juan 15:16

En este texto, el objetivo específico de la elección y comisión es dar fruto. Cómo la gente implicada acaba siendo portadora de fruto es, lógicamente, otro tema. Pablo fue elegido para llevar el nombre de Dios a las naciones (Hechos 9:15). Si le hacemos la pregunta "elegido: ¿para qué?" a todos estos textos obtendremos sin duda distintas respuestas, muchas de las cuales no tienen nada que ver con la salvación o el destino último.

Hacer la pregunta de "¿Para qué?" es de suma importancia cuando se están analizando los principales pasajes teológicos que tienen que ver con el tema que nos atañe.

Llegamos ya a los versículos clave bajo este encabezamiento, así que empecemos por este:

> … a los **elegidos** según la **previsión** de Dios el Padre, mediante la obra santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser redimidos por su sangre: Que abunden en vosotros la gracia y la paz.
> 1 Pedro 1:2

Elegido, ¿para qué? En este pasaje la respuesta es "para obedecer a Jesucristo". El contexto es la obra santificadora del Espíritu. Pedro no está diciendo que seamos elegidos para ser creyentes, sino explicando para qué ha elegido a los creyentes. Su intención es santificarlos, hacerlos cada vez más santos, a través de su

obediencia a Cristo Jesús.

Un segundo pasaje clave se encuentra en el comienzo de Efesios. Citamos la mayor parte del texto para enmarcar el contexto:

> Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo. Dios nos **escogió** en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos **predestinó** para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado. En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia que Dios nos dio en abundancia con toda sabiduría y entendimiento.
>
> En Cristo también **fuimos hechos** herederos, pues **fuimos predestinados** según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, a fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria. En él también vosotros, cuando oísteis el mensaje de la verdad, el evangelio que os trajo la salvación, y lo creísteis, fuisteis marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido.
> Efesios 1:3-8, 11-13

Este texto es un magnífico himno que alaba a Dios por su gloriosa iniciativa proveyendo indecibles bendiciones espirituales en la salvación. Términos como "escogió", "predeterminó", "buen propósito de su voluntad" expresan rotundamente que nuestra adopción, redención y perdón vienen de Dios. Se nos dice también que todas estas bendiciones son "en Cristo". La subsiguiente repetición de frases como "en él" indica que estar en Cristo reviste una enorme importancia. Es, de hecho, un concepto exclusivo del cristianismo. Nunca oímos a los pagamos hablar de que están "en Zeus" o "en Artemisa". El párrafo que abre Efesios desentraña para nosotros algunas de las inmensas riquezas que Dios nos da en Cristo. La primera es:

> Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él.
> Efesios 1:4

Esta afirmación es la que se suele utilizar como argumento principal de la opinión a la que nos hemos referido con anterioridad de que, antes de la creación del mundo, Dios seleccionó a aquellos que iban a ser cristianos e, incluso (según

algunos), a quienes no lo iban a ser; es decir, la "elección" es incondicional en el sentido de que no tiene nada que ver con la respuesta individual de nadie. Sin embargo, esta deducción surge de una lectura errónea del texto, entendiéndolo como si dijera: "Dios nos eligió *para que estemos* en él", en el sentido de que Dios nos eligió para ser cristianos. Pero el verbo ser, o estar no aparece en el texto original en este lugar. No obstante, sí que aparece al final del versículo 4, *para que seamos santos*, donde Pablo responde a la pregunta de por qué nos eligió Dios. La respuesta no es "para que estemos en él" sino *para que seamos santos y sin mancha delante de él*. El texto no discute cómo hemos llegado a estar en Cristo; discute lo que Dios elige para aquellos que están en Cristo. La diferencia es de una importancia crítica.

Una sencilla ilustración puede ayudar a clarificarlo. Supongamos que no tengo hijos, así que voy a una agencia de adopción y elijo a dos niños para que sean mis hijos. Esta elección es completamente distinta de cuando, ahora que ya tengo a los niños, un día soleado elijo llevarlos a la playa en vez de a la montaña.

Debe distinguirse entre elegir a gente para que estén en Cristo y elegir que aquellos que están en Cristo sean "santos y sin mancha delante de él". En el mundo antiguo solamente se permitía a los oficiales más importantes estar en la presencia del rey (recuérdese la historia de Ester). Lo que este texto nos está contando es que Dios ha elegido dignificarnos con el permiso de estar en su presencia, lo cual es un gran honor que no debe de darse por hecho. Dios podría haber elegido hacer algo diferente, algo con menos prestigio, por ejemplo.

Observamos una característica similar en este pasaje en relación con el uso del término "predestinado". Se nos dice que el objeto de la predestinación es que los cristianos de Éfeso que pusieron su esperanza en Cristo por primera vez lo fueran para la alabanza de su gloria. Dicho de otra manera, a este pasaje no le interesa contarnos cómo pusieron su esperanza en Cristo por primera vez sino lo que Dios planeó para aquellos que están en Cristo.

Resulta llamativo que cuando ciertos autores citan el pasaje anterior de Efesios tiendan a omitir las palabras *en él*. Cuando me doy cuenta de que están entre quienes desean minimizar o excluir por completo cualquier rol que pudiera tener la respuesta humana real a la hora de aceptar la salvación, me pregunto si la presión del paradigma les está ganando la partida por encima de una consideración sobria de lo que las Escrituras dicen en realidad, lo cual da como resultado un intento de resolver la tensión de un modo que no es bíblico.

Pablo continúa respondiendo a la cuestión de cómo la gente viene a ser en Cristo, o cómo llegaron a poner su esperanza en Cristo, lo cual demuestra que con la afirmación que le precede no está tratando este tema. Su respuesta a esta pregunta es: *En él también vosotros, cuando oísteis el mensaje de la verdad, el evangelio que os trajo la salvación, y lo creísteis, fuisteis marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido* (versículo 13). En este punto, no se hace ninguna referencia a la elección de Dios, sino más bien a sus respuestas al escuchar y creer.

Prestemos atención ahora a aquellos textos bíblicos que sí plantean problemas a la hora de saber quién es "escogido" y quién no. Ya se han mencionado varios textos que mencionan a los creyentes como "elegidos" o "escogidos". El término se utiliza sin calificaciones y, como hemos visto, deja abierta la pregunta de: escogidos, ¿para qué?

Hay también casos específicos como Mateo 22:14 (*Porque muchos son los invitados, pero pocos los escogidos*). Esta afirmación forma parte de la conclusión de la parábola en la que Jesús cuenta el banquete de bodas que un rey preparó y al que invitó a mucha gente. Sin embargo, cuando se les informó de que la fiesta estaba lista, se negaron a asistir. Unos prefirieron sus actividades agrícolas y negocios, y otros llegaron hasta el punto de asesinar a los siervos del rey. El rey envió a más siervos, pero esta vez a las calles, para invitar a quienquiera que encontraran, y con ellos llenaron la sala de banquetes. El rey proveyó a los invitados vestidos de boda, puesto que no podían aparecer en su presencia con sus propios ropajes. Sin embargo, un hombre pensó que sí que podía y fue expulsado sumariamente. Esta es la parábola que lleva a la afirmación con la que hemos comenzado, que suele traducirse en muchas Biblias como (por ejemplo, Reina Valera 1960): *muchos son los llamados, y pocos los escogidos*.

La parábola muestra que la elección no fue ni arbitraria ni incondicional. Los invitados, los "llamados", incluían a la gente que rechazó responder a la invitación, algunos de los cuales llegaron incluso a convertirse en asesinos, lo cual evidencia que la reacción al llamamiento, y no solamente el llamamiento en sí mismo, determina quién será finalmente escogido. Es decir, aunque el término "escogido" no está calificado, el contexto prueba que la elección se hizo en base a ciertos criterios claros. El rey eligió enviar las invitaciones, y cuando los destinatarios escogieron ignorarlo, o algo peor, eligió enviar invitaciones a la gente de las calles. Queda patente que sus respuestas al aceptar las invitaciones no tenían nada que ver con sus propios méritos, que indicaran que se merecían

asistir. Sin embargo, el hecho de que los invitados fueran elegidos no significaba que fueran elegidos incondicionalmente. Y es esa capacidad de responder lo que algunos niegan.

En la parábola, el Rey acaba dirigiéndose a las calles en su búsqueda de invitados. El Nuevo Testamento nos ofrece un ejemplo similar cuando Pablo se aparta de los judíos para llevar el mensaje a los gentiles. Resulta curioso que uno de los versículos de la narración de Hechos se cite frecuentemente en apoyo de la idea de que Dios elige a algunos y rechaza a otros, sin importar quiénes sean:

> Al oír esto, los gentiles se alegraron y celebraron la palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna.
> Hechos 13:48

Resulta imprescindible leer este texto en su contexto más general. Pablo ha estado hablando en la sinagoga judía de Antioquía de Pisidia, explicando el mensaje del evangelio, y termina apelándoles:

> Por tanto, hermanos, sabed que por medio de Jesús se os anuncia el perdón de los pecados. Vosotros no pudisteis ser justificados de esos pecados por la ley de Moisés, pero todo el que cree es justificado por medio de Jesús. Tened cuidado, no sea que os suceda lo que han dicho los profetas: "¡Mirad, engreídos! ¡Asombraos y desapareced! Porque voy a hacer en estos días una obra que nunca creeríais, aunque alguien os la explicara".
>
> Al salir ellos de la sinagoga, los invitaron a que el siguiente sábado les hablaran más de estas cosas. Cuando se disolvió la asamblea, muchos judíos y prosélitos fieles acompañaron a Pablo y a Bernabé, los cuales en su conversación con ellos les instaron a perseverar en la gracia de Dios.
>
> El siguiente sábado casi toda la ciudad se congregó para oír la palabra del Señor. Pero, cuando los judíos vieron a las multitudes, se llenaron de celos y contradecían con maldiciones lo que Pablo decía.
>
> Pablo y Bernabé les contestaron valientemente: "Era necesario que os anunciáramos la palabra de Dios primero a vosotros. Como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, ahora vamos a dirigirnos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor: 'Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra'. Al oír esto, los gentiles se alegraron y celebraron la palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna".

Hechos 13:38-48

Algunos judíos reaccionaron agriamente ante la enorme multitud que se reunió la siguiente semana para escuchar la palabra del Señor. Pablo les dice directamente que él tenía la responsabilidad de predicarles el mensaje a ellos primero, pero que ahora que se han decidido y han optado por rechazar el mensaje, va a dirigir su atención a los gentiles. Isaías predijo esta reacción, así que sabemos que Dios lo sabía de antemano. Pero esa no era la causa de la reacción. Fueron sus celos, de los cuales ellos eran responsables. Y, como resultó ser, la reacción de los gentiles que estaban escuchando fue muy distinta: *Al oír esto, los gentiles se alegraron y celebraron la palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna* (versículo 48).

El término griego traducido como *destinados* no es ninguno de los que aparecen en la lista mencionada antes. Es un verbo cuya raíz significa "causar que alguien esté en un estado que involucre una orden o acuerdo", y se utiliza en contextos militares para describir a las tropas en fila o preparándose para formar. El uso de esta palabra en este contexto es comprensible: los judíos no querían el evangelio, así que los gentiles se pusieron en fila para recibirlo. La etimología de la palabra no dice nada acerca de cómo se pusieron en fila, pero en el contexto queda patente que, igual que los judíos tomaron la decisión consciente de salirse de la hilera, los gentiles tomaron una decisión igualmente consciente de ponerse en la fila.

Una vez más debe subrayarse que Dios tomó la iniciativa. Él les envió mensajeros que les predicaron en el poder del Espíritu. En ese sentido, Dios había trabajado con y en ellos, pero al final fueron salvos no gracias a algún decreto inescrutable de Dios, sino porque respondieron a la iniciativa de Dios. Los gentiles se pusieron en fila y creyeron, y por eso recibieron la vida eterna. Tengo recuerdos muy claros y conmovedores de gente, grandes multitudes, poniéndose en fila para responder al evangelio predicado por Billy Graham en el Reino Unido hace muchos años. Me imagino que algo similar ocurrió en Antioquía de Pisidia.

Hemos visto que los términos "escoger" y "escogido" y similares se utilizan en las Escrituras en diferentes tipos de contexto, no todos conectados con ideas de selección para la salvación (incluyendo algunos pasajes clave utilizados para apoyar el determinismo). Aun así, cuando se hace referencia a la "doctrina de la elección", a menudo suele ser solamente la elección para salvación la que se tiene

en cuenta, lo cual es, por supuesto, la piedra de toque del debate.

Recordemos la afirmación clásica de esta idea ofrecida por Juan Calvino:

> Entendemos por predestinación el decreto eterno de Dios por el cual determinó consigo mismo todo lo que quería que ocurriera con cada hombre. Todos no han sido creados en términos iguales, sino que algunos han sido preordenados para la vida eterna, y otros para la condenación eterna; y, en consecuencia, puesto que cada uno ha sido creado para uno de estos dos finales, decimos que ha sido predestinado para vida o para muerte.[3]

Debemos una formulación mucho más reciente a Loraine Boettner, considerada una autoridad en el campo:

> La fe reformada ha sostenido la existencia de un decreto eterno y divino que, antes de cualquier diferencia o abandono en los propios hombres, separa a la raza humana en dos partes y ordena una para vida eterna y la otra para muerte eterna.[4][4]

Boettner mantiene que este divino decreto eterno es incondicional en el sentido de que no tiene nada que ver con los objetos humanos del decreto, ni siquiera con las elecciones que Dios previó para ellos.

La réplica obvia es que, si esto es así, resulta difícil entender por qué Dios no salva a todo el mundo. Los esfuerzos para responder esta pregunta de quienes están comprometidos con la elección incondicional no convencen del todo. Sproul escribe:

> La única respuesta a esta pregunta es que no lo sé. No tengo ni idea de por qué Dios salva a algunos y no a todos. No dudo ni un momento de que Dios tiene el poder de salvarlos a todos, pero sé que no ha elegido salvarlos a todos. No sé por qué… Si le agrada a Dios salvar a algunos y no salvarlos a todos, no hay nada malo en ello. Dios no está obligado a salvar a nadie. El que elija salvar a unos no le obliga en modo alguno a salvar al resto.[5]

No me sorprende que mucha gente reaccione con enfado ante semejantes afirmaciones. Suena despiadado, duro y cruel incluso decir: “No sé la respuesta, pero Dios puede hacer lo que le apetezca y eso es todo”. Soy muy consciente de que esta idea suele apoyarse apelando a Romanos 9-11, y le dedicaremos varios capítulos al tema más adelante. Por ahora basta con señalar que lo que parece faltar en afirmaciones como las de Sproul es cualquier sensibilidad a otra característica de Dios más allá de su soberanía. ¿Qué hay del amor de Dios? ¿Y

del amor de los cristianos por sus familiares y amigos que no son creyentes? ¿Es esto todo lo que podemos ofrecerles, que no hay nada malo en que Dios elija salvar a unos y otros no?

Todo está mal con ello si esa selección es misteriosa o hasta arbitraria. Todo está mal con ello si Dios es el Dios que tanto amó al mundo que dio a su Hijo para que todo aquel que crea en él no se pierda más tenga vida eterna. Todo está mal con ello si Dios es el Dios que inspiró al apóstol Pablo a escribir, animando a los creyentes a orar: *Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, pues él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad* (1 Timoteo 2:3-4). Todo está mal con ello porque señala a un Dios que odia en lugar de a uno que ama.

Thomas McCall ofrece un argumento basado en el amor de Dios para subrayar el problema del determinismo en este aspecto:

> Considera, no obstante:
>
> 1. Dios ama de verdad a todas las personas.
>
> 2. Amar de verdad a alguien significa desear su bienestar y promover su verdadero crecimiento tanto como puedas.
>
> 3. El verdadero bienestar y crecimiento de una persona se halla en una relación correcta con Dios, una relación salvífica en la que aceptamos la invitación del evangelio y aprendemos a amarlo y obedecerlo.
>
> 4. Dios podría determinar que todas las personas aceptaran libremente la invitación al evangelio y comenzaran a tener una relación correcta y fueran salvos.
>
> 5. De ese modo, todos serían salvos.
>
> El calvinismo tradicional estará de acuerdo en que el punto 5 es directamente contrario a las Escrituras. Pero, puesto que el punto 5 se sigue de los puntos 1-4, resulta que tenemos un problema.[6]

McCall continúa diciendo que la solución obvia sería negar el punto 4, pero entonces el determinismo divino se caería por su propio peso, porque, en el análisis final, si Dios puede determinar que algunos sean salvos, también puede determinar que todos sean salvos.

A la luz de estos problemas morales, no es de sorprender que muchos vean la doctrina de la elección incondicional como una barrera para predicar libremente

el evangelio. La elección incondicional asume que los humanos son incapaces de responder a Dios, puesto que, de otro modo, ¿no significaría que están contribuyendo a su salvación? Packer y Johnson lo explican así en su introducción a su edición de la obra de Lutero *Bondage to the Will* [La esclavitud de la voluntad]:

> La cuestión fundamental para los reformados no era simplemente si Dios justifica a los creyentes sin las obras de la ley. Eran las cuestiones generales de si los pecadores están completamente indefensos en su pecado y si se debe pensar que Dios los salva por medio de su gracia gratuita, incondicional e invencible, no solo justificándolos por causa de Cristo cuando llegan a la fe, sino también levantándolos de la muerte del pecado por medio de Su Espíritu vivificante para traerlos a la fe. Este es el principal problema: si Dios es el autor, no solo de la justificación sino también de la fe... ¿cuál es el origen y el estatus de la fe? ¿Es el medio dado por Dios por el cual se recibe la justificación dada por Dios, o es una condición de la justificación que el hombre debe cumplir? ¿Es parte del regalo de la salvación de Dios, o es la contribución personal del hombre a la salvación?[7]

Estas cuestiones tienen una importancia central en la discusión, por lo que pasamos ahora a considerarlas.

---

1. Y, a menudo, que otros están predestinados a condenación (la llamada "doble predestinación"). Sin embargo, resulta difícil entender cómo se puede mantener la llamada predestinación única sin afirmar lógicamente la doble predestinación. El mismo Calvino pensó que era absurdo intentar separarlas. Escritores posteriores, como Boettner y Sproul, están de acuerdo conmigo.
2. R. C. Sproul, *What Is Reformed Theology?* (Baker, 2016), 172.
3. J. Calvin, *Institutes of Christian Religion*, III, xxi, 5.
4. L. Boettner, *The Reformed Doctrine of Predestination* (P & R Publishing, 1971), 102. Debemos señalar que varios teólogos que se llaman a sí mismos calvinistas rechazan esta doctrina de la doble predestinación; aunque, de nuevo, resulta por lógica bastante complicado negar que, si Dios escoge a algunos para salvación, entonces los otros son en la práctica elegidos para el rechazo.
5. R. C. Sproul, *Chosen by God* (Tyndale House, 1986), 37.
6. T. McCall, "I Believe in Divine Sovereignty", *Trinity Journal*, 29NS, 2008, 205–26.
7. M. Luther, *The Bondage of the Will* (Baker, 1990), 59.

PARTE 3

EL EVANGELIO
Y EL DETERMINISMO

07
La capacidad humana y sus límites

El evangelio es buenas noticias porque es un mensaje de salvación. Esa realidad fue la que motivó al apóstol Pablo a llevarlo al mundo:

> Verdaderamente, no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos primeramente, pero también de los gentiles. De hecho, en el evangelio se revela la justicia que proviene de Dios, la cual es por fe de principio a fin, tal como está escrito: "El justo vivirá por la fe". Ciertamente, la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad.
> Romanos 1:16-18

> Ahora bien, sabemos que todo lo que dice la ley, lo dice a quienes están sujetos a ella, para que todo el mundo se calle y quede convicto delante de Dios. Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, mediante la ley cobramos conciencia del pecado.
>
> Pero ahora, sin la mediación de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, de la que dan testimonio la ley y los profetas. Esta justicia de Dios llega, mediante la fe en Jesucristo, a todos los que creen. De hecho, no hay distinción, pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó. Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre, para demostrar así su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados… Porque sostenemos que todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige.
> Romanos 3:19-25, 28

Pablo nos dice que hombres y mujeres necesitan ser salvos. Su situación es muy

seria. Están expuestos al justo juicio de Dios a causa de sus delitos y pecados. Por lo tanto, necesitan enmendarse con Dios. Sin embargo, no pueden enmendarse a sí mismos con Dios puesto que todos ellos han pecado y han sido privados de la gloria de Dios. No pueden merecerse la aprobación de Dios.

La gloria y maravilla del evangelio es que lo que los humanos no pueden merecerse, Dios se lo ofrece como un don gratuito y misericordioso. Está dispuesto a declararlos justos (eso es lo que la palabra "justificar" significa) por medio de la redención que es en Cristo Jesús… que ha de recibirse por fe. Serán salvos por la gracia de Dios solo a través de la fe en Cristo únicamente.

La condición humana es peor de lo que muchos creen. Cualquiera que se tome la Biblia en serio se dará cuenta enseguida de que la entrada del pecado en el mundo le ha provocado un cambio y un trastorno significativo. Las consecuencias de y el daño causado por la pérdida del Paraíso se perciben a todos los niveles. Los humanos ya no son lo que una vez fueron. Alienados de Dios, no pueden salvarse a sí mismos. Citando a Pablo, están *muertos en… delitos y pecados* (Efesios 2:1). Solo pueden ser salvos si Dios toma la iniciativa y suministra salvación para ellos. En esto están de acuerdo casi todos, si no todos, los cristianos, sea cual sea su postura con respecto al determinismo. Si Dios no proveyera salvación, nunca nadie podría ser salvo.

El libro de Génesis relata cómo entró el pecado en el mundo. Aquel evento catastrófico se suele llamar la Caída[1] y tuvo lugar cuando los humanos originales fueron tentados primero a cuestionar y después a desobedecer la orden de Dios de no comer del árbol de conocimiento del bien y del mal. Una falta de confianza en Dios y en su palabra precipitó esa desobediencia; fue un fallo de fe.

No ha de sorprender, por lo tanto, que los siguientes capítulos de Génesis se dediquen a la recuperación de la fe en Dios. En ellos se presenta al personaje principal, Abraham, como ejemplo paradigmático de alguien que aprendió a confiar en Dios. Fue la fe de Abraham en Dios la que se consignó como justa; Pablo se refiere a este hecho una y otra vez en su explicación de lo que significa tener fe en Cristo para salvación.

En cierto modo, todo esto es, gloriosamente, un camino de rosas y la gran mayoría de los creyentes, ocupando un amplio espectro teológico, están de acuerdo con ello. Sin embargo, las dificultades comienzan cuando intentamos ahondar para comprender mejor qué es exactamente lo que falló en la humanidad y cómo exactamente puede enderezarse. Por ejemplo, ¿hasta qué

punto hemos sido perjudicados por la Caída? El Nuevo Testamento dice que estamos muertos en nuestros delitos y pecados, pero ¿qué significa eso realmente? Es obvio que seguimos poseyendo muchas habilidades, pero ¿sigue siendo una de ellas la capacidad de responder a Dios? ¿Cuál es el estado y la naturaleza de la "fe" de la que hablan las Escrituras? ¿Es algo que nosotros producimos? ¿Es algo que Dios nos otorga? Y si es así, ¿lo hace de manera misteriosa o, incluso, arbitraria; o estamos involucrados nosotros de alguna manera? ¿Por qué alguna gente "tiene fe" y otra no? Son estas las preguntas a las que voy a dedicar las siguientes páginas, cuestiones importantes puesto que, inevitablemente, acarrean implicaciones que afectan a cómo pensamos acerca de Dios.

Lo que sigue son los tres argumentos principales presentados para promover la idea de que los seres humanos son incapaces por naturaleza de responder en modo alguno a Dios.

Argumento 1: elección incondicional

Si los seres humanos fueran capaces de confiar en Dios, estarían contribuyendo a su propia salvación y, por lo tanto, mereciéndosela. La salvación no sería entonces por gracia y la gloria de Dios se vería por lo tanto menoscabada. Por ejemplo, J. I. Packer y O. R. Johnson dicen, en su introducción a la obra de Lutero *Bondage of the Will* [La esclavitud de la voluntad], que, a ojos reformados, "apoyarse en uno mismo en cuanto a la fe en principio no se diferencia en nada de ampararse en uno mismo para las obras".[2] Wayne Grudem escribe algo parecido: "La elección basada en algo bueno que pueda hallarse en nosotros (nuestra fe) sería el comienzo de la salvación por méritos".[3] La única manera de evitarlo, argumenta, es mantener que la misma fe debe ser un don de Dios distribuido según su voluntad soberana, completamente independiente de cualquier actitud, deseo o comportamiento por parte de aquellos que el elige salvar. Esta idea, como hemos visto, se llama "elección incondicional", una expresión que, en realidad, no aparece en las Escrituras.

Argumento 2: depravación total

Los seres humanos son incapaces de creer porque están muertos en sus delitos y pecados como resultado del pecado que Adán introdujo en el mundo. Esta idea suele llamarse "depravación total" del hombre, aunque hemos de señalar que esta frase no aparece en las Escrituras. Igual que las criaturas muertas no pueden

reaccionar a ningún estímulo, el argumento mantiene que hombres y mujeres son constitucionalmente inhábiles para responder a Dios. Para poder hacerlo deben recibir una nueva vida (deben "nacer de nuevo"). Solo entonces podrán responder con la fe que Dios les ha otorgado. Sin ninguna acción de su parte (están muertos y, por lo tanto, no pueden actuar), Dios regenera a quienes decide regenerar por medio de su Espíritu; ellos son, entonces y solo entonces, capaces de creer en Cristo.

Argumento 3: pecado original

Aunque los seres humanos son incapaces de creer en Dios, por la razón dada en el Argumento 2, el no creer es, no obstante, culpa de ellos. Dios los condena justamente. Está relacionado con su conexión con Adán, que trajo el pecado al mundo: cuándo él pecó, todos pecaron.

Me tomo estos argumentos muy en serio. Cristianos muy respetables, a algunos de los cuales conozco personalmente y aprecio, han mantenido y mantienen estos argumentos u otros similares. Espero que el lector me conceda que comparto con ellos al cien por cien su preocupación de no mermar en modo alguno la gloria de Dios. Sin embargo, discrepo de ellos puesto que, debido a los elementos deterministas tan fuertes que poseen, estos tres argumentos sí que menoscaban la gloria soberana de Dios. También mantengo que son erróneos.

Respuesta al argumento 1: la fe es una habilidad universal otorgada por Dios

Comenzaremos explorando la idea de que, si la gente tuviera la capacidad de creer en Dios, si fueran capaces de tener fe, su fe sería en sí misma una obra meritoria que contribuiría a su salvación. ¿Tendré los arrestos de sugerir que esta opinión surge de la confusión existente sobre la misma naturaleza de la fe?

Parte de la confusión nace al pasar por alto una cuestión lógica muy sencilla: *el merecerse algo y el tener que hacer algo para obtenerlo no son lo mismo*. Por ejemplo, una pariente lejana mía podría haberme dejado una suma considerable de dinero en su testamento. Yo no he hecho nada para merecerlo. Me lo ha donado, tal y como está dispuesto en el documento que guarda el abogado, que me envía una carta informándome del hecho. Ahora me toca a mí decidir si me fío de él y, por supuesto, de ella. Tengo que responderle o no recibiré nada. Podría rechazarlo. Es evidente que el hecho de que yo tenga que *hacer* algo para poseerlo no significa que me lo haya *merecido* o haya *contribuido* a ello en modo

alguno.

Es por eso por lo que nuestro Señor pudo decirle a una mujer en una ocasión: *Tu fe te ha salvado; vete en paz* (Lucas 7:50).

En coherencia con este planteamiento, cuando el carcelero de Filipos, aterrorizado por el terremoto que ha liberado a los prisioneros, le pregunta a Pablo: *Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?*, Pablo no entiende que el carcelero le esté preguntado que cómo se puede merecer uno la salvación. No le responde sugiriendo que el carcelero no haga nada en vista del hecho de que su salvación depende completamente de la elección soberana de Dios. Al contrario, le dice al prisionero exactamente lo que puede (y debe) hacer: *Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa* (véase Hechos 16:25-35).

Wayne Grudem, al que he citado antes, dice: "La elección basada en algo bueno que nosotros poseemos (nuestra fe) sería el comienzo de la salvación por méritos". Lo que nos choca es que se utilice el adjetivo "bueno" para calificar a "fe", que se conecta entonces con "méritos". Pero, ¿nos enseñan acaso las Escrituras que la fe es algo bueno en el sentido meritorio? No lo creo.

En su respuesta al carcelero, Pablo no niega que la salvación sea completamente por gracia e inmerecida. Al contrario, lo está afirmando. Porque (y este punto tiene una importancia fundamental), *Pablo consideraba la fe, el acto de creer, como lo opuesto al mérito*. Esto significa que el acto personal de creer o confiar en Cristo para salvación no es un acto meritorio que contribuya a la salvación. La salvación viene solo de Dios.

Pablo era consciente de que la distinción entre fe y obras meritorias era un concepto que muchos tendrían dificultades de entender, sobre todo la gente religiosa, y por eso hace todo lo posible para explicarla. Uno de sus argumentos clave se encuentra en su carta a los Romanos, donde analiza el estatus de la fe de Abraham. Su primera declaración de importancia es: *Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia* (Romanos 4:3 RV60). La observación que Pablo hace al final del capítulo va en paralelo con este versículo: *Por lo cual también su fe "le fue contada por justicia"* (versículo 22 RV60). Cabe destacar que la fe era de Abraham, *su* fe. El texto no dice que Dios "le otorgara fe" (aunque más adelante vamos a considerar cómo la fe puede ser "otorgada"), ni que la fe de Abraham fuera una contribución meritoria para su justificación; ni siquiera que la justicia de Cristo le fuera imputada (atribuida) a Abraham como justicia. No, las Escrituras dicen que fue la fe de Abraham la que le fue atribuida como justicia.

Prestemos atención a Pablo definiendo la esencia de la fe en Dios en los versículos 4-5 (RV60):

> Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que **no obra**, sino **cree** en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.

Pablo utiliza el concepto de las obras como una actividad que merece un salario. La fe en Dios, dice, no se le parece en nada: no debe considerarse como una acción meritoria que se pague con el premio de la salvación. De otro modo, la persona que tiene fe estaría obrando.

Observamos también que la fe de una persona en Dios se describe como su propia fe: la fe de una persona impía se cuenta por justicia.

Por lo tanto, Pablo está contraponiendo dos acciones o actitudes posibles: obrar y creer, partiendo de la base de la asunción tácita de que cualquier persona es capaz de desempeñar ambas.

Ahora bien, al escribir esto soy consciente de que hay quien sugiere que el contexto de la argumentación de Pablo en Romanos no tiene que ver con la idea de ganarse la salvación acumulando buenas obras, sino más bien con el peligro de creer en rituales y ceremonias particulares del judaísmo tales como la circuncisión y el privilegio nacional para la salvación. Sin embargo, mi lectura de las Escrituras sugiere que ambos están involucrados. Simon Gathercole argumenta que

> muchos de los judíos contemporáneos a Pablo **sí** que mantenían una doctrina de salvación final según las obras, y que la obediencia a la Torá servía de criterio en el juicio final. En Romanos 2, Pablo deja patente que su interlocutor mantiene esa postura.[4]

Más aún, el énfasis en el Nuevo Testamento no está en la *bondad* de la fe sino en su *justicia*, y resulta notorio que suele mencionarse a menudo en relación con la justicia de Dios porque el tener fe es la actitud correcta hacia Dios. De ahí que la fe de Abraham *le fue contada por justicia* (Romanos 4:3 RV60). Y puesto que la cuestión es la justicia y no la bondad, las Escrituras no se avergüenzan al dar su aprobación a la gente por su fe, como lo ejemplifica la definición de fe ofrecida en Hebreos:

> Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve. Gracias a ella fueron aprobados los antiguos.

Hebreos 11:1-2

Dar la aprobación a alguien por hacer algo que no puede hacer no tiene sentido.

Observamos de pasada que uno de los términos técnicos utilizados para definir la afirmación de que solo Dios está involucrado en la regeneración es "monergismo". La opinión alternativa, que afirma que la respuesta humana también está involucrada, se llama "sinergismo". Desafortunadamente, estos términos significan "uno trabaja" y "trabajo conjunto", y plantean el interrogante de si las *obras meritorias* forman también parte. Lo que Pablo enseña es que solo Dios hace la obra de regeneración, pero nosotros somos responsables de creer en él, y *dicha actividad no es una obra*, por lo cual esa regeneración no es, en ese sentido, sinérgica.

Además, muchos de los que creen que la regeneración precede a la fe enseñan que la regeneración es monérgica pero la salvación subsecuente es sinérgica puesto que requiere nuestra fe. Por eso estos términos no ayudan y, por lo tanto, es mejor evitarlos.

A pesar de que las Escrituras establecen explícitamente que es la fe de Abraham la que le es contada por justicia, se objetará que Pablo dice explícitamente en otro lugar que la fe es un regalo de Dios. El paisaje relevante es Efesios 2:8-9, donde Pablo escribe:

> Porque por gracia habéis sido salvados mediante la fe; esto no procede de vosotros, sino que esto es regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.

Se argumenta entonces que este versículo es consistente con la opinión de que la persona no regenerada es incapaz de creer y, a menos que Dios le otorgue el don de la fe, esa persona nunca creerá. Sin embargo, en el texto griego la palabra para *fe* es de género femenino, mientras que el término *esto* (en la frase *esto es regalo de Dios*) es neutro. Desde un punto de vista gramatical no es, por lo tanto, la fe lo que es el regalo, sino la salvación por gracia. En realidad, Pablo está haciendo la misma observación que en Romanos 4, contraponiendo la salvación por mérito con la salvación por medio de la fe.

Sin embargo, no podemos dejar el tema en el nivel gramatical. Existe una percepción real de que la fe puede considerarse como un don de Dios sin negar que sea también nuestra fe. Soy consciente de que, para muchos, el Nuevo Ateísmo ha redefinido de manera muy inteligente el concepto de la fe. Como

resultado, la sociedad secular (y, tristemente, también muchos cristianos profesos) considera que la fe no es más que un concepto religioso que significa creer cuando no hay ninguna evidencia. Esta tergiversación de la fe es completa y peligrosamente falsa, y se la debe de refutar constantemente. La fe no es un término específicamente religioso, aunque se use en conceptos religiosos, como, por ejemplo, de modo subjetivo en "fe en Dios" y objetivamente en "la fe cristiana".

Según el *Oxford English Dictionary* [Diccionario de Inglés Oxford], la palabra "fe" se deriva del latín *fides* (de donde viene "fidelidad"), por lo que su significado básico es "confianza" o "dependencia". El equivalente en la etimología griega es *pistis*, que aparece en el Nuevo Testamento con los siguientes significados principales:

1. creencia, confianza;
2. aquello que produce creencia, evidencia, símbolo, promesa, compromiso;
3. confianza en su aspecto objetivo, lealtad, observancia de la confianza, fidelidad.

Por lo tanto, los principales significados de la palabra "fe" que ofrece el diccionario son: creencia, confianza, seguridad, dependencia, y creencia que procede de un testimonio o autoridad. Se puede afirmar sin lugar a dudas que la fe en Dios que la Biblia describe es una "dependencia y creencia que procede del testimonio o la autoridad". La fe bíblica está basada en la evidencia.[5]

Al final del Evangelio de Juan se encuentra un famoso pasaje que lo explica:

> Jesús hizo muchas otras señales milagrosas en presencia de sus discípulos, las cuales no están registradas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengáis vida.
> Juan 20:30-31

Lo que Juan está afirmando es el propósito por el que escribió su libro. Registra una colección de señales, actos especiales que Jesús llevó a cabo que apuntaban hacia una realidad más allá de ellos mismos y que, por lo tanto, daban testimonio de la identidad de Jesús como Dios encarnado. Según vamos avanzando en el Evangelio de Juan, nos vamos dando cuenta de que eso es exactamente lo que ocurrió. Una y otra vez Juan registra cómo la gente creyó por la evidencia que Jesús les aportó (véase, por ejemplo, Juan 2:11; 3:2; 4:41; 4:53; 6:14). Juan

consideraba sin duda que esa evidencia debía ser suficiente también para quienes, como nosotros, no observamos directamente los acontecimientos en cuestión. Según Juan, la fe que Cristo requiere es de todo menos ciega. La ceguera la tiene la gente que no creyó ni cree, tal y como veremos con detalle en breve.

Jesús proveyó estas señales a propósito para estimular la fe en él. Las señales precedieron a la fe. Jesús extrajo la fe de la gente con lo que hacía, ganándose su confianza y afecto. Ahora bien, la fe en Cristo es fe en una persona y merece la pena detenerse a reflexionar cómo se genera confianza entre la gente en la vida cotidiana.

En el ámbito comercial, por ejemplo, la confianza es esencial. ¿Pero cómo surge esa confianza en la práctica? Dos personas se reúnen en una oficina. Jones cree que Smith es una persona abierta y honesta. Le confía a Smith un encargo. Smith cumple con el encargo de tal manera que Jones le confía más trabajos. Jones oye que la gente le dice que Smith le ha representado con integridad, incluso a su propio costo. Jones empieza a fiarse más y más de Smith, así que le confía cada vez más trabajo, y se establece una sólida relación de negocios. ¿De dónde viene la confianza que Jones tiene en Smith? En cierta manera, Smith se la ha dado a Jones, puesto que la ha extraído de él. Pero eso no cambia el hecho de que la fe es la fe de Jones. Jones tiene la capacidad de confiar. Jones ha puesto su confianza en Smith por lo que Smith es y lo que Smith ha hecho.

De manera similar, en un matrimonio, cada cónyuge extrae del otro la confianza, la fe y el compromiso. Y eso no cambia el hecho de que la fe de cada cónyuge es su propia respuesta subjetiva al otro; es su fe.

En ese sentido, podemos sin duda considerar la fe como un regalo de Dios. Dios la extrae de nosotros por su gracia y amor. Si Dios no la iniciara, nunca la experimentaríamos. Pero él considera la fe como algo nuestro, tal y como hizo con Abraham.

Esto me lleva a otro punto. En la vida cotidiana, creamos o no en Dios, todos nosotros ponemos nuestra fe en muchas cosas. Confiamos en algunas de las cosas que leemos; confiamos en nuestros amigos; confiamos nuestras propias vidas a expertos como los cirujanos y los pilotos aéreos. Cada día se nos llama a poner en práctica nuestra fe en algo o en alguien, y la mayoría de nosotros creemos intuitivamente que somos libres de hacerlo. Esta capacidad de confiar está conectada con nuestro libre albedrío y forma parte de nuestra naturaleza, creada por Dios creamos en él o no. Es un regalo maravilloso de la gracia de Dios hacia

nosotros sus criaturas. Crea la posibilidad del amor y de una relación genuina, y forma parte de la imagen que Dios grabó en nuestra naturaleza. Sugerir que los seres humanos carecen de dicha capacidad, pero que su destino está determinado por si poseen o no poseen un tipo especial y totalmente distinto de "fe salvífica" (una fe de la que solamente Dios tiene la prerrogativa de otorgarla arbitrariamente), merma gravemente la gloria del carácter de Dios en lugar de incrementarla, por no decir nada del efecto deshumanizador que tiene sobre nosotros.

El mayor problema al que se enfrentan los seres humanos es este: ¿usaremos el magnífico regalo que es la capacidad de confiar (que todos poseemos) para hacerlo en la fuente de ese regalo, que es Dios mismo? Lo crucial aquí es la localización de la fe, no su cantidad: ¿en *quién* ponemos nuestra fe?; no *¿cuánta* fe tenemos? Utilizamos esa capacidad a diario para poner nuestra confianza en una miríada de áreas. Pero ¿estamos preparados para usar dicha capacidad para confiar en Dios? Ese es el desafío central del mensaje del evangelio.

Pablo nos dice en qué se equivocó la humanidad:

> A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias...
> Romanos 1:21

Su equivocación consistió en rehusar expresar su dependencia de Dios, que es lo que implica estar agradecido. No confiaron en él, por lo que se hundieron en una rebelde oscuridad moral. Si en eso nos equivocamos, lo más apropiado sería que la vuelta al camino correcto implicara aprender a confiar en Dios; aprender a utilizar el regalo de Dios que es la capacidad de creer, de confiar en él y en lo que ha hecho por la salvación humana.

El apóstol Juan escribió:

> Aceptamos el testimonio humano, pero el testimonio de Dios vale mucho más, precisamente porque es el testimonio de Dios, que él ha dado acerca de su Hijo.
> 1 Juan 5:9

Todos nosotros, estemos o no regenerados, somos capaces de aceptar y de hecho aceptamos el testimonio de los demás. Por eso, deberíamos estar dispuestos a aceptar y confiar en el testimonio, más grande y poderoso de Dios, que va acompañado de su poder y gracia derramados en nuestros corazones por medio

del Espíritu Santo.

Cuando nuestro Señor se ofreció a ir a la casa del centurión romano en Cafarnaúm para sanar a su sirviente paralítico, el hombre dijo: *Señor, no merezco que entres bajo mi techo. Pero basta con que digas una sola palabra, y mi siervo quedará sano.* La reacción de Cristo fue: *Os aseguro que no he encontrado en Israel a nadie que tenga tanta fe* (Mateo 8:8-10). Si el determinismo teológico fuera cierto, habría sido mucho más correcto que nuestro Señor hubiera dicho "A nadie en Israel se le ha dado semejante fe". Pero no lo dijo. Y más aún: si la fe no tiene nada que ver con quien la pone en práctica, ¿cómo puede ser grande o pequeña?

Sé que el Argumento 2 espera impaciente entre bastidores y debemos referirnos a él sin más demora.

Respuesta al argumento 2: la fe precede a la regeneración

Lo que se alega con este argumento es que los seres humanos no tienen la capacidad de creer y responder a Dios porque por naturaleza están muertos en sus delitos y pecados como resultado del pecado que Adán introdujo en el mundo (según la doctrina de la depravación o inhabilidad total). Por lo tanto, para que puedan creer, se les debe otorgar primero una nueva vida, es decir, deben nacer de nuevo por el poder del Espíritu Santo de Dios. Esta opinión la mantienen varios pesos pesados y pensadores respetados desde la época de Agustín.

Arthur W. Pink escribe:

> Un hombre no se regenera porque haya creído primero en Cristo, sino que cree en Cristo porque ha sido regenerado.[6]

R. C. Sprout lo explica así;

> A no ser que la regeneración ocurra primero, no hay ninguna posibilidad de que exista la fe.[7]

Escribe también:

> No creemos para nacer de nuevo; nacemos de nuevo para poder creer.[8]

John Piper escribe:

> El nuevo nacimiento es una creación milagrosa de Dios que permite que una persona que estaba previamente "muerta" reciba a Cristo y sea salva. No

> provocamos el nuevo nacimiento gracias a nuestra fe. Dios provoca nuestra ve por medio del nuevo nacimiento.[9]

En un libro reciente, muy popular, Ben Peays escribe:

> El arrepentimiento y la fe manan infaliblemente de la regeneración… no podemos creer a no ser que hayamos nacido de nuevo.[10]

Sin embargo, el orden que estos escritores afirman (regeneración antes que fe) es justo el opuesto al que se da en las Escrituras. Por ejemplo, en Juan 3:14-15, Jesús dice: *así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna*. No dice, "para que todo el que tenga vida eterna, crea". El siguiente versículo dice: *para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna*. No dice, "todo el que tenga vida eterna crea en él y no se pierda".

De nuevo, dos versículos más adelante: *El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios* (versículo 18). Por último, al final del capítulo: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rechaza al Hijo no sabrá lo que es esa vida, sino que permanecerá bajo el castigo de Dios* (versículo 36). No dice, "quienquiera que tenga vida eterna cree en el Hijo".

Entonces, ¿bajo qué autoridad invierten el orden bíblico los autores mencionados arriba, en un ejemplo clásico de empezar la casa por el tejado? Una sugerencia es que utilicen el término "regeneración" de manera más amplia que las Escrituras para describir cualquier obra de Dios en la vida de una persona antes de que crean en el evangelio. Sin embargo, el Nuevo Testamento no suministra ninguna garantía para semejante uso del término.

La idea de que los seres humanos puedan iniciar su propia salvación, o responder a Dios independientemente de su gracia, es una herejía que se suele denominar Pelagianismo, llamada así por el monje celta Pelagio, que expuso, en los siglos IV y V, su fuerte convicción acerca del papel del creyente en la salvación. Así pues, subrayemos que, según las Escrituras, no existiría ninguna salvación si Dios no la hubiera provisto y derramado su gracia en el mundo. Pablo escribe:

> En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación.
> Tito 2:11

La llegada del Salvador al mundo es un prerrequisito para la salvación. Dios es el autor e iniciador de la salvación. En otra parte leemos que la Palabra es la luz verdadera que ilumina a todo el mundo (véase Juan 1:9). Leemos también que Cristo "atrae" y que el Espíritu Santo vino para *convencer al mundo de su error en cuanto al pecado, a la justicia y al juicio* (Juan 16:8).

Fue la gracia de Dios la que guio a Pablo en un principio a no declarar su ciudadanía romana para evitar la prisión en Filipos y, sin embargo, la Biblia muestra que tomó esa decisión con su propio libre albedrío. Fue la gracia de Dios la que sacudió la prisión en Filipos y con ella el corazón del carcelero. Sin embargo, esta "gracia preveniente"[11] no equivalía a regeneración y salvación. Como ya hemos señalado, el carcelero tenía que hacer algo. Preguntó qué debía hacer y Pablo le dijo: Cree en el Señor Jesús (Hechos 16:31).

Por lo tanto, mucho de la gracia de Dios ha de ser experimentado antes de que uno llegue a confiar en Cristo, pero esto no debería confundirse con la regeneración. Las Escrituras son muy cuidadosas al usar los términos, y ninguna de las actividades divinas mencionadas antes equivale a una regeneración. De hecho, hay varias cosas que preceden a la regeneración y, sin embargo, las interpretemos como las interpretemos, nunca debemos entenderlas de manera que socaven el libre albedrío humano, haciendo por lo tanto responsable último a Dios del pecado y el mal. El carcelero era libre de creer o no creer. Dios no iba a tomar esa decisión por él. Eso habría sido arrebatarle su integridad moral humana y su valor.

Una ilustración quizá nos ayude, aunque no sea más que una ilustración. Todos los vehículos grandes (y, hoy en día, muchos de los más pequeños también) tienen dirección asistida. Yo no tendría la fuerza de girar el volante de un tráiler articulado, pero la dirección asistida hace que, en el momento en que toque el volante, se suministre energía y las ruedan giren. Si no toco el volante no ocurrirá nada; sin embargo, no puedo hacer nada sin la energía que se provee. El servomecanismo no decide mover las ruedas, yo lo decido; pero no puedo moverlas sin la energía que se suministra.

Presiento que algo así es lo que subyace tras esta conocida y sincera oración: *¡Creo; ayuda mi incredulidad!* (Marcos 9:24 RV60). Dios hará todo lo que esté en su poder para ayudarnos, pero no puede decidir por nosotros. Es también la idea que subyace tras la noción del Espíritu Santo como Consolador, o Paracletos, que nos acompaña para ayudarnos. Tiene el poder, pero lo pone a nuestra disposición

solo si lo aprovechamos.

Resumiendo, entonces: Juan 3 nos dice por lo menos tres veces que la condición para obtener la vida eterna es la fe en Cristo; y también que quien cree en (tiene fe en) Cristo no es condenado. Por otro lado, Juan nos dice que la persona que no cree ya ha sido condenada. La razón se da de modo explícito: *por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios* (versículo 18). Este veredicto se repite al final del capítulo: *el que rechaza al Hijo no sabrá lo que es esa vida, sino que permanecerá bajo el castigo de Dios* (versículo 36). Es decir, de lo que se acusa a esta gente es de que han rehusado creer en el hijo, rechazándolo, por lo tanto.

El criterio expresado aquí no tiene nada que ver con los méritos de la persona en términos de obras o buen comportamiento. El criterio es únicamente si una persona ha creído o no en el Hijo de Dios. La fe viene antes que la regeneración.

Debemos señalar que este énfasis repetitivo en Juan 3 no se contradice con la afirmación posterior de Juan:

> Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios…
> 1 Juan 5:1

Piper dice:

> Esto significa que nacer de Dios viene antes y creer le sigue. Creer en Jesús no es la causa de haber nacido de nuevo; es la evidencia de que hemos nacido de Dios.[12]

Sin embargo, este versículo no cambia el orden establecido en Juan 3, sino que es perfectamente consistente con que creer sea la base del nuevo nacimiento: la gramática de la afirmación no implica que nacer preceda a creer.

Es interesante notar que Piper parece cambiar de inmediato su postura citando Juan 1:13, donde aquellos que reciben a Cristo "*no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios*". Dicho de otra manera, *es necesario recibir a Cristo para convertirse en hijo de Dios*, pero el nacimiento que le introduce a uno en la familia de Dios no es posible por medio de la voluntad del hombre. Solo Dios puede hacerlo.

Esto lleva a otro cambio más:

> Los dos actos (nuevo nacimiento y fe) están tan estrechamente relacionados que no podemos distinguirlos en la experiencia. Dios nos engendra de nuevo y el primer rayo de vida en el niño recién nacido es la fe.

Por supuesto, no hay duda de que la fe y la regeneración están estrechamente relacionados, pero eso no es un argumento sobre el que se pueda basar la alteración del orden bíblico.

Señalamos también que no existe el más mínimo indicio de: "si Dios decidió salvarte antes de la fundación del mundo, serás salvo; si decidió condenarte, serás condenado. Y no hay nada que puedas hacer al respecto". Más bien lo contrario: "dado que Dios ha tomado la iniciativa de aportar salvación, hay algo que tú puedes y, de hecho, debes hacer. Debes responder al ofrecimiento de salvación confiando en Cristo como Señor".

Aun así, hay teólogos como E. H. Palmer que mantienen que:

> La reprobación como condena es condicional en el sentido de que, aunque alguien sea pasado por alto, será condenado entonces por Dios por sus pecados e incredulidad. Aunque todas las cosas (incluido el pecado y la incredulidad) proceden del decreto eterno de Dios, el hombre sigue siendo responsable de sus pecados. Es convicto; es su culpa y no la de Dios.[13]

Es triste leer la reacción de Palmer a este tema. En otra parte de esa obra, él mismo admite libremente que su opinión es "ilógica, ridícula, disparatada y es absurda"[14] (lo cual resulta, cuanto menos, extraño). Se refugia entonces diciendo: "Este tema secreto pertenece al Señor nuestro Dios y ahí debemos dejarlo".[15]

Atribuir ideas que son ilógicas, ridículas, disparatadas y absurdas a Dios y a su palabra recuerda al lenguaje del extremismo desequilibrado. Después de todo, si un argumento (y Palmer utiliza su razón todo el rato) nos lleva a conclusiones ilógicas, ridículas, disparatadas y absurdas, lo primero que hay que hacer entonces es buscar los fallos en el argumento, ya sea en su lógica o en sus premisas. Y, sin embargo, de manera increíble Palmer, nos anima ciegamente y solamente basándose en su autoridad personal a "dejarlo ahí". Pero Dios no lo deja ahí. Cristo no lo deja ahí. El Nuevo Testamento no lo deja ahí. Como hemos visto, y seguiremos explorando, existe todo un largo y detallado argumento en el Evangelio de Juan orientado a establecer justamente lo contrario a la aseveración de Palmer. Dios justifica sus caminos para con nosotros y nos pide una y otra vez a nosotros, sus criaturas, que usemos nuestro juicio moral para entender que su voluntad y acciones son justo todo lo opuesto a algo ilógico, ridículo, disparatado y absurdo. "Dejarlo ahí" sin más lo único que hace es arriesgarse a menoscabar la credibilidad de las Escrituras.

Resulta de suma importancia utilizar el juicio moral que Dios nos ha otorgado.

Por ejemplo, la lógica moral más elemental seguramente nos diga que, si alguien va a ser condenado porque ha fallado personalmente a la hora de hacer algo (creer, en este caso), debe, en primer lugar, haber sido capaz de hacerlo. De otro modo, no se puede reclamar ninguna culpa por su acción, y su condenación sería injusta. Intentos como el de Palmer de menoscabar este punto diciendo que todo esto pertenece al consejo secreto de Dios son particularmente poco impresionantes y no pueden ser correctos, puesto que el propio Señor manifiesta que la culpa implica responsabilidad y capacidad moral.

Cuando discutía con los líderes religiosos tras sanar al ciego, Jesús afirma:

> Si fuerais ciegos, no seríais culpables de pecado, pero, como afirmáis ver, vuestro pecado permanece.
> Juan 9:41

Entonces, según Cristo, nunca nadie va a ser condenado por no ver lo que no puede ver. Por lo tanto, si debe ser juzgado por no creer, debe haber sido capaz de ver. Sugerir lo contrario es correr el riesgo de representar a Dios como un monstruo moral, lo cual es impensable.

A esta deducción moral se le suele objetar que hasta en los tribunales humanos a veces se condena a la gente por hacer algo que son incapaces de hacer. Los irlandeses disfrutan contando la historia de un hombre que fue arrestado acusado de conducir borracho. Como evidencia, el juez cita el hecho de que, cuando la policía le pidió que caminara en línea recta encima de la línea de la carretera, no fue capaz de hacerlo y se tambaleó hacia todos lados. El hombre objetó: "Su Señoría, no puede usted acusarme de no hacer lo que no puedo hacer". El juez le respondió diciéndole lo obvio, que el hombre era responsable de haberse emborrachado y le pone una multa considerable. La imposibilidad del hombre culpable de andar en línea recta era la consecuencia de su amor por el alcohol. Hemos de notar, sin embargo, que el hombre de la historia no fue condenado por no hacer lo que no podía hacer. El no poder andar en línea recta era un síntoma, no una causa. La causa era su borrachera, por la cual era directa y culpablemente responsable.

De modo similar, el análisis de la incredulidad de Juan 3 realiza un notable hincapié en la responsabilidad humana:

> Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, pero la humanidad prefirió las tinieblas a la luz, porque sus hechos eran perversos. Pues todo el que hace lo malo aborrece la luz, y no se acerca a ella por temor

a que sus obras queden al descubierto. En cambio, el que practica la verdad se acerca a la luz, para que se vea claramente que ha hecho sus obras en obediencia a Dios.
Juan 3:19-21

Juan explica el criterio que Dios utilizará en el juicio. Obsérvese que es racionabilidad moral. En primer lugar, *La luz vino al mundo*. De nuevo vemos que Dios toma la iniciativa. Provee a hombres y mujeres con evidencia. La pregunta es, ¿cómo van a reaccionar ante esa evidencia? La humanidad *prefirió las tinieblas a la luz*. Es decir, han visto la luz, la han rechazado y, por lo tanto, se merecen el juicio.

Es importante que recordemos constantemente lo que está en juego aquí: la moralidad y credibilidad de los juicios de Dios. Es un tema terriblemente serio, y no ha de extrañar que la gente se cierre en banda ante cualquier idea de que Dios vaya a juzgar a alguien por ser incapaz de hacer lo que no puede hacer, o por no ser capaz de ver lo que no puede ver.

Por ello, las Escrituras hacen todo lo posible por defender la justicia de los juicios de Dios. Presentar los juicios de Dios contradiciendo la intuición moral basada en la Biblia es arriesgarse a menoscabar la confianza de la gente en la autoridad de la Biblia y el carácter de Dios.

Debido a su importancia, vamos a continuar con nuestra respuesta al Argumento 2 (la opinión no bíblica de que la regeneración debe venir antes que la fe). Retomaremos el Argumento 3 más tarde, en el capítulo 10.

---

1. Un término apropiado, evidenciado por la referencia de Pablo a caer en tentación en 1 Timoteo 6:9.

2. M. Luther, *The Bondage of the Will* (Baker, 1990), 59.

3. W. Grudem, *Bible Doctrine* (IVP, 1999), 287.

4. S. Gathercole, *Where Is Boasting?: Early Jewish Soteriology and Paul's Response to Romans 1–5* (Eerdmans, 2002), 214.

5. Para más detalles, véase la obra del autor *Disparando contra Dios* (Andamio, 2016).

6. A. Pink, *The Widsom of Arthur W. Pink*, vol. 1 (Reformed Church, 2009), 65.

7. R. C. Sproul, "Regeneration Precedes Faith", *Tabletalk*, February 1997, 35.

8. R. C. Sproul, *Chosen by God* (Tyndale House, 2011), 73.

9. "What We Believe About the Five Points of Calvinism", desiringgod.org.

10. K. DeYoung (ed.), *Don't Call It a Comeback: The Old Faith for a New Day* (Crossway, 2011), 90–91.

11. Agustín utilizaba este término para describir cualquier actividad de la gracia de Dios que precediera al momento de la conversión.

12. "What We Believe About the Five Points of Calvinism", desiringgod.org

13. E. H. Palmer, *The Five Points of Calvinism*, Grand Rapids, Baker, 2009, pp. 105–106.

14. Ibíd., p. 85.

15. Ibíd., p. 87.

08
La condición humana: diagnóstico y remedio

La justicia de Dios y la justificación por la fe

Este tema es tan relevante que Pablo le dedica la primera parte de su carta a los Romanos. Tomamos el argumento, resumido en pocas palabras, de los primeros tres capítulos. Pablo afirma:

> … no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos primeramente, pero también de los gentiles. De hecho, en el evangelio se revela la justicia que proviene de Dios, la cual es por fe de principio a fin, tal como está escrito: "El justo vivirá por la fe".
> Romanos 1:16-17

Este es el comienzo de una extensa explicación de Pablo de cómo los seres humanos pueden ser justificados por medio de la fe en Jesús.

Es fundamental saber que el término "justificar" significa "declarar justo o correcto". No significa "hacer justo". Lo menciono porque Agustín, trabajando a partir de una traducción defectuosa del latín, pensó que el verbo significaba "hacer justo", un error de traducción que causó una considerable confusión teológica en los años posteriores. Alister McGrath hace la siguiente observación:

> Aunque esta interpretación de la palabra latina es permisible, resulta inaceptable como interpretación del concepto hebreo que subyace tras ella.[1]

El concepto hebreo subyacente es, por supuesto, el de la justificación por fe de Abraham. El término griego que traduce este concepto significa "declarar justo". Por ejemplo, el griego de Lucas 7:29 dice que los recaudadores de impuestos "justificaron a Dios", lo cual obviamente no puede significar "hacer justo a Dios". La NVI traduce correctamente *reconocieron que el camino de Dios era justo*.

Merece la pena detenerse a pensar sobre la justificación, porque es la gloria central distintiva del mensaje cristiano, y ningún creyente debería cansarse de

que se le recordara la historia de la salvación de Dios.

La primera tarea de Pablo es mostrar que dicha salvación es necesaria porque todos somos culpables ante Dios. Procede a establecer este hecho con detalle:

> Ciertamente, la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad.
> Romanos 1:18

Obstruyen la verdad porque hay una verdad que debe de ser conocida. En particular,

> … lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado.
> Romanos 1:19

Es decir, son perfectamente capaces de ver aquello que Dios tomó la iniciativa de mostrarles. ¿Qué les ha mostrado Dios?

> Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa.
> Romanos 1:20

Dios ha construido un mensaje-firma en el universo creado, que forma parte de lo que se conoce como su "gracia común" hacia la humanidad. Hombres y mujeres pueden percibir, a través de lo que él ha creado, que existe un Dios Creador de gran poder. La premisa es que los seres humanos tienen la capacidad de hacerlo. Y no solo eso, sino que Pablo también añade que la evidencia aportada por la creación es tan fuerte que *nadie tiene excusa* (versículo 20). Hombres y mujeres no son intelectualmente ciegos, por lo que se les pedirá cuentas si desechan la evidencia de la creación.

Pero hay más evidencia que la proporcionada por el mundo creado. Además de ella, existe la evidencia de nuestro sentido moral humano. Pablo continúa subrayando el pronunciado deterioro moral como resultado de rechazar a Dios, y a la vez deja patente que hombres y mujeres son responsables de sus actos, puesto que aún conservan su conciencia moral.

> Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no solo siguen practicándolas, sino que incluso aprueban a quienes las practican.

Romanos 1:32

Tampoco se escapa el moralista que condena semejante comportamiento:

> Por tanto, no tienes excusa tú, quienquiera que seas, cuando juzgas a los demás, pues al juzgar a otros te condenas a ti mismo, ya que practicas las mismas cosas.
> Romanos 2:1

Pablo confronta a esa gente con la siguiente pregunta:

> ¿No ves que desprecias las riquezas de la bondad de Dios, de su tolerancia y de su paciencia, al no reconocer que su bondad quiere llevarte al arrepentimiento?
> Romanos 2:4

De esto se implica que podrían haberse arrepentido si hubieran querido. Dios ha sido, sin duda, paciente y les ha dado suficiente tiempo para arrepentirse. Sin embargo, no se arrepintieron, sino que endurecieron sus corazones. Pablo les dice,

> Pero por tu obstinación y por tu corazón empedernido sigues acumulando castigo contra ti mismo para el día de la ira, cuando Dios revelará su justo juicio.
> Romanos 2:5

Son ellos quienes acumulan castigo contra ellos mismos. El juicio de Dios es justo porque es merecido.

Pablo continúa señalando que dicha conciencia moral no se limita solo a Israel, que ha recibido la ley escrita de Dios, sino que argumenta que todos los hombres y mujeres son seres moralmente responsables, según puede derivarse de su comportamiento. A pesar de que no tienen la ley en su forma escrita oficial,

> Estos muestran que llevan escrito en el corazón lo que la ley exige, como lo atestigua su conciencia, pues sus propios pensamientos algunas veces los acusan y otras veces los excusan. Así sucederá el día en que, por medio de Jesucristo, Dios juzgará los secretos de toda persona, como lo declara mi evangelio.
> Romanos 2:15-16

Crean o no en Dios, todos los hombres y mujeres se comportan como seres morales porque como tales han sido creados. Todos poseen una conciencia como

parte de la constitución que Dios les ha otorgado. Cuando Smith acusa a Jones, o cuando Smith excusa sus acciones ante Jones, es obvio que Smith espera que Jones se adhiera a un estándar moral que es independiente de ambos. Pablo utiliza este hecho como otra evidencia que debe usarse (en última instancia, por Dios) para demostrar que su juicio es merecido. Hombres y mujeres no están moralmente ciegos.

El objetivo de esta parte del argumento de Pablo es establecer que todos los hombres y mujeres son culpables ante Dios. Ofrece una devastadora acusación de la pecaminosidad de los seres humanos, sean paganos o religiosos, y muestra que nadie tiene excusa alguna para su pecado, pues tienen la evidencia que Dios les ha proporcionado en la creación, en su conciencia y en su palabra revelada.

Por lo tanto, todos deberán rendir cuentas:

> Ahora bien, sabemos que todo lo que dice la ley, lo dice a quienes están sujetos a ella, para que todo el mundo se calle y quede convicto delante de Dios. Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, mediante la ley cobramos conciencia del pecado.
> Romanos 3:19-20

La grandiosa conclusión es:

> … pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios.
> Romanos 3:23

Hasta ahora, todo esto tiene sentido a nivel moral. Se incurre en la culpa personal por el pecado personal, por lo cual el juicio es merecido. Otra cosa que queda meridianamente clara es que los seres humanos no pueden ni iniciar, ni diseñar ni merecerse la salvación. La gran pregunta que Pablo responde ahora es: ¿cómo, entonces, pueden hombres y mujeres, todos los cuales han pecado y están privados de la gloria de Dios, ponerse en paz con Dios?

La maravilla de la salvación

Pablo explica la maravilla de la salvación. Dios está dispuesto a otorgar como un don gratuito aquello que los humanos ni se merecen, ni pueden diseñar ni ameritar. Hombres y mujeres pueden ser

> … justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su

sangre.
Romanos 3:24-25 RV60

La provisión de Dios para la salvación involucra nada más y nada menos que la muerte de su Hijo, el Señor Jesucristo, lo cual se debe a que vivimos en un universo moral en el cual hemos acumulado contra nosotros la ira de Dios a causa de nuestro pecado.

La palabra "propiciación" es clave. Es un término sacrificial que significa algo que frena la ira de Dios. Lo que Cristo hizo en la cruz fue anticipado (como Pablo dice en 3:21) por los sacrificios del Antiguo Testamento. Dios no puede sacudir una varita mágica, como muchos piensan, y decir: "Te perdono". La cruz es necesaria puesto que suministra una base justa para declarar justo al pecador que cree. Hablando de la muerte de Cristo, Pablo dice:

> … pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo, Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús.
> Romanos 3:26

La cruz y la redención a través de Cristo se han convertido en el principal objetivo de los críticos ateos, y como resultado algunos cristianos se sienten avergonzados del mensaje de la muerte y resurrección de Cristo. Los ateos dicen que es absurdo e inmoral declarar que Cristo pudiera morir por nuestros pecados. Pablo, sin embargo, no se avergüenza de este mensaje. Lejos de ser inmoral, es la única base moral posible sobre la cual Dios podría perdonar a humanos creyentes arrepentidos.[2]

La parte objetiva de la historia es que Dios ha tomado la iniciativa. En su gracia, Cristo ha sido dispuesto por Dios como propiciación. Ha muerto y ha suministrado la base de la redención. En ese sentido, la salvación es toda de Dios, sin él no existiría ninguna salvación. Pero la salvación tampoco es automática; tiene que ser recibida de manera individual por medio de la fe en Jesús como redentor. En esta corta sección, Pablo enfatiza la necesidad de una respuesta cuatro veces:

> a través de la fe en Jesucristo,
> para todos los que creen,
> recibirse por fe,
> Dios es el justificador de los que tienen fe en Jesús.

Casi todos los cristianos estarán de acuerdo en que la Biblia enseña que la salvación es por fe. Pero algunos dirán que solamente podemos poner en práctica esa fe porque en primer lugar hemos sido regenerados por Dios. Esto significaría, lógicamente, que la salvación es por fe, pero la regeneración no. Mi afirmación es que el Nuevo Testamento enseña que ambas son solamente por fe. De todos modos, es muy difícil mantener que la regeneración debe distinguirse de la salvación, hasta tal punto que uno no puede ser regenerado sin ser salvo; y, sin embargo, esa es una de las posibles implicaciones que puede tener la idea de que la regeneración precede a la fe. Pablo describe la salvación como el *lavamiento de la regeneración* (Tito 3:5).[3]

Si esto fuera así, si la regeneración precediera a la fe, nos enfrentaríamos a un serio problema lógico. Si una persona es regenerada por un acto de Dios, ¿no sería ya un miembro del reino de los cielos, al ser receptor de la salvación? ¿Cómo se entendería entonces el sentido y el propósito del subsiguiente arrepentimiento y fe? C. H. Spurgeon comentó una vez:

> Si voy a predicarle la fe en Cristo a un hombre que ha sido regenerado, entonces dicho hombre, habiendo sido regenerado, ya es salvo, por lo que resulta innecesario y ridículo que yo le predique a Cristo y le urja a creer para ser salvo cuando ya es salvo, puesto que ha sido regenerado.[4]

Muertos en delitos y pecados: el caso de Adán

A pesar de la aparente abrumadora evidencia de que la fe es la base de la regeneración y no su fruto, se mantiene que tal cosa no puede ser cierta puesto que hombres y mujeres están muertos en sus delitos y pecados. A ello le sigue, según este argumento, el que no puedan responder con fe hasta que primero hayan sido regenerados. Sin embargo, quienes utilizan este argumento para alterar el orden explícito y constantemente reiterado dado en las Escrituras, no entienden la expresión bíblica "muertos en delitos y pecados" correctamente. De hecho, esta expresión se puede comprender muy fácilmente de una manera consistente con la aseveración de que la fe precede a la regeneración.

Ahora bien, es cierto que hombres y mujeres están muertos en sus delitos y pecados, puesto que el Nuevo Testamento lo declara así explícitamente. Pablo le recuerda a la iglesia de Éfeso su estado anterior: *estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo* (Efesios 2:1-2 RV60). En segundo lugar, también es cierto que los cuerpos muertos son incapaces de

reaccionar. Es decir, los cuerpos físicamente muertos. Pero ¿es de eso de lo que hablan las Escrituras aquí?

Comencemos afirmando que la incapacidad humana para responder es el resultado del pecado que Adán introdujo en el mundo. Puesto que Adán fue quien cometió ese pecado, él es, por definición, el caso paradigmático de lo que significa estar muerto en delitos y pecados.

Ciertos deterministas teístas le dan una confusa capa de brillo a lo que ocurrió en el Edén. Dicen que sí, que Adán pecó utilizando su libertad, pero lo que ellos entienden por libertad no es lo que la mayoría de la gente entendería por libertad. Se refieren solamente a la libertad de espontaneidad. Sostienen que Adán era libre de hacer lo que quisiera hacer, pero creen que no era libre de hacer nada que no fuera lo que de hecho eligió hacer, puesto que estaba predestinado a desobedecer la orden de Dios.

Por ejemplo, Calvino escribe:

> Dios no solo previó que Adán caería, sino que también ordenó que debía caer… Confieso que es un decreto horrible; sin embargo, nadie puede negar que Dios conocía de antemano la caída de Adán, y por lo tanto la predijo, porque él la había ordenado por su propio decreto.[5]

J. M. Frame escribe:

> La Biblia enseña un determinismo teísta que es "suave" en el sentido de James. Enseña que los seres humanos a veces poseen libertad moral, normalmente poseen libertad compatible, pero que nunca tienen libertad libertaria.[6]

Esto contradice el relato bíblico de lo que ocurrió en la tentación. Pablo escribe:

> No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.
> 1 Corintios 10:13

A veces sucede que un creyente cede a la tentación. Según este versículo, en el momento de la tentación también tiene disponible una vía de escape, lo cual implica que podría haber hecho algo distinto a lo que hizo. Por lo tanto, hasta un creyente tiene libertad libertaria. El texto que acabamos de citar se refiere a una

tentación *humana*, por lo cual es el mismo tipo de tentación que experimentan los no creyentes.

Un ejemplo se ofrece en la historia de Ananías y Safira, en Hechos 5. El contexto es la distribución de la riqueza de los primeros cristianos para ayudar a aquellos que lo necesitaban, una respuesta espontánea surgida tras experimentar el poder del evangelio. Ananías también respondió. Sin embargo, con la connivencia de su esposa Safira, trajo solo una parte de los beneficios de una venta a los apóstoles, fingiendo que eso era todo lo que habían obtenido. Pedro le dijo a Ananías:

> ¿Cómo es posible que Satanás haya llenado tu corazón para que le mintieras al Espíritu Santo y te quedaras con parte del dinero que recibiste por el terreno? ¿Acaso no era tuyo antes de venderlo? Y una vez vendido, ¿no estaba el dinero en tu poder? ¿Cómo se te ocurrió hacer esto? ¡No has mentido a los hombres, sino a Dios!
> Hechos 5:3-4

Es obvio que Pedro creía que Ananías tenía libertad libertaria para hacer algo distinto a lo que hizo.

A este respecto, la historia de la primera tentación humana es también muy instructiva. Lo que en realidad ocurrió, según el relato bíblico, es que los primeros humanos desobedecieron a Dios al tomar y comer de la fruta prohibida, experimentando de golpe la vergüenza, el malestar y la alienación de Dios que les impelió a esconderse de él. Para evitar la pregunta obvia de qué quiso decir Dios al ordenar a Adán que no comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal, hay que recurrir a la exótica noción de que Dios tiene dos voluntades: la llamada "voluntad prescriptiva", por la cual le dijo a Adán que no debía comer, y la "voluntad decretiva", por la cual determinó que Adán debía de comer de la fruta. Sin embargo, la segunda transforma a la primera en una farsa irreal y niega cualquier forma de verdadera libertad. Y a la libertad le acompaña la responsabilidad. Una vez más, una extrapolación excesiva de las enseñanzas bíblicas sobre la predestinación nos lleva, no ya a la paradoja, sino a la contradicción patente, tanto moral como lógica. ¿Cómo puede Dios, cuyo amor y justicia son impecables, considerar culpables a quienes eran incapaces de hacer lo que les ordenó hacer?

Este tipo de contradicción dificulta que podamos comprender qué es lo que alguna gente cree en realidad. Por ejemplo, en un libro escrito por catorce

personas de la tradición reformada, leemos:

> Dios creó a Adán integro. Poseía lo que podríamos llamar una integridad original. Este fue un periodo probatorio en el cual se expuso a Adán y Eva a la tentación y ambos capitularon. Tenían la posibilidad de no pecar, y tenían también la posibilidad de pecar. Dios le dio al hombre el poder de elegir contrarios. El hombre por su propia voluntad, sin ninguna coacción externa ni determinación, utilizó ese poder para la comisión de pecado. No tenía ninguna necesidad de pecar, ni por su condición física, ni por su naturaleza moral, ni por la naturaleza de su contexto. Fue un movimiento libre del espíritu del hombre.[7]

Suena intachable. Pero dos párrafos después leemos esto:

> Dios decretó soberanamente que el pecado entrara en el mundo, y Adán es responsable de haber pecado libremente.

Aparte de la simple y llana autocontradicción que esta frase entraña, también niega el párrafo anterior. ¿Cómo puede la actuación de Adán sin "ninguna coacción eterna ni determinación" encajar con el decreto soberano de Dios de que Adán debía pecar? Además, la afirmación de que "Dios le dio al hombre el poder de elegir contrarios" contradice un comentario anterior de uno de los editores del libro, que dice que él se alinea con aquellos

> que no sostienen que la libertad humana, en tanto que poder para hacer lo contrario, sea lógicamente defendible a la luz de la soberanía divina.[8]

Esta inconsistencia no hace fácil entender qué está pasando. Por supuesto, puede representar un cambio de opinión, en cuyo caso ayudaría leer las razones que lo impulsaron.

Debe señalarse que las declaraciones arriba citadas (sin contar la última) aparecen en un libro escrito como reacción contra el siguiente trasfondo:

> Importantes aspectos del cristianismo corren el riesgo de acabar enturbiados o perdidos mientras el relativismo echa sus raíces en nuestras iglesias hoy en día. Aquello sobre lo que se estaba históricamente de acuerdo se cuestiona hoy sin problema, y lo más esencial de la fe cristiana se halla en peligro. Es hora de reclamar el núcleo de nuestras creencias.

Si con "aquello con lo que se estaba históricamente de acuerdo" se refieren a las declaraciones centrales del Nuevo Testamento acerca de la persona y obra de

Cristo y la autenticidad de las Escrituras, yo apoyo el deseo de los autores de combatir esta moda se encuentre donde se encuentre. Sin embargo, si con "aquello con lo que se estaba históricamente de acuerdo" se refieren a épocas posteriores al Nuevo Testamento, incluyendo el determinismo teológico, tal afirmación ha de cuestionarse, puesto que la verdad de si dicho determinismo pertenece o no al núcleo de las creencias cristianas está en entredicho.

Otro ejemplo de cómo recubrir los problemas con una niebla impenetrable de secreto y misterio aparece en una conocida obra de A. W. Pink sobre la soberanía de Dios:

> El que Dios haya decretado que el pecado entrara en este mundo a través de la desobediencia de nuestros primeros padres era un secreto escondido en Su propia mente. Adán lo desconocía por completo, y esto marca toda la diferencia en lo que se refiere a su responsabilidad… A pesar de que nada contrario a la santidad y justicia de Dios nunca puede venir de él, Dios ordenó, por Sus propios y sabios objetivos, que Sus criaturas cayeran en el pecado… Dios nunca tienta al hombre para que peque, pero, por Sus consejos eternos (que está ahora ejecutando), **ha determinado su curso**… aunque Dios ha decretado los pecados del hombre, el hombre es responsable de no cometerlos y es culpable porque los comete.[9]

Resulta difícil saber cómo reaccionar ante este tipo de lenguaje enrevesado y contradictorio.

William Lane Craig dice:

> No hay nada malo con el misterio *per se*… el problema está en que algunos teólogos reformados… intentan resolver el misterio manteniendo un determinismo universal, divino y causal y una idea compatibilista de la libertad humana. Según esta corriente, la manera en la que Dios controla soberanamente todo lo que ocurre es causando que ocurra, y la libertad se reinterpreta para hacerla consistente con que uno sea causalmente determinado por factores externos a uno mismo. Es esta opinión, que afirma el determinismo universal y el compatibilismo la que acaba topándose con… problemas.
>
> Hacer de Dios el autor del mal no es más que uno más de los problemas a los que esta opinión neo-reformada se enfrenta.[10]

Pero volvamos al relato de Génesis. Tras comer el fruto del árbol del

conocimiento del bien y del mal, Adán y Eva no murieron físicamente de repente. Morirían físicamente en algún momento posterior, pero la muerte física no es más que la forma más elemental de muerte, que se corresponde con los niveles más bajos o primeros niveles de vida, que es la vida física. La narrativa de Génesis muestra que el nivel más elevado de vida es una relación con Dios que incluya la obediencia moral a su palabra. Cuando desobedecieron, murieron en el sentido más profundo: murieron espiritualmente, de tal modo que su relación con Dios quedó rota. A la larga, y como consecuencia de esta ruptura, seguirían otras formas de "muerte" en todas aquellas esferas que le dan a la vida su sentido: la "muerte" de la moralidad, de la vida de la mente, del trabajo, de la familia, de la estética… y algún día la muerte física.

Adán y Eva estaban ahora muertos en sus delitos y pecados, por lo que debemos examinar con atención el texto del Génesis para ver qué facultades seguían poseyendo. El resultado inmediato de su transgresión fue que *se les abrieron los ojos y tomaron conciencia de su desnudez* (Génesis 3:7). De ahí podemos concluir que no estaban solamente físicamente vivos, sino que estaban conscientes; estaban mentalmente vivos. Intentaron, por lo tanto, cubrir su desnudez entretejiendo hojas de higuera, de donde vemos que estaban moralmente vivos, pues experimentaban la culpa.

A continuación, oyeron al Señor Dios y se escondieron. Sin embargo, Dios no los abandona a su suerte. En su gracia, Dios toma la iniciativa, llama a Adán y dice: *¿Dónde estás?* (Génesis 3:9). Según el Argumento 2, Adán no podría haber sido capaz de escuchar la voz de Dios ni de responderle y, sin embargo, le oyó y, de hecho, respondió. Fue perfectamente capaz de oír y reaccionar a la voz de Dios y entablar una conversación con él. Adán dice: *Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí* (Génesis 3:10). Vemos, pues, que, aunque Adán estaba "muerto en sus pecados", pudo oír la voz de Dios y pudo huir de él llevado por un miedo culpable. Dios le pregunta si ha comido del árbol prohibido y él responde acusando a Eva. Por lo tanto, no estaba moralmente muerto. ¡Ningún hombre que acusa a su esposa está moralmente muerto!

Para evitar las implicaciones obvias que todo esto tiene, hay quien sugiere que la persona no regenerada puede registrar las palabras que se dicen en el evangelio, pero no puede oír con la profundidad necesaria para la salvación (distinguiendo entre la llamada "general" y la llamada "efectiva"). Esto es sencillamente insuficiente. Adán escuchó la voz de Dios en el nivel más

profundo de su ser. Lo sacudió de vuelta a la realidad y lo llevó a admitir su culpa.

La idea determinista, que algunos sostienen, que el pecado de Adán fue causado por el decreto de Dios y, por lo tanto, Adán no podría haber hecho ninguna otra cosa es grotesca. La moralidad quedaría en ese caso vacía de todo significado coherente, y el problema del mal cesaría de existir (porque, sencillamente, culparíamos a Dios de todo). Hemos visto que Calvino llama a su idea determinista "horrible", pero si su opinión fuera cierta, el concepto moral carecería de todo sentido.

Adán estaba ciertamente muerto como resultado de su delito: espiritualmente muerto. Sin embargo, seguía siendo capaz de responder a la palabra de Dios. Dios entonces le aporta gratuitamente salvación en la forma de vestiduras que cubrieran su sentido de la vergüenza. Por lo tanto, sea cual fuere el perjuicio de Adán y Eva como resultado de su pecado, y fuera cual fuera el perjuicio asociado que el mundo mantuvo a través de ellos, ambos seguían teniendo una capacidad real de responder a Dios.

A la luz de todo esto, la expresión "totalmente depravada" parecer ser un enunciado extraño para describir el estado de la humanidad tras la Caída. Según el diccionario, la palabra "depravada" significa pervertida, degradada o corrompida; y añadir el adverbio "totalmente" solo lo empeora. Habiendo visto lo que le ocurrió a Adán y Eva, parece un término especialmente inapropiado y teológicamente engañoso para describir su estado.

C. S. Lewis nos advierte en contra de los peligros que subyacen tras semejante manera de pensar:

> ¿O podría uno introducir seriamente la idea de un Dios malvado, como quien no quiere la cosa, por la puerta trasera de una especie de calvinismo extremo? Se podría decir que todos hemos caído y estamos depravados. Estamos tan depravados que nuestras ideas de lo que es la bondad no cuentan para nada; o peor que nada: el mismo hecho que de que pensemos algo bueno es la presunta evidencia de que en realidad es muy malo. Ahora bien, Dios tiene de hecho (nuestros peores temores son ciertos) todas las características que nosotros consideramos como malas: irracionalidad, vanidad, sed de venganza, injusticia, crueldad. Pero todos estos puntos negros (según nos parecen a nosotros) son en realidad blancos. Es nuestra depravación la que nos hace verlos como negros…

> Por último, si la realidad en su raíz no tiene ningún sentido para nosotros o, dicho a la inversa, si somos tan absolutamente imbéciles, ¿qué sentido tiene intentar pensar sobre Dios o sobre cualquier otra cosa? Este nudo se deshace cuando intentas apretarlo.[11]

El relato del Génesis muestra por qué.

El fallo en el argumento

A estas alturas debería resultarnos patente dónde falla el Argumento 2. Su premisa es errónea, puesto que utiliza la analogía de un *cuerpo físicamente muerto*, lo cual *no es precisamente el caso en el relato bíblico*. Este es un ejemplo clásico de mala interpretación teológica surgida del uso de una analogía no bíblica que, de hecho, es irrelevante.

Una triste consecuencia de ello es que el Argumento 2 puede llevarse a veces al extremo que C. S. Lewis representa: que no tiene sentido razonar, discutir o siquiera predicar a los no regenerados, puesto que están muertos y no pueden oír. Cristo y sus apóstoles muestran repetidamente a qué atenerse con respecto a este tema con su constante llamamiento, razonamiento, discusión y predicación a los no regenerados (igual que hicieron Lutero y Calvino y muchos más que les siguieron).

Boettner utiliza la expresión “inhabilidad total” en lugar de “depravación total”. Aunque puede sonar menos ofensiva, el adjetivo “total” conlleva una vez más la impresión de que, tras la entrada del pecado en el mundo, los seres humanos se transformaron en seres incapaces de hacer nada.[12] Hemos visto que esto es falso, aunque sí debemos dejar claro que hay ciertas cosas, de enorme importancia, que los seres humanos son incapaces de hacer, siendo la principal de ellas salvarse a sí mismos.

La segunda parte del Argumento 2 es que, para que alguien que esté muerto en delitos y pecados sea capaz de responder, debe recibir primero nueva vida (debe *nacer de nuevo*, Juan 3:3). Después de todo, sería absurdo pedirle a un perro muerto que te mirara o que viniera a tus pies. Para poder reaccionar, el perro necesita vida. De modo semejante, continúa el argumento, puesto que quienes están muertos en delitos y pecados no pueden reaccionar, Dios los regenera por su Espíritu sin ninguna acción de su parte. Solo entonces pueden ellos creer en Cristo. Por lo tanto, la regeneración precede a la fe.

Acabamos de ver que este argumento es erróneo porque se basa en una analogía

no bíblica que supone una *muerte física* y, por lo tanto, no tenemos ningún tipo de garantías para alterar el orden explícito establecido tantas veces en las Escrituras.

Este punto es tan relevante que lo vamos a ilustrar considerando el argumento de R. C. Sproul para defender lo contrario. Sproul procede enfatizando el hecho bíblico de que todos los seres humanos están muertos en sus delitos y pecados. Están, en sus palabras, "espiritualmente muertos". Continúa citando analogías que ha escuchado usar a otros evangelistas para comunicar el evangelio. Una de ellas se refiere a un hombre que se está ahogando y que está completamente indefenso y a punto de hundirse por tercera vez, cuando alguien le lanza un salvavidas. El hombre lo alcanza, se aferra al salvavidas y es rescatado. Sproul admite que la ilustración representa fielmente la profunda indefensión del hombre pecador para salvarse a sí mismo, pero aun así la rechaza:

> El hombre que se está ahogando se halla en una situación muy grave. No puede salvarse a sí mismo. Sin embargo, sigue estando vivo; todavía puede alargar sus manos. Sus manos son el nexo crucial en su salvación. Su destino eterno depende de lo que haga con sus manos. Pablo dice que el hombre está muerto. No es que se esté ahogando, sino que ya se ha hundido en lo profundo del océano. Es inútil lanzarle un salvavidas a un hombre que ya se ha ahogado.[13]

El problema es que, si bien Sproul afirma correctamente que todos los hombres están espiritualmente muertos, y aunque sabe que la muerte espiritual y la muerte física no son lo mismo, está sugiriendo, quizás sin darse cuenta, que lo que Pablo dice es que es como si el hombre estuviera *físicamente muerto*. Esto es precisamente lo que no ocurre en la situación bíblica, como hemos apreciado en Génesis. Lo podríamos haber visto igualmente en el propio contexto en el que se cita la frase "muertos en delitos y pecados". No hay más que echarle un vistazo al pasaje completo:

> Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales **anduvisteis** en otro tiempo, **siguiendo** la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros **vivimos** en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, **haciendo** la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

Efesios 2:1-3 RV60

He resaltados las palabras que indican que quienes estaban muertos en delitos y pecados se hallaban bien lejos de estar física, mental o moralmente muertos. Más bien, todo lo contrario: eran capaces de hacer múltiples cosas. El argumento de Sproul no es válido.

Más aún, la analogía original del hombre que se ahoga tiene el objetivo de ilustrar, por un lado, la indefensión del hombre y, por otro, el hecho de que la salvación viene toda de Dios. Decir, como Sproul, que el destino eterno del hombre depende de lo que haga con sus manos es engañoso. Nada de lo que hiciera con sus manos merecería la salvación que se le ofrece al lanzársele el salvavidas. Sin embargo, la analogía muestra que el hombre puede rechazar la salvación arrojando el salvavidas lejos de él. Sus manos no son su propia creación, son parte del don que Dios le ha hecho como ser humano. Usarlas es su responsabilidad.

El ejemplo de Tim Keller es mejor:

> La fe no es más que la actitud de venir a Dios con las manos vacías. Cuando un niño le pide a su madre algo que necesita, esperando que ella se lo dé, no se merece nada por haber pedido. La petición no es más que la manera en la que recibe la generosidad de su madre.[14]

Exactamente. El niño está *haciendo* algo (mostrando su fe en su madre), pero no se está *mereciendo* nada. El libre albedrío es el don de Dios que nos otorga la capacidad de venir a él con las manos vacías.

Volviendo a la enseñanza bíblica de la salvación, repitámoslo de nuevo: no podemos merecernos la salvación, pues viene toda de Dios. Pero una vez Dios ha ofrecido la salvación como don gratuito, podemos aceptarla o rechazarla y, puesto que al final seremos juzgados en base a si creímos o no, se demuestra que, aunque estemos *muertos en delitos y pecados*, seguimos poseyendo la capacidad de aceptar o rechazar lo que Dios nos ofrece. Es una cuestión de moralidad básica.

La serpiente levantada

El propio Cristo nos ofrece una analogía bíblica que nos ayuda a entender este punto con mayor claridad. Jesús le dijo a Nicodemo:

> Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser

> levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna.
> Juan 3:14

El trasfondo es Números 21, donde Israel, en su camino hacia la tierra prometida a través del desierto, se impacientó y habló contra Dios y contra Moisés. Como resultado, Dios les envió serpientes que causaron gran mortandad. La gente se arrepintió y le pidió a Moisés que orara a Dios para que retirara la amenaza. Esta fue la respuesta de Dios:

> Hazte una serpiente, y ponla en un asta. Todos los que sean mordidos y la miren vivirán.

Moisés siguió las instrucciones al pie de la letra y, como resultado, cuando alguna serpiente mordía a alguien, si esa persona miraba a la serpiente de bronce, vivía (Números 21:8-9).

Observamos el orden de los eventos, repetido dos veces: primero mirar y luego vivir. Jesús nos ofrece ahora la aplicación:

> Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para…

¿Qué sigue? Según el Argumento 2, deberíamos leer, "… que todo aquel que tenga vida eterna pueda ahora creer". Pero no dice eso. Lo que leemos es:

> … para que todo el que crea en él tenga vida eterna.
> Juan 3:14

Un día, Jesús sería levantado como aquella serpiente, y si la gente lo mirara viviría. Primero mirar, después morir. Lo contrario sería absurdo. No tendría ningún sentido que miraran si ya tuvieran una nueva vida. Por lo tanto, la analogía bíblica refuerza lo que Juan dice: la fe (mirar) precede a la regeneración (vivir). Más aún, al mirar, los afectados no estaban ni contribuyendo ni mereciéndose la salvación. Estaban sencillamente haciendo lo que Dios les dijo que hicieran para recibir una salvación que nunca podrían haber diseñado o merecido por sí mismos.

A la luz de todo esto, insistir en alterar el orden y tratar la afirmación de nuestro Señor como si dijera, "todo el que sea regenerado creerá en mí" es totalmente injustificable. Me resulta difícil imaginar cómo teólogos serios pueden llegar a pensar que tienen la libertad de hacer este tipo de cosas con la palabra de

Dios. Dan la impresión de estar influidos por ciertas presuposiciones no bíblicas muy poderosas, en lo que es un ejemplo clásico de presión del paradigma. Sin lugar a dudas, y como principio, ¿no tiene mucho más sentido comenzar con lo que las Escrituras dicen en lugar de con analogías interpretativas no bíblicas?

Así pues, las Escrituras dicen dos cosas:

1. Cualquiera que crea en él tiene vida eterna.
2. Los seres humanos están muertos en delitos y pecados.

El problema está en que una cierta interpretación de la segunda frase choca con lo que la primera dice de verdad. Uno esperaría que quienes tienen en alta consideración la autoridad e inspiración de las Escrituras se cuestionarían la validez de su interpretación de la segunda frase. Después de todo, una cosa es interpretar las Escrituras, y otra completamente distinta reescribirlas, menoscabando así su autoridad.

El anciano Abraham

Hay otra analogía más que nos ofrece Pablo para ayudarnos a comprender lo que significa la fe, y en esta analogía sí que hay un cuerpo físico; si no muerto, lo suficientemente viejo y decrépito como para generar nueva vida física. Es la historia de Abraham:

> Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros (como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años, o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia. Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado

por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.
Romanos 4:16-25 RV60

En lo que respecta a la perspectiva de tener hijos, tanto el cuerpo de Abraham como el de Sara estaban *ya como muertos*. A pesar de ello, Dios les había prometido un niño de esos cuerpos marchitos. El desafío para Abraham era si creería o no que Dios tenía el poder de "regenerarlo". Abraham creyó en Dios y su fe le fue contada por justicia. Nótese que Dios no regeneró primero el cuerpo de Abraham, conduciéndolo a la fe. Fue al revés. Pero véase que tampoco la fe de Abraham regeneró su cuerpo (lo cual era imposible y Abraham lo sabía). Dios llevó a cabo la regeneración en respuesta a la fe de Abraham. A nivel espiritual, tal y como Pablo apunta, ocurre exactamente lo mismo con nosotros.

---

1. A. E. McGrath, Iustitia Dei, CUP, 1998, p. 31. Véase tambien el artículo "Justification" en W. A. Elwell (ed.), *Evangelical Dictionary of Biblical Theology*, Grand Rapids, Baker, 1996.
2. Para saber más de la crítica atea de la expiación, véase la obra del autor Disparando contra Dios (Andamio, 2016).
3. Pablo no está hablando aquí del bautismo, pero quizás merece la pena mencionar que quienes sostienen la doctrina de la regeneración bautismal para los niños deben mantener que la regeneración precede a la fe. Sin embargo, una discusión de por qué esta doctrina no es bíblica escapa a los objetivos de esta obra, y, de todas maneras, la regeneración bautismal apenas se utiliza como argumento por quienes sostienen que la regeneración precede a la fe.
4. C. H. Spurgeon, *C. H. Spurgeon's Sermons: Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pilgrim Publications, 1970), 532.
5. J. Calvin, *Institutes of the Christian Religion*, III, xxiii, 7.
6. "Determinism, Chance and Freedom" en W. C. Campbell-Jack y G. J. McGrath (eds), *New Dictionary of Christian Apologetics* (IVP, 2006), 220.
7. Reddit Andrews III, en D. A. Carson y T. Keller (eds), *The Gospel as Center*, Wheaton, Crossway, 2011, pp. 10–11.
8. D. A. Carson, *Divine Sovereignty and Human Responsibility: Biblical Perspectives in Tension* (Baker, 1994), 208–209.
9. A. W. Pink, *The Sovereignty of God* (Bridge Logos, 2008), 351–54.
10. www.reasonablefaith.org/molinism-vs-calvinism#ixzz3Q63gy7HU.
11. C. S. Lewis, *A Grief Observed* (Bantam, 1976), 38.
12. L. Boettner, *The Reformed Doctrine of Predestination* (P & R Publishing, 1971).
13. R. C. Sproul, *Classic Teachings on the Nature of God* (Hendrickson, 2010), 221.
14. T. Keller, *Romans 1–7 for You* (Good Book Company, 2014), 81.

09
Atraídos por el Padre y viniendo a Cristo

El Evangelio de Juan nos ofrece aún más ayuda para entender lo que significa creer en Cristo. Utiliza la metáfora del escuchar para iluminar el sentido de creer en Cristo. Jesús dijo:

> Ciertamente os aseguro que ya viene la hora, y ha llegado ya, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán.
> Juan 5:25

Nótese el orden una vez más. El texto no dice que los que vivan oirán, sino que los que oigan vivirán, lo cual encaja con el hecho de que Adán, estando espiritualmente muerto, podía oír la voz de Dios. Oír y creer van de la mano:

> Ciertamente os aseguro que el que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida.
> Juan 5:24

Una vez más, el orden está cristalinamente claro: oír y creer son las condiciones bajo las cuales se da la vida eterna.

Más adelante, en ese mismo capítulo, Juan añade la metáfora de venir como una manera de que entendamos lo que es creer. Jesús les dijo a las autoridades judías:

> Sin embargo, no queréis venir a mí para tener esa vida.
> Juan 5:40

Nótese una vez más que venir precede a la recepción de la vida. Jesús no dijo: "Sin embargo, no queréis tener vida para venir a mí". Nótese también que las palabras "no queréis" hacen referencia a un acto deliberado de la voluntad humana, de lo cual se implica que, si hubieran querido venir, habrían sido capaces de hacerlo.

Juan 6 se considera universalmente un capítulo clave en relación con el debate sobre el determinismo, y contiene una detallada discusión de lo que implica

venir a Cristo. Cristo alimenta milagrosamente a los cinco mil, se retira, y cruza el lago de Galilea. Una gran multitud le sigue y él sospecha de sus motivos:

> Ciertamente os aseguro que me buscáis no porque habéis visto señales, sino porque comisteis pan hasta llenaros. Trabajad, pero no por la comida que es perecedera, sino por la que permanece para vida eterna, la cual os dará el Hijo del hombre. Sobre este ha puesto Dios el Padre su sello de aprobación.
>
> ¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras que Dios exige? —le preguntaron.
>
> Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel a quien él envió —respondió Jesús.
> Juan 6:26-29

Jesús les hace apartar la mirada del pan físico para ponerla en la fuente de vida eterna, y les dice que se lo "trabajen". Cuando la gente le pregunta qué quiere decir con ello, les responde que la obra de Dios es que crean en aquel a quien él envió. Sus oyentes muestran interés en hacer lo que Dios requiere. Jesús responde que lo que Dios requiere es que crean en Cristo.

Esta respuesta hace que la multitud le rete a que les dé una señal, a pesar de que acaban de ver el espectacular milagro de alimentar a toda una multitud.

> ¿Y qué señal harás para que la veamos y te creamos? ¿Qué puedes hacer? —insistieron ellos—. Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Pan del cielo les dio a comer".
>
> Ciertamente os aseguro que no fue Moisés el que os dio el pan del cielo —afirmó Jesús—. El que da el verdadero pan del cielo es mi Padre. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.
>
> Señor —le pidieron—, danos siempre ese pan.
> Juan 6:30-34

Jesús no tarda en corregir su error: *no fue Moisés el que os dio el pan del cielo… El que da el verdadero pan del cielo es mi Padre*. Él es el Hijo del Padre, y el énfasis principal del discurso que le sigue es insistir en que sus oyentes hagan la conexión entre él y su Padre, Dios, el Dios en quien profesan creer. Ese es vínculo es muy profundo pues es la clave para entender y recibir la salvación. Cristo es el pan que el Padre ha dado para la vida del mundo.

Su audiencia profesa querer el pan de Dios, así que Jesús les explica cómo

pueden poseerlo.

> Yo soy el pan de vida —declaró Jesús—. El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed.
> Juan 6:35

Para que su hambre y sed de vida sean saciados, han de venir a él, tienen que creer en él. Los dos términos *venir* y *creer* son claramente sinónimos. Sin embargo, existe un problema:

> Pero, como ya os dije, a pesar de que me habéis visto, no creéis.
> Juan 6:36

Lo triste es que han visto a Jesús. Han sido testigos de sus maravillosos actos, han sido alimentados por su poder sobrenatural. Y, a pesar de todo ello, muchos siguen sin creer. Jesús les está sugiriendo claramente que han tenido suficiente evidencia sobre la cual basar el paso de fe en él.

¿Y qué hay de aquellos que sí vienen? Jesús dice:

> Todos los que el Padre me da vendrán a mí; y al que a mí viene, no lo rechazo. Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió. Y esta es la voluntad del que me envió: que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el día final. Porque la voluntad de mi Padre es que todo el que reconozca al Hijo y crea en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final.
> Juan 6:37-40

¿Cómo hemos de entender esto? ¿Significa que el que no hayan venido a Jesús se debe a que no han sido elegidos por el Padre, lo cual implica que, a no ser que el Padre decida elegirlos, nunca vendrán a Cristo? Si leemos esta frase fuera de contexto, cabría aceptar una interpretación semejante. Sin embargo, si ese fuera el caso, lo que leemos en el capítulo anterior de Juan sonaría totalmente falso, cuando Jesús dice:

> Sin embargo, no queréis venir a mí para tener esa vida.
> Juan 5:40

Sea lo que fuere lo que signifique "el Padre me ha dado", no podemos argumentar que elimine la responsabilidad humana, puesto que tal responsabilidad es exactamente lo que Jesús afirma tres frases después. Y, como hemos visto, afirmar sin más que los humanos son responsables no es suficiente si

a continuación procedemos a retratar a Dios como alguien que hace responsable a la gente por algo que no tenían el poder de realizar.

La afirmación *al que a mí viene, no lo rechazo* es una garantía directa del Señor Jesús de que nunca rechazará a nadie que venga a él. Es decir, nuestra seguridad se basa en primer lugar en la autoridad de la palabra de Cristo. La humanidad se perdió porque los primeros humanos desobedecieron la palabra de Dios, y hemos visto que el camino de vuelta a Dios incluye aprender a corregir esa actitud y confiar en él y en lo que ha hecho por nuestra salvación. Por lo tanto, con la autoridad de la palabra de Dios en la mano, sabemos que, si hemos venido a él, él nunca nos va a rechazar.

La gente más sensible, que quizás sea más consciente de sus propias debilidades y errores que los demás, puede reaccionar diciendo: "Sí, entiendo y acepto que Jesús nunca me va a rechazar o va a echarme. Pero soy débil y no sé lo que me espera a la vuelta de la esquina. ¿Cómo sé que no seré yo quien elija alejarme del cuidado de Jesús? ¿No soy libre de alejarme acaso? Así que sí, Jesús no me va a echar, pero, si soy yo quien me voy, será solamente culpa mía". Esta opinión es común entre los cristianos que creen que la libertad humana debe incluir la posibilidad de que un creyente se aleje de Cristo y, por lo tanto, pierda su salvación. Carecen, inevitablemente, de la seguridad de la salvación.

En el último capítulo analizaremos este tema de modo exhaustivo, pero, por ahora, apuntemos solamente que el propio Jesús aborda esta preocupación. Para evitar que se le malinterprete, Jesús afirma una vez más que ha venido del cielo, pero esta vez dice que no ha venido a hacer su propia voluntad sino la voluntad del Padre que le envió. Explica entonces que esa voluntad es *que no pierda nada de lo que él [el Padre] me ha dado*.

Una analogía puede servir de ayuda. Supongamos que un pastor me pide que cuide de sus ovejas durante una hora con las siguientes instrucciones: "Por favor, no eches a ninguna oveja que venga a ti". Cuando vuelve, me encuentra solo.

"¿Qué ha pasado?", me pregunta.

"He hecho lo que me has dicho. No he echado a ninguna oveja, se han ido ellas solas". Otra cosa sería que el pastor me hubiera dicho: "No pierdas a ninguna oveja que venga a ti". Y eso es precisamente lo que el Padre le dijo a Jesús, el Buen Pastor.

Este pasaje es, por lo tanto, fuente de una enorme seguridad para el creyente.

Nos enseña no solamente que Cristo nunca echará a nadie que venga a él, sino también que se compromete explícitamente a no perder a nadie de los que el Padre le ha dado. Los resucitará de los muertos. En otras palabras, los mantendrá por la eternidad, porque resulta inconcebible que Jesús no sea capaz de realizar la voluntad de su Padre. El creyente puede estar absolutamente confiando, no solo en la mano de Dios en Cristo, sino también en la provisión hecha por la voluntad soberana del Padre para el Hijo.

Esto tiene una importancia tal que se repite en dos afirmaciones paralelas:

> Y esta es la voluntad del que me envió: que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el día final.
>
> Porque la voluntad de mi Padre es que todo el que reconozca al Hijo y crea en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final.
> Juan 6:39-40

La doble referencia a la voluntad del Padre sugiere que la segunda afirmación explica la primera. El énfasis en la primera está en lo que el Padre da, y en la segunda en la responsabilidad humana de reconocer y creer. Es decir, aquellos quienes el Padre le ha dado son precisamente quienes han reconocido al Hijo y han creído en él. Lo dado no es un acto arbitrario de determinismo divino. Dios está decidido a que quienes vengan, reconozcan y crean nunca se pierdan.

Juan nos ofrece más adelante un ejemplo de algunas personas que el Padre le ha dado al Hijo:

> A los que me diste del mundo les he revelado quién eres. Eran tuyos; tú me los diste y ellos han obedecido tu palabra. Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque les he entregado las palabras que me diste, y ellos las aceptaron; saben con certeza que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.
> Juan 17:6-8

El este contexto, Jesús está hablando a su Padre sobre sus discípulos, por lo que la expresión *eran tuyos* (no "tuyos son") significa que eran verdaderos y genuinos judíos creyentes en Dios. El Nuevo Testamento nombra toda una multitud de gente como ellos: Zacarías, Elisabet, Juan el Bautista, Ana, Simeón, los discípulos, y muchos más. *Tú me los diste* significa que ellos vinieron históricamente a creer en Jesús como el Hijo de Dios, una transición trascendental para un judío ortodoxo. Juan nos cuenta cómo ocurrió: Dios tomó la iniciativa y envió a su Hijo

al mundo, y él les reveló el nombre de Dios a todos ellos, que creyeron porque Jesús les había entregado las mismas palabras que él había recibido del Padre. Jesús continúa diciendo que los ha guardado y no ha perdido a ninguno, excepto a Judas (de quien hablaremos en el capítulo 18).

Una vez más, observamos que la afirmación *me los diste* no anula la responsabilidad de los individuos implicados activamente en recibir las palabras de Cristo y creer en él. Estamos mucho más familiarizados con la idea de alguien dando algo a otra persona, como un regalo de cumpleaños, que el que alguien sea dado por una persona a otra. Sin embargo, existe una ceremonia donde se hace justamente eso cuando, en ciertas tradiciones, el padre de la novia le da su hija al novio en la boda. Este acto reconoce que en cierto modo ella pertenece a su padre; es la hija de su padre. En la ceremonia de la boda está siendo dada al novio. Por supuesto, en los matrimonios concertados este dar tiene un fuerte elemento determinista, puesto que la novia no tiene nada que decir en el tema. Sin embargo, la mayor parte de las bodas que tienen lugar en Occidente no son concertadas por los padres sino por las decisiones libres y mutuas del novio y la novia. No quisiera forzar la analogía, sino solamente mencionarla de pasada para indicar que, incluso a nivel humano, las cosas no son tan sencillas como las imaginamos.

Un ofrecimiento universal de salvación

Juan 6 tiene mucho más que decir. La afirmación de Jesús de que está haciendo la voluntad del Padre provoca desasosiego entre los que le escuchan y que finalmente den rienda suelta a lo que realmente tienen en mente:

Entonces los judíos comenzaron a murmurar contra él, porque dijo: "Yo soy el pan que bajó del cielo". Y se decían: "¿Acaso no es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo es que sale diciendo: 'Yo bajé del cielo'?".

> —Dejad de murmurar —replicó Jesús—. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió, y yo lo resucitaré en el día final. En los profetas está escrito: "A todos los instruirá Dios". En efecto, todo el que escucha al Padre y aprende de él viene a mí. Al Padre nadie lo ha visto, excepto el que viene de Dios; solo él ha visto al Padre. Ciertamente os aseguro que el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida.
> Juan 6:41-48

En lugar de enfrentarse a la evidencia creciente que apunta a la deidad de Jesús, discuten sobre su origen. Jesús les dice que dejen de murmurar y continúa explicándoles todo lo que tiene que ver con venir a él. Utiliza una nueva metáfora, no la del Padre dando, sino la del Padre atrayendo a la gente. La idea clave es que, para que alguien venga a Cristo, el Padre debe atraerlo. Una vez más, se insiste en que es Dios quien toma la iniciativa en la salvación. Pero, igual que antes, no existe ninguna inferencia determinista, puesto que Jesús continúa explicando cómo se evidencia dicha atracción: escuchando al Padre y aprendiendo de él. La gente no estaba escuchándolo de verdad. Pero él había hablado; había tomado la iniciativa de hablarles. Jesús cita por eso a los profetas para decir *a todos los instruirá Dios*. No existe ningún exclusivismo aquí. La enseñanza está abierta y accesible a *todos*.

Sin embargo, algunos teólogos le atribuyen al término "atraer" una dimensión apremiante, si no coercitiva. Es decir, consideran que la atracción es irresistible (la I de TULIP), lo cual es imposible porque Cristo utiliza el mismo término más adelante en el Evangelio de Juan de esta manera:

> Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo.
> Juan 12:32

Si la atracción es imperiosa e irresistible, este versículo significaría que todo el mundo sería salvo, lo cual no es el caso. Una comprensión más razonable de la situación es que, por un lado, nadie viene a Cristo a no ser que el Padre lo atraiga (Dios siempre toma la iniciativa en la salvación), pero, por otro lado, su atracción es accesible a todos los que quieran escuchar, aprender y confiar. (Debemos notar también que no se sugiere en ningún sitio que quienes todavía no han sido atraídos por el Padre estén permanentemente excluidos de la salvación. Todavía pueden ser atraídos por él si están preparados para escuchar y aprender).

Pablo refuerza la idea de que la salvación es accesible a todos cuando dice:

> Así que recomiendo, ante todo, que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos, especialmente por los gobernantes y por todas las autoridades, para que tengamos paz y tranquilidad, y llevemos una vida piadosa y digna. Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, pues él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, quien dio su vida como rescate por todos. Este testimonio Dios lo ha dado a su debido tiempo, y para proclamarlo me nombró heraldo y apóstol. Digo la

verdad y no miento: Dios me hizo maestro de los gentiles para enseñarles la verdadera fe.
1 Timoteo 2:1-7

Esta es una afirmación inequívoca de que el deseo de Dios es que todos sean salvos. Hay quien busca mitigar la fuerza de esta afirmación alterándolo para que signifique todo tipo de personas en lugar de todas las personas individuales, pero este argumento no se justifica. El énfasis se repite en la siguiente frase, pues Jesús dio su vida como rescate por todos. Pablo hace hincapié en ello de manera poco usual al decir que está diciendo la verdad y no miente. No poseemos la libertad de interpretar este texto como si dijera otra cosa: Cristo ha provisto para todos y esta es la confirmación pública de que la voluntad de Dios es que todos sean salvos.

Todo esto se refleja también en varios otros textos. Por ejemplo, Pedro dice:

El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.
2 Pedro 3:9

Juan nos dice que Jesús era *la luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano* (1:9); que Jesús es el *Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Juan 1:29); y que *Dios tanto amó al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna* (Juan 3:16).

Lutero escribió acerca de Juan 1:29:

Podrías pensar: "¿quién sabe si Cristo también cargó con mis pecados?"… ¿No has oído lo que dice San Juan en nuestro texto: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"? Y no puedes negar que también tú eres parte de este mundo puesto que has nacido de un hombre y una mujer. No eres una vaca o un cerdo. Por lo tanto, tus pecados están incluidos también igual que los de San Pedro o San Pablo… ¿No lo oyes? Nada se le escapa al Cordero. Carga con todos los pecados del mundo desde su inicio; lo cual implica que también carga con los tuyos y te ofrece gracia.[1]

¿Y qué hay más claro que la magnífica afirmación de Juan en su primera carta?

Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo.
1 Juan 2:2

El comentario de Lutero a este versículo es digno de mención:

> El sacrificio fue hecho por los pecados de todo el mundo, a pesar de que no todo el mundo cree.[2]

En apoyo de lo cual también podríamos mencionar:

> Sabemos que somos hijos de Dios, y que el mundo entero está bajo el control del maligno.
> 1 Juan 5:19

Es decir, ninguna de estas afirmaciones implica que todos vayan a ser salvos, sino que el ofrecimiento de la salvación está ahí para todos, no solo para una clase especial de elegidos por Dios sin referencia alguna a su fe. Esta es una de las motivaciones básicas para predicar el evangelio. Sin ella ningún evangelista podría decirle sinceramente a quienes le escucha: "Cristo murió por tus pecados".

Y sí, a todos se les proporciona evidencia: una cuestión fundamental del comienzo de la carta de Pablo a los Romanos es establecer que todos son culpables. Pablo explica:

> Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa.
> Romanos 1:20

Como hemos visto, la evidencia proviene no solo de la creación sino también de la conciencia. Dios ha puesto su ley moral en el corazón humano, y nuestros intentos de acusarnos unos a otros y excusarnos a nosotros mismos forman también parte de la evidencia que nos constituye en pecadores culpables (Romanos 2:1-16).

Todo esto invalida la L de TULIP ("expiación limitada" [*limited atonement*]), la idea de que Cristo no murió por todos sino solamente por los "elegidos". De hecho, no solo Lutero sino muchos otros reformadores, Calvino incluido, mostraron su desacuerdo con la expiación limitada. Para un interesante examen histórico que demuestra que esta versión de la expiación ni siquiera fue introducida hasta la segunda o tercera generación de reformadores, véase el libro de David Allen, *Whosoever Will* [Todo aquel que quiera].[3]

Negar las claras enseñanzas de las Escrituras para mantener un paradigma teológico es un tema muy serio, como lo es intentar darles la vuelta utilizando la

falacia del alegato especial de que la muerte de Cristo trajo a todo el mundo una especie de beneficio temporal no especificado, o que Dios tiene diferentes tipos de amor para los elegidos y los no elegidos. Decir a la gente, como hacen algunos, que Cristo murió por ellos en vago sentido inexplicado, en lugar de decirles que Cristo murió por sus pecados para que puedan ser salvos si confían en él, no solo es un insulto a la inteligencia, sino que es un insulto al mensaje de la cruz.

En este punto, volvemos a tomar el argumento de Juan 6. Recordemos una vez más en qué punto nos hallamos. Jesús está hablando.

> En los profetas está escrito: "A todos los instruirá Dios". En efecto, todo el que escucha al Padre y aprende de él viene a mí. Al Padre nadie lo ha visto, excepto el que viene de Dios; solo él ha visto al Padre. Ciertamente os aseguro que el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros antepasados comieron el maná en el desierto, y sin embargo murieron. Pero este es el pan que baja del cielo; el que come de él no muere. Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre. Este pan es mi carne, que daré para que el mundo viva.
> Juan 6:45-51

Ya hemos mencionado la universalidad de la afirmación *A todos los instruirá Dios*. Su origen también es importante. Nuestro Señor está citando Isaías 54:13, versículo al que sigue uno de los más poderosos llamamientos a quienes tienen hambre y sed de venir al Señor para saciarse espiritualmente.

> Prestad atención y venid a mí… Buscad al Señor mientras se deje encontrar, llamadlo mientras esté cercano. Que abandone el malvado su camino, y el perverso sus pensamientos. Que se vuelva al Señor, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar, y de él recibirá misericordia.
> Isaías 55:3, 6-7

Esta es, pues, la manera en la que el Padre atrae a la gente hacia él, llamándoles a que "presten atención, vengan, busquen, llamen y se vuelvan". Está abierta a todo aquel que quiera responder y, si lo hacen, dice Jesús, vendrán a él y recibirán vida eterna al creer en él.

A pesar de ello, muchos de los judíos que escuchaban a Jesús no respondieron positivamente, sino que, careciendo de toda imaginación o voluntad de comprender, comenzaron a discutir unos con otros: *¿Cómo puede este darnos a comer su carne?* (Juan 6:52). Jesús les acababa de decir:

quienquiera que crea tendrá vida eterna;
él es el pan de vida;
si alguien come de ese pan vivirá para siempre;
el pan que él ofrecerá por la vida del mundo es su carne.

Estas afirmaciones muestran claramente que "comer de este pan" no debe de ser entendido literalmente, sino metafóricamente como "creer" en él. La literalidad cruda queda descartada, puesto que Jesús continúa insistiendo en su mensaje central:

> —Ciertamente os aseguro —afirmó Jesús— que, si no coméis la carne del Hijo del hombre ni bebéis su sangre, no tenéis realmente vida.
> Juan 6:53

A los judíos les estaba prohibido comer sangre literal, así que, al introducir la sangre junto con la carne, Jesús los alejaba de la rígida literalidad para hacerles llegar el mensaje de que la única manera en la que podrían recibir la salvación eterna que profesaban desear era alimentándose de él, en el sentido de creer en él como Hijo de Dios. Jesús sigue explicando:

> Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, también el que come de mí vivirá por mí.
> Juan 6:57

Es obvio que Jesús no se estaba alimentando literalmente del Padre. Después de todo, como Jesús ya había dicho, *Dios es Espíritu* (Juan 4:24). Lo que Jesús quería decir es que él vivía en una humilde confianza y dependencia con el Padre, y eso es lo que sus oyentes tenían que hacer para recibir la vida eterna. Nótese también que el versículo 51 indica que el dar el pan de vida requeriría su muerte.[4]

Algunos de sus discípulos pensaron también que aquello era demasiado difícil:

> Esta enseñanza es muy difícil; ¿quién puede aceptarla?
> Juan 6:60

Aquí el término "discípulos" es más amplio que los Doce. En Juan 8:31, el Señor explica que solamente quienes permanecen en su palabra son verdaderamente sus discípulos. Allí había gente que estaba empezando a reaccionar contra lo que Jesús estaba diciendo. En la respuesta final que Jesús les da podemos ver qué es lo que les resultaba "difícil" de aceptar en su mensaje:

> Jesús, muy consciente de que sus discípulos murmuraban por lo que había

> dicho, les reprochó: —¿Esto os es causa de tropiezo? ¿Y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu da vida; la carne no vale para nada. Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen. Es que Jesús conocía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que iba a traicionarlo. Así que añadió: —Por esto os dije que nadie puede venir a mí, a menos que se lo haya concedido el Padre.
> Juan 6:61-65

En primer lugar, les resultaba difícil aceptar el que afirmara haber venido del cielo. Si aquello les escandalizaba, ¿qué dirían de la ascensión cuándo él subiera físicamente a donde estaba antes?

En segundo lugar, se atoraban con el uso metafórico del lenguaje de Jesús, por lo que les dice claramente que semejante enfoque literal no tenía sentido en ese contexto. Tenían que entender que era el Espíritu quien daba la vida, y que las palabras que les estaba hablando eran espíritu y vida.

En tercer lugar, les informa directamente de que el verdadero problema es que algunos de ellos no creían. Juan añade entre paréntesis que Jesús sabía desde el principio quiénes eran aquellos que no creían (incluyendo la identidad del traidor, Judas).

En cuarto lugar y, por último, Jesús les recuerda que ya les había dicho antes que nadie puede venir a él si el Padre no se lo ha concedido.

Para muchos, este discurso supuso un punto de inflexión:

> Desde entonces muchos de sus discípulos le volvieron la espalda y ya no andaban con él.
> Juan 6:66

La pregunta es: ¿cómo debemos entenderlo? O puede que más importante aún: ¿cómo debían haberlo entendido ellos?

¿Tendrían que haber concluido que la razón por la que no creyeron se debía enteramente a la decisión inescrutable de Dios, totalmente ajena a la actitud de ellos y, por lo tanto, que estaban libres de culpa? Ya hemos visto antes que esta afirmación puede entenderse así con lógica si se lee sin relación con el resto del texto, pero que chocaría de frente con el sentido completo del mensaje de Juan. Si los que escuchaban a Jesús lo hubiera entendido así, le podrían haber respondido con razón: “Entonces, ¿esto es todo? ¿Nos estás diciendo en serio que

la razón por la que no creemos en ti es que Dios así lo ha ordenado? ¿Que Dios ha decidido que no nos hagamos creyentes y, por lo tanto, no creemos o, más bien, no podemos creer? Que así sea, pues. Tampoco queremos creer de todas maneras. De todos modos, si esto es verdad, ¿por qué te has tomado tantas molestias para intentar persuadirnos, cuando esos intentos son completamente insinceros puesto que ya está todo decidido?".

Claro que no sabemos lo que dijeron, si es que dijeron algo. Se nos dice solamente que muchos le volvieron a espalda, lo cual fue su decisión y su respuesta. Nótese que Juan no dice que todos le volvieran la espalda. Hubo algunos que sí que entendieron y creyeron.

Todo esto es razón más que suficiente para que analicemos la afirmación que nuestro Señor hizo en el contexto completo de su extenso discurso.

La audiencia a la que Jesús se estaba dirigiendo consistía en su mayor parte en gente que afirmaba creer en Dios. Lo que les resultaba más difícil era establecer ese vínculo esencial entre Jesús y Dios sobre el que Jesús insistía: que él era el único Hijo del Padre, el Padre que es quien había tomado la iniciativa de enviar a Jesús desde el cielo para traer salvación y vida al mundo. La multitud había visto pruebas inconfundibles de que el poder de Dios estaba en él; habían comido pan y por eso lo seguían. Pero no estaban preparados para llegar a la conclusión, más profunda, de que no era solo que Dios estuviera hablando a través de Jesús, sino que el mismo Jesús era Dios Hijo.

La explicación que Cristo da anteriormente de su incredulidad, a la que hace referencia ahora, estaba formulada en términos de la no respuesta de ellos a la voz de Dios. Recordemos lo que dijo:

> Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió, y yo lo resucitaré en el día final. En los profetas está escrito: "A todos los instruirá Dios". En efecto, todo el que escucha al Padre y aprende de él viene a mí.
> Juan 6:44-45

La iniciativa venía de Dios; suya era la voz que atraía, y ellos tenían la responsabilidad de escucharle. La conclusión con la cual Jesús hace frente a quienes lo escuchan era que no habían escuchado a Dios. No habían respondido a su poder de atracción. Si lo hubieran hecho, habrían recibido a Cristo.

El capítulo concluye con Jesús preguntando a sus discípulos más cercanos: *¿También vosotros queréis marcharos?* (versículo 67). Pedro responde

prontamente:

> —Señor —contestó Simón Pedro—, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído, y sabemos que tú eres el Santo de Dios.
> Juan 6:68-69

Pero Pedro no estaba del todo en lo cierto: entre los Doce había un traidor, una sombría realidad que Jesús señala ahora. (Nótese que queda claro que el uso de la palabra "escogido" no hace referencia a la salvación).

> —¿No os he escogido yo a vosotros doce? —repuso Jesús—. No obstante, uno de vosotros es un diablo.
> Juan 6:70

La batalla continúa.

---

1. J. J. Pelikan (ed.), *Luther's Works*, vol. 22 (1957), 22:169.

2. Ibíd., 26:38.

3. D. Allen, *Whosoever Will* (B & H Academic, 2010), 67ss.

4. Para leer discusiones sobre las relaciones sugeridas entre este pasaje y la Última Cena, véase D. A. Carson, *The Gospel According to John*, Leicester, IVP, 1991, pp. 296–98. Carson concluye: "Juan 6 no habla directamente de la eucaristía; lo que hace es exponer el verdadero significado de la Cena del Señor de manera tan clara como cualquier otro pasaje de las Escrituras".

10
La irreversibilidad de la regeneración

Resulta conveniente comenzar la discusión de este tema considerando la afirmación que Jesús hizo de ser el pan de vida, que aparece en el capítulo del Evangelio de Juan que hemos estado estudiando.

> En los profetas está escrito: "A todos los instruirá Dios". En efecto, todo el que escucha al Padre y aprende de él viene a mí. Al Padre nadie lo ha visto, excepto el que viene de Dios; solo él ha visto al Padre. Ciertamente os aseguro que el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros antepasados comieron el maná en el desierto, y sin embargo murieron. Pero este es el pan que baja del cielo; el que come de él no muere. Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre. Este pan es mi carne, que daré para que el mundo viva.
> Juan 6:45-51

Una vez más, el énfasis está en la fe como condición previa para recibir la vida eterna (*el que cree tiene vida eterna*). El pasaje continúa respondiendo a la pregunta que planteamos antes: ¿qué impide que la gente utilice su libertad (suponiendo que Dios no nos la quita completamente) para optar por renunciar a la salvación y acabar perdiéndose? O, dicho de otra manera, ¿qué impide que la gente pruebe el pan de vida, pero luego decida renunciar y acabe muriendo espiritualmente?

Podemos ir incluso más allá: ¿qué pasa con el cielo? Si conservamos nuestro libre albedrío, ¿qué impide que lo utilicemos para renunciar al mismo cielo?

La respuesta es que, si ese fuera el caso, el verdadero pan de vida no sería mucho mejor que el maná del desierto que, como Jesús les recuerda a sus oyentes, los padres comieron y murieron. Pero el pan de vida no es igual: *Si alguno come de este pan, vivirá para siempre* (versículo 51).

Para siempre significa para siempre. La regeneración genuina es irreversible, tanto en esta vida como en la siguiente. Pedro lo confirma al decir que *hemos*

nacido de nuevo, no de simiente perecedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios que vive y permanece (1 Pedro 1:23). La regeneración es para siempre puesto que es el resultado de la implantación de una semilla imperecedera.

Por lo tanto, no debe pensarse que recibir una nueva vida en Cristo sea como volver a ser puesto en el estado original de la humanidad en el jardín del Edén. De ser así, ¿qué impediría que la triste historia del pecado y el error humano se repitiera en el mundo que ha de venir? No, cuando utilizamos nuestro don de la libertad para confiar en Cristo para salvación, ocurre algo irreversible. En nuestra vida cotidiana, podemos elegir, por ejemplo, someternos a un proceso médico irreversible sin que se nos ocurra siquiera que hemos refrenado de alguna manera nuestra libertad. En el caso de la regeneración, es su irreversibilidad la que impide que el pecado humano arruine el cielo. No es como en la antigua creación; de hecho, las Escrituras nos dicen que es una nueva creación:

> Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!
> 2 Corintios 5:17

La irreversibilidad de la creación queda corroborada por una consideración legal: el hecho de que el Juicio Final ya haya pronunciado su veredicto. En el capítulo anterior de Juan, Jesús dice:

> Ciertamente os aseguro que el que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida.
> Juan 5:24

La regeneración trae consigo un cambio irreversible en nuestro estatus legal ante Dios, porque el Juez Final dice que no seremos juzgados, es decir, que nunca seremos condenados, puesto que pasamos (permanentemente) de muerte a vida. Ese veredicto no podría haber sido pronunciado si fuera posible renunciar a la vida eterna en algún punto, en esta vida o en la siguiente.

Al comienzo de su evangelio, Juan utiliza otro sinónimo más para creer: recibir. Hablando de Jesús, dice:

> Vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron. Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Estos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad

humana, sino que nacen de Dios.
Juan 1:11-13

En la vieja creación fuimos hechos criaturas de Dios; en la nueva nos convertimos en hijos de Dios. Es obvio que uno no se convierte en lo que ya era. Señalamos una vez más que recibir (creer) es la condición para el nuevo nacimiento y no una consecuencia de ello.

Juan dice también aquí que el nuevo nacimiento no es por *voluntad humana*. Hay quienes entienden que quiere decir que la voluntad humana no está involucrada en ninguna parte del proceso. Lo cierto es que el énfasis reside en que es Dios quien toma la iniciativa. La regeneración es algo que solo Dios puede hacer y los humanos no pueden hacer que ocurra. Pero los humanos pueden y deben recibirla (*a cuantos lo recibieron…*). El proceso de recepción (o rechazo) involucra nuestra voluntad, como hemos visto cuando Jesús les dice a algunos de los incrédulos fariseos, *no queréis venir a mí para tener esa vida* (Juan 5:40). El rechazo está en sus manos y no en las de ningún tipo de determinismo divino que les niegue la salvación. Por lo tanto, su voluntad forma parte del proceso de respuesta a la salvación que la voluntad de Dios ha provisto.

El mismo orden (fe precediendo a regeneración) se establece en la afirmación clave de Juan del propósito de sus escritos, que ya hemos citado anteriormente en relación a otro tema. Es tal su importancia que nos referimos a ella de nuevo por segunda vez.

> Jesús hizo muchas otras señales milagrosas en presencia de sus discípulos, las cuales no están registradas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengáis vida.
> Juan 20:30-31

El creer lleva a la vida, y no al contrario. Lo que provoca el creer específicamente aquí son las señales que Jesús hizo. No tendría sentido que Jesús hubiera aportado esas señales si la gente fuera inherentemente incapaz de responder a ellas.

El hecho de que los seres humanos tengan la capacidad de creer, y el que la fe preceda a la regeneración son, por tanto, un estribillo constante en el Evangelio de Juan. Recordemos que subrayan la equidad y justicia de los juicios de Dios, y en particular su condena a aquellos que rehúsan creer. El veredicto final de ese juicio será pronunciado, haya creído la persona o no:

> El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rechaza al Hijo no sabrá lo que es esa vida, sino que permanecerá bajo el castigo de Dios.
> Juan 3:36

Esta afirmación es muy solemne. A la luz de nuestro argumento, resulta difícil imaginar cómo podría llevarse a cabo si hombres y mujeres no poseyeran la capacidad de creer. Aun así, a pesar de la abundante y consistente evidencia bíblica de que la fe es una condición previa para la regeneración, seguimos leyendo afirmaciones como la siguiente:

> La idea de que la regeneración viene antes que la fe salvífica no siempre es entendida por los evangélicos hoy en día. Hay quien llega incluso a decir cosas como: "Si crees en Cristo como tu Salvador, nacerás de nuevo (una vez que hayas creído)". **Pero las propias Escrituras nunca dicen nada semejante**. Las Escrituras consideran ese nuevo nacimiento como algo que Dios hace en nosotros para capacitarnos para creer.[1]

Es muy probable que la razón por la cual muchos evangélicos entiendan que la fe precede a la regeneración es precisamente porque eso es exactamente lo que las Escrituras dicen, y no una vez sino una y otra y otra vez. Como hemos visto, ocurre especialmente en el Evangelio de Juan, donde se nos asegura *que tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna* (Juan 3:16); no dice, "todo aquel que tenga vida eterna crea en él". D. A. Carson escribe:

> El verbo "creer" se utiliza absolutamente (es decir, sin un objeto) en otras partes de Juan como la condición o base para la vida eterna.[2]

Objeciones

1. PRIORIDAD LÓGICA Y TEMPORAL

Se suele hacer, a veces, un intento de evitar la secuencia consistente (primero fe, luego regeneración) diciendo que, mientras que la regeneración y la fe son esencialmente simultáneas, debemos distinguir la prioridad lógica de la prioridad temporal. R. C. Sproul escribe, por ejemplo:

> De modo similar, cuando la teología reformada dice que la regeneración precede a la fe, se está hablando en términos de prioridad lógica, no prioridad temporal. No podremos poner en práctica la fe salvífica hasta que hayamos sido regenerados, por lo cual decimos que la fe depende de la

regeneración, no la regeneración de la fe.[3]

Sin embargo, su frase "no podremos poner en práctica la fe hasta que" demuestra que está pensando en un orden temporal; por lo tanto, su afirmación sobre la prioridad lógica no parece tener sentido. Además, consideremos los versículos del Evangelio de Juan:

> Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios.
> Juan 1:12

> Sin embargo, no queréis venir a mí para tener esa vida.
> Juan 5:40

Estos versículos describen una prioridad temporal que es simultáneamente lógica. Según nuestro Señor, creer, prestar atención, escuchar, venir, todo precede a la regeneración, tanto en el sentido lógico como en el temporal, porque la prioridad lógica es la temporal. La fe es una condición previa tanto lógica como temporal para la regeneración.

2. REGENERACIÓN Y NACIMIENTO

Otras veces se sugiere que, igual que en el ámbito físico se diferencia entre la generación de vida (de la cual somos completamente inconscientes) y el nacimiento (del cual somos conscientes), en el ámbito espiritual Dios nos engendra por medio de su Espíritu (de lo cual no somos conscientes) y luego, más tarde, nacemos (nos arrepentimos conscientemente y creemos).

Sin embargo, esta teoría no tiene sentido puesto que, una vez más, altera el orden bíblico de que primero se cree y luego se regenera. Cuando Pablo escribe a los cristianos de Corinto, se describe a sí mismo como su padre espiritual: *porque mediante el evangelio yo fui el padre que os engendró en Cristo Jesús* (1 Corintios 4:15). Es decir, Pablo les predicó el evangelio, ellos respondieron y fueron regenerados. Pedro describe el mismo proceso cuando escribe:

> Pues habéis nacido de nuevo, no de simiente perecedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios que vive y permanece… Y esta es la palabra del evangelio que se os ha anunciado.
> 1 Pedro 1:23, 25

Puesto que Martín Lutero fue uno de los líderes de la Reforma, merece la pena citarlo en este tema. En su comentario a Gálatas escribió:

> Pablo, como auténtico apóstol de la fe, siempre tiene la palabra "fe" en la punta de la lengua. Por medio de la fe, dice, somos hijos de Dios. La Ley no puede engendrar hijos de Dios. No puede regenerarnos. Solo puede recordarnos el viejo nacimiento por el cual nacimos al reino del mal. Lo mejor que la Ley puede hacer por nosotros es prepararnos para un nuevo nacimiento a través de la fe en Cristo Jesús. La fe en Cristo nos regenera en hijos de Dios. San Juan da testimonio de ello en su evangelio: "Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios" (Juan 1:12).[4]

Difícilmente podemos encontrar una afirmación más clara del orden de la salvación (*ordo salutis*) que esta. Además, mientras que Juan Calvino declara en su comentario a 1 Juan 5:1 que "nadie puede tener fe excepto si ha nacido de Dios", también comienza su comentario a dicho pasaje diciendo que "Dios nos regenera por medio de la fe". ¡A veces resulta difícil saber qué cree la gente!

Argumento 3: pecado original

Aunque algunos autores están convencidos de que los seres humanos son incapaces de creer en Dios, mantienen, sin embargo, que es culpa de ellos que no puedan creer, por lo que Dios los condena justamente.

Se afirma que esto tiene que ver con su relación con Adán, que trajo el pecado al mundo. Todo lo que ya hemos dicho con respecto al Argumento 2 permite que esta idea parezca muy implausible.

Sin embargo, para ser justos con quienes lo proponen, consideraremos algunos de los problemas que esta idea plantea. El argumento, tal y como lo expresa Phillip Johnson, dice así:

> … la propia inhabilidad del hombre es algo de lo que es culpable, y esa inhabilidad no puede, por lo tanto, percibirse como algo que exime de responsabilidad al pecador.[5]

Esa culpa, según el argumento de Johnson, es algo con lo que todos los seres humanos nacen; y es culpa de ellos haber nacido con ella. La razón que se da es que ya estaban "en Adán" cuando pecaron. Adán es la cabeza primaria de la humanidad, por lo tanto, cuando él pecó, ellos pecaron. (El pecado de Adán, se dice, "les fue imputado"). Son, por ello, culpables de su inhabilidad de responder a Dios.

Este argumento se basa en Romanos 5:

> Por medio de un solo hombre, el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron. Antes de promulgarse la ley, ya existía el pecado en el mundo. Es cierto que el pecado no se toma en cuenta cuando no hay ley; sin embargo, desde Adán hasta Moisés la muerte reinó, incluso sobre los que no pecaron quebrantando un mandato, como lo hizo Adán, quien es figura de aquel que había de venir.
> Romanos 5:12-14

El argumento depende de la interpretación de la afirmación *porque todos pecaron* (NVI) como "porque todos pecaron en Adán", por lo tanto, todos son culpables del pecado de Adán. Este texto plantea dos problemas exegéticos. El primero tiene que ver con la traducción del latín antiguo, donde la frase se traduce como *in quo omnes peccaverunt* ("en quien todos pecaron (han pecado)"). Agustín utilizó esta traducción, por lo que se entiende que llegara a la conclusión de que todos pecaron en Adán, y su opinión tuvo una amplia influencia. Sin embargo, el latín *in quo* (en quien) es una mala traducción del original griego *eph*, que significa "porque", o "puesto que". Por lo tanto, la inmensa mayoría de los comentaristas han optado posteriormente por la traducción "porque" o "puesto que": "porque todos pecaron (han pecado)".

En segundo lugar, el tiempo verbal en griego traducido como "pecaron" utilizado en Romanos 5:12 es un aoristo. Se puede traducir o no al español como pretérito perfecto simple, porque el tiempo aoristo en griego cubre un amplio rango de significados del tiempo pretérito en español. Puede verse, por ejemplo, en el hecho de que en Romanos 3:23 la misma palabra en griego se traduzca como *todos han pecado* (NVI). En ese caso, los traductores han utilizado el pretérito perfecto compuesto ("han pecado") para traducir el aoristo griego. El pretérito perfecto simple no hubiera expresado el sentido real, como sí hace el pretérito perfecto compuesto.

Así pues, la pregunta que se plantea es qué consideraciones deberían guiar a los traductores de Romanos 5:12. En lo que respecta a la gramática, existen dos posibilidades, y a la hora de decidirse por una opción o la otra, es bastante probable que entren en juego también presupuestos teológicos. Si uno cree que lo que Pablo está intentando comunicar aquí es la idea de que todos pecaron cuando Adán pecó, entonces se optará por traducir utilizando el pretérito

perfecto simple. Sin embargo, es igualmente posible que intentara comunicar la idea de que la muerte pasó a todo el mundo porque todos han pecado individualmente, en cuyo caso sería correcto utilizar el pretérito perfecto compuesto. (En inglés, la versión King James utiliza esta traducción).

En su obra de referencia sobre Romanos, C. E. B. Cranfield ofrece una investigación detallada sobre todas las interpretaciones principales de la afirmación de Pablo y llega a la siguiente conclusión:

> Por otro lado, hay que tener en cuenta que no hay nada en el contexto o en el versículo que sugiera que *hermaton* [el término griego traducido como "pecaron"] esté siendo utilizado en un sentido inusual, y todas las otras veces que este verbo aparece en las epístolas paulinas hace referencia de manera bastante clara a un pecado concreto. Concluimos, pues, que *pantes hemarton* [los términos griegos traducidos como "todos pecaron"] tiene el mismo significado aquí que en [Romanos] 3:23.[6]

Podríamos recordar también que el argumento que estamos examinando no se está utilizando en este caso para probar que la gente sea incapaz de responder a Dios, sino que la gente es culpable a pesar de esa incapacidad. Obviamente, si el caso de la incapacidad no se puede probar bíblicamente, el de la culpabilidad le sigue de manera automática, sin que haya que decidir acerca de la traducción de un tiempo aoristo.

Hay religiones que enseñan que si un niño nace con alguna discapacidad, es culpa del niño, en el sentido de que el niño ha debido de pecar en alguna encarnación anterior, o ha heredado de alguna manera el pecado de sus padres. Es muy probable que los discípulos tuvieran algo así en mente cuando le preguntaron a Jesús sobre el hombre nacido ciego: *Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres?* (Juan 9:2). Jesús les desbarata esa ida de un plumazo: *Ni él pecó, ni sus padres…* (Juan 9:3). Es sabio, pues, mantener la cautela a la hora de enseñar que el que hayamos nacido pecadores es nuestra culpa porque sea el resultado de un pecado que cometimos en un pasado lejano cuando estábamos "en Adán".

Podemos seguir explorando esta idea si nos imaginamos una situación que, tristemente, ocurre en ciertas partes del mundo hoy en día. Una mujer embarazada es arrestada y sentenciada a muerte por traficar con droga. Da a luz a un niño en la cárcel mientras espera ser ejecutada. Ese niño estaba en ella cuando cometió el crimen. ¿Sería moralmente correcto que se considerara al niño tan

culpable como ella y que fuera ejecutado también? Obviamente, no. Sin embargo, su hijo puede haber nacido fácilmente afectado por el consumo de drogas de su madre. Puede que nunca se recupere y que incluso se convierta él mismo en drogadicto o traficante. Si lo llevaran a juicio y fuera sentenciado por traficar, los abogados podrían abogar por un tratamiento más benévolo porque no es su culpa haber tenido tan mal comienzo en la vida. Aun así, sería considerado responsable, juzgado y sentenciado por lo que él personalmente haya hecho. Más aún, ningún abogado argumentaría que debería ser condenado a la misma pena que su madre por el mero hecho de que estaba en su vientre cuando ella cometió su crimen.

Oliver Crisp nos ofrece una analogía ligeramente distinta que también puede sernos de ayuda:

> Si una persona hereda una conducta viciada, como un niño que nace heroinómano porque su madre es adicta a la heroína, no acusamos al niño por dicho estado como acusamos a la madre, porque es obvio que un agente no puede ser culpable por haber sido generado y nacido en un estado con el que no estuvo de acuerdo ni condonó. De modo semejante, si una persona nace con una predisposición al alcoholismo, no consideraríamos a dicho agente moralmente responsable o culpable por poseer esa predisposición, aunque sí que pensaríamos que el agente es moralmente responsable por dar los pasos que conducen a una dependencia del alcohol, porque en este caso el agente elige actuar en base a una predisposición. Creo que algo parecido puede decirse de los seres humanos caídos. Todos poseen la corrupción moral heredada de sus padres, y sus padres de sus padres, y así a través de las generaciones hasta llegar a la comunidad humana original. No se puede decir que alguien sea responsable o culpable de haber nacido en semejante estado. Pero el actuar sobre dicha predisposición (si, de hecho, es una predisposición) es algo por lo cual una persona puede ser moralmente responsable y culpable.
>
> En otras palabras, debe distinguirse entre pecado original y pecado concreto. Mientras que el pecado original es esa corrupción moral heredada con la que todos somos generados, y de la cual no somos ni responsables ni culpables, los pecados concretos son aquellos actos particulares que estamos predispuestos a hacer porque hemos nacido en un estado moralmente viciado. La persona nacida con una predisposición al abuso de sustancias es susceptible de convertirse en un alcohólico; el ser humano caído es

> susceptible de cometer pecados concretos. ¿Significa esto que sea solamente **muy probable** que aquellos nacidos con la corrupción moral del pecado original vayan a cometer pecados concretos? ¿Es posible **evitar** el pecado concreto puesto que (podríamos pensar) a veces ocurre que una persona predispuesta al alcoholismo evita convertirse en alcohólica? Siguiendo a otros de la tradición reformada, no lo creo. Más bien, la corrupción moral del pecado original hace inevitable que todos los seres humanos pequen por lo menos en una ocasión **si viven el suficiente tiempo y son sujetos competentes en estados y propiedades morales**.[7]

Hay quien sugiere que hay un pasaje paralelo en Hebreos que arroja luz sobre el tema:

> Hasta podría decirse que Leví, quien ahora recibe los diezmos, los pagó por medio de Abraham, ya que Leví estaba presente en su antepasado Abraham cuando Melquisedec le salió al encuentro.
> Hebreos 7:9-10

Sin embargo, este pasaje está hablando de rango. Al pagar el diezmo a Melquisedec, Abraham estaba reconociendo que él le era inferior en rango. El argumento es que, si el fundador de la raza hebrea tenía un rango inferior al rey Melquisedec, sus descendientes también tendrán un rango más bajo. No se sugiere en ningún momento que la fe de Abraham sea imputada a sus descendientes físicos, sino, más bien, *los descendientes de Abraham son aquellos que viven por la fe* (Gálatas 3:7), a pesar de que están en el mismo sentido "en su cuerpo" cuando *creyó Abraham a Dios, y esto se le tomó en cuenta como justicia* (Romanos 4:3). Ni, en el lado negativo, se imputa de culpa a Leví o a nadie por algo que Abraham hiciera.

Creer que el pecado de Adán perjudicó a sus descendientes y los transformó en pecadores es una cosa; creer que toda esa descendencia es culpable de su pecado es otra muy distinta. Y creer que a todos los seres humanos se les imputa el pecado de Adán, que son culpables del pecado de Adán porque pecaron en Adán, no casa con lo que Pablo dice un poco más adelante en el mismo pasaje:

> No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán…
> Romanos 5:14 RV60

Aquí se nos dice sin ambages que hay gente cuyo pecado no fue *a la manera de la transgresión de Adán*.

¿Cómo podría Pablo haber escrito esto si esperaba que entendiéramos justo lo contrario de su afirmación anterior? Si todos fuéramos culpables del pecado de Adán porque todos pecamos en Adán, no habría nadie cuyo pecado no fuera como el de Adán. O, por decirlo de otra manera, si el pecado de Adán se nos imputa a todos, todos somos culpables de él puesto que ese es el significado de la palabra "imputar". Según Pablo, las cosas no son así, lo cual es, sin duda, decisivo. Significa que, mientras que la muerte es universal a causa del pecado de Adán, la culpa no lo es: la culpa es universal porque todos los humanos cometen pecado.

Hay quien argumenta que, si no somos todos culpables por la imputación del pecado de Adán, ¿por qué mueren bebés si nadie puede proponer seriamente que hayan pecado personalmente? La respuesta a esta pregunta se halla en el relato del Génesis. Una consecuencia del primer pecado fue que Dios eliminó el acceso al fruto del árbol de la vida (Génesis 3:22-24). Se nos dice que con ello se desposeyó a los seres humanos de la posibilidad de la inmortalidad física. Con ella fuera del escenario, todos los descendientes de Adán nacerían inevitablemente como mortales.

Lo que cabe destacar aquí es que el árbol de vida era algo externo a Adán y Eva. En ningún lugar se sugiere que la mortalidad les llegara a los seres humanos por medio de algún tipo de proceso (genético) interno, sino más bien que se les impidió el acceso a un tipo de alimento muy especial.[8] Dicho de otro modo, es muy probable que, desde el principio, los seres humanos hayan dependido de dicho alimento para que la vida física continuara indefinidamente; por lo que todos los seres humanos tras Adán están sujetos a la muerte física sencillamente porque viven en un mundo en el que esa fuente ya no existe.

Por último, en Romanos 5, Pablo establece un paralelo entre Adán y Cristo:

> Porque así como por la desobediencia de uno solo muchos fueron constituidos pecadores, también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos.Romanos 5:19

Si uno va a argumentar que cuando Adán pecó, todos pecamos y, por lo tanto, nos merecemos el juicio de Dios, el paralelismo aquí sugiere que cuando Cristo obedeció, todos obedecimos, y estamos por lo tanto contribuyendo a ganarnos nuestra propia salvación. Resulta difícil imaginar a nadie satisfecho con esa conclusión, y mucho menos quienes creen que todos pecaron en Adán.

Océanos de tinta se han utilizado para intentar explicar exactamente en qué medida fueron los seres humanos perjudicados por la entrada del pecado en el

mundo. No me engaño pensando que yo pueda arrojar más luz sobre el tema. Sin embargo, hay ciertas cosas que deberían quedar claras. El pecado de Adán nos ha hecho a todos pecadores y nos ha puesto a todos bajo el dominio de la muerte. Pero esto no significa que seamos incapaces de escuchar la voz de Dios, o de captar la evidencia dada por él, y de responder al evangelio arrepintiéndonos y creyendo en el Señor Jesús.

Las Escrituras enseñan explícitamente todas estas cosas. Puesto que tenemos la capacidad de hacerlas, somos culpables si rehusamos hacerlas y seremos justamente condenados por Dios. No resulta nada descabellado concluir, pues, que todos hemos sido perjudicados por el pecado de Adán, pero no somos todos culpables de él.

En otras palabras, Romanos enseña sobre el pecado original, pero no sobre la culpa original. Crisp nos ofrece el siguiente resumen, muy útil: "Los seres humanos caídos tampoco son culpables de pecado primordial. O sea, que no cargan con una culpa original (es decir, la culpa del pecado de un par de humanos putativos o de una comunidad humana junto a quienes se les imputa el pecado original)".[9] De paso, Crispo señala que esta opinión tiene un pedigrí distinguido, incluyendo, entre sus defensores, teólogos reformados como Zwingli.

Resulta crucial insistir en que esta interpretación de las Escrituras no incurre en la herejía del pelagianismo, que afirma que el pecado humano es una cuestión de imitación y no de imputación, y no es, por lo tanto, una conclusión anticipada para ningún individuo en particular. Tampoco cae en el semipelagianismo, que enseña que los seres humanos ejercen el libre albedrío de manera independiente de la gracia divina para cooperar con esa gracia para lograr su propia salvación.

Por último, debería mencionarse que Michael Rae ha planteado un interesante caso *filosófico* que afirma que el compromiso con la culpa original no tiene que implicar necesariamente el determinismo.[10] Sin embargo, puesto que no creo que se pueda plantear un caso bíblico sobre la culpa original, no voy a decir más sobre el tema.

---

1. W. Grudem, *Bible Doctrine* (IVP, 1999), 303. El énfasis es mío.

2. D. A. Carson, *The Gospel According to John* (IVP, 1991), 202.

3. R. C. Sproul, *Grace Unknown: The Heart of Reformed Theology*, Grand Rapids, Baker, 2000, p. 195. Llamar a esto "doctrina reformada" no casa con mi experiencia. Mucha gente, que describiría su teología como "reformada", no está de acuerdo con la idea de que la regeneración precede a la fe. ¿No es este otro ejemplo del efecto engañoso de las etiquetas?

4. M. Luther, *Commentary on the Epistle to the Galatians*, traducción abreviada de T. Graebner (Authentic Media, 2012), Galatians 3:26 (versión online).

5. P. R. Johnson, "A Primer on Hyper-Calvinism", romans45.org/articles/hypercal.htm.

6. C. E. B. Cranfield, *Romans 1–8*, vol. 1 (T & T Clark), 279. Véase también la discusión de este pasaje en el comentario de Michael Bird en *The Story of God Bible Commentary: Romans* (Zondervan, 2016).

7. O. Crisp, "On Original Sin", en *International Journal of Systematic Theology*, vol 17, nº. 3, July 2015 doi:10.1111/ijst.12107, 261. El énfasis es mío.

8. ¿Podría esto ser la fuente de tantas historias y leyendas que apuntan a la existencia de un "elixir de la vida"?

9. O. Crisp, "On Original Sin", en *International Journal of Systematic Theology*, 261.

10. Véase el ensayo de Michael C. Rea "The Metaphysics of Original Sin", en *Persons, Divine and Human*, Dean Zimmerman y Peter van Inwagen (eds) (OUP, Clarendon Press, 2007), 319–356.

11
El evangelio y la responsabilidad moral humana

Alejada en gran medida de los efectos del pecado de Adán nos espera la cuestión de si los seres humanos podemos hacernos a nosotros mismos menos capaces de responder a Dios a través de nuestro propio comportamiento pecaminoso y nuestras actitudes. La respuesta es, sin duda, afirmativa. Las consciencias se pueden cauterizar hasta tal punto que hombres y mujeres dejen de oír su voz.

Jesús les habló mordazmente a quienes buscaban matarle. Afirmaban conocer a Dios, pero Cristo les dice sin rodeos que la evidencia de que no lo conocen es que *no creéis en aquel a quien él envió* (Juan 5:38). Jesús continúa:

> Estudiáis con diligencia las Escrituras porque pensáis hallar en ellas la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, no queréis venir a mí para tener esa vida.
> Juan 5:39-40

Son moralmente responsables de su rechazo. Peor aún, su comportamiento está comenzando a cerrar la puerta a Dios desde dentro:

> ¿Cómo va a ser posible que creáis vosotros si buscáis la gloria los unos de los otros, pero no buscáis la gloria que viene del Dios único?
> Juan 5:44

A mayor evidencia rechazada, mayor incapacidad moral de responder al mensaje de Jesús.

Otro ejemplo se encuentra en Juan 12:

> A pesar de haber hecho Jesús todas estas señales en presencia de ellos, todavía no creían en él. Así se cumplió lo dicho por el profeta Isaías: "Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje, y a quién se le ha revelado el poder del Señor?". Por eso no podían creer, pues también había dicho Isaías: "Les ha cegado los ojos y endurecido el corazón, para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón ni se conviertan; y yo los sane". Esto lo dijo Isaías

porque vio la gloria de Jesús y habló de él.

Sin embargo, muchos de ellos, incluso muchos de los jefes, creyeron en él, pero no lo confesaban porque temían que los fariseos los expulsaran de la sinagoga. Preferían recibir honores de los hombres antes que de parte de Dios.
Juan 12:37-43

Esta afirmación de nuestro Señor no tuvo lugar al principio de su ministerio sino al final. A lo largo de los tres años que le preceden, Jesús había hecho muchas señales y predicado la palabra de Dios a la gente. Muchos habían creído, pero había quienes, a pesar de la evidencia de las señales y el poder del mensaje de Cristo, lo rechazaron deliberadamente. Habían llegado a un punto de no retorno y Dios intervino y les endureció los corazones.

Cuando Dios endurece el corazón humano, hay que tomárselo en serio; lo estudiaremos con más detalle a su debido momento en relación con Romanos 9-11. No obstante, aquí nos concentraremos en la enseñanza bíblica de que es posible que el corazón de una persona alcance una posición que no puede ser invertida: existe un punto de no retorno.

Lo vemos también en otro parte del Evangelio. En una ocasión, Jesús sanó a un hombre, poseído por un demonio, que era ciego y sordo. Hubo dos reacciones a esta espectacular sanación:

Toda la gente se quedó asombrada y decía: "¿No será este el Hijo de David?". Pero, al oírlo los fariseos, dijeron: "Este no expulsa a los demonios sino por medio de Beelzebú, príncipe de los demonios".
Mateo 12:23-24

Esos fariseos eran hombres no regenerados y, sin embargo, Jesús no les habla como si estuvieran privados de percepción moral. Al contrario, les responde con una serie de poderosos argumentos que apelaban a su juicio moral, mostrándoles lo absurdo de su postura.

Jesús conocía sus pensamientos, y les dijo: "Todo reino dividido contra sí mismo quedará asolado, y toda ciudad o familia dividida contra sí misma no se mantendrá en pie. Y, si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo puede, entonces, mantenerse en pie su reino? Ahora bien, si yo expulso a los demonios por medio de Beelzebú, ¿vuestros seguidores por medio de quién los expulsan? Por eso ellos mismos os juzgarán a vosotros".

Mateo 12:25-27

Su obcecación moral es culpable, puesto que es el rechazo deliberado de la conclusión obvia de la sanación de un hombre poseído por un demonio. Jesús mismo señala:

> En cambio, si expulso a los demonios por medio del Espíritu de Dios, eso significa que el reino de Dios ha llegado a vosotros.
> Mateo 12:28

Después, pronuncia su juicio:

> Por eso os digo que a todos se les podrá perdonar todo pecado y toda blasfemia, pero la blasfemia contra el Espíritu no se le perdonará a nadie. A cualquiera que pronuncie alguna palabra contra el Hijo del hombre se le perdonará, pero el que hable contra el Espíritu Santo no tendrá perdón ni en este mundo ni en el venidero.
> Mateo 12:31-32

Claramente, Jesús esperaba que estos hombres no regenerados entendieran la lógica de su argumento ético. No podían negar que el hombre había sido sanado por un poder sobrenatural; pero, contra toda lógica y sentido común, resolvieron no admitir que Jesús había actuado con el poder de Dios. Tendrían que haber reconocido que él era el Hijo de Dios, el Mesías, por lo que, perversamente, le atribuyeron el milagro al diablo. Cristo les dice solemnemente que eso contaba como blasfemia contra el Espíritu Santo, que los pondría más allá de la posibilidad de ser perdonados.

Pero tenía más que decirles. Sus palabras finales en este discurso son:

> Pero yo os digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado. Porque por tus palabras se te absolverá, y por tus palabras se te condenará.
> Mateo 12:36-37

En cierto modo, bastante real, estos fariseos acababan de experimentar, sin darse cuenta, cómo será el Día del Juicio. Habían estado ante el Juez, que les había pedido cuentas de sus estúpidas y perversas palabras. Del mismo modo, el juicio final de Dios será justo, y considerado justo.

Resulta fundamental señalar que no se trata de un veredicto tirano, que de alguna manera prueba que Dios, después de todo, no es un Dios de amor. Solo

existe un evangelio: la salvación por medio del arrepentimiento y la fe en Jesús como el Hijo de Dios. El poder del Espíritu Santo da testimonio de ello y, si la gente termina rechazando ese testimonio y atribuyéndoselo al diablo, por la propia naturaleza de las cosas, Dios no tiene ningún evangelio alternativo que ofrecer. Las Escrituras muestran que, con su propio comportamiento, los seres humanos pueden dañar irreversiblemente su capacidad de arrepentirse y creer.

Nadie que lea el Nuevo Testamento puede negar que el evangelio es el llamamiento de Dios a hombres y mujeres. El Evangelio de Juan, por ejemplo, se ha descrito como un largo llamamiento de principio a fin. Cristo y sus apóstoles predicaron, enseñaron, razonaron, discutieron y persuadieron a sus audiencias. El apóstol Pedro les dice a los cristianos:

> Estad siempre preparados para responder a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros.
> 1 Pedro 3:15

A pesar de ello, nos cruzamos con gente que sostiene que dicho razonamiento sobre el evangelio es inútil. “No puedes razonar con alguien para que entre en el reino de Dios”, dicen. Como vimos antes, esta línea de razonamiento se utiliza sobre la base de una comprensión incorrecta de lo que significa estar muertos en delitos y pecados.

Este tema tiene, no obstante, otro aspecto más. Muchos de nosotros, especialmente quienes hemos tenido el privilegio de obtener una educación superior, nos vemos tentados en ocasiones a confiar ante todo en nuestras mentes, volviéndonos a Dios solo cuando nos hallamos en dificultades. Eso no es lo que los apóstoles hicieron; su actitud era justo la opuesta. Confiaron en Dios primero, y usaron sus mentes, sus talentos y sus dones para el servicio de Dios. Fiarse de la mente de uno y usar a Dios es sinónimo de idolatría: confiar en Dios y fiarse de la propia mente es ser cristiano. Una vez que lo tenemos claro, comprobamos que nuestro intelecto no se diferencia en nada de nuestros demás talentos. Es un don de Dios que debe usarse para su servicio con su ayuda, y no debe confiarse en él como en un ídolo o en un sustituto de Dios.

Bordea la irreverencia sugerir que Cristo y sus discípulos estaban “desperdiciando su tiempo” enseñando, argumentando y razonando con la gente en los lugares de encuentro del mundo antiguo. ¡Nada más lejos de la realidad! Como veremos en los capítulos 7-10 del Evangelio de Juan, esa es la estrategia del mismo Dios para alcanzar al mundo. Puesto que esos capítulos contienen un

pasaje que suele utilizarse con frecuencia para apoyar el determinismo teísta, tienen una relevancia particular para nuestro tema principal. Cristo les dijo a los líderes religiosos que lo escuchaban:

> … pero vosotros no creéis porque no sois de mi rebaño. Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatármelas de la mano.
> Juan 10:26-28

Este texto se suele utilizar para argumentar que, para convertirse en una de las ovejas de Dios, uno depende solamente de la elección incondicional de Dios. Dios selecciona a algunos para que sean sus ovejas, y a otros no, sin que ellos tengan nada que ver en el proceso. Los escogidos creerán en Cristo; los que no hayan sido escogidos para ser sus ovejas nunca creerán, por lo que quedarán eternamente perdidos. Hemos de considerar si esta interpretación es defendible, teniendo en cuenta el contexto más amplio del Evangelio de Juan en el que este pasaje aparece. Esta sección se divide en cuatro partes principales, definidas convenientemente por la división en capítulos:

Juan 7 – Jesús enseña en la Fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén;

Juan 8 – Jesús perdona a la mujer sorprendida en adulterio;

Juan 9 – Jesús sana al hombre nacido ciego;

Juan 10 – Jesús se presenta a sí mismo como el Pastor de las ovejas y enseña en la Fiesta de la Dedicación.

Jesús se revela en esta parte del Evangelio de Juan como la Luz del mundo, y cada uno de estos cuatro capítulos se dedica a un aspecto distinto de la manera en la que Cristo comunica sus buenas nuevas al mundo. Dos fiestas judías forman parte del proceso: la Fiesta de los Tabernáculos al comienzo, y la Fiesta de la Dedicación al final. En cada uno de estos festivales se utilizaba una iluminación especial con lámparas en el templo. En la Fiesta de los Tabernáculos (*Sukkot*), Jerusalén se transformaba en un enorme aprisco lleno hasta los topes de peregrinos judíos venidos de todas partes. Una de las características de la fiesta era una espectacular ceremonia de iluminación del templo, en la que se utilizaban cuatro lámparas doradas llenas de aceite que se ubicaban en el Atrio de las Mujeres. Se dice que estas enormes *menorot* medían unos veinte metros de alto. Arrojaban una brillante luz sobre Jerusalén durante la noche, sirviendo como símbolo de la columna de fuego que una vez guio a Israel en su viaje hacia la tierra prometida.

Esta sección de Juan alcanza su punto álgido en la Parte 4, que sucede en el área del atrio del templo de Jerusalén el día veinticinco del mes hebreo de Kislev. Era la celebración de la Fiesta de la Dedicación, (*Hanukkah*, Fiesta de las Luces), que no formaba parte de los festivales bíblicos pero que sí tenía una gran importancia histórica para los judíos. Los macabeos la añadieron a sus calendarios en el siglo II a.C. para celebrar la purificación y rededicación del templo. El festival duraba ocho días con sus noches, y durante ese tiempo se encendían las lámparas de una *menorah* especial de *Hanukkah* que tenía nueve brazos: cada noche se encendía uno hasta que el total de ocho brazos estaba encendido. La luz adicional tenía el propósito práctico de iluminar. Cada hogar tenía una luz en las ventanas, y Jerusalén seguramente se mostraría preciosa con el resplandor de miles de lámparas brillando por toda la ciudad.

Por lo tanto, nuestra sección del Evangelio de Juan está enmarcada entre dos festivales, de una semana de duración cada uno y en cada uno teniendo la iluminación de la ciudad un protagonismo especial. Es a estos festivales a los que Jesús viene como la Luz del mundo. En la primera parte leemos que Jesús está *subiendo* a Jerusalén, y en la cuarta parte Juan utiliza el mismo término griego (*anabaino*) para describir la acción del ladrón que acecha al redil de las ovejas (al que *trepa*, literalmente, "sube", Juan 10:1). Este es uno de los problemas fundamentales que plantea esta sección: ¿Cómo puede la gente distinguir entre la acción del verdadero pastor, que protege el interés de las ovejas, de la acción del falso "pastor" que planea explotar y destruir a las ovejas? ¿Cómo saben las ovejas quién es quién? ¿Cómo actúa el verdadero pastor con ellas para ganarse su confianza? Las respuestas a estas preguntas nos ayudarán a entender la naturaleza de la responsabilidad humana y su relación con la soberanía de la iniciativa de Dios.

Las partes centrales, 2 y 3, contribuyen también al tema del acercamiento de Jesús a hombres y mujeres como la Luz del mundo. En Juan 8 vemos a los líderes religiosos iluminando el pecado de una mujer, mientras que es el pecado de ellos el que Dios trae a la luz del día. En el capítulo 9 tenemos la sanación de un hombre ciego, el cual, a pesar de que ningún pecado suyo o de sus padres fuera la causa, era incapaz de ver desde su nacimiento y, por lo tanto, no tenía ninguna noción de lo que era la luz. Jesús lo capacita para ver y lo utiliza como parábola sobre la ceguera de los líderes religiosos.

Trataremos esta sección de un modo algo dispar, por la sencilla razón de que algunas partes son más relevantes para nuestro tema principal que otras, y

resistiremos la tentación de ofrecer una exposición detallada.

Comenzaremos con la Fiesta de los Tabernáculos.

Juan 7: Jesús en la Fiesta de los Tabernáculos

> Algún tiempo después, Jesús andaba por Galilea. No tenía ningún interés en ir a Judea, porque allí los judíos buscaban la oportunidad para matarlo. Faltaba poco tiempo para la fiesta judía de los Tabernáculos, así que los hermanos de Jesús le dijeron: —Deberías salir de aquí e ir a Judea, para que tus discípulos vean las obras que realizas, porque nadie que quiera darse a conocer actúa en secreto. Ya que haces estas cosas, deja que el mundo te conozca. Lo cierto es que ni siquiera sus hermanos creían en él.
> Juan 7:1-5

La enorme multitud que acudía a la Fiesta de los Tabernáculos representaba una oportunidad única, al menos a ojos de sus hermanos, para que Jesús llevara su mensaje al mundo. Según ellos, lo lógico era acudir a la mayor concentración de gente de la nación y mostrarles lo que era capaz de hacer.

Sin embargo, la cosa no era tan sencilla, como les señala Jesús. El suyo no era un mensaje ordinario que atrajera instantáneamente al público. Pasaba por decirle al mundo que sus obras eran malas. Exponer el pecado de esa manera despertaría seguramente resentimientos, y esa característica debía de ser tomada en cuenta cuando Jesús se acercara a hombres y mujeres. Por eso no subió al festival con sus hermanos en ese momento. Sin duda, en su incredulidad, habrían anunciado su presencia a la multitud de una manera poco útil. Jesús esperó unos días hasta que la fiesta estaba ya bien avanzada, y entonces subió a Jerusalén en secreto. Mientras tanto, la ciudad bullía en chismorreos acerca de él, y la multitud se dividía entre los que pensaban que era bueno y los que pensaban que era un farsante.

¿Cómo había de actuar para que su mensaje tuviera el mayor impacto posible?

> Jesús esperó hasta la mitad de la fiesta para subir al templo y comenzar a enseñar. Los judíos se admiraban y decían: "¿De dónde sacó este tantos conocimientos sin haber estudiado?".
> Juan 7:14-15

Su estrategia, sorprendentemente sencilla, se revela ahora. Fue al atrio del templo y comenzó a enseñar públicamente a cualquiera que quisiera escucharle,

cautivando inmediatamente a su audiencia con su profunda sabiduría y conocimiento. Los expertos estaban asombrados. Conocían, sin duda, a todos los maestros del templo y de las escuelas rabínicas, y resultaba obvio que quienquiera que fuera este maestro, no había estudiado a la manera aprobada en sus escuelas. Por lo tanto, no lo consideraron aceptablemente acreditado. Sin embargo, sus enseñanzas eran cuanto menos impresionantes por su alcance y profundidad.

No se nos proporcionan detalles sobre el contenido de las enseñanzas de Jesús en esta ocasión. La atención de los oyentes estaba en el origen de sus enseñanzas: ¿dónde las había obtenido?

> —Mi enseñanza no es mía —replicó Jesús—, sino del que me envió. El que esté dispuesto a hacer la voluntad de Dios reconocerá si mi enseñanza proviene de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por cuenta propia busca su vanagloria; en cambio, el que busca glorificar al que lo envió es una persona íntegra y sin doblez. ¿No os ha dado Moisés la ley a vosotros? Sin embargo, ninguno de vosotros la cumple. ¿Por qué tratáis entonces de matarme?
> Juan 7:16-19

Jesús les estaba hablando a personas no regeneradas, pero esperaba de ellas que siguieran su lógica y entendieran exactamente lo que les estaba diciendo. Afirmaba que sus enseñanzas provenían de Dios y podían comprobarlo *eligiendo* hacer la voluntad de Dios. En otras palabras, Jesús demandaba una respuesta moral, porque no se les concedía semejante conocimiento para satisfacer una mera curiosidad intelectual. Para poder saber, sus oyentes deberían haber puesto en práctica sus propias voluntades morales y estado dispuestos a hacer la voluntad de Dios. Cristo los trató como si fueran agentes moralmente responsables que eran capaces de tomar decisiones morales, lo cual se vuelve de repente más evidente cuando Jesús sigue defendiendo el caso moral y pregunta por qué están tratando de matarlo. Ese comentario les hace darse cuenta de que quizás ya se hubieran cruzado con él antes:

> —Estás endemoniado —contestó la multitud—. ¿Quién quiere matarte?
>
> —Hice un milagro y todos vosotros os asombrasteis. Por eso Moisés os dio la circuncisión, que en realidad no proviene de Moisés, sino de los patriarcas, y aun en sábado la practicáis. Ahora bien, si para cumplir la ley de Moisés circuncidáis a un varón incluso en sábado, ¿por qué os enfurecéis conmigo si

en sábado lo sano por completo? No juzguéis por las apariencias; juzgad con justicia.

Algunos de los que vivían en Jerusalén comentaban: "¿No es este al que quieren matar? Ahí está, hablando abiertamente, y nadie le dice nada. ¿Será que las autoridades se han convencido de que es el Cristo? Nosotros sabemos de dónde viene este hombre, pero cuando venga el Cristo nadie sabrá su procedencia".

Por eso Jesús, que seguía enseñando en el templo, exclamó: —¡Con que me conocéis y sabéis de dónde vengo! No he venido por mi propia cuenta, sino que me envió uno que es digno de confianza. Vosotros no lo conocéis, pero yo sí lo conozco porque vengo de parte suya, y él mismo me ha enviado.

Entonces quisieron arrestarlo, pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora. Con todo, muchos de entre la multitud creyeron en él y decían: "Cuando venga el Cristo, ¿acaso va a hacer más señales que este hombre?".
Juan 7:20-31

Jesús les estaba recordando que la última vez que había estado en Jerusalén había sanado a un hombre el sábado (Juan 5) y ahora les invita a efectuar un juicio moral basado en la comparación de él haciendo a una persona completa en sábado y las circuncisiones de niños que ellos llevaban a cabo el sábado también. Señala Jesús que, por pura lógica, su enfado está fuera de lugar.

No debemos pasar por alto las implicaciones que esto tiene para nuestro tema. Recordemos que esta es la estrategia de nuestro Señor para comunicar su mensaje. Comienza con Jesús diciéndoles a sus oyentes que utilicen sus facultades morales y lógicas para juzgar sus enseñanzas y obras. No les dice que los pensamientos de Dios sobre este tema estén muy por encima de ellos, o que no pueden esperar comprender lo que está sucediendo porque están intelectualmente muertos en delitos y pecados.

Ese no es el caso. A pesar de que son hombres y mujeres no regenerados, el hecho de que el propio Señor le pida a esta gente que utilicen su sensibilidad moral para hacer un juicio correcto indica que cree que poseen la capacidad de hacerlo. Estaban muertos en delitos y pecados, pero, aun así, según el mismo Cristo, pueden hacer juicios correctos. Por lo tanto, no estaban ni intelectual ni moralmente muertos. Eran seres morales, hechos a la imagen de Dios, capaces de responder al reto moral del Señor y culpables si no lo hacían. Es evidente que

algunos respondieron. Juan nos dice que hubo quienes vieron lo que Jesús hacía, usaron su juicio moral en sus señales y llegaron a la conclusión de que era quien declaraba ser, por lo que se arrepintieron de sus pecados y creyeron en él. Otros lo rechazaron basándose en argumentos espurios sobre su origen, y hubo quien hasta intentó arrestarle. Jerusalén estaba dividida.

Se acercaba el final de la fiesta, y el último día era todo ceremonias. Se recogería agua de la piscina de Siloé para verterla en la base del altar del atrio del templo. La multitud cantaría algunos de los Salmos que hablan de redención, con palabras que ascendían a los cielos, "Sálvanos ahora, Señor, sálvanos". En algún momento, se habría producido una pausa, un silencio durante el cual la atenta multitud habría escuchado una poderosa voz resonando:

> En el último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó:
> —¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva.
> Juan 7:37-38

"¿Alguno sigue teniendo sed?" debió de haber tenido un dramático efecto de choque en los líderes religiosos. Allí estaban, poniendo en escena lo mejor de la ceremonia religiosa, cuando este maestro advenedizo de Galilea tiene la osadía de sugerir que no es suficiente para satisfacer la sed de todos. ¿Cómo se atreve? Se atrevió porque sabía que, ese día, habría muchos que estarían insatisfechos con la ceremonia religiosa externa, por cara e impresionante que fuera. Tenían sed de una realidad interna, la satisfacción que Cristo le había dado antes a la mujer del pozo supliéndole con el agua de vida cuando ella puso su confianza en él como Salvador y Señor.

El llamamiento de nuestro Señor fue dramático. También fue genuino: se lo ofreció a todos, y no solamente a unos pocos predestinados. Fue un ofrecimiento hecho a quienes todavía no conocían al Padre. Podían venir a conocerlo al confiar en su Hijo; pero tenían que venir, tenían que beber. Podían decir sí o podían decir no. Las enseñanzas de Jesús tuvieron un profundo impacto y dividieron a la multitud. Hubo quien creyó en él y hubo quien no. Al final, todos volvieron a casa menos Jesús. Jesús se fue a su sitio favorito en el Monte de los Olivos, presumiblemente para pasar tiempo a solas con su Padre en el huerto.

Juan 8: Jesús perdona a la mujer sorprendida en adulterio

> Al amanecer se presentó de nuevo en el templo. Toda la gente se le acercó, y él se sentó a enseñarles. Los maestros de la ley y los fariseos llevaron entonces a una mujer sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio del grupo, dijeron a Jesús: —Maestro, a esta mujer se le ha sorprendido en el acto mismo de adulterio. En la ley Moisés nos ordenó apedrear a tales mujeres. ¿Tú qué dices? Con esta pregunta le estaban tendiendo una trampa, para tener de qué acusarlo.
>
> Pero Jesús se inclinó y con el dedo comenzó a escribir en el suelo. Y, como ellos lo acosaran con preguntas, Jesús se incorporó y les dijo: —Aquel de vosotros que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. E inclinándose de nuevo, siguió escribiendo en el suelo.
>
> Al oír esto, se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos, hasta dejar a Jesús solo con la mujer, que aún seguía allí. Entonces se incorporó Jesús y le preguntó: —Mujer, ¿dónde están? ¿Ya nadie te condena? —Nadie, Señor. —Tampoco yo te condeno. Ahora vete, y no vuelvas a pecar.
> Juan 8:2-11

Temprano, al día siguiente, Jesús estaba de vuelta en el templo. Una multitud se reunió a su alrededor y él comenzó a enseñarles, siguiendo de nuevo su estrategia. Juan relata cómo su enseñanza fue interrumpida cuando los fariseos arrastraron a una mujer adúltera ante Jesús con la esperanza de forzarle a que juzgara lo que debía hacerse con ella. Citaron a Moisés indicando que tenía que ser apedreada. No lo hacían porque les preocupara mantener la ley y juzgar a la mujer justamente, lo único que deseaban era tender una trampa a Jesús retándole a que mostrara su desacuerdo con Moisés. Estaban, por así decirlo, proyectando la luz de la ley de Moisés sobre ella.

La respuesta de Jesús fue ponerse a escribir en el suelo, y cuando sus preguntas se volvieron demasiado insistentes, Jesús pidió que quien estuviera libre de pecado arrojara la primera piedra. Luego volvió a agacharse para seguir escribiendo en el polvo. No sabemos lo que escribió, pero la idea del dedo del Hijo de Dios escribiendo en el suelo evoca la ley dada a Moisés, que fue “escrita con el dedo de Dios”. Es posible, y quizás hasta plausible, que lo que Jesús estuviera escribiendo en el polvo fueran esas leyes. Sea como fuere, lo que escribió tuvo un efecto dramático. Cuando los acusadores de la mujer proyectaron la ley sobre ella, pensaron que eran moralmente inmaculados. Se

mantenían en la oscuridad, como quien agita antorchas ante sí. Y cuando la Luz del mundo comenzó a brillar, la luz atravesó sus consciencias y abandonaron la escena, desde el más viejo al más joven. Jesús los había empujado a usar su juicio moral. En esta ocasión, no tanto sobre sus enseñanzas como sobre ellos mismos. Una vez más, lo que vemos es que incluso gente no regenerada era capaz de hacer juicios morales. Aunque espiritualmente muertos, no lo estaban ni moral ni intelectualmente.

Una vez liberada de sus acusadores, lo más destacable es que la mujer no hace atisbo de irse. Sus propios pecados y aquellos de sus acusadores habían sido expuestos, pero había algo en la calidad de la Luz del mundo que hizo que quisiera permanecer en su presencia. Quizás se sintió segura y libre de amenazas. Jesús le preguntó si nadie la había condenado. *Nadie*, dijo ella. *Tampoco yo te condeno… Ahora vete, y no vuelvas a pecar*. Cristo no condonó su pecado, ella no iba a pecar más. Él la perdonó y aportó esperanza en su hasta ahora triste e insatisfactoria vida.

Una vez más, Jesús se dirigió a la gente:

> —Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.
>
> —Tú te presentas como tu propio testigo —alegaron los fariseos—, así que tu testimonio no es válido.
>
> —Aunque yo sea mi propio testigo —repuso Jesús—, mi testimonio es válido, porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según criterios humanos; yo, en cambio, no juzgo a nadie. Y, si lo hago, mis juicios son válidos porque no los emito por mi cuenta, sino en unión con el Padre que me envió. En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos personas es válido. Yo soy testigo de mí mismo, y el Padre que me envió también da testimonio de mí.
>
> —¿Dónde está tu padre?
>
> —Si supierais quién soy yo, sabríais también quién es mi Padre.
>
> Estas palabras las dijo Jesús en el lugar donde se depositaban las ofrendas, mientras enseñaba en el templo. Pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su tiempo.
> Juan 8:12-20

En esta sección, el Señor comienza participando en un profundo y complejo argumento con un grupo de fariseos. Discúlpenme por insistir, pero el mismo hecho de que lo haga demuestra una vez más que no los consideraba intelectualmente muertos y más allá de los argumentos. Solo te pones a discutir con alguien si esperas que entienda lo que estás diciendo. Él se puso a discutir con ellos como forma de darles testimonio y esperaba que comprendieran el contenido de ese testimonio. Los estaba tratando como seres humanos responsables.

Les dice que él es la Luz del mundo. Puede que tuvieran alguna ligera idea de lo que aquello significaba, puesto que fueron ellos quienes llevaron a la mujer adúltera a Jesús y habían visto la poderosa exposición del pecado de sus jueces en potencia. Puede que algunos de ellos hubieran sentido personalmente su poder y hubiesen vuelto sigilosamente para escuchar más de lo que él decía. Tenían la Luz a su disposición, les había dicho. Pero con una condición: debían seguirle. Esa Luz no era una abrasadora fuente de iluminación totalmente aleatoria que elegía a algunos y a otros no de un modo arbitrario o misterioso. Todos podían aprovecharse de sus rayos sanadores, siempre y cuando estuvieran dispuestos a seguirle, tomaran para sí sus enseñanzas, confiaran en él y le obedecieran como Señor.

Algunos contraatacaron con un subterfugio intelectual para desviar su atención. Argüían que Jesús estaba siendo su propio testigo, lo cual era totalmente cierto. Aunque sí que tenían el derecho legal de argumentar sobre los testigos, su reivindicación de que su testimonio era en realidad falso no seguía ninguna lógica, porque si Jesús era quien decía ser, era absolutamente único y, sencillamente, él era el único que podía ser su propio testigo.

En un nivel mucho más terrenal, si un explorador alcanza solo un destino remoto, a su regreso tiene que atestiguar lo descubierto por sí mismo, lo cual no significa que su testimonio sea falso. El que aceptemos o no ese testimonio no puede depender de ninguna evidencia que lo corrobore, puesto que no existe ninguna. ¡Nadie más ha visto lo que él ha visto! Nuestra respuesta debe depender de lo que sabemos sobre ese hombre: su fiabilidad, honradez y similares. Jesús afirma saber de dónde viene y a dónde va. Los demás no tenían conocimiento de ello, por lo que la única información que podían conseguir debía venir de aceptar el testimonio de Jesús.

No obstante, todavía queda un ángulo más. En cierto sentido, había otro testigo:

el Padre. Este hecho los desconcertó, lo cual era la intención de Jesús, y le respondieron: *¿dónde está tu padre?* Jesús replicó que ellos no conocían ni a él ni al Padre. Si lo hubieran conocido a él, habrían conocido al Padre. Se trataba de una afirmación enigmática, pero, retrospectivamente, podemos entender lo que está pasando. En el desenlace final de esta sección, Jesús hará la afirmación suprema de que él y el Padre son uno (Juan 10:30). Así que, en este punto, en el capítulo 9, cuando le preguntan dónde está el Padre, la respuesta fue que, en Cristo, el Padre estaba justo delante de ellos. Poco a poco, Jesús va estrechando la distancia percibida entre él y Dios. Recordemos que, para sus interlocutores, cualquier afirmación de ser Dios era una blasfemia absoluta, y en este momento era inconcebible que pudiera ser verdad.

Juan nos recuerda que el Señor estaba todavía enseñado en el recinto del templo (esta vez en el tesoro, Juan 8:20). Continúa siguiendo la estrategia de dar testimonio al mundo permitiendo que la luz brillara a través de las palabras de sus enseñanzas. Aunque hubo momentos muy tensos, no se hizo ningún intento de arrestarle. El tiempo ordenado por Dios no había llegado todavía.

Así que volvió a hablar:

> —Yo me voy, y vosotros me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis. Adonde yo voy, vosotros no podéis ir.
>
> Comentaban, por tanto, los judíos: "¿Acaso piensa suicidarse? ¿Será por eso que dice: 'Adonde yo voy, vosotros no podéis ir'?".
>
> —Vosotros sois de aquí abajo —continuó Jesús—; yo soy de allá arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Por eso os he dicho que moriréis en vuestros pecados, pues, si no creéis que yo soy quien afirmo ser, en vuestros pecados moriréis.
>
> —¿Quién eres tú? —le preguntaron.
>
> —En primer lugar, ¿qué tengo que explicaros? —contestó Jesús—. Son muchas las cosas que tengo que decir y juzgar de vosotros. Pero el que me envió es veraz, y lo que le he oído decir es lo mismo que le repito al mundo.
>
> Ellos no entendieron que les hablaba de su Padre. Por eso Jesús añadió: —Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo conforme a lo que el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque siempre hago lo que le agrada. Mientras aún hablaba, muchos

creyeron en él.
Juan 8:21-30

Un poco antes, Jesús había dicho, *sé de dónde he venido y a dónde voy* (Juan 8:14). Puesto que tiene una relevancia directa relacionada con la definición de su relación de identidad única con el Padre, Jesús continúa desarrollando el tema de su origen y destino. Se iba a ir (esto es una clara referencia a su muerte); lo buscarían (uno puede imaginarse los frenéticos y vanos esfuerzos hechos por los líderes judíos para encontrar su cuerpo tras la resurrección); morirían en su pecado (el rechazo a Jesús como Hijo de Dios y Mesías era *el* pecado), lo cual significaba que nunca entrarían en la presencia del Padre, una verdadera tragedia para quienes estaban justo en ese momento escuchando al Padre dar testimonio a través de su Hijo. Él ciertamente se dirigía a su muerte, pero esa muerte sería la puerta de acceso para retornar al Padre.

Estaban perplejos. Cuando dijo que a donde él iba ellos no podían ir ¿quería decir que se iba a suicidar? No; tenía que ver con la diferencia de orígenes. Ellos eran de abajo, él era de arriba. Ellos pertenecían a este mundo, el mundo sobre el cual él testificaba que sus obras eran malas; mientras que su origen estaba con el Padre en el cielo. Y puesto que ellos pertenecían a este mundo, corrían el peligro de morir "en sus pecados", es decir, morir sin ser perdonados. Aun así, eso no significaba que no hubiera esperanza para ellos. La situación podría alterarse completamente si estuvieran dispuestos a creer que *yo soy aquel* (versículo 24).

Una vez más, si estas palabras fuesen falsas, serían una blasfemia, puesto que apuntaban hacia el nombre de Dios, Yo Soy (véase Éxodo 3:14). Representaban otra afirmación más de deidad, lo cual provocó inmediatamente la pregunta "¿Quién eres tú?". Les resultaba difícil aceptar la conclusión obvia y, sin embargo, como Jesús les indica, es lo que les ha estado diciendo consistentemente desde el principio. Ha estado diciendo cosas acerca de ellos; tiene más cosas que decir, y todas las cosas que dice las ha oído del Padre. Vuelve a insistir una vez más en su cercanía con el Padre.

Juan se detiene a comentar que no entendían que les estaba hablando del Padre, por lo que Jesús continúa explicándoles que entenderán quién es y cuál es su relación con el Padre cuando lo hayan levantado. En última instancia, será la cruz la que revele exactamente quién es Jesús. Por supuesto, no de manera inmediata. Muchos de los que creyeron en el día de Pentecostés confiaron en Cristo porque se dieron cuenta entonces de que la cruz era la revelación final del

amor de Dios y el medio por el cual se ofrecía la salvación a quienes estuvieran dispuestos a arrepentirse y creer. La cruz revelaría también la naturaleza de la autoridad de Cristo:

> … sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo conforme a lo que el Padre me ha enseñado.
> Juan 8:28

El día de Pentecostés, Pedro les presentó a sus oyentes la cruz, la resurrección y la ascensión como evidencia de que Jesús había sido exaltado como Señor a la diestra de Dios en los cielos, por lo cual no quedaba duda alguna de que su autoridad era idéntica a la del Padre.

En este momento, no obstante, la cruz todavía tenía que suceder. Aun así, tal y como anunció, Jesús le dijo a la multitud una vez más que en ese preciso momento él no estaba solo, el Padre estaba con él, porque él siempre hacía lo que agradaba al Padre. Sus palabras tenían poder y sus enseñanzas alcanzaron muchos corazones. A pesar de que no comprendían todo lo que Jesús decía, y que sus palabras aún no se habían cumplido, él les había dado suficiente evidencia, y creyeron en él. Es cierto que antes les había dicho que ni lo conocían a él ni al Padre, que eran de abajo y de este mundo; pero ahora resulta evidente que Jesús no estaba queriendo decir que nunca podrían conocerle. Muchos lo hicieron, en ese preciso momento y lugar.

Pero ¿lo hicieron? ¿Fueron auténticos? Esta es la pregunta que se ha planteado más de una vez en el Evangelio de Juan. En 2:23-25, hubo gente que, tras ver las señales que Jesús hizo, pareció haber puesto su fe en él, pero no siguieron profundizando. Por lo tanto, el Señor tenía interés en mostrar a la multitud la diferencia entre compromiso superficial y auténtica fe.

> Jesús se dirigió entonces a los judíos que habían creído en él, y les dijo: —Si os mantenéis fieles a mis enseñanzas, seréis realmente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.
>
> —Nosotros somos descendientes de Abraham —le contestaron—, y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo puedes decir que seremos liberados?
>
> —Ciertamente os aseguro que todo el que peca es esclavo del pecado —respondió Jesús—. Ahora bien, el esclavo no se queda para siempre en la familia; pero el hijo sí se queda en ella para siempre. Así que, si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres. Yo sé que sois descendientes de

Abraham. Sin embargo, procuráis matarme porque no está en vuestros planes aceptar mi palabra. Yo hablo de lo que he visto en presencia del Padre; así también vosotros, haced lo que habéis escuchado del Padre.

—Nuestro padre es Abraham —replicaron.

—Si fuerais hijos de Abraham, haríais lo mismo que él hizo. Vosotros, en cambio, queréis matarme, ¡a mí, que os he expuesto la verdad que he recibido de parte de Dios! Abraham jamás haría tal cosa. Vuestras obras son como las de vuestro padre.

—Nosotros no somos hijos nacidos de prostitución —le reclamaron—. Un solo Padre tenemos, y es Dios mismo.

—Si Dios fuera vuestro Padre —les contestó Jesús—, vosotros me amaríais, porque yo he venido de Dios y aquí me tenéis. No he venido por mi propia cuenta, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi modo de hablar? Porque no podéis aceptar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre, el diablo, cuyos deseos queréis cumplir. Desde el principio este ha sido un asesino, y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, expresa su propia naturaleza, porque es un mentiroso. ¡Es el padre de la mentira! Y sin embargo a mí, que os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros puede probar que soy culpable de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios escucha lo que Dios dice. Pero vosotros no escucháis, porque no sois de Dios.
Juan 8:31-47

La verdadera fe en Cristo se demuestra a través de sus frutos en las vidas de quienes la profesan. No es algo superficial. Una de sus evidencias es un compromiso profundo con la palabra de Cristo. Un discípulo es un aprendiz. El sello distintivo de un verdadero discípulo es su disposición para aprender más y más de la verdad, descubriendo así que el conocimiento de la verdad le lleva a la libertad. La fe genuina persevera.

Al mencionar la libertad, algunos de sus oyentes protestaron enérgicamente. Ellos eran descendientes de Abraham. Eran hombres y mujeres libres; nunca habían estado sometidos a nadie. Pero la libertad de la que Jesús hablaba era la libertad del pecado. Recordemos que muchos de sus oyentes habían sido testigos de la escena de la mujer adúltera y habían tomado nota de la manera en la que Jesús había expuesto los pecados de quienes estaban ansiosos por apedrearla hasta la muerte. Así pues, lo que Jesús pretende ahora es asegurarse de que quienes

habían respondido a sus enseñanzas hubieran comprendido de verdad que la salvación no valía para nada si no era la salvación de los pecados. Si nunca se habían arrepentido, o el pecado continuado marcaba sus vidas, eran también esclavos del pecado. Solo el Hijo, Jesús, el Hijo de Dios, podría liberarlos, y únicamente así podrían ellos disfrutar de verdadera libertad.

Jesús continúa admitiendo la afirmación que ellos hacen de ser descendientes de Abraham. Quería que toda la multitud comprendiera de qué estaban hablando, pero algunos no querían recibir sus palabras e intentaban matarlo. La razón de que quisieran asesinarlo, dijo Jesús, era que tenían padres distintos. Esto los aguzó a volver a repetir que ellos era hijos de Abraham. Pues si ese fuera el caso, replicó Jesús, estaríais haciendo las obras de Abraham. Abraham nunca habría intentado matar a una persona que hablaba la verdad de Dios. Estáis demostrando que no tenéis ningún parentesco moral o espiritual con Abraham. La realidad es que estáis haciendo las obras que hizo vuestro padre.

Ellos no terminaban de entender lo que Jesús quería decir, aunque eso cambió pronto. Insistieron en que solamente tenían un padre e incluyeron una acusación muy poco sutil, *Nosotros no somos hijos nacidos de prostitución* (versículo 41), implicando que Jesús sí que podría haber encajado en esa categoría. Muy poca gente debería haber sabido algo acerca de su verdadero linaje y es posible imaginarse los rumores que le perseguirían toda su vida de que José no era su verdadero padre. No, ellos no eran así: ¡su padre era Dios! Si ese era el caso, respondió Jesús, lo amarían, porque él vino de Dios. Pero ellos no pudieron soportar ni siquiera oír esta palabra, mucho menos permanecer en ella. Por lo tanto, la Luz del mundo los expone ahora como quienes no iban a aceptar su palabra de ninguna de las maneras, lo que significaba que su verdadero padre era el diablo.

Este lenguaje era muy duro. Jesús señaló que las Escrituras les habían dicho que el diablo era un asesino y un mentiroso desde el principio, y al rechazar la verdad de las enseñanzas de Jesús esta gente estaba mostrando su verdadero linaje. Jesús les retó a que demostraran que era culpable de algún pecado, lo cual, por supuesto, les resultó imposible. Nadie más podría haber lanzado ese desafío y que se le tomara en serio y, sin embargo, en el caso de Jesús, el desafío lleva en pie cerca de veinte siglos. Todo lo que tuvo que hacer antes para exponer sus pecados fue escribir en el suelo. Si estaba diciendo la verdad, ¿por qué no le creían? Puesto que quienes son de Dios oyen las palabras de Dios, la única posibilidad es que no eran de Dios. Profesaran ser lo que profesaran ser, no eran (todos)

creyentes auténticos.

> —¿No tenemos razón al decir que eres un samaritano, y que estás endemoniado? —replicaron los judíos.
>
> —No estoy poseído por ningún demonio —contestó Jesús—. Tan solo honro a mi Padre; pero vosotros me deshonráis a mí. Yo no busco mi propia gloria; pero hay uno que la busca, y él es el juez. Ciertamente os aseguro que el que cumple mi palabra nunca morirá.
>
> —¡Ahora estamos convencidos de que estás endemoniado! —exclamaron los judíos—. Abraham murió, y también los profetas, pero tú sales diciendo que, si alguno guarda tu palabra, nunca morirá. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham? Él murió, y también murieron los profetas. ¿Quién te crees tú?
>
> —Si yo me glorifico a mí mismo —les respondió Jesús—, mi gloria no significa nada. Pero quien me glorifica es mi Padre, el que vosotros decís que es vuestro Dios, aunque no lo conocéis. Yo, en cambio, sí lo conozco. Si dijera que no lo conozco, sería tan mentiroso como vosotros; pero lo conozco y cumplo su palabra. Abraham, vuestro padre, se regocijó al pensar que vería mi día; y lo vio y se alegró.
>
> —Ni a los cincuenta años llegas —le dijeron los judíos—, ¿y has visto a Abraham?
>
> —Ciertamente os aseguro que, antes de que Abraham naciera, ¡yo soy! Entonces los judíos tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús se escondió y salió inadvertido del templo.
> Juan 8:48-59

Hubo quien hizo acusaciones infundadas de que Jesús no era judío sino un samaritano endemoniado. Lo más sorprendente es que Jesús continuara con la conversación, a pesar de lo ridículo y descarado de la provocación, y lo hizo porque amaba a esa gente y seguía queriendo llamarlos. Lejos de estar endemoniado, les respondió, estaba honrando a Dios, mientras que ellos le estaban deshonrando. Y no es que él estuviera buscando su propia gloria y honor, era Dios quien lo buscaba y en última instancia él sería el juez. Ignorando el resentimiento de ellos, concluye su enseñanza del día haciendo un último llamamiento: *el que cumple mi palabra nunca morirá* (versículo 51).

A lo largo de las enseñanzas del día, Jesús había seguido insistiendo

constantemente en la importancia de su palabra. Una y otra vez repite que lo que estaba diciendo venía del Padre; era su palabra la que podía traer perdón y liberación. Como la Luz del mundo que era, proyectó su inefable luz sobre la propia muerte y pronunció sus inmortales palabras: *el que cumple mi palabra nunca morirá.* Cegados por la rabia, sus oyentes utilizaron dicha afirmación para volver a acusarlo de posesión demoníaca. Todo el mundo muere, hasta el gran Abraham murió, igual que murieron los profetas. ¿Acaso Jesús pensaba que él era mayor que Abraham?

Una vez más, el foco de atención se centra en su identidad, aunque Jesús no va a glorificarse a sí mismo. Su gloria viene del Padre, el mismo Dios que ellos afirman ser suyo. Lo que afirman es falso: no conocen a Dios, nunca lo han conocido. Jesús sí que lo conoce, así que, para él, negarlo sería como alinearse con ellos y mostrarse como un mentiroso. Jesús conoce a Dios y también mantiene su palabra, al contrario que ellos.

¿Está afirmando acaso ser mayor que Abraham? ¡Sí que lo está! De hecho, Abraham se regocijó al ver el tiempo de Jesús: lo vio y se alegró.

La multitud estaba asombrada. El hombre que tenían delante estaba diciendo que había visto a Abraham y ni siquiera tenía cincuenta años. *Antes de que Abraham naciera, ¡yo soy!*, dijo Cristo. Las implicaciones eran impresionantes. Jesús estaba usando, sin duda alguna, el antiguo nombre de Dios, Yahvé, *Yo soy*. Lo estaba usando para afirmar, no solamente que había visto a Abraham, sino que había existido antes que Abraham eternamente.

Nunca nadie había oído nada igual. Las palabras de Jesús resonaron en el templo de Jerusalén, un edificio construido para ser, en cierto modo, la residencia de Dios en la tierra. Fue Dios quien les habló aquel día, y algunos de los que se apelotonaban ante el maestro en los atrios del templo fueron trágicamente inconscientes de que acababan de tener una larga audiencia con el mismo Creador. Aunque no todos. Pero Juan termina su narración con gente que se agachó para coger piedras con las que apedrear a Jesús por blasfemo. Al comienzo del día habían estado preparando piedras para apedrear a la mujer acusada de adulterio. Ahora se vuelven contra Jesús. La ira contra Dios es mal asunto.

Juan 9: Jesús sana a un hombre nacido ciego

El tema de la Luz del mundo continúa en el capítulo 9, obviamente, puesto que esta sección trata la sanación de un ciego. Por lo tanto, nos puede ser de ayuda

considerar en primer lugar la luz en el aspecto físico, recordando lo que hace falta para ser capaz de ver.

En primer lugar, debe haber una fuente de luz que ilumine; en segundo lugar, tiene que existir algo que ver y, en tercer lugar, debemos poseer la facultad de ver. Los tres ingredientes deben estar presentes simultáneamente. Lo mismo ocurre a nivel moral y espiritual: si nunca hubiera habido ninguna luz en el mundo, si no hubiera nada que ver, y si la gente fuera incapaz de ver, para empezar, sería muy injusto condenarlos por amar la oscuridad en lugar de la luz. Pero la luz sí que había venido, había algo que ver y eran capaces de verlo. Lo vieron y lo rechazaron. Por lo tanto, son culpables y el juicio de Dios es justo.

Estos ingredientes se hallan en el Evangelio de Juan. *Esa luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano, venía a este mundo* (Juan 1:9). La iniciativa de Dios fue enviar la luz al mundo. Hay una fuente de luz, la cual, nótese, es universal: *alumbra a todo ser humano*.

Para que la gente pueda ver no basta con que haya luz, sino que deben poseer la facultad de ver. Cuando Jesús se cruzó con este hombre en Jerusalén, sus discípulos le preguntaron: *Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres?* (Juan 9:2). Jesús les respondió que ni el hombre ni sus padres eran culpables. No era culpa del hombre no poder ver.

Como ya hemos discutido en relación con Juan 3 en el capítulo anterior, esta verdad establece el principio de que Dios no considera culpable a quien no ve lo que no puede ver.

Jesús hizo algo extraordinario a continuación. Escupió en el suelo e hizo barro con la saliva, usándola para untar los ojos del hombre, y le ordenó que fuera y se lavara en el estanque de Siloé. Cuando lo hizo, el hombre recibió la vista instantáneamente, lo cual llevó a un fascinante intercambio con los fariseos, que se negaban a creer que hubiera estado ciego. El hombre no sabía quién le había sanado, así que lo único que les dijo es que, aunque antes estaba ciego, ahora podía ver. Los fariseos siguieron insistiendo en que *ese hombre* (Jesús) era *un pecador* (versículo 24); pero el hombre que había sido ciego contraargumentó genialmente diciendo que Dios no escucha a pecadores: *Si este hombre no viniera de parte de Dios, no podría hacer nada* (versículo 33). Llegados a este punto, lo expulsaron.

Jesús aplica entonces lo que ha ocurrido en un grado espiritual y moral más profundo:

> Jesús se enteró de que habían expulsado a aquel hombre, y al encontrarlo le preguntó: —¿Crees en el Hijo del hombre?
>
> —¿Quién es, Señor? Dímelo, para que crea en él.
>
> —Pues ya lo has visto —le contestó Jesús—; es el que está hablando contigo.
>
> —Creo, Señor —declaró el hombre. Y, postrándose, lo adoró.
>
> Entonces Jesús dijo: —Yo he venido a este mundo para juzgarlo, para que los ciegos vean, y los que ven se queden ciegos.
>
> Algunos fariseos que estaban con él, al oírlo hablar así, le preguntaron: —¿Qué? ¿Acaso también nosotros somos ciegos?
>
> Jesús les contestó: —Si fuerais ciegos, no seríais culpables de pecado, pero, como afirmáis ver, vuestro pecado permanece.
> Juan 9:35-41

No hay duda, a partir de la afirmación final de Jesús, de que lo que está en juego aquí no es solo la ceguera física sino también la moral y espiritual. Jesús les dice a los fariseos que, si fueran ciegos, no tendrían culpa. Está estableciendo el mismo principio moral al que ya se había referido a nivel espiritual ahora: si una persona no puede ver algo, no se le puede acusar de no verlo: no se le puede atribuir culpa alguna. Sin embargo, los fariseos afirmaban poder ver. Decían que sabían quién era Jesús, que era un pecador, por ejemplo. Puesto que habían hecho ese juicio, el Señor los consideró culpables, y así se lo dijo (versículo 41).

Más aún, había algo que ver. En el discurso que dio en el aposento alto, Jesús les dijo a sus discípulos:

> Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no serían culpables de pecado. Pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me aborrece a mí también aborrece a mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún otro antes ha realizado, no serían culpables de pecado. Pero ahora las han visto, y sin embargo a mí y a mi Padre nos han aborrecido.
> Juan 15:22-24

Jesús era el mensaje de Dios. Si no hubiera habido ningún mensaje, nadie podría haber sido considerado culpable por no creerlo. Igual que no se puede acusar a nadie de no ver lo que no puede ver, no puedes acusar a nadie de no creer un mensaje que nunca han escuchado. Pero ese mensaje había venido, lo habían escuchado y estaba respaldado por una poderosa evidencia. Lo habían visto y,

con todo, lo habían rechazado. Por lo tanto, no tenían ninguna excusa y el juicio de Dios contra ellos era justo.

Resulta fundamental mencionar, a estas alturas, lo obvio: las afirmaciones que acabamos de discutir no son deducciones de teólogos o filósofos, sino que provienen del mismo Señor. Si Jesús, el Hijo de Dios, establece el principio de que la gente no puede ser considerada culpable por no ver lo que no pueden ver, y por no creer lo que nunca han escuchado, nosotros debemos aceptarlo, ¡sea lo que sea lo que Calmenio o cualquier otro hayan enseñado!

Juan 10: Jesús como el pastor en la Fiesta de la Dedicación

Ciertamente os aseguro que el que no entra por la puerta al redil de las ovejas, sino que trepa y se mete por otro lado, es un ladrón y un bandido. El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. El portero le abre la puerta, y las ovejas oyen su voz. Llama por nombre a las ovejas y las saca del redil. Cuando ya ha sacado a todas las que son suyas, va delante de ellas, y las ovejas lo siguen porque reconocen su voz. Pero a un desconocido jamás lo siguen; más bien, huyen de él porque no reconocen voces extrañas.

Jesús les puso este ejemplo, pero ellos no captaron el sentido de sus palabras. Por eso volvió a decirles: Ciertamente os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que vinieron antes de mí eran unos ladrones y unos bandidos, pero las ovejas no les hicieron caso. Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo. Se moverá con entera libertad, y hallará pastos. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. El asalariado no es el pastor, y a él no le pertenecen las ovejas. Cuando ve que el lobo se acerca, abandona las ovejas y huye; entonces el lobo ataca al rebaño y lo dispersa. Y ese hombre huye porque, siendo asalariado, no le importan las ovejas.

Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a mí, así como el Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él, y doy mi vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a ellas debo traer. Así ellas escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Por eso me ama el Padre: porque entrego mi vida para volver a recibirla. Nadie me la arrebata, sino que yo la entrego por mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla y

tengo también autoridad para volver a recibirla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre.

> De nuevo las palabras de Jesús fueron motivo de disensión entre los judíos. Muchos de ellos decían: "Está endemoniado y loco de remate. ¿Para qué hacerle caso?". Pero otros opinaban: "Estas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos a los ciegos?".
> Juan 10:1-21

El Evangelio de Juan se escribió con el objetivo de aportar evidencia de que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, y para animar a la gente a recibir la vida eterna confiando en él como Señor y Salvador (véase Juan 20:31). En el capítulo 10, Jesús, con sus maravillosas y entrañables imágenes, relata la parábola de un pastor y sus ovejas, diseñada para ayudarnos a ver cómo reconocer a un pastor auténtico, verdadero y bueno, entre las otras voces que demandan nuestra atención y lealtad.

Lo primero y más obvio es cómo actúa el pastor. El pastor auténtico entra en el redil por la puerta, que el guardián le abre porque lo conoce. Una vez dentro del redil, todo lo que tiene que hacer es llamar a sus ovejas y ellas reconocerán su voz. Las ovejas evitarán a todos los demás y huirán de ellos. Los discípulos no entendieron al principio lo que Jesús quería decir, pero debieron de haber comprendido rápidamente que Jesús estaba hablando de cómo actuaba con la nación.

La identidad del portero se menciona al final del capítulo:

> Volvió Jesús al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había estado bautizando antes; y allí se quedó. Mucha gente acudía a él, y decía: "Aunque Juan nunca hizo ninguna señal milagrosa, todo lo que dijo acerca de este hombre era verdad". Y muchos en aquel lugar creyeron en Jesús.
> Juan 10:40-42

En un señalado movimiento, Jesús fue hasta el lugar donde Juan, *el guardián*, había proclamado que él era *el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (1:29). Los que le acompañaron hasta el río Jordán pudieron comprobar que todo lo que Juan había dicho sobre Jesús era verdad. Juan había cumplido con su tarea como guardián de la puerta y la gente respondió poniendo su confianza en Jesús. El papel de Juan el Bautista es históricamente muy importante, aunque no podemos dedicarle tiempo aquí. Corrobora la afirmación de Jesús de ser el Verdadero Pastor-Mesías.

A título explicativo, Jesús altera ligeramente la metáfora y dice que él es la puerta de las ovejas. Son muchos los que reclamaron ser el acceso o puerta a una experiencia más profunda de Dios, pero la gran mayoría son charlatanes y explotadores a quienes no les importan las ovejas, sino cuánto pueden obtener de ellas, incluso si ello conlleva su destrucción. Pero, puesto que no son auténticos pastores, las ovejas no los reconocen.

Jesús enfrenta la metáfora ahora cara a cara con la realidad:

> Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo. Se moverá con entera libertad, y hallará pastos.
> Juan 10:9

Jesús establece la condición para la salvación: él es la puerta y si alguien entra por él, será salvo. No sugiere que haya condiciones ocultas que impliquen la predestinación, cosas como: si alguno, a quien Dios haya soberana e incondicionalmente elegido previamente, entra… ¡No! La salvación está abierta a cualquiera que entre, pero tienen que entrar. Si lo hacen, serán guiados por el Buen Pastor y disfrutarán de las abundantes bendiciones de la salvación. Queda patente, por lo tanto, que "entrar" es otra metáfora más de confiar en el Señor Jesús como Salvador.

Jesús reconoce que hay falsos pastores sin escrúpulos a quienes no les importan las ovejas y que las abandonarán si aparece un lobo. El Buen Pastor se distingue de ellos en que él es el único que está preparado para pagar el precio último y dar su vida por las ovejas. Conoce íntimamente a sus ovejas y ellas lo conocen a él, igual que él conoce al Padre y el Padre lo conoce a él.

Jesús menciona a continuación a otras ovejas que no pertenecen a este redil. Presumiblemente, el primer redil con Juan el Bautista como guardián representa a Israel, a quien Jesús vino primero. El otro redil representa a los gentiles, que aportaría muchas ovejas en los días venideros. Entonces habría solamente un redil bajo un pastor. El libro de los Hechos nos cuenta cómo ocurrió todo esto.

En este corto párrafo, nuestro Señor se refiere cinco veces a dar su vida. Lo describe como un acto voluntario y la razón por la que su Padre le ama. Este es el núcleo del evangelio. El Buen Pastor se reconoce supremamente como tal por su muerte en la cruz por las ovejas.

Anteriormente, en el templo, Jesús les había explicado a los fariseos el efecto que tendría su muerte en la cruz:

> Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo conforme a lo que el Padre me ha enseñado.
> Juan 8:28

La cruz le diría al mundo quién es Jesús. Es el acto supremo que atrae a la gente al Padre a través de Jesús:

> Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo.
> Juan 12:32

Hemos de señalar aquí la universalidad del llamamiento de la cruz. No atrae solamente a un cierto grupo de predestinados, sino que está ahí para todo el mundo sin ninguna excepción.

Pero la cruz no había ocurrido todavía y la multitud volvía a estar dividida. Algunos pensaban que Jesús estaba loco, dirigido por un demonio desquiciado. Recordando que acababa de sanar milagrosamente a un hombre nacido ciego, otros utilizaron su juicio moral y concluyeron que la locura quedaba fuera de toda duda. Muchos sencillamente eran incapaces de decidir quién era. Como resultado, cuando llegó el tiempo de la Fiesta de la Dedicación, Jerusalén estaba plagada de especulaciones.

> Por aquel entonces se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno, y Jesús andaba en el templo, por el pórtico de Salomón. Entonces lo rodearon los judíos y le preguntaron: —¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo con franqueza.
>
> —Ya os lo he dicho, y no lo creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que me acreditan, pero vosotros no creéis porque no sois de mi rebaño. Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatármelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar. El Padre y yo somos uno.
> Juan 10:22-30

Comenzamos esta sección con Jesús en el templo enseñando a la gente que se amontonaba a su alrededor. Ha regresado al mismo lugar y la multitud judía le rodea de nuevo. Lo acusan de tenerlos en suspenso y le piden que les diga sin ambages si es el Mesías. Él señala que ya se lo ha dicho, muchas veces, de hecho. Su problema es que no creen. Al hacer muchas señales en el nombre de su Padre,

les ha proporcionado suficiente evidencia, pero siguen sin creer. No creen porque no son sus ovejas.

Los deterministas teístas dicen que este pasaje prueba de manera concluyente que en la pasada eternidad Dios no eligió a esta gente para que fueran sus ovejas, por lo cual serán eternamente condenadas por la voluntad soberana e incondicional de Dios. Sin embargo, este argumento es profundamente erróneo, como vemos si continuamos leyendo el resto de la conversación entre el Señor y los judíos.

Cristo resalta una vez más por qué es obvio que no son sus ovejas. No escuchan su voz ni le siguen. No han recibido vida eterna. Para quienes sí que habían creído en él entre la multitud, debió haber sido maravilloso escuchar estas palabras dichas sobre ellos:

> Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatármelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar. El Padre y yo somos uno.
> Juan 10:28-30

Esta es una poderosa afirmación sobre la certeza de la vida eterna y la protección eterna. Nadie puede arrebatarlos de su mano. Ciertamente, nadie puede arrebatarlos de las manos de su Padre. De hecho, los dos pares de manos son las mismas: *¡El Padre y yo somos uno!* Esta declaración golpeó a la multitud con una fuerza explosiva. Le habían preguntado si era el Mesías y él les dice que es uno con el Padre. Era demasiado. Para muchos, esto era el culmen de la blasfemia y merecía la ejecución por apedreamiento. De nuevo aquellos hombres se agachan en busca de piedras. Pero Jesús los frena:

> Una vez más, los judíos tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús les dijo:
> —Os he mostrado muchas obras irreprochables que proceden del Padre. ¿Por cuál de ellas me queréis apedrear?
>
> —No te apedreamos por ninguna de ellas, sino por blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces pasar por Dios.
>
> —¿Y acaso —respondió Jesús— no está escrito en vuestra ley: "Yo he dicho que sois dioses"? Si Dios llamó "dioses" a aquellos a quienes vino la palabra (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿por qué acusáis de blasfemia a quien el Padre apartó para sí y envió al mundo? ¿Tan solo porque dijo: "Yo soy el Hijo de Dios"? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero, si

> las hago, aunque no me creáis a mí, creed a mis obras, para que sepáis y entendáis que el Padre está en mí, y que yo estoy en el Padre. Nuevamente intentaron arrestarlo, pero él se les escapó de las manos.
> Juan 10:31-39

Jesús señala de nuevo las muchas obras que ha hecho en el nombre y autoridad el Padre, pero ellos replicaron que no lo apedreaban por sus buenas obras, sino por blasfemia. Su objeción era teológica. No se sostenía. Nuestro Señor les señala que en los Salmos Dios le dice a cierta gente: *Vosotros sois "dioses"* (Salmo 82:6). Ahora bien, si Dios puede dirigirse a los humanos que han recibido su palabra como "dioses", ¿por qué debería considerarse blasfemia que él reclamara esto? Él es el Hijo de Dios, consagrado y enviado al mundo por Dios el Padre. Esto es un argumento *a fortiori*: si se aplica a un caso, ¡cuánto más se aplica al otro!

Jesús no iba a dejar que le distrajeran con sus aparentes dificultades. Tampoco se aparta de ellos diciendo que no son sus ovejas y, puesto que su destino ha sido fijado por toda la eternidad, no tiene sentido continuar con la conversación. Nada de eso. Jesús responde al tema de sus obras diciendo en efecto: "Mirad, si no estoy haciendo las obras de mi Padre, no creáis en mí. Pero si las estoy haciendo, aunque no creáis en lo que digo, empezad creyendo las obras, para que podáis ver que el Padre está en mí y que yo estoy en el Padre".

Cristo ya había dicho antes que esta misma gente no eran sus ovejas. No sugiere en ningún sitio que no puedan convertirse en sus ovejas, lo cual es el error fundamental del argumento determinista. Todavía no eran sus ovejas, pero, si hicieran lo que él les decía, y comenzaban a considerar sus obras, comprenderían quién era él y podrían llegar a ser sus ovejas. Cristo ya había dicho que no eran sus ovejas. Si esto significaba que no había esperanza para ellos por toda la eternidad, nunca habría continuado ofreciéndoles una manera de llegar a creer en él, pues se estaría burlando de ellos. Cuando Saulo de Tarso asentía al apedreamiento de Estaban (nótese lo parecido de la situación), ciertamente no era una de las ovejas de Cristo, pero se convirtió en una en el camino a Damasco.

Debemos tener en cuenta la postura de estos hombres que estaban delante de Jesús. Como resultado de toda una vida de entrenamiento teológico, las palabras de Jesús les resultaban extremadamente chocantes. Puesto que nunca habían oído nada así antes, es probable que estuvieran aterrorizados. Jesús estaba afirmando que su voz era la del Buen Pastor; pero lo que ellos oían era la voz de un peligroso apóstata.

Ese es otro de los motivos por los que Jesús les señaló primero sus obras, las cosas que había hecho. Eran mucho menos controvertidas que sus afirmaciones; pero Jesús esperaba que vieran que sus obras eran consistentes con sus declaraciones. Por lo tanto, los que le escuchaban debían empezar primero con sus obras.

Eso es lo que ocurrió con el hombre nacido ciego, según describe Juan 9. No sabía nada de teología y se quedó desorientado cuando los líderes religiosos le hablaron del Mesías que había de venir. Pero sí que sabía una cosa: nunca se había oído que un hombre nacido ciego pudiera recibir la vista. Este hombre comenzó con las obras de Jesús; el Señor le dio el espacio necesario para hacerlo antes de encontrarse con él de nuevo; él acabó creyendo que Jesús era el divino Hijo del hombre, y le adoró como Dios.

No resulta fácil conseguir que las ovejas confíen en ti, ni siquiera en el ámbito natural. Son animales muy sensibles y se asustan con facilidad. Cada una de ellas tiene el potencial de conocer a un pastor, pero la confianza lleva su tiempo. Echarle un buen puñado de jugosa hierba verde delante a una oveja es un buen comienzo. Si se hace una y otra vez, mientras se va reduciendo la distancia, acabarán finalmente comiendo de tu mano, puesto que ahora sí tienen motivos para confiar en ti.

Jesús fue amable y tuvo compasión de estos hombres. Les dio una manera más fácil de reconciliarse con sus afirmaciones, pero, tristemente, las apartaron de un plumazo y prosiguieron arrestándole. Estaban completamente ciegos.

En el pasaje que hemos citado antes, vemos que Jesús escapó:

> Volvió Jesús al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había estado bautizando antes; y allí se quedó. Mucha gente acudía a él, y decía: “Aunque Juan nunca hizo ninguna señal milagrosa, todo lo que dijo acerca de este hombre era verdad”. Y muchos en aquel lugar creyeron en Jesús.
> Juan 10:40-42

Esta sección se cierra con un resumen que ejemplifica el cumplimiento del propósito establecido del Evangelio de Juan: muchos creyeron en Jesús. Otra multitud se ha convertido en sus ovejas.

PARTE 4

ISRAEL Y EL DETERMINISMO

12
Israel y los gentiles

Algunas de las aseveraciones más relevantes del determinismo teísta se basan en Romanos 9, donde Pablo ofrece un ejemplo de la soberanía de Dios en la historia. Habla, por ejemplo, de Jacob y Esaú:

> Sin embargo, antes de que los mellizos nacieran, o hicieran algo bueno o malo, y para confirmar el propósito de la elección divina, no a base de las obras, sino al llamado de Dios, se le dijo a ella: "El mayor servirá al menor". Y así está escrito: "Amé a Jacob, pero aborrecí a Esaú".
> Romanos 9:11-13

Pablo continúa haciendo referencia al faraón:

> Porque la Escritura le dice al faraón: "Te he levantado precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra". Así que Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer.
> Romanos 9:17-18

De estas y otras declaraciones se saca la conclusión de que Dios ha seleccionado a ciertos individuos para salvación y a otros para reprobación (condenación), sin referencia alguna a dichos individuos o sus actitudes, previstas o no. A esto se le llama elección incondicional.

Antes de que examinemos la validez de estos argumentos, volvamos atrás un momento y recordemos una vez más que la Biblia efectúa un énfasis inquebrantable en la iniciativa soberana de Dios. Dios es el Creador: ni el universo ni los seres humanos existirían sin él. Dios es el sustentador soberano del universo: ni un ápice de su historia escapa a su control. Cristo es el Salvador y Redentor: fuera de él no hay salvación.

Además, hemos visto que la iniciativa de Dios se expresa en las Escrituras en términos tales como elección, presciencia, predestinación y llamamiento, todos los cuales ocurren a la vez en el clímax de una de las secciones principales de la carta de los Romanos en el capítulo 8. En esta fase, Pablo ya ha argumentado la

culpa humana universal y la consecuente necesidad de salvación. Ha explicado que la salvación es por fe en Cristo y no por obras. Ha desarrollado el tema de la responsabilidad humana de vivir una vida santa en el poder del Espíritu Santo de Dios. Ha descrito la batalla interna contra nuestra naturaleza humana (la carne), que todos experimentamos al intentar caminar en el Espíritu.

No obstante, la batalla interna no es la única batalla. El sufrimiento no le era ajeno al propio Pablo, que había vivido perseguido durante muchos años. Así pues, en Romanos 8 aborda directamente el sufrimiento. Describe la provisión que Dios ha hecho para él y para sus compañeros creyentes para que permanezcan firmes en la fe cuando soplen los vientos de la adversidad. Aquí está ese maravilloso pasaje al completo:

> De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros. La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a la frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para alcanzar así la gloriosa libertad de los hijos de Dios.
>
> Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto. Y no solo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esa esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Quién espera lo que ya tiene? Pero, si esperamos lo que todavía no tenemos, en la espera mostramos nuestra constancia.
>
> Así mismo, en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios.
>
> Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito. Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que predestinó, también los llamó; a los que

llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.

¿Qué diremos frente a esto? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas? ¿Quién acusará a los que Dios ha escogido? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? Cristo Jesús es el que murió, e incluso resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros. ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia? Así está escrito:

"Por tu causa siempre nos llevan a la muerte;
¡nos tratan como a ovejas para el matadero!".

Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.
Romanos 8:18-39

Esta es una de las declaraciones más magníficas de todas las Escrituras del amor de Dios tomando iniciativa para proveer salvación en todos sus aspectos, para que nada nos pueda separar de su amor por nosotros en Cristo Jesús, ni siquiera la misma muerte. He resaltado este pasaje porque es relevante para nuestra discusión. En el contexto del sufrimiento, debilidad e incertidumbre, sabemos que todas las cosas ayudan a bien para los que aman a Dios. Pablo los describe como quienes han sido llamados según su propósito, y está a punto de explicar cuál es ese grandioso propósito, pero no sin antes describir también a los creyentes como aquellos a quien Dios conoció de antemano, lo cual (como ya hemos visto), no implica que Dios fuera la causa o los obligara a hacer nada de antemano. Para los creyentes que viven bajo presión, resulta un gran alivio saber que han experimentado el llamamiento de Dios, puesto que él tiene un propósito para ellos. ¿Cuál es ese propósito? Los ha predestinado a ser conforme a la imagen de su Hijo.

Bajo la presión de un paradigma asumido, resulta demasiado tentador extraer de este texto que lo que Pablo está diciendo es que Dios los ha predestinado a ser creyentes, utilizando así esta afirmación para reforzar el teísmo determinista. Sin embargo, Pablo está afirmando algo completamente distinto: que Dios ha

predestinado a quienes creen para que sean conforme a la imagen de su Hijo. Es decir, que planea conferir a los creyentes una dignidad inimaginable. Como criaturas de Dios, fueron hechos a imagen de Dios, pero ahora que han puesto su fe en Cristo y recibido su salvación, les espera un destino de una gloria casi indescriptible. En cierto modo, Dios nos podría haber predestinado para cualquier cosa gloriosa que hubiera querido, pero eligió este galardón supremo. El objetivo es que el Señor Jesús sea el primogénito (el primero en ser glorificado y también el primero en rango) entre muchos hermanos.

Este es el asombrosamente generoso objetivo de Dios. Para conseguirlo es necesaria toda la provisión de Dios según el evangelio que Pablo ha estado explicando hasta ahora: llamamiento, justificación por fe y glorificación. Es la pura gloria de ese logro lo que provoca la triunfante y confiada conclusión de Pablo: *Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra?*

Surgida directamente de estos gloriosos pensamientos llega, no obstante, una pregunta que molesta y preocupa profundamente al apóstol. A la luz de tan magnífico y generoso mensaje, ¿cómo es que sus compatriotas israelitas, los propios familiares y amigos de Pablo, han rechazado en su mayoría tan maravillosamente generoso mensaje, negando que Jesús sea el Mesías, el Hijo de Dios? Podemos palpar el dolor de Pablo cuando explica:

> Digo la verdad en Cristo; no miento. Mi conciencia me lo confirma en el Espíritu Santo. Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor. Desearía yo mismo ser maldecido y separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los de mi propia raza, el pueblo de Israel. De ellos son la adopción como hijos, la gloria divina, los pactos, la ley, el privilegio de adorar a Dios y el de contar con sus promesas. De ellos son los patriarcas, y de ellos, según la naturaleza humana, nació Cristo, quien es Dios sobre todas las cosas. ¡Alabado sea por siempre! Amén.
> Romanos 9:1-5

Pablo se enfrenta a una contradicción aparente: su nación, Israel, ha rechazado en su mayoría a Cristo, que era de su propia carne y sangre, a pesar de tuvieron un privilegio único como nación. Dios los adoptó como su pueblo, como hijos suyos, incluso; como quienes heredan las propiedades de la familia, los visitó con toda su gloria en el Sinaí y en el tabernáculo, les entregó los pactos, la ley, y el programa de adoración del templo; los colmó de promesas. Y no solo eso, sino que también les dio los patriarcas, de cuyo linaje viene el Mesías, el Mesías que

no es, ni más ni menos, que Dios mismo. ¡Y no creen en él!

Esto no era un problema nuevo para Pablo. Se había enfrentado a él en múltiples ocasiones cuando intentaba persuadir de la verdad del mensaje cristiano a hombres y mujeres. Por ejemplo, dio charlas durante tres días en la sinagoga de Tesalónica a lo largo de tres sábados seguidos:

> Como era su costumbre, Pablo entró en la sinagoga y tres sábados seguidos discutió con ellos. Basándose en las Escrituras, les explicaba y demostraba que era necesario que el Mesías padeciera y resucitara. Les decía: "Este Jesús que les anuncio es el Mesías".
> Hechos 17:2-3

Resulta fácil imaginarse a algunos judíos inteligentes diciendo: "Ha sido una charla muy interesante, Pablo; es impresionante que un rabino con tus, sin duda, altas calificaciones, que ha estudiado con Gamaliel, sea capaz de argumentar así. Lo que me preocupa un poco es que pareces estar solo en esto, ¿no? ¿Hay algún otro rabino respetable que crea que tus interpretaciones sean correctas?".

Y Pablo les podría haber respondido: "Pues sí, está Nicodemo, y también José de Arimatea. Ambos forman parte del consejo del sanedrín en Jerusalén".

"¿Eso es todo? Si lo que dices es verdad, y debo admitir que me ha conmovido, ¿no deberían aceptarlo la mayoría de los pensadores judíos? A fin de cuentas, afirmas, basándote en nuestras Escrituras, que Jesús es el Mesías que nuestra nación espera, pero los expertos en la interpretación de dichas Escrituras no están de acuerdo contigo. ¡Seguro que entiendes por qué estoy tan confundido!".

Pablo lo veía y le afectaba profundamente. Los gentiles le hicieron la misma pregunta: "Si algo es de verdad auténticamente judío, ¿no deberían los judíos ser los primeros en aceptarlo? Y, sin embargo, la mayoría lo rechaza. ¿Cómo es eso?".

Pablo estaba destrozado por la situación y deseaba desesperadamente hacer algo. Amenazaba con convertirse en una difícil piedra de tropiezo para quienes se estaban tomando el evangelio en serio. Como escribe en el capítulo 8, ¿cómo puede creer que nada nos puede separar del amor de Dios, cuando muchos tienen la sensación de que algo ha separado a Israel de Dios? ¿Cómo puede haber perdido Israel su camino de manera tan dramática?

Por eso Pablo escribe Romanos 9-11, para mostrar que, lejos de ser una objeción al mensaje cristiano, lo que ha ocurrido históricamente con el rechazo de Israel del Señor Jesús confirma en realidad su veracidad.

En este punto, algunos intérpretes de las Escrituras argumentan que la respuesta última a esta pregunta la dio Pablo en su carta a los Gálatas, donde deroga todas las distinciones entre judíos y no judíos en su famosa declaración de que, en Cristo, *no hay ni judío ni griego…* (Gálatas 3:28). Esto significa, sin duda (se argumenta), que debe entenderse que todas las promesas hechas a Israel en el Antiguo Testamento se cumplirán ahora en la iglesia. Por lo tanto, Dios no ha echado a su pueblo, puesto que "su pueblo" es sinónimo ahora de "la iglesia", que está viva y prosperando.

Sin embargo, la afirmación de Pablo en Gálatas no resulta relevante para el problema de Romanos. En Gálatas 3:21-29, Pablo está discutiendo la base de la salvación y destaca que es la misma para todos, sea cual sea su etnia, estatus social o género (judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer). Esa base común es la fe en Cristo solamente. Pablo no está hablando en este pasaje del tema de los roles en la historia o en el mundo, que, por razones obvias, serán distintos para cada uno de estos grupos. Deducir de estos versículos que, ya que Cristo ha venido, no existe ninguna diferencia entre los roles de los judíos y de los gentiles sería tan absurdo como decir que, desde que Cristo vino, no existe ninguna diferencia entre los roles de los esclavos y los libres o entre los de hombres y mujeres. Sus roles pueden seguir siendo los mismos sin que eso afecte su estatus en Cristo.

Como contraste, la preocupación de Pablo en Romanos 9-11 no es la base del evangelio sino por qué justo la nación a la que Dios le otorgó el privilegio de ser el vehículo de su revelación al mundo rechaza mayormente el evangelio del Mesías. Ese es el problema que está abordando y es tan complejo que necesita tres capítulos para tratarlo.

El primer argumento se basa en el hecho de que no todos los de etnia israelita son el auténtico pueblo de Dios. Su discusión implica considerar la soberanía de Dios en la historia por lo que respecta al papel de distintos individuos y las naciones que descendieron de ellos.

El segundo argumento es que la culpable es la incredulidad de Israel. Dios les ha proporcionado toda provisión necesaria. Pablo analiza todas las excusas que podrían ser planteadas para sacar a Israel del atolladero y concluye en cada caso que Israel es responsable de su incredulidad.

El tercer argumento se concentra en el hecho de que hay algunos israelitas, como Pablo, que sí que creen en Jesús. A lo largo de la historia ha habido un

“remanente” de verdaderos creyentes en el seno de Israel, cuyo número ha sido a veces subestimado. Pablo continúa discutiendo los roles históricos que Israel y los gentiles han jugado a la hora de dar testimonio de Dios al mundo, y concluye que la gloriosa esperanza de su nación es que un día “todo Israel será salvo”. Pablo no duda de que su nación sigue teniendo un papel en el futuro, pero no hasta que hayan aceptado tener fe en Jesús como Mesías.

13
¿Por qué no cree Israel?

> Ahora bien, no digamos que la Palabra de Dios ha fracasado. Lo que sucede es que no todos los que descienden de Israel son Israel. Tampoco por ser descendientes de Abraham son todos hijos suyos. Al contrario: "Tu descendencia se establecerá por medio de Isaac". En otras palabras, los hijos de Dios no son los descendientes naturales; más bien, se considera descendencia de Abraham a los hijos de la promesa. Y la promesa es esta: "Dentro de un año vendré, y para entonces Sara tendrá un hijo".
> Romanos 9:6-9

Detengámonos un momento para volver a insistir en que Pablo está preocupado por sus compatriotas, los de su propia raza. Es la etnia (y no un cierto grupo espiritual dentro de ella) a quien se le confiaron los privilegios y el eminente rol que Pablo ha detallado en los versículos anteriores. A Pablo, pues, le preocupan sus contemporáneos, aquellos judíos como él que, a pesar del gran privilegio que se les había otorgado, habían rechazado la salvación a través de Cristo. Pablo los llama sus hermanos; son israelitas (nótese el tiempo presente), pero no están regenerados. Dios ha elegido a Israel para un rol especial en la historia, pero ese rol no es sinónimo de salvación. Deberíamos notar también que el que Dios eligiera a Israel como su pueblo no significa que todos los demás estaban destinados a la condenación. De hecho, una de las principales razones por las que se les escoge es para que fueran "luz a los gentiles" (como José, Daniel y Jonás, por ejemplo).

Además, el dolor que Pablo expresa por Israel sería una farsa si creyera que aquella gente eran los "no escogidos", a quienes Dios había elegido para la reprobación eterna (lo cual, según opinan algunos, demuestra la gloria de Dios).

¿Qué significa, pues, el rechazo de Jesús como Mesías por parte de Israel? ¿Supone (una posibilidad que Pablo expresa directamente) que *la Palabra de Dios ha fracasado* (versículo 6)? Pablo afirma que no, porque *no todos los que descienden de Israel son Israel*. Este versículo debe leerse a la luz de lo que Pablo acaba de decir acerca de sus compatriotas que rechazan a Cristo: son sus

hermanos, son Israel (en tiempo presente). Sin embargo, no todos son lo que podríamos llamar auténticos israelitas espirituales. Al comienzo del Evangelio de Juan, Natanael se sorprendió cuando Jesús se dirigió a él como *un verdadero israelita, en quien no hay falsedad* (Juan 1:47).

En la época de Jesús había mucha gente, sus discípulos incluidos, que eran verdaderos israelitas espirituales que le dieron la bienvenida como Mesías. Ese grupo aumentó por miles el día de Pentecostés en Jerusalén. Ha continuado a lo largo de los siglos y siempre ha habido verdaderos israelitas que creen que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Romanos 9 terminará donde comenzó, insistiendo en que, como predijo Isaías, el número de auténticos creyentes israelitas será mucho menor que la población total: *Aunque los israelitas sean tan numerosos como la arena del mar, solo el remanente será salvo* (versículo 27, citando a Isaías 10:22). Por lo tanto, lejos de implicar que la palabra de Dios ha fracasado, el que Israel estuviera rechazando al Mesías en bloque en aquel momento lo que hacía era afirmar esa palabra.

Pablo continúa con un paralelo sobre Abraham, origen de todo el linaje de Israel:

> Tampoco por ser descendientes de Abraham son todos hijos suyos. Al contrario: "Tu descendencia se establecerá por medio de Isaac". En otras palabras, los hijos de Dios no son los descendientes naturales; más bien, se considera descendencia de Abraham a los hijos de la promesa.
> Romanos 9:6-8

Abraham tuvo dos hijos, Ismael e Isaac. Dios los bendijo a ambos, pero su estatus no era el mismo, ni tampoco lo fueron sus roles en la historia. A Ismael y sus descendientes no se les confiaron las promesas que Dios le dio a Isaac y a sus descendientes. Los oyentes de Pablo habrían aceptado este punto sin problema.

El término "descendencia" traduce la palabra griega "semilla", que juega un papel prominente en el vocabulario de Pablo. El rol más importante que se le da a Abraham, continuado a través de Isaac, Jacob y sus descendientes a través de Judá, David y muchos otros, fue transmitir la línea de la semilla del Mesías en un sentido físico. En Gálatas 3, Pablo interpreta la semilla indicada en la promesa de Dios a Abraham en un sentido muy estricto y específico:

> Ahora bien, las promesas se le hicieron a Abraham y a su descendencia. La Escritura no dice: "y a los descendientes", como refiriéndose a muchos, sino: "y a tu descendencia", dando a entender uno solo, que es Cristo.

Gálatas 3:16

En Romanos 9, su objetivo es mucho más amplio, pues pretende establecer el principio de que no todos los descendientes naturales de Abraham serán contados como sus hijos, sino solamente los hijos de la promesa. Pablo utiliza el término "hijos de la carne" y lo opone a los términos "hijos de Dios" e "hijos de la promesa". En un sentido físico, ambos conjuntos de hijos eran obviamente de la carne, lo que indica claramente que Pablo está aludiendo a algo más profundo.

Pablo se refiere brevemente a los términos en los que la promesa fue hecha citando Génesis:

> Dentro de un año volveré a verte —dijo uno de ellos—, y para entonces tu esposa Sara tendrá un hijo.
> Génesis 18:10

Esta es una pista suficientemente clara como para que entendamos por qué Pablo utiliza el término "carne". Según Génesis, Dios le había prometido a Abraham que tendría sus propios hijos. Sin embargo, Sara era estéril, y conforme pasaba el tiempo, perdió la esperanza de tener sus propios hijos y animó a Abraham a tener un hijo con Agar, la sierva egipcia. Pareció haber pensado que esta sería una manera satisfactoria de ver que la promesa de Dios se había cumplido. Su actitud fue un ejemplo clásico de que "Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos". Puso su confianza "en la carne", como diría Pablo. Pablo lo sabía todo sobre esta tendencia humana de confiar en las habilidades y logros humanos en lugar de confiar en Dios. Eso fue precisamente lo que él mismo hizo de joven, cuando era otro israelita más que negaba que Jesús fuera el Mesías. No fue hasta que abandonó su confianza en la carne que se convirtió en "un verdadero israelita".

Pero Dios no dependía de la estratagema de Sara. Resulta absurdo pensar que Dios permitiría que su proyecto de traer al Mesías al mundo como la Semilla de Abraham (yo lo llamo el Proyecto Semilla) dependiera del intento de Sara de utilizar sus propios recursos. En la situación histórica, Dios estaba enseñándoles a Abraham y a Sara (no a Isaac) lo que significaba confiar en él en vez de en sus propias habilidades o recursos. El niño nacido debía ser un verdadero regalo, totalmente inmerecido, un hijo de la promesa y no de la carne.

Nótese que este texto no tiene nada que ver con la salvación personal de Isaac, como sostienen muchos deterministas teístas. La afirmación de que Isaac era un hijo de la promesa no se hace en relación con su nacimiento personal y espiritual

a través de la fe en Dios, sino con su nacimiento físico a través de la fe de Abraham y Sara. La selección de Isaac por parte de Dios como semilla a través de la cual cumpliría su promesa de bendecir al mundo fue una elección soberana. A Ismael no se le otorgó ese papel, de nuevo por la elección soberana de Dios. Al contrario de la opinión de algunos deterministas teístas, sin embargo, lejos de abandonar a Ismael y condenarlo, Dios prometió bendecirlo. Escuchemos a Abraham intercediendo ante Dios por Ismael:

Por eso le dijo a Dios: ¡Concédele a Ismael vivir bajo tu bendición!

> A lo que Dios contestó: ¡Pero es Sara, tu esposa, la que te dará un hijo, al que llamarás Isaac! Yo estableceré mi pacto con él y con sus descendientes, como pacto perpetuo. En cuanto a Ismael, ya te he escuchado. Yo lo bendeciré, lo haré fecundo y le daré una descendencia numerosa. Él será el padre de doce príncipes. Haré de él una nación muy grande.
> Génesis 17:18-20

Abraham solicita que Ismael viva bajo la protección de Dios y Dios se lo otorga. Isaac tendrá un rol especial, pero Ismael también será bendecido. A la luz de esto, el uso de este texto para promover una "doble predestinación" parece totalmente inadecuado.

Además, la lección que Dios le enseña a Abraham y Sara en lo que respecta a cómo se convirtieron en padres físicos de un hijo y una nación no debe confundirse con otra lección espiritual de la historia en el Nuevo Testamento:

> Vosotros, hermanos, al igual que Isaac, sois hijos por la promesa. Y así como en aquel tiempo el hijo nacido por decisión humana persiguió al hijo nacido por el Espíritu, así también sucede ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? "¡Echa de aquí a la esclava y a su hijo! El hijo de la esclava jamás tendrá parte en la herencia con el hijo de la libre". Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.
> Gálatas 4:28-31

El contexto de este pasaje es el llamamiento a los creyentes en Galacia, que estaban bajo la presión de volverse a la ley para mantener la salvación. Pablo les dice a ellos (y a nosotros) que depositemos nuestra fe personal, toda nuestra confianza en la salvación, en la promesa de Dios y no en los méritos humanos. Eso les haría (y nos hará) hijos espirituales de Abraham y Sara.[1]

Pero regresemos a Romanos 9. Una vez establecido el principio de que no todos

los descendientes de Abraham cuentan como hijos suyos, en el sentido especial de que ser la semilla a través de la cual nacerá el Mesías, Pablo pasa a la siguiente generación tras Abraham, la de su hijo Isaac. El segundo ejemplo difiere del primero en que los hijos involucrados no solo tienen el mismo padre sino también la misma madre. Más aun, son mellizos, lo cual anula cualquier alusión al primer ejemplo diciendo que la diferencia significativa residía en el hecho de que Isaac e Ismael tenían distintas madres.

Aquí se relata el nacimiento de dos hermanos mellizos, Jacob y Esaú:

> No solo eso. También sucedió que los hijos de Rebeca tuvieron un mismo padre, que fue nuestro antepasado Isaac. Sin embargo, antes de que los mellizos nacieran, o hicieran algo bueno o malo, y para confirmar el propósito de la elección divina, no a base de las obras, sino al llamado de Dios, se le dijo a ella: "El mayor servirá al menor". Y así está escrito: "Amé a Jacob, pero aborrecí a Esaú".
> Romanos 9:10-13

Este pasaje es uno de los textos principales utilizados para defender la idea de que Dios ha elegido a algunos para salvación y al resto para reprobación, sin ninguna referencia a los individuos involucrados. El determinismo teísta apunta al uso de la palabra "elección" en este pasaje y afirma que ese versículo se refiere a la salvación individual o la condenación de Jacob y Esaú. Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿elegido para qué? ¿Cuál era el objetivo de la elección? La respuesta que se da es: *El mayor servirá al menor*.

El relato de Génesis del embarazo de Rebeca dice así:

> Isaac oró al Señor en favor de su esposa, porque era estéril. El Señor oyó su oración, y ella quedó embarazada. Pero, como los niños luchaban dentro de su seno, ella se preguntó: "Si esto va a seguir así, ¿para qué sigo viviendo?". Entonces fue a consultar al Señor, y él le contestó: "Dos naciones hay en tu seno; dos pueblos se dividen desde tus entrañas. Uno será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor".
> Génesis 25:21-23

Este texto no tiene nada que ver con la salvación o la reprobación, sino con la elección soberana de Dios para jugar roles distintos en la historia; y ni siquiera los roles de los individuos involucrados sino de las naciones que levantarán. Como individuo, Esaú nunca sirvió a Jacob, y a Rebeca se le dijo explícitamente que eran naciones y no individuos en ciernes: *Dos naciones hay en tu seno; dos*

pueblos se dividen desde tus entrañas. Más adelante en la historia de Israel, cuando David se convirtió en rey, los edomitas (descendientes de Esaú) vinieron y le rindieron pleitesía y le sirvieron. Es fácil olvidar que Isaac bendijo a Esaú, y que más adelante en la historia Dios le dijo a Israel: *No aborrecerás al edomita, pues es tu hermano* (Deuteronomio 23:7).

La segunda cita de Romanos 9, *Amé a Jacob, pero aborrecí a Esaú* viene del profeta Malaquías (1:2-3). Se escribió siglos después de los eventos recogidos en Génesis y en su contexto hace clara referencia de nuevo a las naciones y no a los individuos. El paso del tiempo ha mostrado que Edom era una nación que se merecía el juicio de Dios. Pablo puede estar apuntando aquí a que los israelitas estaban exhibiendo las mismas características que los edomitas.

Malaquías también avisa a Judá de que, a pesar del amor de Dios dándoles un papel único en la historia, si no se arrepintieran del mal que habían permitido campar a sus anchas entre ellos, serían devastados por el juicio de Dios. Algunos respondieron a la advertencia de Malaquías y se arrepintieron:

> Los que temían al Señor hablaron entre sí, y él los escuchó y les prestó atención. Entonces se escribió en su presencia un libro de memorias de aquellos que temen al Señor y honran su nombre. "El día que yo actúe, ellos serán mi propiedad exclusiva" —dice el Señor Todopoderoso—. Tendré compasión de ellos, como se compadece un hombre del hijo que le sirve. Y vosotros volveréis a distinguir entre los buenos y los malos, entre los que sirven a Dios y los que no le sirven.
> Malaquías 3:16-18

Los que temían al Señor eran el verdadero pueblo de Dios. Toda la nación descendía de Jacob, y Dios los amaba, pero en su amor los disciplinaría y al final arrancaría a los malvados, que ni le amaban ni le honraban. Una vez más vemos que la mera membresía en la nación que Dios amó no garantiza la salvación personal. Si Edom no estuvo exento de castigo por cierto tipo de comportamiento, tampoco Israel lo estaría por comportarse igual.

Resumiendo hasta ahora: estos versículos no hablan de elección individual para salvación, sino de elección corporativa al servicio de un rol. Dios eligió (escogió) los distintos roles que esas naciones iban a jugar. Era una elección soberana. Ninguno de los hijos, Jacob o Esaú, habían hecho nada malo en este momento; ni siquiera habían nacido. La elección de Dios de otorgarle un rol privilegiado a uno de ellos era completamente independiente de ellos o de sus méritos. La promesa

hecha a Rebeca es la asignación de un rol, no la asignación de un destino eterno.

En consecuencia, me resulta difícil tomarme en serio afirmaciones como la siguiente hecha por los teólogos Ernst Käsermann y Geoffrey Bromiley:

> No puede negarse la presencia de un fuerte concepto de la predestinación, aunque Pablo solamente presenta la doble predestinación aquí. Hasta que esto no se admita sin reservas, no puede uno ver sus necesarias delimitaciones y preguntar por su sentido en el marco de la teología de los apóstoles… Puesto que la cuestión a tratar es Israel, el tema es la soteriología. A partir del v. 12a, se deriva de modo aún más preciso que la doctrina de la justificación del impío está anclada en la soberana libertad del Creador… La palabra de Dios entra a escena como una alocución estigmatizadora a través de la cual tienen lugar la salvación o la perdición en los seres humanos.[2]

¡Pero si el versículo 12 dice *el mayor servirá al menor!* El tema no es la soteriología. No tiene absolutamente nada que ver con la justificación o la salvación o la perdición. Tampoco tiene nada que ver con los individuos, excepto en lo que respecta a Jacob siendo elegido para ser el padre de la raza y Esaú no. El propósito electivo de Dios en este caso tiene que ver con un servicio o un rol, y se refiere a naciones. La afirmación citada arriba es, por lo tanto, fatalmente errónea.

Contrástese con las sabias palabras de Griffith Thomas:

> El pensamiento primario del apóstol en estos capítulos no es la salvación individual sino la filosofía de la historia… La elección de Israel tenía como objeto el servicio a sus semejantes. A San Pablo no le preocupan tanto los individuos, sino las naciones y masas de gente. Habla de la elección de Dios de Israel, no para la vida eterna sino para privilegios y deberes.[3]

De modo similar, N. T. Wright sostiene que este pasaje no trata directamente de la predestinación de individuos para asuntos soteriológicos, sino que aborda la cuestión de la fidelidad de Dios con el pueblo de Israel. Escribe:

> El capítulo 9 ha sido considerado durante mucho tiempo el pasaje central del Nuevo Testamento que habla de "predestinación" a pesar de que, como veremos, la tradición teológica desde Agustín hasta Calvino (y más allá) no entendían que Pablo estuviera hablando aquí de ello.[4]

El principio subrayado en estos versículos de Romanos 9 tienen una

importancia fundamental, que se aplica a otras áreas de un modo que nos puede ayudar a entenderlo mejor. Todos los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo, pero no todos los creyentes tienen el mismo papel. El Dios soberano nos asigna nuestros distintos roles: *En realidad, Dios colocó cada miembro del cuerpo como mejor le pareció* (1 Corintios 12:18). De nuevo, la actividad soberana de Dios descrita aquí no tiene nada que ver con la salvación, ni viola el principio del libre albedrío humano, sino que está relacionada con lo que Dios elige hacer con aquellos que son salvos.

Algo que me choca bastante es que ciertos teólogos influyentes que mantienen que estos textos se refiere a la salvación personal admitan libremente que este no es el significado original de los pasajes del Antiguo Testamento. Por ejemplo, Douglas Moo dice:

> Si Pablo aplica textos del Antiguo Testamento según su intención original, la apelación calvinista de Romanos 9 queda debilitada y tal vez totalmente excluida. Puede que los intérpretes calvinistas hayan cometido el error de leer la elección para la salvación en un texto que no tiene nada que ver con ello.[5]

Curiosamente, Gerald Bray señala que habían pasado ya cuatro siglos de la historia de la iglesia antes de que Agustín introdujera una interpretación determinista de Romanos 9:

> Solamente Agustín, y únicamente en sus escritos más tardíos, estaba preparado para aceptar todas las implicaciones de una predestinación divina.[6]

Moo, que dice que es "generalmente (pero no consistentemente) calvinista en su soteriología", llega a la conclusión de que "Pablo no siempre aplica sus citas del Antiguo Testamento conforme a su intención original". Es cierto que Pablo suele encontrar un significado más profundo a los textos del Antiguo Testamento a la luz del evangelio de Cristo que va más allá del original. Sin embargo, en este caso en particular, el contexto del Antiguo Testamento es la génesis del pueblo de Dios, Israel; y los textos en su contexto son completamente relevantes para la cuestión que está tratando Pablo, lo cual valida el comentario de Moo con respecto al error de leer elección para la salvación en un texto que no tiene nada que ver con ese tema.

Harry Ironside escribió:

> Aquí no se habla para nada de predestinación para ir al cielo o reprobación para ir al infierno; de hecho, en este capítulo no se habla realmente de cuestiones eternas, aunque, por supuesto, surgen de manera natural como resultado del uso o abuso de los privilegios otorgados por Dios. Ni aquí ni en ningún otro sitio se nos dice que el propósito de Dios sea enviar, antes de que los niños nazcan, a uno al cielo y al otro al infierno… El pasaje solamente habla de privilegios aquí en la tierra.[7]

Continuamos entonces con la siguiente parte del texto

> ¿Qué concluiremos? ¿Acaso es Dios injusto? ¡De ninguna manera! Es un hecho que a Moisés le dice: "Tendré clemencia de quien yo quiera tenerla, y seré compasivo con quien yo quiera serlo". Por lo tanto, la elección no depende del deseo ni del esfuerzo humano, sino de la misericordia de Dios. Porque la Escritura le dice al faraón: "Te he levantado precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra". Así que Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer.
> Romanos 9:14-18

Como Pablo suele hacer de vez en cuando en Romanos, introduce un objetor imaginario para plantear una cuestión moral, una que se le debe de haber planteado a él a menudo. Si Dios es injusto, ¿cómo puede todo esto ser justo? Por mucho que uno piense sobre ello, el tema de la justicia es difícil, hasta en relación con los relatos de la familia inmediata de Abraham. Considérese, por ejemplo, el trato que Sara da a Agar y a Ismael al echarlos al desierto. Dios trae a Agar de vuelta la primera vez, pero cuando nace Isaac, se la despide definitivamente. ¿Y qué hay del engaño de Jacob a Isaac y el que le robe la bendición a Esaú? Son las complejidades de la vida, y cuánto más compleja se convierte la vida, mayor es la tendencia a percibir una sensación de injusticia.

Para responder a la pregunta, Pablo vuelve a dos pasajes del Antiguo Testamento del libro del Éxodo. Ambos se refieren a eventos seminales en el desarrollo histórico de la nación de Israel. El primero es la entrega de la ley en el Sinaí a través de Moisés; y el segundo (aunque anterior en el tiempo), es el éxodo, cuando Moisés sacó a Israel de Egipto para formar una nación independiente en contra de las protestas del faraón. Estas citas nos llevan a dos aspectos de la actividad de Dios en la historia: su misericordia para con Israel y el endurecimiento del corazón del faraón.

Veamos de entrada la primera historia. Cuando Dios estaba entregándole la ley a Moisés, la nación se estaba rebelando contra Dios y demandándole a Aarón que les hiciera un dios que fuera delante de ellos (véase Éxodo 32:1). Aarón moldeó un becerro de oro e Israel lo adoró. Fue uno de los puntos más bajos en la historia de la nación.

La reacción de Dios fue decirle a Moisés que destruiría al pueblo a causa de su blasfemia, pero que haría una gran nación de los descendientes de Moisés. Moisés le suplica a Dios para que anule su feroz ira contra la nación. Su apelación se basa en las promesas hechas por Dios:

> Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac e Israel. Tú mismo les juraste que harías a sus descendientes tan numerosos como las estrellas del cielo; ¡tú les prometiste que a sus descendientes les darías toda esta tierra como su herencia eterna! Entonces el Señor se calmó y desistió de hacerle a su pueblo el daño que le había sentenciado.
> Éxodo 32:13-14

Como respuesta, Dios cede y perdona a su pueblo. Le dice a Moisés que siga liderándolos y promete que enviará a un ángel para que los proteja y defienda. Moisés le suplica a Dios una segunda vez para que vaya con ellos, y lo que sigue es un maravilloso encuentro entre Moisés y Dios:

> Moisés le dijo al Señor: Tú insistes en que yo debo guiar a este pueblo, pero no me has dicho a quién enviarás conmigo. También me has dicho que soy tu amigo y que cuento con tu favor. Pues si realmente es así, dime qué quieres que haga. Así sabré que en verdad cuento con tu favor. Ten presente que los israelitas son tu pueblo.
>
> Yo mismo iré contigo y te daré descanso —respondió el Señor.
>
> O vas con todos nosotros —replicó Moisés—, o mejor no nos hagas salir de aquí. Si no vienes con nosotros, ¿cómo vamos a saber, tu pueblo y yo, que contamos con tu favor? ¿En qué seríamos diferentes de los demás pueblos de la tierra?
>
> Está bien, haré lo que me pides —le dijo el Señor a Moisés—, pues cuentas con mi favor y te considero mi amigo.
>
> Déjame verte en todo tu esplendor —insistió Moisés.
>
> Y el Señor le respondió: Voy a darte pruebas de mi bondad, y te daré a

> conocer mi nombre. Y verás que tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo.
> Éxodo 33:12-19

La cita de Romanos 9 es la última declaración de este pasaje. Su contexto histórico es una demostración de misericordia totalmente inmerecida hacia Israel en una ocasión en la que Dios podía haberlos arrasado justamente, lo que hace que la elección de la cita de Pablo tenga una enorme relevancia para su objetivo. Sus lectores sabrían que estaba hablando de un incidente infame en el desierto en el que casi toda la nación de Israel estaba rechazando a Moisés como su líder, a quien Dios había levantado para que los liberara. Como nación, eran el pueblo escogido de Dios, pero en ese momento los corazones de muy pocos latían para Dios. La angustia de Pablo ante el rechazo del Mesías de sus compatriotas israelitas resonaría de manera poderosa con la angustia de Moisés ante el rechazo de Dios de su pueblo.

Más aún, aunque Dios hubiera arrasado a la nación, como amenazaba hacer, y comenzara de nuevo con Moisés, ninguna de sus promesas habría sido invalidada, puesto que se habían hecho a la nación en conjunto, y no a individuos dentro de la nación.

A pesar de ello, Dios no los destruyó, sino que los perdonó. Fue un acto de pura misericordia. Uno podría decir que los tratos de Dios con Israel dan testimonio de lo sufrido que es, a la luz de su deseo de que nadie se pierda sino de que todos vengan a arrepentimiento:

> El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.
> 2 Pedro 3:9

Moisés pidió ver la gloria de Dios y Dios le recompensó con una visión de "todo el esplendor de Dios":

> Pero debo aclararte que no podrás ver mi rostro, porque nadie puede verme y seguir con vida. Cerca de mí hay un lugar sobre una roca —añadió el Señor—. Puedes quedarte allí. Cuando yo pase en todo mi esplendor, te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano, hasta que haya pasado. Luego, retiraré la mano y podrás verme la espalda. Pero mi rostro no lo verás.
> Éxodo 33:20-23

Es en este contexto en el que leemos la revelación del carácter de Dios, *soy compasivo con quien quiero serlo*. Por definición, la compasión es inmerecida. A causa del pecado de Israel en este momento de la historia, si Dios los hubiera destruido, habría estado justificado. No se merecían el perdón, pero en su misericordia y compasión, Dios se lo otorgó.

En cuanto al determinismo teísta, debemos preguntarnos si esta voluntad de Dios es arbitraria e independiente de los objetos de compasión. Ciertamente no. El incidente que acabamos de recordar incluye a Moisés suplicando y al pueblo haciendo duelo y mostrando claras muestras de arrepentimiento. También deberíamos señalar que la misericordia de Dios en esta ocasión salvó a la nación físicamente, pero no necesariamente a nivel espiritual. Muchos de los que fueron perdonados se rebelarían más tarde y caerían en el desierto. En realidad, la inmensa mayoría de la generación que abandonó Egipto con Moisés no acabaría entrando en la tierra prometida. La carta a los hebreos explica por qué no entraron:

> Porque a nosotros, lo mismo que a ellos, se nos ha anunciado la buena noticia; pero el mensaje que escucharon no les sirvió de nada, porque no se unieron en la fe a los que habían prestado atención a ese mensaje. En tal reposo entramos los que somos creyentes, conforme Dios ha dicho: "Así que, en mi enojo, hice este juramento: 'Jamás entrarán en mi reposo'". Es cierto que su trabajo quedó terminado con la creación del mundo.
> Hebreos 4:2-3

Este pasaje es una evidencia de que, al final, el comportamiento de mucha de la gente en el desierto demostró que nunca habían creído el mensaje que Moisés les predicó. Eran incrédulos. A pesar de ello, la magnífica afirmación de Pablo de la gracia de Dios y la libertad de su misericordia nos ofrecen una pista del clímax de su argumento en esta sección de Romanos:

> En fin, Dios ha sujetado a todos a la desobediencia, con el fin de tener misericordia de todos. ¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!
> Romanos 11:32-33

Esta es la medida de la misericordia y la compasión de Dios: está disponible para todos y no solo para unos pocos escogidos.

1. Para una exposición detallada de esta sección de Gálatas, véase D. Gooding, *The Riches of Divine Wisdom* (Myrtlefield Trust, 2013), capítulo 15.

2. E. Käsemann y G. W. Bromiley, *Commentary on Romans* (Eerdmans, 1980), 265–66.

3. W. H. Griffith Thomas, *Commentary on Romans* (Kregel, 1974), 115–16, 156–57, 222.

4. N. T. Wright, "The Letter to the Romans: Introduction, Commentary, and Reflections" en L. E. Keck (Sr. ed.), *The New Interpreter's Bible: A Commentary in Twelve Volumes*, vol. X. (Abingdon Press, 2002), 620.

5. D. J. Moo, *The Epistle to the Romans* (Eerdmans, 1996), 303.

6. G. L. Bray (ed.), *Romans* (IVP, 1998), 244.

7. H. A. Ironside, *Lectures on the Epistle to the Romans* (Neptune, 1928).

14
El endurecimiento del corazón del faraón

La descripción de la misericordia de Dios con Israel en Romanos 9 plantea una cuestión obvia. ¿Muestra Dios siempre misericordia? Si no, ¿no nos lleva ello de vuelta a la cuestión de la justicia en la historia y en la experiencia? Pablo trata este tema volviendo atrás en la historia a los tiempos del Éxodo de Egipto.

> Porque la Escritura le dice al faraón: "Te he levantado precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra". Así que Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer.
> Romanos 9:17-18

En esta ocasión, Pablo considera el trato de Dios no con una nación sino con un individuo que no pertenece a Israel, el faraón egipcio. El problema central para nosotros es el endurecimiento del corazón del faraón.

¿Qué significa? ¿Significa, como algunos deterministas teístas sostienen, que Dios decretó en el remoto pasado eterno que habría una nación llamada Israel a la cual le conferiría su bendición y le mostraría su misericordia? ¿Determinó él también que habría otra nación llamada Egipto, dirigida por un faraón, puesta ahí con el único propósito de mostrar su gloria destruyéndolos y condenándolos a la perdición eterna? ¿Es la lección principal a aprender aquí que la voluntad de Dios es a la vez incondicional e irresistible?

Soy consciente de que este tipo de ideas tienen un apoyo considerable. Por ejemplo, Martín Lutero escribió:

> Ofende poderosamente a nuestra naturaleza racional el que Dios abandone a algunos hombres a su suerte por medio de su mera voluntad imparcial, endureciéndolos y condenándolos; pero Dios nos ofrece abundantes muestras, y lo sigue haciendo, de que ese es precisamente el caso; es decir, que la única causa por la que algunos son salvos y otros perecen procede de que Él desee la salvación de los primeros y la perdición de los segundos,

según lo que dice San Pablo: "Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer" (Romanos 9:17-18).[1]

Sin embargo, con el debido y verdadero respeto hacia la inmensa y única contribución de Lutero para propagar el evangelio, debemos examinar la posibilidad de que la razón por la que este tema "ofenda poderosamente a nuestra naturaleza racional" sea que no es correcto, como mantenía John Wesley, también él mismo un contribuyente no poco importante para la propagación del evangelio. De hecho, no es tanto que ofenda a nuestras mentes racionales y que los pensamientos de Dios estén muy por encima de nuestros pensamientos, sino que lo que ofende es nuestro juicio moral. Y, como ya vimos anteriormente en el Evangelio de Juan, nuestro Señor nos invita constantemente a usar nuestro juicio moral, tanto en su vida y enseñanzas como en nosotros mismos.

Pablo abre esta sección refiriéndose a la dimensión moral, estableciendo categóricamente que no hay injusticia en Dios, por lo que no ofendía al pensamiento racional de Pablo. Una vez más, presenta a un objetor imaginario que plantee ese mismo punto:

> Pero tú me dirás: "Entonces, ¿por qué todavía nos echa la culpa Dios? ¿Quién puede oponerse a su voluntad?".
> Romanos 9:19

El objetor plantea el problema moral: si la voluntad de Dios es irresistible, Dios no tiene ningún motivo para juzgar que algo sea malo.

Solo existen dos respuestas lógicas posibles a esto. O bien la premisa es correcta (la irresistible voluntad de Dios) y la deducción es falsa (Dios no tiene derecho a culpar); o bien la premisa es incorrecta por lo que el argumento se hunde. Las Escrituras nos proporcionan el apoyo adecuado para respaldar la segunda. Nuestro Señor lloró una vez sobre Jerusalén:

> ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!
> Mateo 23:37

Aquí se presenta la voluntad del Señor de reunir a la gente bajo su protección, pero se resistieron a su voluntad, y la resistencia no fue vencida por ninguna demostración de poder arbitraria.

El clímax del discurso de Esteban en el Sanedrín en Jerusalén demuestra que la

resistencia a Dios ha sido una triste característica del pueblo de Israel a lo largo de su historia:

> ¡Tercos, duros de corazón y oídos! Vosotros sois iguales que vuestros antepasados: ¡Siempre resistís al Espíritu Santo! ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros antepasados? Ellos mataron a los que de antemano anunciaron la venida del Justo, y ahora a este lo habéis traicionado y asesinado vosotros, que recibisteis la ley promulgada por medio de ángeles y no la habéis obedecido. Al oír esto, rechinando los dientes, montaron en cólera contra él.
> Hechos 7:51-54

De nuevo, su resistencia no fue vencida por una fuerza irresistible. Se le permitió mantenerse y Esteban fue asesinado.

Por lo tanto, debemos leer la historia del faraón de tal manera que desafíe la deducción del objetor de que la voluntad de Dios es irresistible. Éxodo nos dice que Dios instruyó a Moisés para que fuera al faraón y le pidiera que dejara ir a su pueblo esclavizado. La secuencia en resumen es la siguiente: Moisés hace su petición; el faraón rehúsa y hace que la carga de trabajo de Israel sea aún más pesada; Dios se le aparece a Moisés y le promete llevar a la nación a la tierra prometida; Dios le dice a Moisés que endurecerá el corazón del faraón (Éxodo 7:3).

No hay duda de que Dios prevé y conoce de antemano todo, pero, como ya vimos antes, eso no significa que sea la causa de lo que vaya a ocurrir. Moisés vuelve a ir al faraón con Aarón como portavoz. Hacen un milagro, que es reproducido por los magos del faraón. El corazón del faraón se endurece (Éxodo 7:13) y lo que sigue es una larga serie de plagas:

1. **Sangre.** Moisés y Aarón transforman el agua del Nilo en sangre. Los magos parecen ser capaces de hacer lo mismo (al menos a los ojos de faraón), por lo que *el corazón de Faraón se endureció* (7:22 RV60).

2. **Ranas.** Los magos vuelven a imitar la plaga, aunque no pueden deshacerse de las ranas. El faraón suplica que desaparezcan las ranas y Moisés ora para que lo hagan. Cuando el faraón experimenta alivio, *endureció su corazón y, tal como el Señor lo había advertido, ya no quiso saber nada de Moisés ni de Aarón* (8:15).

3. **Mosquitos.** Los magos no pueden seguir el ritmo y le dicen a faraón: *dedo*

de Dios es éste. Mas el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó, como el Señor lo había dicho (8:19 RV60).

4. **Moscas.** Esta vez el faraón acepta dejar que el pueblo se vaya. Moisés ora para que cese la plaga, y otra vez *el faraón endureció su corazón* (8:32).

5. **Enfermedad del ganado.** *Mas el corazón de Faraón se endureció* (9:7 RV60).

6. **Úlceras.** *Pero el Señor endureció el corazón del faraón y, tal como el Señor se lo había advertido a Moisés, no quiso el faraón saber nada de Moisés ni de Aarón* (9:12). Esta es la primera vez que el nombre del Señor se menciona en relación con el endurecimiento del corazón del faraón.

7. **Granizo.** El faraón llama a Moisés, le confiesa su pecado y le pide a Moisés que interceda ante el Señor para que los alivie. Dice que entonces dejará ir al pueblo. Moisés acepta, pero le dice al faraón: *yo sé que tú y tus funcionarios aún no tenéis temor de Dios el Señor* (9:30). Sin embargo, algunos de los egipcios habían comenzado a temer al Señor y prepararon refugio para sus esclavos y su ganado. El mensaje sigue sin llegar al faraón. *Pero, en cuanto vio el faraón que habían cesado la lluvia, el granizo y los truenos, reincidió en su pecado, y tanto él como sus funcionarios endurecieron su corazón… el faraón endureció su corazón y ya no dejó que los israelitas se fueran* (9:34-35).

8. **Langostas.** Moisés anuncia la plaga y los siervos del faraón apelan a él para que deje ir al pueblo, puesto que *Egipto está arruinado* (10:7). El faraón vuelve a traer a Moisés y Aarón a su corte y dice que dejará que los hombres se vayan, pero no las mujeres y los niños. Les acusa de tener en mente un propósito maligno y los echa. La plaga sobreviene y faraón confiesa su pecado tanto contra Dios como contra Moisés, y pide perdón y alivio. *Pero el Señor endureció el corazón del faraón, y este no dejó que los israelitas se fueran* (10:20).

9. **Oscuridad.** Egipto está a oscuras excepto el lugar donde viven los israelitas. El faraón llama a Moisés y le dice que se vayan pero que dejen su ganado atrás. Moisés responde, nuestro ganado tiene que ir con nosotros. ¡No puede quedarse aquí ni una sola pezuña! Para rendirle culto al Señor nuestro Dios tendremos que tomar algunos de nuestros animales... Pero el Señor endureció el corazón del faraón, y este no quiso dejarlos ir, sino que le gritó a Moisés: ¡Largo de aquí! ¡Y cuidado con volver a presentarte ante mí!

(10:26-28).

10. **La muerte de los primogénitos.** Dios le dice a Moisés que va a haber una plaga más, tras la cual el faraón dejará ir al pueblo. A medianoche, todos los primogénitos morirían a no ser que estuvieran en una casa protegida por la sangre de un cordero. Se dan las instrucciones para la Pascua y cada hogar israelita unta el dintel y las jambas de su puerta con la sangre del cordero pascual. A medianoche, los primogénitos de las casas que no estaban protegidas mueren. El faraón les dice a Moisés y a Aarón que vayan y sirvan al Señor, y les pide su bendición (12:29-32).

Secuela: Moisés guía a los israelitas fuera de Egipto hasta que alcanzan la costa, donde acampan. Dios le dice entonces a Moisés:

> El faraón va a pensar: "Los israelitas andan perdidos en esa tierra. ¡El desierto los tiene acorralados!". Yo, por mi parte, endureceré el corazón del faraón para que él os persiga. Voy a cubrirme de gloria, a costa del faraón y de todo su ejército. ¡Y los egipcios sabrán que yo soy el Señor!
> Éxodo 14:3-4

La reacción del faraón es:

> Y cuando el rey de Egipto se enteró de que el pueblo se había escapado, tanto él como sus funcionarios cambiaron de parecer en cuanto a los israelitas y dijeron: "¡Pero qué hemos hecho! ¿Cómo pudimos dejar que se fueran los israelitas y abandonaran su trabajo?". Al momento ordenó el faraón que le prepararan su carro y, echando mano de su ejército, se llevó consigo seiscientos de los mejores carros y todos los demás carros de Egipto, cada uno de ellos bajo el mando de un oficial. El Señor endureció el corazón del faraón, rey de Egipto, para que saliera en persecución de los israelitas, los cuales marchaban con aire triunfal.
> Éxodo 14:5-8

Por último, Dios instruye a Moisés:

> Y tú, levanta tu vara, extiende tu brazo sobre el mar y divide las aguas, para que los israelitas lo crucen sobre terreno seco. Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios, para que os persigan. ¡Voy a cubrirme de gloria a costa del faraón y de su ejército, y de sus carros y jinetes! Y cuando me haya cubierto de gloria a costa de ellos, los egipcios sabrán que yo soy el Señor.
> Éxodo 14:16-18

La propia extensión y el detalle de esta historia es un indicador de su importancia. Lo primero que llama la atención es la frecuente repetición del endurecimiento del corazón del faraón. Se nos describe el endurecimiento de diversas maneras: el faraón endurece su corazón, el corazón del faraón se endurece y Dios endurece el corazón del faraón. Conforme avanzan los acontecimientos parece producirse un giro entre las acciones del faraón y las de Dios, lo cual puede indicar que esta historia ilustra tanto la responsabilidad humana como la soberanía divina.

El hecho de que el endurecimiento del corazón del faraón no ocurra solo una vez sino en múltiples ocasiones implica que podía regresar a un estado más blando y sensible: Dios no endureció el corazón del faraón de una vez y para siempre, de modo que estuviera endurecido de ahora en adelante. Lejos de ello; leemos que el faraón le pidió a Moisés y Aarón en repetidas ocasiones que oraran por él, y varias veces confesó su pecado. Moisés ora por él, Dios le muestra misericordia, la oración se responde y llega el alivio.

La siguiente pregunta es: ¿qué significa el endurecimiento del corazón en este contexto? La respuesta determinista es que tiene que ver con el destino eterno del faraón. La impresión inmediata que da el texto, sin embargo, es que tiene que ver con la obstinación de la resolución del faraón de no perder la enorme fuerza esclava hebrea de la que dependía su economía. Es cierto que su resistencia era contra Dios; y si hubiera cruzado el punto de no retorno, habría habido implicaciones eternas adicionales. Pero leerlas al comienzo de la historia, sin embargo, contradiría la justicia de Dios.

Poco a poco, va aumentando la intensidad de la presión sobre el faraón. Sus primeras excusas de no dejar irse al pueblo se basaban en que sus magos eran capaces de reproducir las plagas (hasta cierto punto). Esas excusas se desvanecen en la tercera plaga cuando los magos reconocen *el dedo de Dios*. El faraón no puede seguir luchando y al final tiene que dejar irse al pueblo. Se arrepiente rápidamente, Dios endurece su corazón y muere en el mar.

En este punto debemos preguntarnos cómo hemos de entender todo esto. Mucha gente se siente tentada a leerlo bajo el foco determinista. En un lado de la ecuación, Dios capacita a Moisés para realizar milagros; en el otro, parece tratar al faraón como si fuera una marioneta movida por hilos. Si este fuera el caso, no podemos ver las oraciones pidiendo misericordia y, de hecho, todo el proceso, más que como una farsa.

Observemos, pues, más detenidamente todo lo que ocurre en el proceso de endurecimiento del corazón de faraón. Según el texto, Dios no actúa hasta la sexta plaga, tras la cual se produce una confrontación entre Moisés y el faraón y alcanzamos el momento crucial en el que Dios le explica al faraón su razonamiento:

> Pero el Señor endureció el corazón del faraón y, tal como el Señor se lo había advertido a Moisés, no quiso el faraón saber nada de Moisés ni de Aarón. El Señor le ordenó a Moisés madrugar al día siguiente, y salirle al paso al faraón para advertirle: "Así dice el Señor y Dios de los hebreos: 'Deja ir a mi pueblo para que me rinda culto. Porque esta vez voy a enviar el grueso de mis plagas contra ti, y contra tus funcionarios y tu pueblo, para que sepas que no hay en toda la tierra nadie como yo. Si en este momento desplegara yo mi poder, y a ti y a tu pueblo os azotara con una plaga, desapareceríais de la tierra. Pero te he dejado con vida precisamente para mostrarte mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra. Tú, sin embargo, sigues enfrentándote a mi pueblo y no quieres dejarlo ir. Por eso mañana a esta hora enviaré la peor granizada que haya caído en Egipto desde su fundación. Ordena inmediatamente que se pongan bajo techo tus ganados y todo lo que tengas en el campo, lo mismo personas que animales, porque el granizo caerá sobre los que anden al aire libre y los matará'".
>
> Algunos funcionarios del faraón temieron la palabra del Señor y se apresuraron a poner bajo techo a sus esclavos y ganados, pero otros no hicieron caso de la palabra del Señor y dejaron en el campo a sus esclavos y ganados.
> Éxodo 9:12-21

La declaración que he enfatizado es crucial para nuestra comprensión del texto. Dios le dice al faraón que se ha llegado a una situación en la que, si quisiera, golpearía al faraón y lo mataría. ¿Cuál es la fuerza de las palabras *si yo desplegara* aquí? Es obvio que Dios tiene el poder de destruir al faraón desde el principio, por lo que no se trata de un asunto de poder, sino más bien, de un asunto de moralidad. Se ha llegado a un punto en el que Dios podría actuar justificadamente y juzgar al faraón. Dios le anuncia entonces que es su intención mantener vivo al faraón, tanto para demostrarle su poder como para dar testimonio del nombre de Dios a toda la tierra a través de lo que está a punto de ocurrir. El faraón se ha resistido continuadamente (como Dios predijo que haría)

y ha demostrado tener un cierto tipo de carácter. Suplica repetidamente por misericordia y, cuando se le otorga la gracia de Dios, reniega de sus promesas y endurece su actitud. Experimenta la misericordia y longanimidad de Dios una y otra vez, hasta que su resistencia llega a un punto de no retorno. Usando una frase que discutiremos pronto en Romanos 9, se había *preparado* a sí mismo *para destrucción* (Romanos 9:22 RV60). Ahora que ha demostrado que se merece el juicio, Dios elige ejercer su derecho a hacerlo de una manera particular que enviaría un poderoso mensaje al mundo. Existe un punto de no retorno y, en todo caso, es evidente que la muerte acaba con la oportunidad de arrepentimiento y fe para todos: *está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio* (Hebreos 9:27).

Hablando del faraón, Pablo está esperando seguramente que sus compatriotas se apliquen la lección a sí mismos. Después de todo, Jesús había advertido a aquellos líderes religiosos que se oponían a él de que, al atribuir sus obras al diablo, estaban corriendo el peligro de blasfemar contra el Espíritu Santo. Es una advertencia dura:

> Por eso os digo que a todos se les podrá perdonar todo pecado y toda blasfemia, pero la blasfemia contra el Espíritu no se le perdonará a nadie. A cualquiera que pronuncie alguna palabra contra el Hijo del hombre se le perdonará, pero el que hable contra el Espíritu Santo no tendrá perdón ni en este mundo ni en el venidero.
> Mateo 12:31-32

Es posible, pues, alcanzar un punto en el que el perdón ya no sea posible, no porque Dios no sea misericordioso, sino porque ningún otro "evangelio" se nutre del poder del Espíritu Santo. Si una persona rechaza ese mensaje, no existe ningún método alternativo para salvarse. Esto se aplica no solamente a faraón, sino también a Israel, como veremos en el capítulo 11.

Ya hemos constatado que el tema de la justicia del juicio de Dios tiene una importancia central en la discusión. Por ejemplo, el hecho de que Dios juzgará un día a la gente por no creer en él implica que deben poseer la capacidad otorgada por Dios de arrepentirse y creer. De modo similar, el que Dios declare que está en una posición de ejecutar juicio contra el faraón implica que el faraón tenía la capacidad de responder al ofrecimiento de gracia de Dios antes que Dios terminara actuando. Por eso es por lo que Pablo rechaza rotundamente la afirmación de que Dios es injusto. No hay contradicción alguna entre la

misericordia de Dios y su endurecimiento, puesto que ninguna de las dos es arbitraria.

Recordemos por un momento que esta es la respuesta de Pablo a la pregunta de ¿es Dios injusto? Dicho así, se asume que la respuesta va a ser negativa: Dios no es injusto. Como he intentado explicar, ese es, de hecho, el caso. Sin embargo, una objeción que suele hacerse a veces a este tipo de explicación es que, si eso es lo que Pablo hubiera querido decir, nadie habría sugerido que Dios es injusto. El argumento no podría ser fácilmente malinterpretado de esa manera. Dicho de otro modo, debe haber un fuerte elemento determinista aquí, puesto que, de otro modo, no habría objeción alguna. El endurecimiento del corazón del faraón debe haber sido un hecho arbitrario de Dios porque sí que parece injusto.

Esta objeción no me convence por las razones que presentaré a continuación. Creo, sin embargo, que la acusación de injusticia es casi una reacción instintiva a cualquier tipo de diferenciación en los roles en la historia, e incluso en la iglesia. Dios en su soberanía eligió que Jacob e Israel tuvieran un rol, Esaú y su nación otro; tú eres un gran evangelista, y otra persona es un asistente entre bambalinas. ¿Por qué son distintos?

Si la voluntad de Dios es irresistible y el comportamiento humano está determinado, se deriva que, lógicamente, cualquier resistencia aparente no puede ser real puesto que también está predeterminada. Si es imposible resistirse a su voluntad, carece de sentido preguntarse algo como: ¿es Dios injusto? Pero la respuesta que se espera a esta pregunta es “no”. Se puede resistir a voluntad de Dios, como ya hemos señalado cuando Jesús lloró por Jerusalén.

Con este trasfondo, regresemos al análisis de Pablo en Romanos 9:

> Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa?, porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no solo de los judíos, sino también de los gentiles?
> Romanos 9:19-24 RV60

La respuesta de Pablo puede parecer mordaz, incluso un poco fuera de lugar: *oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?* Pero esta interpretación no hace justicia al carácter del Dios de misericordia y amor que Pablo ha estado describiendo a lo largo de toda su carta. Pablo no se está refiriendo a un déspota todopoderoso que no permite que un ser humano insignificante le cuestione. Nos está recordando que, cuando hablamos de Dios, deberíamos recordar con humildad que somos sus criaturas, moldeadas con barro y creadas a su imagen. Y no solo eso, sino que también somos los receptores de su misericordia y paciencia.

El imaginario de un alfarero y del barro es conocido por las Escrituras y la literatura sapiencial en general:

> El Señor dice: "Este pueblo me alaba con la boca y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Su adoración no es más que un mandato enseñado por hombres. Por eso, una vez más asombraré a este pueblo con prodigios maravillosos; perecerá la sabiduría de sus sabios, y se esfumará la inteligencia de sus inteligentes". ¡Ay de los que, para esconder sus planes, se ocultan del Señor en las profundidades; cometen sus fechorías en la oscuridad, y piensan: "¿Quién nos ve? ¿Quién nos conoce?"! ¡Qué manera de falsear las cosas! ¿Acaso el alfarero es igual al barro? ¿Puede un objeto decir del que lo modeló: "Él no me hizo"? ¿Puede una vasija decir de su alfarero: "Él no entiende nada"?
> Isaías 29:13-16

El uso de la imaginería de Isaías ocurre en el contexto de la acusación que le hace a la religión de Israel de ser puramente formal y vacía. Nuestro Señor cita estas palabras para exponer la hipocresía culpable de los fariseos y los escribas de su día, que utilizaban su tradición como un manto con el que cubrir cómo transgredían los mandamientos. Actuaban como si Dios no los viera, algo muy estúpido de parte de unas criaturas hechas por Dios. Es como si una olla de barro pensara que el alfarero que la hizo no tenía ni idea de nada. Habían olvidado, como el interlocutor de Pablo estaba a punto de hacer, la naturaleza de su estatus de criaturas creadas. Dios trataría a los hipócritas religiosos según su comportamiento. No es un alfarero arbitrario ni determinista.

Pablo centra su imaginario en la misma esencia del arte de la alfarería. Un alfarero puede coger un terrón de arcilla y hacer con él lo que quiera. Puede formar un precioso jarrón para decorar un palacio o humildes jarras y platos para

su uso cotidiano en el más humilde de los hogares. La aplicación sirve tanto para Israel como para el faraón. Ambos provenían del mismo terrón puesto que ambos se habían rebelado contra Dios y habían pecado gravemente. Dios podría condenarlos justamente a ambos. Ninguno tenía derecho a misericordia. Por definición, la misericordia no puede merecerse. Moisés intercedió por Israel, se arrepintieron y Dios les mostró misericordia y los restauró a su rol. El faraón pecó repetidamente y Moisés también intercedió por él, pero al final él endureció su corazón y cruzó el punto de no retorno.

Cranfield comenta:

> La conclusión a la que se llega es que se debe reconocer que Dios es libre (como Dios, como el Único que tiene la autoridad final) para designar a los hombres para realizar funciones varias en el curso de la historia de la salvación por el bien del cumplimiento de su propósito general. Y no se puede dejar de insistir en que, naturalmente, no existe la más mínima sugerencia de que la libertad del alfarero es la libertad del capricho, y que es, por lo tanto, perverso suponer que lo que Pablo quería defender es la libertad del Creador para tratar con sus criaturas según una voluntad indeterminada, caprichosa y absoluta.[2]

Dios es soberano y eso es algo glorioso. Actúa según su voluntad y su actividad es justa porque nunca lo hace en contra de su propio carácter. No es la soberanía de un poder despótico. Hace lo que desea, pero su voluntad es consistente con su carácter profundamente santo y justo.

El uso del profeta Jeremías de la imaginería del alfarero lo confirma:

> Esta es la palabra del Señor, que vino a Jeremías: "Baja ahora mismo a la casa del alfarero, y allí te comunicaré mi mensaje". Entonces bajé a la casa del alfarero, y lo encontré trabajando en el torno. Pero la vasija que estaba modelando se le deshizo en las manos; así que volvió a hacer otra vasija, hasta que le pareció que le había quedado bien.
>
> En ese momento, la palabra del Señor vino a mí, y me dijo: "Pueblo de Israel, ¿acaso no puedo hacer con vosotros lo mismo que hace este alfarero con el barro? —afirma el Señor—. Vosotros, pueblo de Israel, sois en mis manos como el barro en las manos del alfarero. En un momento puedo hablar de arrancar, derribar y destruir a una nación o a un reino; pero, si la nación de la cual hablé se arrepiente de su maldad, también yo me arrepentiré del castigo que había pensado infligirles. En otro momento

> puedo hablar de construir y plantar a una nación o a un reino. Pero, si esa nación hace lo malo ante mis ojos y no me obedece, me arrepentiré del bien que había pensado hacerles. Y ahora habla con los habitantes de Judá y de Jerusalén, y adviérteles que así dice el Señor: 'Estoy preparando una calamidad contra vosotros, y elaborando un plan en contra de vosotros. ¡Volveos ya de vuestro mal camino; enmendad vuestra conducta y vuestras acciones!'".
> Jeremías 18:1-11

La acción del alfarero no es caprichosa, la arcilla está viva y parte de lo que el alfarero haga con ella dependerá de cómo responda ente él. Como alfarero divino, Dios desea mostrar su abundante misericordia a quienes se vuelven a él (volverse significa aquí arrepentirse).

N. T. Wright escribe:

> La imagen del alfarero y del barro no se diseñó para hablar en términos generales de las vidas humanas como terrones de barro carentes de vida, frente a Dios como el único ser viviente y pensante; se diseñó para hablar muy específicamente del propósito de Dios eligiendo y llamando a Israel y de lo que ocurriría si Israel, como un terrón de arcilla, no respondía al suave amasado de sus manos.[3]

Pablo continúa con la aplicación con lo que llama vasos de ira y vasos de misericordia:

> ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no solo de los judíos, sino también de los gentiles?
> Romanos 9:22-24 RV60

¿Qué significan los términos *vasos de ira y vasos de misericordia*? En el contexto, el faraón es un ejemplo obvio de los primeros y Moisés de los segundos. N. T. Wright de nuevo: "… la idea de un 'vaso de misericordia' no significa tanto un vaso que recibe misericordia sino una vasija a través de la que Dios lleva misericordia a otros".[4] Es decir, el faraón y Moisés no fueron sencillamente gente sobre la que cayó la ira de Dios, o a quien fue mostrada la misericordia de Dios; fueron gente que se convirtió en ejemplo o aviso para el mundo sobre la

naturaleza de los tratos de Dios. Por ejemplo, una vez que el faraón ha endurecido su actitud, Dios le dice que va a usarlo como advertencia para mostrar su poder al mundo. Ha sido muy eficaz. La historia de lo que ocurrió para precipitar el éxodo de Egipto ha captado la imaginación de millones. ¿Quién podría ser capaz de calcular el número de personas que han llegado a tener fe en Dios y en Cristo como resultado de escuchar la historia de la Pascua explicada en términos de su cumplimiento último en Jesús, el Cordero de Pascua?

El Antiguo Testamento también nos habla acerca de la misericordia de Dios hacia Rahab, que se puso de lado del pueblo de Dios cuando ella, junto con el resto de su familia, escuchó lo que Dios había hecho en Egipto. Les dijo a los espías israelitas:

> Yo sé que el Señor os ha dado esta tierra, y por eso estamos aterrorizados; todos los habitantes del país están muertos de miedo ante vosotros. Tenemos noticias de cómo el Señor secó las aguas del Mar Rojo para que vosotros pasarais, después de haber salido de Egipto. También hemos oído cómo destruisteis completamente a los reyes amorreos, Sijón y Og, al este del Jordán. Por eso estamos todos tan amedrentados y descorazonados frente a vosotros. Yo sé que el Señor y Dios es Dios de dioses tanto en el cielo como en la tierra.
> Josué 2:9-11

El faraón fue un vaso de ira, y la respuesta de Rahab confiando en Dios hizo de ella un vaso de misericordia. Muchos han escuchado su historia y se han convertido a través de ella.

Otro ejemplo importante de un vaso de misericordia es el propio Pablo:

> Doy gracias al que me fortalece, Cristo Jesús nuestro Señor, pues me consideró digno de confianza al ponerme a su servicio. Anteriormente, yo era un blasfemo, un perseguidor y un insolente; pero Dios tuvo misericordia de mí porque yo era un incrédulo y actuaba con ignorancia. Pero la gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí con abundancia, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús.
>
> Este mensaje es digno de crédito y merece ser aceptado por todos: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero precisamente por eso Dios fue misericordioso conmigo, a fin de que en mí, el peor de los pecadores, pudiera Cristo Jesús mostrar su infinita bondad. Así llego a servir de ejemplo para los que, creyendo en él, recibirán la vida

eterna.
1 Timoteo 1:12-16

Pablo se convirtió en una vasija de misericordia para millones a lo largo de la historia, pues Dios lo *consideró digno de confianza*, al discernir que *era un incrédulo y actuaba con ignorancia*. Muchos han llegado a confiar en Cristo al pensar que, si Dios pudo tener misericordia y salvar a un hombre como Pablo, seguro que había esperanza para ellos también, si ellos también probaban ser *dignos de confianza*.

Hay quien entiende que estos textos significan que en la eternidad Dios elegirá misteriosamente, o incluso arbitrariamente, quién ha de ser una vasija de ira y quién ha de ser una vasija de misericordia, y que esa elección fijará permanente e incondicionalmente sus destinos. Este razonamiento tiene un error fundamental, aparte incluso del hecho de que no carece de sentido desde un punto de vista moral. El error es asumir que, si alguien es un vaso de ira, nunca puede convertirse en un vaso de misericordia, lo cual es falso, tal y como indica la analogía del alfarero de Jeremías. Pablo era una vasija de ira que se convirtió en vasija de misericordia. Además, en Efesios, Pablo describe a los creyentes como habiendo sido una vez hijos de ira, pero, puesto que se han arrepentido y han confiado en Cristo como Salvador y Señor, se han convertido en vasijas de misericordia (véase Efesios 2:3-4).

Asimismo, no deberíamos olvidar el argumento inicial de Pablo en Romanos cuando demuestra concluyentemente que todos somos culpables y por lo tanto merecemos la ira de Dios. El eje del evangelio es traer perdón y justificación a los hijos de la ira, lo que significa todos los seres humanos. En ese sentido, todos formamos parte del mismo "terrón". Algunos responderán positivamente y se convertirán en creyentes y puede que, incluso, en vasos de misericordia; mientras que otros responderán negativamente y seguirán siendo hijos de ira. Entonces puede que Dios los utilice justamente como vasos de ira, como hizo con el faraón.

Existe un sorprendente pasaje un poco antes en Romanos que está relacionado con Romanos 9:

> ¿Piensas entonces que vas a escapar del juicio de Dios, tú que juzgas a otros y sin embargo haces lo mismo que ellos? ¿No ves que desprecias las riquezas de la bondad de Dios, de su tolerancia y de su paciencia, al no reconocer que su bondad quiere llevarte al arrepentimiento? Pero por tu obstinación y por

> tu corazón empedernido sigues acumulando castigo contra ti mismo para el día de la ira, cuando Dios revelará su justo juicio.
> Romanos 2:3-5

Nuestro texto de Romanos 9 invoca muchos de estos conceptos: paciencia, ira, bondad y endurecimiento del corazón. La gente que Pablo tenía en mente en Romanos 2 estaban en ese momento acumulando ira y preparándose así para un juicio justo, es decir, un juicio que era merecido y no arbitrario. Pero eso no significaba que esa gente no pudiera arrepentirse. De hecho, Pablo apela a ellos para que entiendan que la misma paciencia que Dios tenía con ellos había sido diseñada para guiarlos al arrepentimiento. Los vasos de ira pueden convertirse en vasos de misericordia, si todavía no han alcanzado el punto de no retorno.

Pablo continúa diciéndonos que los vasos de misericordia son aquellos a los que Dios ha llamado, no solo de entre los judíos sino también de entre los gentiles (9:24). Lo que ocurrió en la historia con la nación de Pablo ha conducido a que el evangelio sea llevado a los gentiles y, a pesar de ello, el hecho de que los profetas hebreos predijeran que Dios alcanzaría a los gentiles no quiere decir que la palabra de Dios no signifique nada en lo que se refiere a Israel.

Esto vuelve a mostrar que no es plausible una lectura determinista de estos capítulos. Por ejemplo, puesto que la elección de Dios de Jacob y Esaú no tenía nada que ver con la cuestión del destino eterno, habría descendientes de Jacob que no creerían y descendientes de Esaú que sí. De modo similar ocurre con Isaac e Ismael. La intención de Dios es mostrar misericordia, por lo que brinda su generosa oferta a todos.

> Así lo dice Dios en el libro de Oseas: "Llamaré 'mi pueblo' a los que no son mi pueblo; y llamaré 'mi amada' a la que no es mi amada", "Y sucederá que en el mismo lugar donde se os dijo: 'Vosotros no sois mi pueblo', seréis llamados 'hijos del Dios viviente'".
>
> Isaías, por su parte, proclama respecto de Israel: "Aunque los israelitas sean tan numerosos como la arena del mar, solo el remanente será salvo; porque plenamente y sin demora el Señor cumplirá su sentencia en la tierra". Así había dicho Isaías: "Si el Señor Todopoderoso no nos hubiera dejado descendientes, seríamos ya como Sodoma, nos pareceríamos a Gomorra".
> Romanos 9:25-29

Oseas estaba hablando sobre Israel en un tiempo en el que habían alcanzado un punto tan bajo en su rechazo a Dios, que él se refiere a ellos como *no sois mi*

pueblo. Pablo toma la promesa de restaurarlos como un indicador de que Dios alcanzaría también a los gentiles (versículo 24).

A Pablo le preocupaba en gran manera que la mayor parte de su nación, Israel, se opusiera al evangelio. Señala ahora que Dios le dijo a Isaías que, aunque el Israel étnico llegara a constituir una gran multitud, solo un número relativamente pequeño sería salvo (versículo 27). El Antiguo Testamento advirtió que llegaría un tiempo en el que Israel se opondría al mensaje de salvación, y Pablo vivió en dicho tiempo. A pesar de ello, Dios había prometido dejar un remanente, del cual Pablo era miembro. Más bien triste, Pablo continúa citando a Isaías porque, si Dios no les hubiera dejado un remanente, habrían acabado como Sodoma y Gomorra, aquellas infames vasijas de ira. Sin embargo, Pablo tendrá cosas más alegres que decir sobre el futuro de Israel en Romanos 11. La vasija de ira se convertirá en una vasija de misericordia.

---

1. Citado por Jerome Zanchius (1516-90) en su libro *Absolute Predestination*, republicado por Sovereign Grace Publishers 2001, 19. El original está disponible en Martin Luther, *Vom Unfreien Willen*, en Kurt Aland (ed.), *Die Werke des Reformators in neuer Auswahl für die Gegenwart*, vol. 3, (Göttingen 1961ss.), S. 151–334.

2. C. E. B. Cranfield, *Romans 1–8*, vol. 1 (T & T Clark), 492.

3. Tom Wright, *Paul for Everyone: Romans Part 2: Chapters 9–16* (SPCK, 2004): véase la sección sobre Romanos 9:14–24.

4. Ibíd.

15
¿Es Israel responsable?

Pasamos ahora al segundo argumento de Pablo, en el que el énfasis recae plenamente en la responsabilidad de Israel por la situación en la que se halla en ese momento. El apóstol hace una breve pausa para respirar en su larga y detallada explicación, por lo que nosotros también nos tomaremos un respiro mientras consideramos una de sus preguntas más características: ¿qué diremos, pues? ¿Cuál es nuestra reacción a todo lo dicho hasta ahora?

Espero que, a estas alturas, una cosa sí resulte obvia. Este capítulo ni enseña ni apoya la doctrina de la elección determinista incondicional para salvación o reprobación. Si, llegados a este punto, alguien sigue sin verlo, debería quedar claro a partir de ahora cuando Pablo lleve su argumentación al siguiente nivel, en el que se centra en la responsabilidad de Israel, o culpabilidad, por el estado en el que se halla. Este podría ser uno de los motivos por el cual muchos deterministas teístas se centran en Romanos 9 sin prestarle una atención similar a Romanos 10 y 11.

Pablo procede examinando de cerca las razones de la incredulidad de Israel y concluye que todos son culpables; es su culpa, porque Dios ha provisto para ellos y les ha rogado que confíen en él: *Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo desobediente y rebelde* (Romanos 10:21). En esa sección, Pablo demuestra que los argumentos que pueden plantearse para dejar que Israel se vaya de rositas no tienen fundamento alguno; la nación no tiene excusas. Sin embargo, esa realidad debería equilibrarse con la expectativa de Pablo de que Israel al final tendrá celos de que tantos gentiles crean en Cristo (véase Romanos 11:11-12).

Pablo ha estado hablando de que el mensaje del evangelio ha sido llevado a los gentiles. Continúa analizando la diferencia entre judíos y gentiles respecto a su actitud hacia la cuestión fundamental, el tema principal de Romanos: la justificación por fe. La ironía de la situación es que, en la época de Pablo, los gentiles comprendieron la justificación por fe mientras que Israel no lo entendió. ¿Puede ser a causa de una elección determinista incondicional? ¿Porque Dios no los hubiera elegido para ser vasijas de misericordia? ¡Claro que no! Toda la culpa

es de ellos. Israel ha cometido el error de intentar conseguir la justicia de Dios por sus propias obras meritorias en lugar de poniendo su confianza en Dios. Pablo lo explica así:

> ¿Qué concluiremos? Pues que los gentiles, que no buscaban la justicia, la han alcanzado. Me refiero a la justicia que es por la fe. En cambio, Israel, que iba en busca de una ley que le diera justicia, no ha alcanzado esa justicia. ¿Por qué no? Porque no la buscaron mediante la fe, sino mediante las obras, como si fuera posible alcanzarla así. Por eso tropezaron con la "piedra de tropiezo", como está escrito: "Mirad que pongo en Sión una piedra de tropiezo y una roca que hace caer; pero el que confíe en él no será defraudado".
> Romanos 9:30-33

Este texto pone un enorme énfasis en la responsabilidad humana al utilizar términos como *buscaban, fe, confíe*. Nótese que Pablo no está sugiriendo que ningún gentil estuviera interesado en la justicia moral. Eso sería absurdo. Pablo utiliza aquí el término "justicia" con el sentido de ser justo ante Dios (como él explica). Ese estatus de ser justo ante Dios solo puede recibirse como resultado de depositar la fe en la "piedra de tropiezo".

Algunos intérpretes (quienes sostienen que Romanos 9:6-26 tiene que ver con la soberanía de Dios en la elección individual para salvación) afirman que, al final del capítulo, Pablo sí que habla de la responsabilidad humana, pero algunos de ellos llegan a una conclusión completamente asimétrica, llamada a veces predestinación única. Martyn Lloyd-Jones escribe:

> En los versículos 6-29, [Pablo] explica por qué alguien es salvo: por la soberana elección de Dios. En estos versículos nos muestra por qué alguien se pierde, y la explicación es que es por su propia responsabilidad… Solamente la acción de Dios salva al hombre. Entonces ¿por qué se pierde gente? ¿Es porque no son elegidos? No. Lo que cuenta para los perdidos es su rechazo del evangelio… Somos responsables de nuestro rechazo del evangelio, pero no somos responsables de aceptarlo.[1]

Con el debido respeto por Lloyd-Jones, de quien he aprendido muchísimo, lo que dice aquí no tiene ningún sentido. La lógica moral y el sentido común exigen que, si nadie es responsable por aceptar el evangelio, nadie sea responsable por rechazarlo. Además, hemos visto en repetidas ocasiones que no existe ninguna asimetría en la presentación bíblica del evangelio: una persona será salva o se

perderá según crea o rechace el evangelio, y la responsabilidad es la misma en ambos casos, puesto que la persona tiene la habilidad de aceptar o rechazar. El defecto principal del argumento de Lloyd-Jones es que entiende la primera parte de Romanos 9 como si tuviera que ver con elección para salvación.

Otro intento de preservar la asimetría a la que aludimos arriba lo lleva a cabo D. James Kennedy, apelando a una ilustración:

> Tenemos a cinco personas planeado atracar un banco. Los cinco son mis amigos. Descubro su plan y les ruego que lo aborten. Les suplico que no lo hagan. Al final me apartan de su camino y ponen el plan en marcha. Me encaro con uno de los hombres y me peleo con él hasta que lo derribo. Los otros siguen adelante, roban el banco, un guardia es asesinado, los capturan, los juzgan y los sentencian… El hombre que no participó en el asalto está libre. Ahora os pregunto ¿de quién es la culpa de que los otros hombres hayan muerto?... Ahora bien, este hombre que anda libre podría decir: "Soy libre porque tengo un corazón muy bondadoso".
>
> La única razón de que sea libre soy yo; porque yo se lo impedí. Por eso, quienes van al infierno no pueden culpar a nadie más que a sí mismos. Quienes van al cielo no pueden alabar a nadie más que a Jesucristo. Por lo tanto, vemos que la salvación es todo gracia de principio a fin.[2]

Resulta difícil imaginar una ilustración que sea más inapropiada para describir la gracia de Dios en el evangelio del Señor Jesucristo. Cuando los habitantes de las aldeas de Galilea vieron las maravillosas obras del Señor y le pidieron que se fuera, él se fue. No invadió su espacio personal utilizando la violencia. Pelearse con alguien hasta derribarlo es una manera grotesca de ilustrar el amoroso llamamiento de Cristo. Además, la ilustración no tiene ni el más mínimo trazo de arrepentimiento por parte del hombre que acabó "libre".

Asimismo, me resulta más bien inconsistente que Tim Keller cite esta ilustración aprobándola en un libro en el que describe la elección como Dios escogiendo libremente a quienes vienen libremente. El hombre de la ilustración no "vino libremente". Keller lo menciona en su explicación a Romanos 9, en relación con la pregunta que parece acechar tras muchas de las expresiones del determinismo teológico:

> Porque la pregunta principal es: Si Dios podría salvar a todo el mundo, ¿por qué no lo hace? Aquí parece que lo que Pablo está diciendo es que el rumbo elegido por Dios (salvar a algunos y dejar a otros) será al final más adecuado

> para mostrar la gloria de Dios que cualquier otro esquema que podamos imaginar, lo cual nos puede parecer extraño, pero justo ese es el punto: no somos Dios, y no podemos saberlo todo o decidir qué es lo mejor.[3]

Cierto, no somos Dios y no podemos saberlo todo, y son muchos los temas que debemos dejar ahí; pero este no es uno de ellos. Porque, como hemos visto, las Escrituras nos dicen repetida y explícitamente que el criterio para el juicio es si una persona cree o no, una posición que defiende la responsabilidad moral humana y sí que tiene sentido. No hay nada raro en ella. Por lo tanto, ¿no sería posible que en este caso el sentido de extrañeza de Keller (que es, presumo, la injusticia) fuera una reacción instintiva y justificable a una injusticia real? Por supuesto, la respuesta a la pregunta de Keller es que Dios ha provisto una salvación que está disponible para todos, y el que una persona sea salva depende de dos factores: de parte de Dios, de la provisión de esa salvación; de nuestra parte, de nuestra fe, no de nuestro mérito; de si aprovechamos o no esa salvación con la capacidad de ejercitar confianza que Dios nos ha otorgado. De otro modo, tenemos un gran problema con la teodicea, pues no habría más que un escalón muy corto para acabar deduciendo que Dios es directamente responsable del mal.

Cuán distinta de la ilustración de Kennedy sobre la salvación es la que nos ofrece nuestro Señor en Juan 3: Moisés colocando una serpiente de bronce en un poste, con el mandato de que quienes fueran mordidos por las serpientes venenosas miraran a la serpiente de bronce y vivirían. Toda esa gente estaba envenenada, no podían salvarse a sí mismo, y mucho menos merecerse la salvación; pero sí podían mirar a la serpiente generosamente provista por Dios y vivir. Si no estaban dispuestos a mirar, morirían.

Al ir aceptando la incredulidad de Israel, Pablo regresa ahora a algunas de las lecciones que enseñó detalladamente al principio de la carta, donde usa a Abraham en particular como ejemplo de lo que es la fe (todo lo opuesto a las obras). El problema de la incrédula Israel es que, a pesar de descender físicamente de Abraham, no han comprendido la lección principal que su vida debía haberles enseñado: lo que significa confiar en Dios. Pablo define lo que ello supone de modo más preciso para su día: Israel ha topado con la piedra de tropiezo, Cristo. Esto lo hemos analizado con detalle en capítulos anteriores, y hemos visto cómo los judíos de la época de Pablo tropezaron repetidamente con el mensaje de Cristo de perdón y vida eterna a través del arrepentimiento y la fe. Ellos *trabajarían* por Dios, pero no *confiarían* en su Hijo el Mesías para salvación. Rehusaron creer cuando podían haber creído y se hicieron culpables.

Pero era todavía peor. Cuando contaba una parábola contra las autoridades religiosas de Jerusalén que buscaban asesinarlo, Cristo se identifica a sí mismo con la piedra de tropiezo:

> Pasó luego a contarle a la gente esta parábola: Un hombre plantó un viñedo, se lo arrendó a unos labradores y se fue de viaje por largo tiempo. Llegada la cosecha, mandó un siervo a los labradores para que le dieran parte de la cosecha. Pero los labradores lo golpearon y lo despidieron con las manos vacías. Envió otro siervo, pero también a este lo golpearon, lo humillaron y lo despidieron con las manos vacías. Entonces envió un tercero, pero aun a este lo hirieron y lo expulsaron.
>
> Entonces pensó el dueño del viñedo: "¿Qué voy a hacer? Enviaré a mi hijo amado; seguro que a él sí lo respetarán". Pero, cuando lo vieron los labradores, dialogaron entre ellos. "Este es el heredero —dijeron—. Matémoslo, y la herencia será nuestra". Así que lo arrojaron fuera del viñedo y lo mataron.
>
> ¿Qué les hará el dueño? Volverá, acabará con esos labradores y dará el viñedo a otros.
>
> Al oír esto, la gente exclamó: ¡Dios no lo quiera!
>
> Mirándolos fijamente, Jesús les dijo: Entonces, ¿qué significa esto que está escrito: "La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra angular"? Todo el que caiga sobre esa piedra quedará despedazado y, si ella cae sobre alguien, lo hará polvo.
>
> Los maestros de la ley y los jefes de los sacerdotes, cayendo en la cuenta de que la parábola iba dirigida contra ellos, buscaron la manera de echarle mano en aquel mismo momento. Pero temían al pueblo.
> Lucas 20:9-19

Esta parábola expresa muy acertadamente cómo los líderes religiosos se preparaban a sí mismos para ser vasijas de ira con su rechazo constante a los siervos del dueño de la viña y, por último, a su hijo amado. No lo hacían porque fueran marionetas impotentes colgando de unos hilos, por lo que el juicio de Dios sobre ellos por sus acciones era merecido y justo. No debemos olvidar que Pablo de Tarso formaba parte de la multitud de perseguidores. Fue una vasija de ira que se convirtió en vasija de misericordia.

Al comienzo de Romanos 10, Pablo repite los mismos intensos sentimientos que

expresó a comienzos del capítulo 9, revelando una vez más su amor por su pueblo:

> Hermanos, el deseo de mi corazón, y mi oración a Dios por los israelitas, es que lleguen a ser salvos. Puedo declarar en favor de ellos que muestran celo por Dios, pero su celo no se basa en el conocimiento. No conociendo la justicia que proviene de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios. De hecho, Cristo es el fin de la ley, para que todo el que cree reciba la justicia.
> Romanos 10:1-4

Lejos de abandonar a su pueblo por ser vasijas de ira, Pablo ora por su salvación. El hecho de que orara significaba que no pensaba que no hubiera ninguna esperanza para ellos ni que formaran parte de los "no-escogidos" cuyo destino estaba determinado y era final. Reconoce que el pueblo de Israel es celoso de Dios, pero su celo carece de conocimiento, lo cual era una tragedia para Pablo, puesto que ese celo era muy real. Ciertamente, cuando consideramos el celo que muchos de nuestros amigos y conocidos judíos muestran por Dios, nos hace cuestionarnos el grado de nuestro propio celo por él como cristianos. En ese aspecto pueden avergonzarnos.

Para Pablo, lo más triste era que sus congéneres judíos no entendían el gran mensaje que Abraham había comprendido cuando *le creyó Abraham a Dios, y esto se le tomó en cuenta como justicia* (Romanos 4:3). Volviendo a usar el relato de la fe de Abraham, Pablo argumenta en Gálatas que Israel no entendía que *la ley vino a ser nuestro guía encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe* (Gálatas 3:24). Pablo comprendía muy bien el tropiezo de ellos. Él mismo había sido celoso sobremanera de Dios, aplicando la ley con un celo que se expresaba por medio de una violenta persecución de la iglesia. No solo tropezó con la piedra: Dios mismo lo acusó de dar coces contra ella. Su determinación de establecer su propia justicia mediante un celoso desempeño de la ley había cegado a Pablo completamente, impidiéndole ver la justicia que Dios le ofrecía por medio de la fe en Cristo. En su celo extraviado por la ley, pensó que la estaba cumpliendo luchando contra Cristo, como los arrendatarios de la parábola. Al final, por la misericordia de Dios, sus ojos fueron abiertos.

Aquí está su arrepentida declaración:

> Yo mismo tengo motivos para tal confianza. Si cualquier otro cree tener motivos para confiar en esfuerzos humanos, yo más: circuncidado al octavo

día, del pueblo de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de pura cepa; en cuanto a la interpretación de la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que la ley exige, intachable.

Sin embargo, todo aquello que para mí era ganancia, ahora lo considero pérdida por causa de Cristo. Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo y encontrarme unido a él. No quiero mi propia justicia que procede de la ley, sino la que se obtiene mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios, basada en la fe.
Filipenses 3:4-9

Muchos cristianos, a pesar de no ser de etnia judía, entienden demasiado bien esa piedra de tropiezo. Da la impresión de que imaginar que, si hay un Dios, la única manera de ganarse su favor y aceptación es por el camino de la religiosidad, de nuestros propios intentos meritorios de mantener su ley, es endémico a la psique humana. Por naturaleza nos resulta difícil humillarnos, reconocer que somos pecadores y admitir que no podemos establecer nuestra propia justicia, sino que debemos aceptarla como un don gratuito de Dios a través de Cristo. Nos resulta difícil darle toda la gloria a Dios.

Para los judíos, sin embargo, esta es una enorme piedra de tropiezo y por eso Pablo vuelve una y otra vez a anclar el evangelio en el Antiguo Testamento. Los versículos que siguen explican cómo es Cristo el objetivo de la ley para justicia para todos los que creen, sean judíos o griegos:

Así describe Moisés la justicia que se basa en la ley: "Quien practique estas cosas vivirá por ellas". Pero la justicia que se basa en la fe afirma: "No digas en tu corazón: '¿Quién subirá al cielo?' (es decir, para hacer bajar a Cristo), o '¿Quién bajará al abismo?'" (es decir, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). ¿Qué afirma entonces? "La palabra está cerca de ti; la tienes en la boca y en el corazón". Esta es la palabra de fe que predicamos: que, si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo. Así dice la Escritura: "Todo el que confíe en él no será jamás defraudado". No hay diferencia entre judíos y gentiles, pues el mismo Señor es Señor de todos y bendice abundantemente a cuantos lo invocan, porque "todo el que invoque el nombre del Señor será salvo".

Romanos 10:5-13

Al comienzo de este pasaje, Pablo cita Levítico 18:5 en relación a la naturaleza de un estatus de justicia basado en la ley. Anteriormente en Romanos ha demostrado que el problema no es la ley: es que nadie puede mantener la ley. Ciertamente, la función de la ley es actuar como una especie de termómetro espiritual: *Por tanto, nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, mediante la ley cobramos conciencia del pecado* (Romanos 3:20).

Merece la pena comparar este pasaje con Gálatas 3, donde Pablo también cita Levítico 18:5 (*Observad mis estatutos y mis preceptos, pues todo el que los practique vivirá por ellos*):

> Ahora bien, es evidente que por la ley nadie es justificado delante de Dios, porque "el justo vivirá por la fe". La ley no se basa en la fe; por el contrario, "quien practique estas cosas vivirá por ellas" … Entonces, ¿cuál era el propósito de la ley? Fue añadida por causa de las transgresiones hasta que viniera la descendencia a la cual se hizo la promesa… Si esto es así, ¿estará la ley en contra de las promesas de Dios? ¡De ninguna manera! Si se hubiera promulgado una ley capaz de dar vida, entonces sí que la justicia se basaría en la ley. Pero la Escritura declara que todo el mundo es prisionero del pecado, para que mediante la fe en Jesucristo lo prometido se les conceda a los que creen. Antes de venir esta fe, la ley nos tenía presos, encerrados hasta que la fe se revelara. Así que la ley vino a ser nuestro guía encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero, ahora que ha llegado la fe, ya no estamos sujetos al guía. Todos vosotros sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús…
> Gálatas 3:11-12, 19, 21-26

Así pues, la función adecuada de la ley es hacer que la gente sea consciente de su pecado para que confíen en Cristo y no en sus propios méritos para ser justificados. Cristo es el objetivo de la ley, el único que cumplió toda la ley y es quien nos ofrece justicia si confiamos en él.

Pablo continúa explicando:

> Pero la justicia que se basa en la fe afirma: "No digas en tu corazón: '¿Quién subirá al cielo?' (es decir, para hacer bajar a Cristo), o '¿Quién bajará al abismo?' (es decir, para hacer subir a Cristo de entre los muertos)".
> Romanos 10:6-7

La frase *no digas en tu corazón* está tomada de Deuteronomio:

> [Para que no] digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza…No pienses en tu corazón cuando el Señor tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti…
> Deuteronomio 8:17; 9:4 RV60

Se le había advertido a Israel de que no se jactara de su propio mérito, unos sentimientos opuestos al tema de la ley-justicia, que habrían sido reconocidos por los lectores de Pablo. Sin embargo, Pablo no cita el cuerpo de estas afirmaciones, sino que usa la frase para recordar a sus lectores un pasaje posterior de Deuteronomio:

> Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.Deuteronomio 30:11-14

Nadie tenía excusa alguna para decir que el mensaje estaba demasiado lejos o era demasiado difícil. Dios se lo había revelado a Moisés y él lo compartió con el pueblo. Todo lo que ellos tenían que hacer era tomar posesión de él.

Pablo lo aplica también al mensaje del evangelio en su día, cuando la revelación completa de Dios había venido por medio de la encarnación y resurrección de Jesús. Tristemente, fue precisamente ese tipo de orgullo extraviado descrito en Deuteronomio 8 y 9 lo que provocó que los judíos de la época de Pablo rechazaran tanto la encarnación como la resurrección. Ascender al cielo para traer al Mesías abajo o descender al abismo para traerlo de entre los muertos son actitudes cínicas sobre Cristo de parte de quienes no se lo toman en serio.

El cinismo es muy bueno inventándose excusas y Pablo no le deja salirse con la suya. Señala claramente que no tienen ninguna excusa, puesto que las buenas nuevas sobre Jesús no son ni lejanas ni difíciles. Han sido traídas todo lo cerca que era posible:

> ¿Qué afirma entonces? “La palabra está cerca de ti; la tienes en la boca y en

el corazón". Esta es la palabra de fe que predicamos: que, si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo. Así dice la Escritura: "Todo el que confíe en él no será jamás defraudado". No hay diferencia entre judíos y gentiles, pues el mismo Señor es Señor de todos y bendice abundantemente a cuantos lo invocan, porque "todo el que invoque el nombre del Señor será salvo".
Romanos 10:8-13

Una vez que la encarnación, muerte y resurrección de Jesús han tenido lugar, la base para la salvación ha quedado establecida para todos los que confiesan el nombre del Señor. En ningún momento se sugiere que el cinismo de los judíos se deba a la decisión determinista y arbitraria de Dios. Pueden ser salvos con solo hacer dos cosas.

En primer lugar, confesar con sus bocas que Jesús es el Señor (una fórmula confesional cristiana muy temprana), haciendo público que creen que él es el Hijo de Dios, lo cual afirmará su creencia en la encarnación.

Lo segundo es creer en sus corazones en la resurrección de Jesús.

Nótese que el orden de estas respuestas se expresa en ambos sentidos: el primero refleja el orden de Deuteronomio, el segundo el orden natural: primero creer en el corazón, luego la confesión pública. Pablo parece considerarlos inseparables.

¡Tanto tu boca como tu corazón te pertenecen! El habla y la confianza son algo de lo que eres capaz. Dios ha implantado ambas capacidades en ti como parte de su imagen. Pablo vuelve a repetir la frase que ya mencionó en relación con la piedra de tropiezo: *Todo el que confíe en él no será jamás defraudado* (versículo 11). Esto es para todo el mundo, judíos y gentiles. No se hace ninguna distinción entre ellos en lo que respecta a la base para la salvación; aunque, como veremos en Romanos 11, aún hay diferencias en relación con sus respectivos roles en el cumplimiento del propósito de Dios en la historia.

La rica salvación de Dios está, pues, disponible, para todos los que estén dispuestos a *invocar el nombre del Señor*, de acuerdo con la profecía de Joel: *Y todo el que invoque el nombre del Señor escapará con vida* (Joel 2:32). Fue con esas mismas palabras con las que el apóstol Pedro presentó el cristianismo al mundo el día de Pentecostés (Hechos 2:21). Le dijo a la multitud que la profecía de Joel sobre el derramamiento del Espíritu de Dios acababa de cumplirse como

consecuencia de la resurrección de Jesús de entre los muertos. El clímax de su sermón fue:

> "Por tanto, sepa bien todo Israel que a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Mesías".
>
> Cuando oyeron esto, todos se sintieron profundamente conmovidos y les dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: —Hermanos, ¿qué debemos hacer?
>
> —Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados —les contestó Pedro—, y recibiréis el don del Espíritu Santo. En efecto, la promesa es para vosotros, para vuestros hijos y para todos los extranjeros, es decir, para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar.
> Hechos 2:36-39

Muchos de los que lo escucharon quedaron devastados al descubrir que habían asesinado a su Mesías. *¿Qué debemos hacer?* exclamaron. Pedro les dijo lo que debían realizar porque eran capaces de hacerlo. Dios los estaba llamando a través del evangelio, a todos ellos, cercanos y lejanos. Había venido tan cerca que su Espíritu estaba en medio de ellos. Había provisto salvación para ellos en Jesús. Lo único que tenían que hacer era arrepentirse e invocar su nombre; y puesto que lo habían crucificado públicamente, debían mantenerse alejados de la multitud que lo rechazaba y bautizarse públicamente en su nombre.

Volviendo a Romanos 10, descubrimos que Pablo no quiere dejar margen alguno en su deseo de atribuir la responsabilidad de rechazar al Mesías justa y honestamente a sus compatriotas, no a la elección inescrutable o determinista de Dios. Si ese hubiera sido el caso, lo único que habría tenido que decir es que no eran de los escogidos, y punto y final.

¿Se puede resistir a la gracia de Dios?

El corolario lógico de la "U" ("elección incondicional" [unconditional election]) del acróstico TULIP es la "I" ("gracia irresistible" [irresistible grace]). En los siguientes párrafos, Pablo demuestra de modo concluyente que los judíos tuvieron todas las oportunidades posibles de invocar el nombre del Señor. Podían haber creído, pero no lo hicieron, por lo que son culpables. Son culpables de resistirse a la gracia de Dios. Por lo tanto, la gracia de Dios es resistible, demostrando una vez más que el determinismo teológico es falso.

Pablo considera ahora cuatro excusas posibles para la incredulidad de Israel:

> ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído?
>
> ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?
>
> ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique?
>
> ¿Y quién predicará sin ser enviado? Así está escrito: "¡Qué hermoso es recibir al mensajero que trae buenas nuevas!".

Y continúa:

> Sin embargo, no todos los israelitas aceptaron las buenas nuevas. Isaías dice: "Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje?". Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo. Pero pregunto: ¿Acaso no oyeron? ¡Claro que sí! "Por toda la tierra se difundió su voz, ¡sus palabras llegan hasta los confines del mundo!". Pero insisto: ¿Acaso no entendió Israel? En primer lugar, Moisés dice: "Yo haré que vosotros sintáis envidia de los que no son nación; voy a irritaros con una nación insensata". Luego Isaías se atreve a decir: "Dejé que me hallaran los que no me buscaban; me di a conocer a los que no preguntaban por mí". En cambio, respecto de Israel, dice: "Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo desobediente y rebelde".
> Romanos 10:14-21

Es difícil resistirse a la lógica de Pablo. No puedes invocar a alguien si no crees en él; no puedes creer si no has oído; no puedes oír a menos que te hayan traído el mensaje; y el mensaje no puede predicarse a menos que Dios comisione a alguien para hacerlo; no es suficiente con que el mensajero pronuncie meras palabras.

Sin embargo, debemos prestar atención aquí a un problema de traducción. El texto griego no dice: "¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?"; sino la expresión más fuerte: *¿cómo creerán a aquel a quien no han oído?* No se trata de oír de manera superficial, como escuchar a alguien a medias mientras lees un libro. Se trata de escuchar con una profunda concentración. Si vas a creer en Cristo, no puedes solo oír sobre él, tienes que oírle a él. Debes oír su voz, y no solamente la voz del mensajero. Recordemos, *Mis ovejas oyen mi voz* (Juan 10:37). Dios habla a través de su Palabra (Jesús) y él se autentifica a sí mismo. Esa es la base del creer.

Como ocurre siempre con el evangelio, la iniciativa se halla en Dios. Él ha

comisionado y enviado a predicadores y maestros, en particular al propio Pablo, aunque Pablo no lo mencione aquí. El mensaje ha sido predicado y la gente ha oído la voz de Dios a través de él. Si no hubieran oído, tendrían una excusa por no creer en él. Pero han oído, por lo que no tienen excusa alguna para su incredulidad.

Es necesario insistir en que lo que Dios está diciendo a través de esta escritura es que ellos sí oyeron, lo cual refuta de nuevo el que ellos no oyeron porque no podían oír, que no estaban regenerados y estaban muertos en sus delitos y pecados. No estaban regenerados, pero, como Adán, eran perfectamente capaces de escuchar la voz de Dios.

Pablo respalda este argumento utilizando el Antiguo Testamento: *Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje*? Esta cita de Isaías 52:7 debería ser leída en paralelo con el uso que nuestro Señor hace del mismo texto profético en el Evangelio de Juan:

> Mientras tengáis la luz, creed en ella, para que seáis hijos de la luz. Cuando terminó de hablar, Jesús se fue y se escondió de ellos. A pesar de haber hecho Jesús todas estas señales en presencia de ellos, todavía no creían en él. Así se cumplió lo dicho por el profeta Isaías: "Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje, y a quién se le ha revelado el poder del Señor?". Por eso no podían creer, pues también había dicho Isaías: "Les ha cegado los ojos y endurecido el corazón, para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón ni se conviertan; y yo los sane".
> Juan 12:36-40

Isaías vio que llegaría un día en el que, como en su propio tiempo, el pueblo no creería en el mensaje que se les predicaría. Su profecía se cumplió cuando el pueblo se negó a creer en el Señor Jesús, a pesar de las muchas señales que hizo y de su llamamiento constante a que creyeran. En consecuencia, llegó un momento, como Isaías había predicho, en el que el Señor los endureció. Su comportamiento era como el del faraón

Habían oído. Ciertamente, Pablo señala que el mensaje había pasado al mundo gentil, como predecía el Salmo 19:4. El mundo, como Pablo explica en Romanos 1:20, tenía una conciencia general de la existencia y el poder de Dios gracias a la creación, pero, como señala Pablo en Romanos 9:4, los judíos tenían un conocimiento mucho mayor gracias a la revelación que Dios les había dado en la época del Antiguo Testamento en términos de pactos, rituales y profecía.

Pablo introduce en este punto una nueva posibilidad de excusa: ¿puede que hubieran oído el mensaje pero no lo hubieran entendido? ¿No ha dicho ya antes en este capítulo que Israel era ignorante? Es cierto que eran ignorantes en el sentido de que no entendían la diferencia entre la justicia basada en la ley y la justicia que viene por medio de la fe; pero no eran ignorantes de las Escrituras. Moisés ya se lo dijo en Deuteronomio 31:21. Si los gentiles, que tenían un conocimiento mínimo comparado con Israel, habían llegado a invocar el nombre del Señor, uno no puede pensar en serio que Israel no sabía. Pablo cita a Isaías para enfatizar este punto:

> Luego Isaías se atreve a decir: "Dejé que me hallaran los que no me buscaban; me di a conocer a los que no preguntaban por mí".
> Romanos 10:20

Israel debería haber sabido, puesto que hasta los gentiles encontraron al Señor.

Debemos hacer otra observación aquí. El propósito de Pablo al citar el Antiguo Testamento no es simplemente establecer que las Escrituras señalan que Israel tendría una reacción negativa hacia el evangelio. Está demostrando una y otra vez que el Antiguo Testamento enseña que llegaría un día en el que el mensaje se llevaría a las naciones gentiles, lo cual debía ser reconfortante no solo para el *apóstol de los gentiles* (Romanos 11:13), sino también para los creyentes gentiles.

Pablo termina el capítulo con una declaración franca y conmovedora. Cita el llamamiento de Dios a Israel en Isaías 65:2:

> En cambio, respecto de Israel, dice: "Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo desobediente y rebelde".
> Romanos 10:21

Extender las manos hacia alguien es un símbolo universal de invitación, ruego y bienvenida. Este es el abierto gesto que Dios hace a Israel, incluso cuando se rebelan. Su voluntad se expresa con sus manos extendidas: desea que Israel regrese, pero ellos no le quieren. Si aceptamos el determinismo teísta, resulta difícil no ver este gesto como una actuación engañosa y deshonesta. Sugiere que Dios tiene una "voluntad pública dispuesta" por la cual quiere salvar a todos, mientras que a la vez tiene una "voluntad secreta" o "decretadora" por la cual hace ya tiempo decidió que cierta gente debería perecer eternamente. Su única oportunidad de responder a Dios sería si Dios les diera la fe para hacerlo, pero él ha decidido no dársela. Sin duda, no es eso lo que unas manos extendidas expresan.

Una afirmación que se suele citar mucho en este contexto es esta de Moisés:

> Lo secreto le pertenece al Señor nuestro Dios, pero lo revelado nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que obedezcamos todas las palabras de esta ley.
> Deuteronomio 29:29

Este pasaje nos dice que Dios no nos lo ha revelado todo. Sin embargo, algo muy distinto es reclamar que las cosas secretas incluyen una voluntad no revelada de Dios que contradice todo lo que sí ha sido revelado como, por ejemplo, este fragmento de revelación:

> El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.
> 2 Pedro 3:9

Teológicamente, sería muy peligroso sugerir que la voluntad y el deseo de Dios, revelados aquí, de que nadie perezca y que todos alcancen el arrepentimiento, queda contradicho por una voluntad secreta que dice justo lo opuesto. No se trata de una paradoja, sino de una contradicción en toda regla. Una paradoja tiene dos caras, cada una de las cuales se considera cierta, a pesar de que (todavía) no sabemos cómo reconciliarlas. Una contradicción tiene dos caras que vemos que no pueden reconciliarse. Dios no tiene tratos con contradicciones.

Otro peligro teológico que surge cuando se recurre a la voluntad *secreta* y la agenda de Dios es el argumento principal del Nuevo Testamento de que el Señor Jesucristo nos *revela* a Dios en toda su gloria. Jesús es, según Hebreos 1:3, *el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es*. Esta declaración es muy poderosa y clara, y afirma que el carácter de Jesús es el carácter de Dios. Por lo tanto, si deseamos conocer exactamente cómo es Dios, tenemos que mirar a Jesús.

Cuando lo hacemos en nuestro contexto actual, hallamos que la actitud abierta de las manos extendidas del llamamiento de Dios a Israel en Romanos 10 es exactamente igual al conmovedor sentimiento que Jesús expresó cuando vio la incredulidad de Jerusalén:

> ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste! Pues bien, vuestra casa va a

quedar abandonada. Y os advierto que ya no volveréis a verme hasta que digáis: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!".
Mateo 23:37-39

Uno pensaría que este generoso llamamiento del mismo Jesús, el Hijo de Dios, sería irresistible. Anhelaba mostrarles misericordia y rodearlos con sus brazos. Es un ofrecimiento profundamente genuino. No hay ningún atisbo de ninguna agenda secreta o falsa en ella, ningún atisbo de que Dios podría haberlos salvado si les hubiera otorgado la fe para creer, pero prefirió no hacerlo. Ninguna actitud de Jesús contradiría la actitud de Dios. No debemos impugnar el carácter de Dios de esta manera. El ofrecimiento de Dios era completamente auténtico, hecho con el mismo corazón de amor que le llevó a ofrecer a su Hijo. Sin embargo, Dios no es un dictador cósmico y no podía o no quería forzarles a responder. Tenían elección y se resistieron a su gracia y lo rechazaron. El juicio de Dios terminó cayendo sobre Israel, aunque Pablo nos hablara en seguida de un próximo cambio de corazón.

---

1. D. M. Lloyd-Jones, *Romans Chapter 9* (Banner of Truth, 1991), 285.
2. D. J. Kennedy, *Truths That Transform* (Revell, 1974), 39–40.
3. T. Keller, *Romans 8–16 For You* (Good Book Company, 2015).

16
¿Israel tiene un futuro?

Pablo lleva ya dos tercios de larga y compleja argumentación. Aunque nuestro principal interés es ver cómo trata el asunto del determinismo teísta, es importante seguir el argumento hasta el final, puesto que todavía tiene que discutir el endurecimiento por el que ha pasado Israel.

En primer lugar, rastrea las acciones soberanas de Dios en la historia para mostrar que, a pesar de la desobediencia de Israel, la palabra de Dios en lo que respecta a Israel no ha quedado en nada. Pasa a exponer que la obediencia de Israel es culpa suya: al rechazar al Mesías, se hacen completamente responsables del triste estado en el que se encuentran. Se insiste en que no es culpa de Dios; él ha tomado la iniciativa y en su cuidado soberano ha provisto todo lo necesario para que ellos respondan y sean salvos.

Finalmente, Pablo aborda la cuestión del futuro. ¿La conclusión que debemos extraer de los capítulos 9 y 10 es que Dios ha rechazado a su pueblo? Volvemos a insistir de nuevo en que Pablo sigue hablando de la nación de Israel, como ha estado haciendo todo el rato. No dice, "Por supuesto que Dios no ha rechazado a su pueblo, puesto que su pueblo es ahora la iglesia y todas las promesas hechas a Israel en el Antiguo Testamento se han cumplido y se cumplirán en última instancia en la iglesia". Si ese fuera el caso, Pablo solo tendría que señalarlo y finalizar su argumento en ese punto con una sola frase.

Pero ese no es el caso. Su evidencia de que Dios no ha rechazado a su pueblo Israel es que sigue habiendo gente de esa nación, judíos étnicos, que creen en Jesús como Mesías. Como primer ejemplo, Pablo se menciona a sí mismo, señalando que él es un israelita, pues es físicamente descendiente de Abraham.

> Por lo tanto, pregunto: ¿Acaso rechazó Dios a su pueblo? ¡De ninguna manera! Yo mismo soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín.
> Romanos 11:1

Nótese que Pablo no dice, "yo era descendiente de Abraham y ahora soy cristiano". Pablo es cristiano, pero no deja de ser judío, un miembro de Israel. Su

propia existencia evidencia que Dios no ha rechazado a su pueblo Israel.

> Dios no rechazó a su pueblo, al que de antemano conoció. ¿No sabéis lo que relata la Escritura en cuanto a Elías? Acusó a Israel delante de Dios: "Señor, han matado a tus profetas y han derribado tus altares. Yo soy el único que ha quedado con vida, ¡y ahora quieren matarme a mí también!". ¿Y qué le contestó la voz divina? "He apartado para mí siete mil hombres, los que no se han arrodillado ante Baal". Así también hay en la actualidad un remanente escogido por gracia. Y, si es por gracia, ya no es por obras; porque en tal caso la gracia ya no sería gracia.
> Romanos 11:2-6

Durante siglos, Dios ha conocido y tratado a su pueblo. Nótese que desde el primer versículo Pablo está hablando de toda la nación, por lo que el concepto de conocer de antemano se aplica a toda la nación. Dios no los ha desechado, aunque haya habido veces en las que el número de los que seguían al Señor en Israel era muy pequeño. Pero a menudo el grupo de creyentes genuinos era también mayor de lo que la gente pensaba. Por ejemplo, Elías, deprimido, siente que es el único que queda, pero Dios lo conforta diciéndole que quedan unos siete mil que no han capitulado ni han alabado a los dioses falsos. Cuando estamos desanimados es muy fácil que veamos desproporcionadamente las cosas. Dejamos de ser objetivos y nuestra autocompasión nos puede hacer sentir que somos los únicos que seguimos intentando sostener la verdad.

Así pues, dice Pablo, incluso ahora existe un remanente que ha sido elegido por gracia. Vuelve a insistir en que la gracia de Dios ni es merecida, ni Dios decide por ellos independientemente de sus respuestas. Eso contradiría todo lo que ha estado afirmando en Romanos 10. Dios se acerca con los brazos abiertos de par en par y quienes responden son elegidos por gracia. Un gran número ya lo ha hecho.

> ¿Qué concluiremos? Pues que Israel no consiguió lo que tanto deseaba, pero sí lo consiguieron los elegidos. Los demás fueron endurecidos, como está escrito: "Dios les dio un espíritu insensible, ojos con los que no pueden ver y oídos con los que no pueden oír, hasta el día de hoy". Y David dice: "Que sus banquetes se les conviertan en red y en trampa, en tropezadero y en castigo. Que se les nublen los ojos para que no vean, y se encorven sus espaldas para siempre".
> Romanos 11:7-10

Pablo plantea una cuestión muy similar en Romanos 9:30. La respuesta que dio

fue que *no la buscaban por la fe*. Y no se contradice ahora diciendo que los "elegidos", en el sentido de un grupo arbitrariamente elegido dentro de Israel, lo obtuvieron, mientras que los demás "fueron endurecidos" por el mismo decreto arbitrario. Pablo lo explica (véase Romanos 11:7-10) utilizando una cita del Antiguo Testamento que nos lleva de vuelta a Deuteronomio e Isaías. Considerémoslas en sus contextos más amplios.

> Estos son los términos del pacto que, por orden del Señor, hizo Moisés en Moab con los israelitas, además del pacto que ya había hecho con ellos en Horeb. Moisés convocó a todos los israelitas y les dijo: "Vosotros visteis todo lo que el Señor hizo en Egipto con el faraón y sus funcionarios, y con todo su país. Con vuestros propios ojos visteis aquellas grandes pruebas, señales y maravillas. Pero hasta este día el Señor no os ha dado mente para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír. Durante los cuarenta años que os guie a través del desierto, no se os desgastó la ropa ni el calzado. No comisteis pan ni bebisteis vino ni ninguna bebida fermentada. Esto lo hice para que supierais que yo soy el Señor vuestro Dios.
>
> Cuando llegasteis a este lugar, Sijón, rey de Hesbón, y Og, rey de Basán, salieron a pelear contra nosotros, pero los derrotamos. Tomamos su territorio y se lo dimos como herencia a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés.
>
> Ahora, cumplid con cuidado las condiciones de este pacto para que prosperéis en todo lo que hagáis".
> Deuteronomio 29:1-9

Dios demuestra su gracia al final de la travesía por el desierto renovando su pacto con Israel. Acaba de exponer ante ellos una larga lista de bendiciones y maldiciones, y ha demostrado que el que experimenten unas u otras dependerá de si obedecen o desobedecen su palabra. Han disfrutado de una amplia evidencia de la presencia y bondad de Dios a lo largo de muchos años. Incluso ahora, Dios está dispuesto a ser generoso con ellos y prometerles un futuro. La falta de entendimiento y la ceguera no son permanentes.

Pablo continúa haciendo dos referencias al profeta Isaías. La primera es del relato del llamamiento y comisión de Isaías para hablar la palabra de Dios a Israel:

> Entonces oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Y respondí: Aquí estoy. ¡Envíame a mí! Él dijo: Ve y dile a este

> pueblo: “Oíd bien, pero no entendáis; mirad bien, pero no percibáis”. Haz insensible el corazón de este pueblo; embota sus oídos y cierra sus ojos, no sea que vea con sus ojos, oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta y sea sanado.
> Isaías 6:8-10

La segunda referencia es esta:

> El Señor ha derramado sobre vosotros un espíritu de profundo sueño; a los profetas les cubrió los ojos, a los videntes les tapó la cara. Para vosotros, toda esta visión no es otra cosa que palabras en un rollo de pergamino sellado. Si le dan el rollo a alguien que sepa leer, y le dicen: “Lee esto, por favor”, este responderá: “No puedo hacerlo; está sellado”. Y, si le dan el rollo a alguien que no sepa leer, y le dicen: “Lee esto, por favor”, este responderá: “No sé leer”.
>
> El Señor dice: “Este pueblo me alaba con la boca y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Su adoración no es más que un mandato enseñado por hombres. Por eso, una vez más asombraré a este pueblo con prodigios maravillosos; perecerá la sabiduría de sus sabios, y se esfumará la inteligencia de sus inteligentes”. ¡Ay de los que, para esconder sus planes, se ocultan del Señor en las profundidades; cometen sus fechorías en la oscuridad, y piensan: “¿Quién nos ve? ¿Quién nos conoce?”! ¡Qué manera de falsear las cosas! ¿Acaso el alfarero es igual al barro? ¿Puede un objeto decir del que lo modeló: “Él no me hizo”? ¿Puede una vasija decir de su alfarero: “Él no entiende nada”? Muy pronto el Líbano se convertirá en campo fértil, y el campo fértil se convertirá en bosque. En aquel día podrán los sordos oír la lectura del rollo, y los ojos de los ciegos podrán ver desde la oscuridad y la penumbra.
> Isaías 29:10-18

He dado el contexto más amplio para mostrar que Isaías 29 utiliza la imagen del alfarero y la arcilla mencionada en Romanos 9; y es también la fuente de las palabras que nuestro Señor dijo a los hipócritas líderes religiosos en Mateo, como ya hemos discutido.

El mensaje es consistente con Romanos 9. No se produce un endurecimiento arbitrario de Israel. Dios solamente actúa tras mostrar una larga paciencia ante su comportamiento desobediente. Les ofrece evidencia tras evidencia de su presencia y cuidado antes de ejecutar su prerrogativa completamente justa de

cegarlos para que ya no puedan seguir viendo la evidencia. Incluso entonces, como hemos visto en Isaías 29:18-19, Dios todavía tienen esperanza para la nación, una esperanza a la que Pablo se referirá pronto en Romanos 11.

Pablo corrobora su análisis con otra cita, esta vez de los Salmos:

> Tú bien sabes cómo me insultan, me avergüenzan y denigran; sabes quiénes son mis adversarios. Los insultos me han destrozado el corazón; para mí ya no hay remedio. Busqué compasión, y no la hubo; busqué consuelo, y no lo hallé. En mi comida pusieron hiel; para calmar mi sed me dieron vinagre. Que se conviertan en trampa sus banquetes, y su prosperidad en lazo. Que se les nublen los ojos, para que no vean; y que sus fuerzas flaqueen para siempre.
> Salmo 69:19-23

Pablo recuerda un tiempo en el que el rey David estaba rodeado de implacables y violentos enemigos. Mientras David los contemplaba abatido, le pide a Dios que actúe y detenga sus manos.

En todas estas citas la ceguera es judicial: no es un acto arbitrario sino la respuesta divina a la incredulidad y el comportamiento antiDios. El castigo encaja con el crimen. El punto principal es que todas estas reacciones se anticiparon en el Antiguo Testamento.

Resulta esclarecedor comparar estos ejemplos de Dios cegando a gente obcecada con la ocasión en Hechos 13:6-12, donde Pablo ejercita la autoridad que Dios le dio y Elimas, el mago que se oponía a Pablo, queda temporalmente ciego. Dios también cegó a Pablo en el camino a Damasco y no pudo volver a ver hasta que no permitió que un cristiano, Ananías, le impusiera las manos, llamándole hermano Saulo (Hechos 9:17-18). Fue un momento en el que se produjo una tremenda transición, cuyas implicaciones afectaron a toda la historia posterior, mientras Saulo, la vasija de ira, se transformaba en Pablo, vasija de misericordia.

Uno puede imaginarse fácilmente que la propia experiencia de Pablo le dio una enorme profundidad a su comprensión de la incredulidad de la nación y sus consecuencias.

> Ahora pregunto: ¿Acaso tropezaron para no volver a levantarse? ¡De ninguna manera! Más bien, gracias a su transgresión ha venido la salvación a los gentiles, para que Israel sienta celos. Pero, si su transgresión ha enriquecido al mundo, es decir, si su fracaso ha enriquecido a los gentiles,

> ¡cuánto mayor será la riqueza que su plena restauración producirá!
> Romanos 11:11-12

Continuando con la imagen utilizada en 9:32, Pablo describe ahora lo que ha ocurrido como una forma de tropiezo. Pregunta a qué equivale este tropiezo. ¿Significa que han caído, en el sentido de una caída irrevocable, sin esperanza alguna de volverse a levantar? La respuesta es un sonoro "No". Debido a los tropiezos de Israel (literalmente, paso en falso), la salvación ha llegado a los gentiles. La esperanza es que tenga el efecto de poner celosos a los judíos y acabar guiándolos a su arrepentimiento y conversión a Cristo. Si el fracaso y el pecado de Israel han supuesto una rica bendición para los gentiles, ¿puede uno imaginarse lo que significará su *plena restauración*? ¡Representaría una indecible bendición para todo el mundo, sean judíos o gentiles! Lo que les ha ocurrido a los judíos a través de su incredulidad no es permanente.

Recordemos que la iglesia en Roma estaba entonces étnicamente mezclada; había grupos tanto de judíos como de gentiles, aunque desconocemos por completo sus tamaños relativos. Podemos imaginarnos que hasta este momento ambos grupos estaban siguiendo la argumentación de Pablo con creciente interés. Los judíos que hubiera entre ellos compartirían el dolor de Pablo ante la incredulidad de Israel y se estarían preguntando cómo solucionarla; los gentiles desearían saber las implicaciones que la incredulidad de Israel tenía para la credibilidad del cristianismo.

> Me dirijo ahora a vosotros, los gentiles. Como apóstol vuestro que soy, le hago honor a mi ministerio, pues quisiera ver si de algún modo despierto los celos de mi propio pueblo, para así salvar a algunos de ellos. Pues, si el haberlos rechazado dio como resultado la reconciliación entre Dios y el mundo, ¿no será su restitución una vuelta a la vida?
> Romanos 11:13-15

El siguiente movimiento de Pablo es dirigirse a sus lectores gentiles y recordarles que él es el apóstol de los gentiles. Está orgulloso de ello (en el sentido correcto, por supuesto), pero quisiera dejar claro que no se olvida de sus compatriotas judíos. Al contrario, espera que su ministerio al mundo gentil provoque en algunos de sus compatriotas judíos el tipo de celos que podrían conducirlos a la salvación. A lo largo de los siglos una pura curiosidad celosa ha empujado a muchos judíos a reexaminar las declaraciones de Jesús. Al hacerlo, han descubierto lo que se les estaba escapando y han llegado a ser salvos

confiando en él como Señor. Millones de personas alrededor del mundo creen que el Dios del universo es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Por medio de Jesús, él mismo un judío, han llegado a creerlo. Sin duda eso debería hacer pensar a muchos y yo lo he utilizado muchas veces para provocar a la gente a pensar.

Pablo vuelve a repetir la afirmación que ha hecho en el versículo 12: si el rechazo de Israel ha conducido históricamente a que un gran número de gentiles sea salvo (y te puedes imaginar a Pablo dando saltos de alegría), si Israel fuera aceptado de nuevo, el efecto sería como una vuelta a la vida. Sin embargo, los celos pueden tener también el efecto de provocar arrogancia en la dirección contraria, y Pablo se da prisa en lidiar con ello. Utiliza dos metáforas para desarrollar estas ideas:

> Si se consagra la parte de la masa que se ofrece como primicias, también se consagra toda la masa; si la raíz es santa, también lo son las ramas. Ahora bien, es verdad que algunas de las ramas han sido desgajadas, y que tú, siendo de olivo silvestre, has sido injertado entre las otras ramas. Ahora participas de la savia nutritiva de la raíz del olivo. Sin embargo, no te vayas a creer mejor que las ramas originales. Y, si te jactas de ello, ten en cuenta que no eres tú quien nutre a la raíz, sino que es la raíz la que te nutre a ti. Tal vez dirás: "Desgajaron unas ramas para que yo fuera injertado". De acuerdo. Pero ellas fueron desgajadas por su falta de fe, y tú por la fe te mantienes firme. Así que no seas arrogante, sino temeroso; porque, si Dios no tuvo miramientos con las ramas originales, tampoco los tendrá contigo.
>
> Por tanto, considera la bondad y la severidad de Dios: severidad hacia los que cayeron y bondad hacia ti. Pero, si no te mantienes en su bondad, tú también serás desgajado. Y, si ellos dejan de ser incrédulos, serán injertados, porque Dios tiene poder para injertarlos de nuevo. Después de todo, si tú fuiste cortado de un olivo silvestre, al que por naturaleza pertenecías, y contra tu condición natural fuiste injertado en un olivo cultivado, ¡con cuánta mayor facilidad las ramas naturales de ese olivo serán injertadas de nuevo en él!
> Romanos 11:16-24

La metáfora principal es la de un olivo con sus raíces y sus ramas. Pablo está hablándole a sus lectores gentiles y los compara con un brote de olivo salvaje que ha sido injertado en el olivo en lugar de las ramas que se han desgajado. Deducimos por lo tanto que el árbol *cultivado* con ramas naturales representa a

Israel, siendo sus raíces los patriarcas. El olivo se utiliza en el Antiguo Testamento como una metáfora de Israel (por ejemplo, Jeremías 11:16). Oseas dice:

> Vuélvete, Israel, al Señor tu Dios. ¡Tu perversidad te ha hecho caer!... Yo corregiré su rebeldía y los amaré de pura gracia, porque mi ira contra ellos se ha calmado. Yo seré para Israel como el rocío, y lo haré florecer como lirio. ¡Hundirá sus raíces como cedro del Líbano! Sus vástagos crecerán, y tendrán el esplendor del olivo y la fragancia del cedro del Líbano. Volverán a habitar bajo mi sombra, y crecerán como el trigo. Echarán renuevos, como la vid, y serán tan famosos como el vino del Líbano.
> Oseas 14:1, 4-7

La relevancia que este pasaje tiene para Romanos 11 es evidente. Oseas menciona los tropiezos de Israel y le ruega que se vuelva al Señor, prometiéndole que florecerá de nuevo.

Los olivos se utilizan también como metáforas de los dos testigos en Zacarías 4. Estos testigos son literalmente "hijos del aceite", puesto que el olivo era la fuente del aceite de las lámparas del templo; también se utilizaba para alimentar las lámparas del candelabro del tabernáculo (véase Éxodo 27:20). Así pues, el olivo es una metáfora adecuada para hablar de testigos.

Todo esto encaja perfectamente en el contexto de Romanos 11, de donde podemos deducir razonablemente que el olivo representa a Dios en el mundo, comenzando con Abraham y los patriarcas (la raíz) y continuando a través de la historia con Israel. Durante muchos siglos, Israel ha cargado con la mayor parte del peso de dar testimonio de Dios al mundo, lo que no significa que ningún gentil se convirtiera en creyente (todo lo contrario, como ya hemos visto), pero Israel llevó a cabo buena parte del testimonio. Sin embargo, desobedecieron, por lo que las ramas naturales del olivo fueron desgajadas y se insertó un olivo salvaje. Dios disciplinó a Israel y les otorgó a los gentiles el privilegio de presentar su testimonio al mundo, lo cual lleva ya siglos ocurriendo, desde que Pablo fue nombrado apóstol de los gentiles. Sin embargo, como Pablo explica con todo detalle, esto no significa que ningún judío se convierta en creyente. Pablo no está hablando de judíos individuales siendo desgajados y perdidos eternamente. Está hablando del testimonio de la nación como un todo.

Pablo continúa advirtiendo a los gentiles de que no se vuelvan arrogantes y piensen que son superiores porque Dios ha desplazado el privilegio del

testimonio de Israel a ellos. Nunca deben olvidar que las ramas naturales siguen sosteniéndolos, y no al revés. El testimonio cristiano tiene sus raíces en el Antiguo Testamento. Descansa en el testimonio de Abraham y los patriarcas, Moisés y los profetas, y depende fundamentalmente del olivo natural para la línea física de descendencia del Mesías viniendo al mundo.

Es completamente cierto que las ramas naturales fueron desgajadas, pero ¿por qué?

> Pero ellas fueron desgajadas por su falta de fe, y tú por la fe te mantienes firme. Así que no seas arrogante, sino temeroso; porque, si Dios no tuvo miramientos con las ramas originales, tampoco los tendrá contigo. Por tanto, considera la bondad y la severidad de Dios: severidad hacia los que cayeron y bondad hacia ti. Pero, si no te mantienes en su bondad, tú también serás desgajado.
> Romanos 11:20-22

La advertencia no tiene ambages. Fue la incredulidad de Israel la que condujo a la pérdida de sus privilegios y estatus. Ahora los gentiles se mantienen firmes por su fe, pero deben tener cuidado de no permitir que la incredulidad se deslice sigilosamente dentro de ellos, pues de lo contrario también ellos perderán el privilegio.

Debemos insistir de nuevo en que Pablo no se está dirigiendo a creyentes gentiles individuales, amenazándolos con la condenación eterna si dejan de creer. Está hablando del peligro de que la iglesia gentil pierda su privilegio corporativo de ser el principal vehículo del testimonio de Dios al mundo.

Todos debemos tomar nota de que ni la bondad ni la severidad de Dios son arbitrarias o se basan en un principio oculto a nuestra vista; ni, por supuesto, que sean irrevocables. Debe tenerse en cuenta esta advertencia. Israel y Judá perdieron su camino transigiendo con las idolatrías y las prácticas inmorales de su época, con sus líderes y maestros pillados a menudo en apostasía. La gente perdió su confianza en la autoridad de la palabra de Dios y fueron arrastrados hacia una falsa sensación de seguridad. Rehusaron escuchar a los profetas que Dios les había enviado para advertirles de las consecuencias de su comportamiento. El exilio fue el resultado, y el templo, que era el núcleo de su testimonio, destruido.

Tristemente, resulta demasiado fácil encontrar paralelismo en la iglesia gentil cristiana practicante. Prominentes líderes de la iglesia niegan los fundamentos

del evangelio (particularmente todo aquello que sea sobrenatural, como la encarnación y la resurrección del Señor Jesús). Un aire de irrealidad ha empujado a manadas de personas a abandonar lugares de adoración, cambiándolos por centros comerciales y campos de deporte. Lenta pero inexorablemente Dios ha sido expulsado de la arena pública.

Dios no aguantará para siempre este fracaso a la hora de mantener un testimonio visible y claro en el mundo, dice Pablo. Igual que Israel perdió su rol, lo mismo le puede ocurrir a los gentiles. Si se alejan del pacto de Dios, también pueden ser desgajados.

¿Qué pasa entonces con Israel?

> Y, si ellos dejan de ser incrédulos, serán injertados, porque Dios tiene poder para injertarlos de nuevo. Después de todo, si tú fuiste cortado de un olivo silvestre, al que por naturaleza pertenecías, y contra tu condición natural fuiste injertado en un olivo cultivado, ¡con cuánta mayor facilidad las ramas naturales de ese olivo serán injertadas de nuevo en él!
> Romanos 11:23-24

Nótese la condición: *si ellos dejan de ser incrédulos*. Si se produce un cambio fundamental en su actitud hacia Dios, Dios los injertará de nuevo, y los judíos creyentes volverán a gozar de un rol mayor a la hora de dar testimonio de Dios al mundo, lo cual no debería sorprender a nadie. Si, *contra tu condición natural* (es decir, sin la ley ni el pacto), los gentiles fueron injertados en el árbol cultivado de Israel, el que se vuelva a injertar a Israel es algo que debe esperarse.

Hasta este punto los comentarios de Pablo han sido esencialmente condicionales: si tal, entonces cual. A partir de ahora alcanza el clímax de su larga argumentación y revela a sus lectores que, de hecho, Israel volverá a ser injertada de nuevo.

> Hermanos, quiero que entendáis este misterio para que no os volváis presuntuosos. Parte de Israel se ha endurecido, y así permanecerá hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles. De esta manera todo Israel será salvo, como está escrito: "El redentor vendrá de Sión y apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos cuando perdone sus pecados".
> Romanos 11:25-27

Pablo desvela ahora un misterio, un término que utiliza en muchas ocasiones para describir algo que antes estaba oculto pero que ahora está siendo revelado.

Les dice a los cristianos de Roma que Israel ha sido endurecido pero que el endurecimiento es temporal. Tendrá un fin cuando *haya entrado la totalidad de los gentiles*. No voy a entrar en la gran variedad de interpretaciones que se han ofrecido para esta frase, en primer lugar, porque ninguna me convence, y en segundo lugar porque no son relevantes para nuestro objetivo. Hasta este punto se nos ha indicado claramente que, igual que Israel perdió el derecho y el privilegio de ser el vehículo principal del testimonio de Dios en el mundo, los gentiles que han asumido ese cargo corren el riesgo de perderlo también, y por razones parecidas. No resulta evidente cómo encaja aquí la idea de la totalidad de los gentiles. Sin embargo, estamos también anticipando el fin de la desobediencia de Israel y la promesa de Pablo de que *todo Israel será salvo*, que parece más bien significar la mayor parte de la nación en lugar de cada uno de sus miembros.

Pablo cita Isaías 59:20 para confirmar esta esperanza. Israel será salvo cuando un redentor venga a encargarse de los pecados de la nación. En otras palabras, Israel no será salvo hasta que se arrepientan, reconozcan a su Mesías y lo que ha hecho por ellos, y Dios renueve su pacto con ellos.

Ya he aludido al hecho de que resulta polémico decir que Israel como nación tiene un futuro en los propósitos de Dios, incluso un Israel arrepentido. Aun así, la esperanza de la restauración de Israel estaba muy viva en la época de Cristo. Cuando se hallaba a punto de ascender a los cielos, informó a sus ansiosos discípulos que la restauración ocurriría, pero no en ese tiempo. Tendrían que esperar a que volviera del cielo (Hechos 1:6-11, y compárese con Hechos 3:21). Para tener más detalles sobre este tema, y por qué no resulta plausible sugerir aquí (o en cualquier otra parte de Romanos 9-11) que Pablo utiliza el término "Israel" para referirse a la iglesia en lugar de a la nación, consúltese mi libro sobre Daniel.[1]

El Redentor del que habla Isaías es el mismo Señor, y el texto de Romanos se hace eco de la predicción hecha en Apocalipsis:

> ¡Mirad que viene en las nubes! Y todos le verán con sus propios ojos, incluso quienes le traspasaron; y por él harán lamentación todos los pueblos de la tierra. ¡Así será! Amén.
> Apocalipsis 1:7

Pablo resume la situación desde su lugar privilegiado en la historia:

> Con respecto al evangelio, los israelitas son enemigos de Dios para bien vuestro; pero, si tomamos en cuenta la elección, son amados de Dios por

> causa de los patriarcas, porque las dádivas de Dios son irrevocables, como lo es también su llamamiento. De hecho, en otro tiempo vosotros fuisteis desobedientes a Dios; pero ahora, por la desobediencia de los israelitas, habéis sido objeto de su misericordia. Así mismo, estos que han desobedecido recibirán misericordia ahora, como resultado de la misericordia de Dios hacia vosotros. En fin, Dios ha sujetado a todos a la desobediencia, con el fin de tener misericordia de todos.
> Romanos 11:28-32

En términos del evangelio llegando al mundo, en la época en la que Pablo escribió Romanos, la mayor parte de Israel se oponía al evangelio (igual que había hecho Pablo). Aun así, cuando pensamos en el papel que Dios eligió que tuvieran en la historia, siguen siendo amados (entiendo que tanto por Dios como por Pablo) a causa de los patriarcas. De cualquier manera, Dios tomó la decisión soberana de darle ese rol a Israel, y eso es irrevocable. Dios no va a cambiar su mente a ese respecto. Tanto Israel como los gentiles han conocido tiempos de desobediencia y ambos han experimentado misericordia. Cuando pensamos en la estrategia soberana general de Dios en la historia, vemos que el propósito de Dios es tener misericordia de todos, no solo de un subgrupo escogido de gente, cuyo destino ha sido determinado sin referencia alguna a ellos, sino misericordia de todos los que estén dispuestos a responder a su ofrecimiento.

Estos capítulos son complicados; todo este tema es complicado. Todas las partes lo admitirán. A pesar de ello, tras considerar la intrincada manera en la que la soberanía de Dios y su don de la responsabilidad humana se entrelazan con los asuntos que atañen a naciones e individuos, por pequeño o inadecuado que nuestro entendimiento pueda ser, nuestros corazones y mentes se unirán sin duda a Pablo rebosando una optimista nota de alabanza por las incomparables misericordias de Dios.

> ¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos! ¿Quién ha conocido la mente del Señor, o quién ha sido su consejero? ¿Quién le ha dado primero a Dios, para que luego Dios le pague? Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él. ¡A él sea la gloria por siempre! Amén.
> Romanos 11:33-36

---

1. Véase la obra del autor: *Contra la corriente: La inspiración de Daniel en una era de relativismo* (Patmos, 2018), Apéndice A.

PARTE 5

GARANTÍA Y DETERMINISMO

17
La garantía cristiana

La exposición que Pablo hace en Romanos de la compleja interrelación entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana es impresionante en toda su extensión. Nos deja con una honda sensación de asombro y, aunque nos queda mucho por entender, también exuda un gozo inconfundible y una profunda certeza. Puede que no seamos capaces de responder a todas las preguntas, pero sabemos lo suficiente como para confiar en Dios con respecto a los niveles de misterio que quedan. Una pregunta que suele surgir es: ¿Qué grado de garantía puede disfrutar legítimamente un cristiano?

El tema de la garantía y la seguridad tienen su importancia en contextos más generales. El filósofo Immanuel Kant tenía una lista de cuestiones fundamentales que consideraba de una importancia central para orientarnos en el mundo. Una de ellas es: ¿Qué puedo saber?[1] La reivindicación de saber o estar seguro de algo o de alguien plantea toda una gama de preguntas (a menudo complicadas) que pertenecen a la disciplina filosófica de la epistemología. Mi objetivo aquí no es intentar responder a dichas preguntas filosóficamente, sino más bien tratar de comprender lo que la Biblia enseña sobre la materia.

Antes de centrarnos en ello, recordemos que la mayoría de nosotros vivimos en culturas en las que estar seguro de algo no solo está pasado de moda, sino que, sobre todo en lo que concierne a la religión, se suele considerar indeseable o hasta peligroso. Las "certezas" de la recompensa en el paraíso con las que los maestros fundamentalistas islámicos motivan a los jóvenes a participar en la yihad suicida son, tristemente, bien conocidas. En la mente popular, dicha certeza ha quedado vinculada a arrogancia y violencia, y es fácil entender por qué. Como reacción, mucha gente ha cedido ante el relativismo posmoderno en el no hay *nada* cierto. Por eso, cuando defendamos como cierto el cristianismo ante nuestros contemporáneos, debemos asegurarnos de que dejamos muy claro que nuestro Señor repudiaba la violencia para defenderlo a él mismo o a su mensaje.[2]

Ahora bien, resulta obvio si observamos la vida cotidiana que algunas cosas son,

por su propia naturaleza, inciertas (como la meteorología) y otras son universalmente ciertas (como la muerte y los impuestos, como diría Benjamin Franklin). Muchas otras se hallan entremedio. No puedo estar absolutamente seguro de que el vuelo que voy a coger no se estrellará, porque algunos se estrellan. Pero asumo el riesgo de volar porque las probabilidades de estrellarnos son muy bajas. No puedo estar absolutamente seguro de que sobreviviré a una operación médica rutinaria, pero la mayoría sobreviven, así que me arriesgo. No puedo estar absolutamente seguro de que un amigo no me vaya a traicionar, pero me fío mucho de él gracias a años de experiencia.

Es natural y normal que los seres humanos deseemos relaciones seguras, empleo, alojamiento, alimentos, cuidados médicos y un gran número de cosas que asociamos con "la buena vida". También la mayor parte de la vida comercial depende de la seguridad. Ciertamente, se podría decir que, en materia de seguridad, la confianza resulta central en todas sus áreas o, en otras palabras, la fe, lo cual nos conduce directamente de vuelta al asunto de este capítulo.

Cuando nos acercamos al tema de la garantía de la salvación, estaremos sin duda de acuerdo con lo que el Nuevo Testamento enseña: que quienes creen en Cristo como Señor, Salvador e Hijo de Dios están seguros. Jesús mismo lo afirma explícitamente: *el que cree tiene vida eterna* (Juan 6:47). Por lo tanto, este asunto está claro. Pero es que, además, el apóstol Juan enseñó más adelante que Dios desea que los creyentes sepan que poseen la vida eterna:

> Y el testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esa vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Os escribo estas cosas a vosotros, que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.
> 1 Juan 5:11-13

De ello se implica que la primera manera en la que podemos saber si tenemos vida eterna es asegurándonos de que *tenemos al Hijo*, una expresión que se explica en la frase siguiente y que significa *creer en el nombre del Hijo de Dios*. Este es el mensaje central del Evangelio de Juan, como ya hemos visto. En materia de la garantía de la vida eterna, lo primero que debemos comprobar es: ¿he confiado en Cristo para mi salvación?

Gran parte de la seguridad consiste en entender la naturaleza precisa de lo que significa la salvación por fe. La Biblia resalta a Abraham como un paradigma de un hombre que creyó a Dios, quien, como el resto de nosotros, deseaba estar

seguro del cumplimiento de las promesas que Dios le había hecho. Pablo lo cita cuando enseña a los creyentes dónde está su seguridad:

> En efecto, no fue mediante la ley como Abraham y su descendencia recibieron la promesa de que él sería heredero del mundo, sino mediante la fe, la cual se le tomó en cuenta como justicia… Por eso la promesa viene por la fe, a fin de que por la gracia quede garantizada para toda la descendencia de Abraham; esta promesa no es solo para los que son de la ley, sino para los que son también de la fe de Abraham, que es nuestro padre en común…
> Romanos 4:13, 16

El pasaje continúa contándonos la inamovible fe de Abraham en la promesa de Dios de que tendría un hijo a pesar de que tanto él como Sara eran muy ancianos:

> Ante la promesa de Dios no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido. Por eso se le tomó en cuenta su fe como justicia. Y esto de que "se le tomó en cuenta" no se escribió solo para Abraham, sino también para nosotros. Dios tomará en cuenta nuestra fe como justicia, pues creemos en aquel que levantó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor. Él fue entregado a la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.
> Romanos 4:20-25

A riesgo de repetirme hasta la saciedad, nótese que este texto no menciona en absoluto la elección incondicional. La certeza de Abraham descansaba en la fiabilidad del Dios en quién él confiaba, no en el mérito o las obras de Abraham. Quienes confían en Cristo pueden estar seguros, porque su salvación no es por obras sin por fe, y esa seguridad descansa en el carácter y solvencia de Aquel sobre quien está puesta esa fe.

Una segunda manera de saber que tenemos vida eterna es observando el trabajo moral y espiritual de nuestra fe en nuestro comportamiento:

> ¿Cómo sabemos si hemos llegado a conocer a Dios? Si obedecemos sus mandamientos. El que afirma: "Lo conozco", pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad.
> 1 Juan 2:3-4

> Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte.

1 Juan 3:14

Jesús dijo algo parecido cuando declaró *por sus frutos los conoceréis* (Mateo 7:20). Si no mostramos consistencia moral entre nuestras vidas y la creencia en Dios que profesamos, nadie nos creerá cuando digamos que conocemos a Dios. Es en este contexto en el que Pedro exhorta a sus lectores a *consolidar el llamamiento de Dios, que fue quien os eligió* (1 Pedro 1:10) desarrollando el carácter cristiano y las virtudes morales. La palabra "consolidar" significa "confirmar". Es decir, el desarrollo de virtudes morales cristianas visibles en la vida de una persona confirma que cuando dice que es creyente, su afirmación es auténtica. La verdadera fe en Dios quedará evidenciada por las consecuencias morales en la vida de un creyente.

Una tercera forma de saberlo es por medio del testimonio interno del Espíritu Santo que mora en cada creyente y le da un sentido intuitivo del conocimiento de Dios. El apóstol Pablo lo describe así:

> Y vosotros no recibisteis un espíritu que de nuevo os esclavice al miedo, sino el Espíritu que os adopta como hijos y os permite clamar: "¡Abba! ¡Padre!". El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.
> Romanos 8:15-16

A veces corremos el peligro de despreciar la intuición y, sin embargo, cuando se trata de conocer a personas en lugar de hechos, la intuición juega un importante papel, especialmente la intuición inducida por el Espíritu Santo de Dios que da testimonio a nuestro propio espíritu. Por supuesto, es prudente ratificar nuestra intuición con otras cosas, como las que ya hemos mencionado en relación con la garantía de la salvación, pero ese sentido interno tiene también un papel que jugar.

Hay quien responderá diciendo: "Sí, creo que el *creyente* tiene garantías. Después de todo, nuestro Señor así lo dice, como has señalado. Mi problema, sin embargo, es qué pasaría si dejo de creer. No me sirve de ningún consuelo hablar de la seguridad eterna del creyente si ya no creo".

Esta cuestión plantea la siguiente pregunta: ¿Es posible creer genuinamente en el evangelio y dejar de creer posteriormente? ¿Es posible perder la vida eterna una vez se posee? Y si es posible, ¿cómo afecta esto a mi seguridad de la salvación?

Seguridad elusiva

Teológicamente, las opiniones sobre este asunto están divididas. Como hemos visto, la P del acrónimo TULIP representa la perseverancia o preservación de los santos. Se considera que esa doctrina está íntimamente conectada con la doctrina de la elección incondicional (U [unconditional election]) por razones obvias: si Dios predetermina y escoge, el elegido no puede, por definición, convertirse en un no elegido. Por lo tanto, perseverarán.

No obstante, en la práctica, una cosa es creer que el elegido perseverará, y otra muy distinta estar seguro de que uno pertenece al rango de los elegidos. Ciertamente, da la impresión (paradójicamente) de que la doctrina de la perseverancia de los santos no conlleva necesariamente una genuina y profunda seguridad de la salvación.

Si les preguntamos a los que mantienen estas ideas cómo puede saber un hombre o una mujer si es o no uno de los elegidos, escogidos por Dios sin participación alguna por su parte (ciertamente no por sus méritos, pero tampoco siquiera por su fe), descubriremos que, de nuevo de manera paradójica, su confianza depende de su comportamiento. Existe, pues, una verdadera ironía en el hecho de que quienes creen en la elección incondicional tengan más problemas con la seguridad que los que no creen en ella. Aunque acepten más o menos por definición que los escogidos están seguros y nunca se perderán, ¿cómo pueden saber si están entre los elegidos?

El mismo Juan Calvino batalló contra ello:

> Porque no existe apenas una mente en la que no surja el pensamiento, ¿De dónde viene tu salvación si no es de la elección de Dios? Pero ¿qué prueba tienes de la elección? Una vez que este pensamiento ha tomado posesión de un individuo, lo hará perpetuamente miserable, sujetándole a un tormento atroz, o lo arrojará en un estado de completo estupor… Por lo tanto, porque tememos naufragar, debemos evitar esta roca, que es fatal para cualquiera que se tope con ella…[3]

Las agonías de la incertidumbre de muchos puritanos son bien conocidas. Por ejemplo, Edward Elliot, dice, escribiendo sobre grupos puritanos de Nueva Inglaterra:

> … como reacción a un estrés anterior relacionado con el aspecto de la seguridad de las doctrinas puritanas, los ministros buscaron volver a ganar el control enfatizando la incertidumbre. Observaron que, a la vista de la corrupción absoluta que los hombres heredaron de Adán, probablemente

fueran muy pocos los destinados al cielo. Argumentaban que, incluso si un hombre piensa que es salvo, lo más seguro es que esté equivocado. Se urgió a los candidatos a la membresía de las iglesias a examinarse en busca de maldades secretas y pruebas de condenación. Tras esas examinaciones, muchos comenzaron a pensar que no se merecían la elección. Tan ominoso era el mensaje de los ministros de Nueva Inglaterra, que quienes llegaban de Inglaterra en la década de 1640 y 1650 lo oirían en cuanto buscaran membresía en alguna iglesia.

Elliot continúa diciendo que

> … los ministros ponían mucho cuidado en señalar que ni siquiera un relato exitoso de la experiencia de la conversión podía aportar seguridad real de la elección: uno debe siempre dudar e indagar en su corazón. Advertían que hasta la confusión de un joven acerca de su llamamiento temporal podría ser evidencia de que se estaba engañando a sí mismo con respecto a su vida espiritual. Por lo tanto, en lugar de trabajar en su autoestima, los ministros llegaron incluso a transformar la idea del llamamiento en una efectiva herramienta para crear duda y, de paso, menoscabar el valor espiritual de la vida práctica de uno.

Elliot concluye:

> En conjunto, los desarrollos teológicos de Nueva Inglaterra en la década de 1640 y 1650 engendraron la "incertidumbre del resultado, [que] podía llevar y a menudo llevó a una tensión interna y una agonía del alma disruptiva en una sociedad nueva". Ciertamente, las crisis nerviosas y los suicidios no fueron infrecuentes.[4]

Mucho más recientemente, se ha señalado que R. C. Sproul ha dicho:

> Hace un tiempo tuve uno de esos momentos de una profunda conciencia de mí mismo… y de repente me golpeó la pregunta, "R. C., ¿y si no eres uno de los redimidos? ¿Y si tu destino no es, después de todo, el cielo sino el infierno?". Permítanme decirles que me invadió un escalofrío por todo el cuerpo que me atravesó desde la cabeza a los pies. Estaba aterrorizado… Comencé a repasar mi vida, y analicé mi comportamiento… No podía estar seguro de mi propio corazón y motivaciones. Entonces recordé Juan 6:68. Jesús había estado impartiendo duras enseñanzas, y muchos de sus seguidores lo habían abandonado. Cuando le preguntó a Pedro si él también iba a abandonarlo, Pedro dijo, "¿A dónde iré? Solo tú tienes palabras de vida

> eterna". Dicho de otro modo, Pedro también se sentía incómodo, pero se dio cuenta de que estar incómodo con Jesús era mejor que cualquier otra opción.[5]

Esta interpretación es muy extraña. No existe ninguna evidencia de que Pedro estuviera "incómodo". Lo que estaba haciendo era expresar su segura convicción de que Jesús era único en sus palabras de vida eterna, como se revela en el siguiente versículo. La afirmación de Sproul muestra una vez más que la creencia determinista de que la elección se debe enteramente a un acto aparentemente arbitrario de Dios puede conducir al estrés y la duda: pues aquí estoy, pero no puedo hacer nada por mi salvación, pero, para poder saber si soy salvo o no, tengo que ponerme a hacer una profunda introspección para ver si encuentro alguna evidencia que lo certifique. Según ese planteamiento, la elección se debe completamente a Dios, pero mi conocimiento de ello completamente a mí, lo cual no parece más que un método infalible para la inseguridad. El estudioso del Nuevo Testamento Howard Marshall bromea:

> Quienquiera que dijera: "El calvinista sabe que no puede perder la salvación, pero no sabe si la ha conseguido", lo resumió a la perfección.[6]

En cierto sentido, no nos debería sorprender. La certeza verdadera descansa sobre el hecho de que uno se ha acercado con las manos vacías para confiar y recibir perdón del Salvador que nos ofrece, él mismo, estas magníficas palabras de garantía:

> … el que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida.
> Juan 5:24

Como Pedro le dijo a Jesús en las palabras citadas antes, *nosotros hemos creído, y sabemos…* (Juan 6:69). La seguridad está ligada a la fe en Cristo, no tanto en el sentido de su cantidad sino de su objeto, Cristo mismo.

Podemos ilustrar este tema con una experiencia humana común. Tenemos al joven Jim, que está sentado abatido en su habitación, preguntándose si de verdad ama a Jane y si debería o no pedirle que se case con él. Sus sentimientos le desbordan y, cuanto más intenta analizarlos, más inseguro está. Un amigo, Tom, llega y le anuncia que acaba de hablar con Jane en el parque, y le comenta lo afortunado que es Jim de tener una novia tan maravillosa como ella. Mientras Jim escucha la descripción que Tom hace de Jane, su depresión y duda se desvanecen y son reemplazadas por una sensación de seguridad. ¿Qué es lo que

ha provocado la diferencia? Su mente ha sido redirigida a pensar sobre Jane en lugar de en sus sentimientos hacia ella. Y cuanto más piensa un cristiano en Cristo, en lugar de en sus propios sentimientos o fe, más segura crecerá esa fe.

¿Qué ocurre si alguien deja de creer?

Por un lado, no se nos debería olvidar que hay muchos cristianos que sostienen que una de las implicaciones de la libertad humana es que debería ser posible que los creyentes renunciaran a su salvación y que realmente la perdieran. Citan como evidencia los famosos "pasajes de advertencia" de Hebreos 6 y 10, que analizaremos en el capítulo 19. Esta postura suele considerarse típica "arminiana".

Argumentaré, sin embargo, que ni esta opinión ni la del determinismo teológico le hacen justicia a las Escrituras. Mantengo que las Escrituras enseñan, por un lado, que la vida eterna es precisamente eso, eterna, por lo que, casi por definición, no se puede perder. La regeneración es irreversible. Es decir, sostengo que Dios sí que "preserva a los santos" en el sentido de que un creyente genuino no se puede perder; pero (y es una reserva importante), la razón no se halla en la noción de elección incondicional.

Para contextualizar esta cuestión, veamos lo que Jesús mismo enseñó. Cuando envió a sus discípulos a predicar el evangelio, dio instrucciones para que supieran qué reacciones debían esperar. Les contó la famosa parábola del sembrador que, como él mismo observó (Marcos 4:13), es fundamental para entender todas las demás parábolas.

> De cada pueblo salía gente para ver a Jesús y, cuando se reunió una gran multitud, les contó esta parábola: "Un sembrador salió a sembrar. Al esparcir la semilla, una parte cayó junto al camino; fue pisoteada, y los pájaros se la comieron. Otra parte cayó sobre las piedras y, cuando brotó, las plantas se secaron por falta de humedad. Otra parte cayó entre espinos que, al crecer junto con la semilla, la ahogaron. Pero otra parte cayó en buen terreno; así que brotó y produjo una cosecha del ciento por uno".
>
> Dicho esto, exclamó: "El que tenga oídos para oír, que oiga".
> Lucas 8:4-8

Se les dijo a los discípulos que su predicación despertaría cuatro tipos de reacciones. Lo sorprendente es que solamente la última tiene algún valor, las tres primeras no valen para nada, lo cual seguramente desconcertó a los discípulos,

que podrían haber pensado, teniendo en cuenta sus propias respuestas hacia Jesús, que la mayoría de sus oyentes lo aceptarían. Pero no. Leamos con mucha atención la explicación que el mismo Jesús da de la parábola:

> Este es el significado de la parábola: La semilla es la palabra de Dios. Los que están junto al camino son los que oyen, pero luego viene el diablo y les quita la palabra del corazón, no sea que crean y se salven. Los que están sobre las piedras son los que reciben la palabra con alegría cuando la oyen, pero no tienen raíz. Estos creen por algún tiempo, pero se apartan cuando llega la prueba. La parte que cayó entre espinos son los que oyen, pero, con el correr del tiempo, los ahogan las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida, y no maduran. Pero la parte que cayó en buen terreno son los que oyen la palabra con corazón noble y bueno, y la retienen; y, como perseveran, producen una buena cosecha.
> Lucas 8:11-15

El primer grupo solamente escucha la palabra, pero el diablo se la quita. El segundo grupo recibe la palabra con alegría, y creen *por algún tiempo*. Cuando llega la prueba, se apartan. Si preguntamos cuál es el problema, se nos dice que no tienen raíces, por lo que, cuando se encuentran bajo presión, se apartan. El tercer grupo es similar en el sentido de que los espinos representan las presiones que la vida pone sobre la gente. El cuarto grupo, como contraste, da fruto que persevera.

Jesús enseña que es posible que haya quien crea durante un tiempo y luego se aparte. Nos preguntamos, naturalmente, qué tipo de personas tiene en mente. ¿Son creyentes genuinos que se han arrepentido y han confiado en el Señor para que los perdone y les dé vida eterna, y luego por la presión de las circunstancias sueltan el agarre de la salvación y acaban perdiéndola completamente?

No, no lo son. La frase clave es *no tienen raíz*. Es decir, su respuesta fue superficial: le faltó el verdadero arrepentimiento y fe. Obsérvese que nuestro Señor no está sugiriendo que una vez tuvieron una raíz que más tarde murió. Nunca tuvieron raíz por lo que no había nada que pudiera crecer y dar el fruto que evidencia la auténtica salvación, como en el cuarto tipo de suelo de la parábola. Nunca se convirtieron en hijos de Dios.

Hemos visto que la verdadera naturaleza de la fe es uno de los temas más importantes del Evangelio de Juan y, por lo tanto, no ha de sorprendernos que Juan nos ofrezca varios ejemplos de una fe que es inadecuada y superficial, para

que podamos entender la diferencia entre ella y la verdadera confianza en Cristo. Al comienzo de su relato, Juan describe la visita que Jesús hizo al festival anual de Pascua en Jerusalén. Realizó una serie de *señales* allí, que es el término técnico de Juan para los hechos sobrenaturales que Jesús hizo. Cada una de ellas conllevaba un significado más profundo que constituía una "señal" que apuntaba a su identidad como Hijo de Dios. Mucha gente respondía entusiasmada. Aquí está la descripción de Juan de lo que ocurría:

> … muchos creyeron en su nombre al ver las señales que hacía. En cambio, Jesús no les creía, porque los conocía a todos; no necesitaba que nadie le informara nada acerca de los demás, pues él conocía el interior del ser humano.
> Juan 2:23-25

Creyeron, dice Juan, pero su fe no era más que entusiasmo superficial ante un hacedor de milagros, y no un firme compromiso resultado de un verdadero arrepentimiento y fe en Jesús, por lo cual el mismo Jesús no se fio de ellos. La auténtica salvación requiere entrar en una nueva relación con el Señor. Se caracteriza por el amor y la confianza de ambas partes. De este texto se deduce que esta gente no había experimentado una conversión real que luego hubieran perdido. Para empezar, nunca habían sido regenerados. No tenían raíz.

Más adelante, Juan describe lo que Jesús enseñaba en el templo acerca de su relación única con el Padre. Juan nota:

> Mientras aún hablaba, muchos creyeron en él. Jesús se dirigió entonces a los judíos que habían creído en él, y les dijo: Si os mantenéis fieles a mis enseñanzas, seréis realmente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.
> Juan 8:30-32

La reacción de esta gente es sorprendente y muy reveladora. Uno esperaría que, como "creyentes" en Cristo, hubieran estado deseando escuchar sus enseñanzas acerca de cómo crecer en su fe y convertirse en discípulos maduros. Sin embargo, en el instante en el que Jesús les sugirió que necesitaban ser hechos libres, porque había ciertas cosas en sus vidas que los esclavizaban, reaccionaron con una ira manifiesta. Insistieron en que eran hijos de Abraham y que nunca habían sido esclavos de nadie. Su ira degeneró en odio abierto cuando Jesús declaró que el pecado esclaviza a la gente. Les dijo directamente que, lejos de mostrar las características de los hijos de Abraham, se estaban comportando como hijos del

diablo. Su odio se llenó entonces de intenciones asesinas mientras agarraban piedras para matarle. ¡Gente que había creído! Su comportamiento demostró que nunca se habían arrepentido, que, de hecho, estaban decididos a no arrepentirse. No eran creyentes auténticos y nunca lo habían sido. No tenían raíz.

Cada uno de estos ejemplos se ocupa de gente cuya fe profesada acabó siendo superficial e inadecuada en un estadio muy inicial. Pero ¿qué ocurre con quienes han profesado la fe durante un tiempo considerable y han estado involucrados en la obra cristiana, incluso en el liderazgo de la iglesia?

Juan nos ofrece un triste ejemplo de lo que puede llegar a ocurrir en casos semejantes. En 1 Juan, describe lo que pasó, posiblemente en la iglesia de Éfeso, cuando ciertos líderes introdujeron una seria herejía doctrinal en la iglesia antes de acabar abandonándola. En tanto que líderes, se les habría tomado sin duda por creyentes genuinos, y este hecho plantea la siguiente pregunta: si gente así abandona tanto la fe como la iglesia, ¿no demuestra esto que al final es posible que un verdadero creyente se pierda?

Veamos lo que Juan nos dice sobre ellos. Su herejía es tan seria que los llama anticristos y afirma:

> Aunque salieron de entre nosotros, en realidad no eran de los nuestros; si lo hubieran sido, se habrían quedado con nosotros. Su salida sirvió para comprobar que ninguno de ellos era de los nuestros.
> 1 Juan 2:19

Esta gente se fue de ellos en dos sentidos: teológicamente, abandonaron las verdaderas doctrinas de Cristo; y físicamente, abandonaron la comunidad de la iglesia. ¿Qué significa esto en términos de su estado espiritual? Juan dice que su acción mostró que *no eran de los nuestros*, es decir, que nunca habían sido auténticos cristianos. Si lo hubieran sido, añade, se habrían quedado, pero se fueron, y eso demuestra que no eran auténticos, a pesar de que lo habían aparentado a todos los efectos. Recordemos la última parte de la parábola del sembrador:

> Pero la parte que cayó en buen terreno son los que oyen la palabra con corazón noble y bueno, y la retienen; y, como perseveran, producen una buena cosecha.
> Lucas 8:15

Los maestros heréticos no perseveraron. No tenían raíces. Al final, demostraron

ser incrédulos.

Juan lo confirma más adelante en su carta diciendo:

> Todo el que permanece en él no practica el pecado. Todo el que practica el pecado no le ha visto ni le ha conocido.
>
> Queridos hijos, que nadie os engañe. El que practica la justicia es justo, así como él es justo. El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo ha estado pecando desde el principio. El Hijo de Dios fue enviado precisamente para destruir las obras del diablo. Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; no puede practicar el pecado, porque ha nacido de Dios. Así distinguimos entre los hijos de Dios y los hijos del diablo: el que no practica la justicia no es hijo de Dios; ni tampoco lo es el que no ama a su hermano.
> 1 Juan 3:6-10

Obsérvese el fuerte énfasis que el presente continuo manifiesta: practica el pecado. Juan no está diciendo que los creyentes auténticos no puedan actuar de modo inconsistente en ocasiones, o incluso ceder a la tentación. Al principio de su carta afirma que tal cosa es posible y que Dios ha provisto generosa y misericordiosamente para ello:

> Mis queridos hijos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo.
> 1 Juan 2:1-2

Existe una vía para que el verdadero hijo de Dios que tropieza sea restaurado por el Señor por medio del arrepentimiento y la obra de Cristo.

Sin embargo, en 1 Juan 3, el apóstol está pensando en gente que, lejos del tropiezo ocasional, practica constantemente hacer el mal, son consistentemente injustos en sus tratos con los demás y hasta odian a sus propios hermanos, pecando continuadamente. ¿Qué tipo de evidencia es esa? ¿Demuestra que una vez fueron auténticos hijos de Dios y que han dejado de serlo ahora? No. Juan dice que nunca han visto (en pasado) a Dios. Nunca fueron hijos de Dios, sino que más bien exhibieron las obras del diablo.

El apóstol Pedro lo confirma al describir a cierta gente que había sucumbido ante determinadas enseñanzas erróneas que tergiversaban el cristianismo para

convertirlo en una licencia para el comportamiento permisivo:

> Si, habiendo escapado de la contaminación del mundo por haber conocido a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, vuelven a enredarse en ella y son vencidos, terminan en peores condiciones que al principio. Más les hubiera valido no conocer el camino de la justicia que abandonarlo después de haber conocido el santo mandamiento que se les dio. En su caso ha sucedido lo que acertadamente afirman estos proverbios: "El perro vuelve a su vómito", y "la puerca lavada, a revolcarse en el lodo".
> 2 Pedro 2:20-22

A primera vista, parecería que este pasaje apoya la idea de que un verdadero creyente puede acabar sucumbiendo al mundo y perderse. La gente a la que Pedro hacer referencia se caracteriza por haber escapado en algún momento de la corrupción del mundo, por tener conocimiento del Señor y del camino de justicia. Desgraciadamente, se enredan en la corrupción y le dan la espalda a la obediencia a los mandatos morales de Dios, una situación que Pedro describe como que *terminan en peores condiciones que al principio.*

Podría ser que Pedro tuviera en mente una frase que dijo el mismo Señor. Se proporciona el contexto para el siguiente pasaje:

> Cuando un espíritu maligno sale de una persona, va por lugares áridos, buscando descanso sin encontrarlo. Entonces dice: "Volveré a la casa de donde salí". Cuando llega, la encuentra desocupada, barrida y arreglada. Luego va y trae a otros siete espíritus más malvados que él, y entran a vivir allí. Así que el estado postrero de aquella persona resulta peor que el primero. Así le pasará también a esta generación malvada.
> Mateo 12:43-45

Jesús, como Pedro, estaba hablando de la corrupción moral. Cristo habló de un hombre que había experimentado algún tipo de reforma moral. Pero había algo inadecuado, y es que dejó la casa vacía. Presumiblemente, dado el contexto, el Señor quería decir con ello que ese hombre nunca había invitado a Dios a través de su Espíritu Santo a venir y morar en su vida. Nunca había dado el paso de convertirse en hijo de Dios, por lo que no tenía ninguna resistencia contra influencias todavía más malévolas que las de antes. No había nada del Espíritu de Dios en su vida que pudiera resistir la embestida del mal demoníaco.

Algo muy parecido le ocurrió a la gente que Pedro describe, como manifiesta la vívida ilustración que hace, tomada de proverbios y fábulas antiguas. Primero

utiliza el término “perros” y “puercas” para describir a esa gente, términos que habrían sobresaltado y hasta ofendido a los lectores judíos. Perros y cerdos eran animales impuros. La propia elección de las palabras nos muestra que Pedro no está hablando de creyentes auténticos. Pedro los llama ovejas, término que utiliza a menudo.

Sin embargo, Pedro no utiliza estos vocablos tanto para ofender como para señalar una característica común de perros y cerdos. Si un perro se come algún alimento malsano y lo vomita, es muy probable que regrese y se lo vuelva a comer. Está en su propia naturaleza hacerlo. Eso es lo que le había pasado a esta gente, dice Pedro. Habían experimentado una revulsión contra el desastre moral de sus vidas, vomitado todo lo que estaba podrido y conseguido alivio temporal. Pero esa reforma moral no es lo mismo que recibir nueva vida y la naturaleza divina que la acompaña (véase 2 Pedro 1:4). Así pues, tras un tiempo, igual que los perros, regresaron a lo viejo otra vez.

Lo mismo ocurre con los cerdos. Pedro se imagina una situación (tomada prestada seguramente de alguna fábula conocida en su tiempo) en la que una cerda se ha lavado en una fuente pública. Sin embargo, siendo como es una cerda, en el momento en el que vea un charco embarrado, saltará dentro con fruición. Es lo que hacen los cerdos; es su naturaleza. De nuevo Pedro apunta a que no ha habido un cambio en su naturaleza.

Esta segunda ilustración puede sonar divertida, pero está insistiendo en un punto muy serio, y Pedro quiere que lo recordemos. La reforma moral es algo bueno, pero no es lo mismo que la regeneración. En última instancia, solamente el poder de una vida regenerada puede resistir el llamamiento de las enseñanzas sutilmente disfrazadas con ropajes cristianos que en realidad están dirigidas a guiar a la gente de vuelta a un estilo de vida permisivo.

Lo que todo esto lleva a establecer es que solo hay dos grupos de personas:

1. cristianos auténticos que demuestran su autenticidad;
2. gente que nunca fue creyente.

No hay un tercer grupo de gente que una vez fueron auténticos creyentes que han perdido su salvación.

Existe, ciertamente, un peligro real de postular la existencia de dicho tercer grupo, puesto que puede dar la impresión de que la verdadera situación es menos seria de lo que en realidad es. De cuando en cuando me encuentro con ateos que

parecen disfrutar contándome que lo conocen todo acerca de lo que creo porque ellos también "nacieron de nuevo" una vez, pero se han dado cuenta de que no significa nada. Pero la verdadera realidad es que confundieron la reformación moral temporal con la regeneración, y nunca nacieron de nuevo, lo cual es ciertamente muy triste. Porque lo que significa es que estarían afirmando haber rechazado una realidad que auténticamente nunca han experimentado de verdad.

---

1. Las otras son: ¿Qué puedo esperar? ¿Qué debo hacer?

2. Para más detalles, véase la obra del autor *Disparando contra Dios* (Andamio, 2016).

3. J. Calvin, *Institutes of the Christian Religion*, III, xxiv, 4.

4. E. Elliott, *Power and the Pulpit in New England* (Princeton University Press, 1975), 40–41.

5. Hablando en la Ligonier National Conference, junio 2000, citado por R. N. Wilkin, editor asociado del *Journal of the Grace Evangelical Society*, en: https://faithalone.org/journal/1997ii/Wilkin.html.

6. Citado en D. A. Carson, "Reflection on Christian Assurance", *Westminster Theological Journal*, 1992, 54:1, 24.

18
¿Perseverará la fe en Dios?

Hemos argumentado que existe una profunda relación entre ser un creyente auténtico en Cristo y perseverar, persistir en la profesión de la fe y continuar produciendo los frutos del carácter que se derivan de ello, lo cual nos permite perfilar aún más la pregunta de si un verdadero creyente puede perderse: si la perseverancia es la clave, ¿qué seguridad hay de que uno va a perseverar? Más aún, si una condición presente (ser un verdadero creyente) depende de un evento futuro (perseverar), ¿no estamos entonces diciendo que no podemos estar seguros? ¿Que sería, de hecho, arrogante estar seguros de si perseveraremos pues no lo sabremos hasta que se acaben nuestras vidas? No podemos saber a ciencia cierta lo que nos traerá la vida en lo que respecta a pruebas y persecuciones. ¿No podrían todas esas cosas romper nuestra fe (rechazo personal, tragedia, dolor, enfermedad, decepción… por no hablar de persecución activa, prisión o incluso tortura)?

No es de sorprender que las Escrituras hayan anticipado esta cuestión y nos ofrezcan no una sino varias perspectivas. La primera se la debemos al apóstol Pablo y tiene lugar en un punto importante de su carta a los Romanos en el que acaba de establecer la justificación por fe y no por méritos.

> En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes. Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios. Y no solo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado.
> Romanos 5:1-5

Pablo describe en qué posición coloca la justificación por fe al verdadero creyente en Cristo. En primer lugar, tenemos paz con Dios, lo cual no es

solamente sentir paz, aunque experimentar la paz de Dios también sea importante. La razón por la que podemos sentirla es que es objetivamente real. En otro sitio, Pablo habla de Cristo *haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz* (Colosenses 1:20). Entramos a participar en el beneficio de esa reconciliación cuando ponemos nuestra confianza en él.

En segundo lugar, permanecemos en la gracia. Por gracia (que, por definición, ni nos merecemos ni podríamos habernos merecido) somos salvos en primer lugar, y es en la gracia donde continuamos permaneciendo. No es un estatus temporal que se nos pueda retirar según nuestro comportamiento. Es la actitud permanente de Dios hacia nosotros, en consecuencia, con la cual nos regocijamos en la esperanza de alcanzar un día su gloria. La palabra traducida como *regocijarse* conlleva la idea de una profunda confianza, más que de una sensación superficial de felicidad. Podemos mirar al futuro, no con recelo e incertidumbre, sino con la seguridad de que un día entraremos en la maravillosa gloria de la presencia de Dios.

En este punto, Pablo aborda nuestra pregunta. ¿Cómo justificar esta confianza a la vista de que ignoramos el futuro y lo que este puede traernos en términos de pruebas y presiones capaces de perturbar nuestra paz y nuestra fe? La respuesta de Pablo es chocante: *Y no solo en esto, sino también [nos regocijamos] en nuestros sufrimientos…* (versículo 3). ¿Cómo podría Pablo animar a los creyentes a tener confianza incluso ante el sufrimiento si supiera que tiene el potencial de romper la fe del creyente hasta perderse eternamente? La respuesta es que no podría. Dice que hemos de tener confianza también ante las pruebas porque estamos capacitados para saber, no solo desear o sentir, *que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado* (versículos 3-5).

Esta declaración es central porque establece la base de todo lo que Pablo tiene que decir sobre el proceso de santificación y la realización final del objetivo de la salvación en gloria.

Como ya hiciera Jesús en la parábola del sembrador, Pablo explica que el sufrimiento produce perseverancia. Esta es la cualidad que caracteriza al cuarto tipo de terreno en dicha parábola. Pablo está hablando del creyente auténtico, la persona en quien la semilla de la palabra ha echado raíces y que, por lo tanto,

puede capear el temporal y hasta crecer en medio de él. Pablo no está jugando al filósofo de salón, pues él mismo experimentó a lo largo de su vida un gran número de pruebas, amenazas y persecución, incluyendo la agresión física:

> Cinco veces recibí de los judíos los treinta y nueve azotes. Tres veces me golpearon con varas, una vez me apedrearon, tres veces naufragué, y pasé un día y una noche como náufrago en alta mar. Mi vida ha sido un continuo ir y venir de un sitio a otro; en peligros de ríos, peligros de bandidos, peligros de parte de mis compatriotas, peligros a manos de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el campo, peligros en el mar y peligros de parte de falsos hermanos. He pasado muchos trabajos y fatigas, y muchas veces me he quedado sin dormir; he sufrido hambre y sed, y muchas veces me he quedado en ayunas; he sufrido frío y desnudez. Y, como si fuera poco, cada día pesa sobre mí la preocupación por todas las iglesias. Cuando alguien se siente débil, ¿no comparto yo su debilidad? Y, cuando a alguien se le hace tropezar, ¿no ardo yo de indignación?
>
> Si me veo obligado a jactarme, me jactaré de mi debilidad… pero él me dijo: "Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad". Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en las debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte.
> 2 Corintios 11:24-30; 12:9-10

Pablo permaneció en la gracia y halló que la gracia de Dios era suficiente para permitirle aguantar mucho más de lo que muchos hombres y mujeres son llamados a soportar. Encarnaba la doctrina que enseñaba. Además, el apóstol Santiago lo corrobora, pues dice exactamente lo mismo:

> Hermanos míos, consideraos muy dichosos cuando tengáis que enfrentaros con diversas pruebas, pues ya sabéis que la prueba de vuestra fe produce constancia.
> Santiago 1:2-3

Recordemos también que ambos hombres, Pablo y Santiago, pagaron el precio último por su compromiso con el Señor: el martirio.

Hasta ahora hemos visto que nuestra seguridad descansa en la magnífica promesa de nuestro Señor de que *esta es la voluntad del que me envió: que no pierda nada* (Juan 6:39). Juan tiene mucho más que decir en su evangelio sobre

ello, pero lo entenderemos mejor si lo leemos a la luz de lo que enseña al respecto el libro de Hebreos, que se dedica casi enteramente a explicar uno de los más gloriosos cargos que nuestro Señor, una vez ascendido al cielo, ostenta: el de sumo sacerdote según la orden de Melquisedec.

La carta se escribió a judíos creyentes que estaban sufriendo cada vez más presión para abandonar la fe que profesaban en Cristo. Una y otra vez el escritor urge a sus lectores a aferrarse a esa confesión y no rendirse:

> Por lo tanto, ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos.
> Hebreos 4:14

El tema principal es, por lo tanto, aferrarse a la confesión de fe en Cristo, es decir, perseverar, por lo que es directamente relevante para nuestra discusión.

Los sumos sacerdotes en Israel no servían porque, al final, no importa lo capaces y comprensivos que fueran, no era más que simples mortales. Podrían haberte sido de gran ayuda a nivel espiritual, pero, inevitablemente, un día descubrirías que habían muerto: ya no podían ayudarte y tendrías que empezar de nuevo con otra persona.

El escritor de la carta a los Hebreos señala que Jesús, el Hijo de Dios, es infinitamente superior a los sacerdotes mortales:

> Ahora bien, como a aquellos sacerdotes la muerte les impedía seguir ejerciendo sus funciones, ha habido muchos de ellos; pero, como Jesús permanece para siempre, su sacerdocio es imperecedero. Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos.
> Hebreos 7:23-25

Uno de los principales roles del sumo sacerdote en el antiguo Israel era interceder por el pueblo, especialmente en el Día de la Expiación (Yom Kippur), cuando entraba en la presencia de Dios en el habitáculo más interno del tabernáculo y, posteriormente, del templo, donde se situaba el trono simbólico, el arca del pacto. Se mostraba brevemente ante Dios y rociaba un poco de sangre sobre el arca y en el suelo ante ella, antes de volver a salir ante el pueblo. Era un anuncio de una realidad infinitamente más grande, el ministerio del mismo Cristo resucitado y ascendido a los cielos, donde, se nos dice, intercede por nosotros. Su intercesión se aplica a todos los que son atraídos ante Dios por

medio de él, es decir, todos los creyentes. El creyente más humilde está tan seguro como un apóstol, como dice Pedro explícitamente en su segunda carta:

> … a los que por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo habéis recibido una fe tan preciosa como la nuestra.
> 2 Pedro 1:1

Esta declaración es, cuanto menos, extraordinaria y, al analizarla, nos sentimos como si estuviéramos pisando suelo sagrado. Las Escrituras nos instruyen constantemente a orar al Señor, un privilegio de incalculable valor. Sin embargo, que el mismo Señor ore por nosotros es sin duda un privilegio aún mayor. Su sacerdocio se basa en una vida inmutable. Permanente y eterna. En consecuencia, tiene la suma capacidad de salvarnos. Aquellos por quien él ora perseveran.

Cómo nuestro sumo sacerdote puede *salvar por completo* queda ilustrado en las pruebas y tribulaciones del apóstol Pedro. Justo antes de que Jesús fuera llevado a juicio, le dijo a Pedro que negaría a su Señor tres veces:

> Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido zarandearos como si fuerais trigo. Pero yo he orado por ti, para que no falle tu fe. Y tú, cuando te hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos.
>
> Señor —respondió Pedro—, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte. Pedro, te digo que hoy mismo, antes de que cante el gallo, tres veces negarás que me conoces.
> Lucas 22:31-34

Pedro no creía que fuera capaz de semejante deslealtad y, sin embargo, eso fue exactamente lo que ocurrió al poco tiempo cuando, mientras se calentaba ante el fuego, fue profundamente avergonzado por una joven sirvienta:

> Pero luego, cuando encendieron una fogata en medio del patio y se sentaron alrededor, Pedro se les unió. Una criada lo vio allí sentado a la lumbre, lo miró detenidamente y dijo: "Este estaba con él". Pero él lo negó. "Muchacha, yo no lo conozco".
> Lucas 22:56-57

Dos incidentes similares ocurren a lo largo de la siguiente hora cada vez que canta el gallo, justo como Jesús había dicho que ocurriría.

Imagínate que tú y yo hayamos estado observando toda esta escena escondidos

entre las sombras y, justo cuando Pedro niega a Jesús con más vehemencia, te susurro: "¿Es este hombre creyente?". ¿Qué me habrías contestado? Podrías haberme dicho: "Una vez fue creyente, pero obviamente, por el camino se ha perdido". Ahora bien, si ese fuera el caso, la oración de Jesús por él no habría funcionado, lo cual es impensable.

Notemos que nuestro Señor oró por la fe de Pedro. No oró por nada más, como su testimonio, o que controlara su lenguaje, aunque ambos se estrellaron estrepitosamente mientras maldecía y juraba que nunca se había asociado con el Señor. Cristo oró por ese vínculo crucial entre Pedro y su Dios: la fe de Pedro en él. Y su fe no falló. Cuando el galló cacareó y se dio cuenta de lo que acababa de pasar, salió afuera y sollozó amargamente. Y, sin embargo, su llanto no fue el llanto de un alma perdida, sino el de un auténtico creyente de corazón, que amaba profundamente al Señor pero que se acaba de dar cuenta del desastre que puedes causar cuando no le prestas atención a lo que el Señor te dice. Cristo le dijo a Pedro *cuando* [no si] *te hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos* (Lucas 22:32). En la mente de Cristo no había duda alguna de que Pedro regresaría a él, que su fe volvería a resurgir y perseverar. Y así fue. En la secuencia narrativa de la cooperación humana y divina, Cristo intercedió, Pedro se arrepintió y esperó en oración, Cristo envió al Espíritu Santo en Pentecostés, y Pedro tuvo el poderoso valor de confesar a Cristo ante una gran multitud en Jerusalén.

Recordemos una vez más que es el Señor, y no Pedro, quien tomó la iniciativa e hizo la oración, pero fue la fe de Pedro la que fue objeto de esa oración. El Señor preserva la fe de un creyente, pero el creyente tiene que ejercitar esa fe en primer lugar, o no existirá para que sea preservada. Puede sonar simplista, pero Dios no le habría dado a Pedro, o a nosotros, un sumo sacerdote si no precisáramos uno. Necesitamos uno porque lo que está en juego es la preservación y continuación de nuestra fe.

En su primera carta, el mismo Pedro nos ofrece más información acerca de su experiencia de cómo el Señor preservó su fe. Escribe para animar a hombres y mujeres que están experimentando cada vez más acoso, sufrimiento y persecución a causa de su fe.

> Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois

> guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.
> 1 Pedro 1:3-9 RV60

Vemos inmediatamente que el argumento de Pedro sigue el mismo esquema que el de Pablo: comienza con la esperanza y certeza de la salvación; luego viene el pasar por pruebas y dificultades; y, por último, el gozo en la certeza de la gloria.

Pedro informa a sus lectores de que una de las implicaciones de que hayan sido regenerados por el poder de Dios es la esperanza segura en la herencia que les espera en los cielos, reservada para ellos. Todavía no están allí, pero mientras siguen avanzando el poder de Dios los protege. Solo que eso no es lo que Pedro dice. Pedro dice que el poder de Dios los protege *mediante la fe*. Esta afirmación nos lleva directamente de vuelta a nuestra pregunta: ¿qué ocurriría si su fe se viera sometida a presión y sufrimiento? ¿No pondría ello en peligro el que alcanzaran su herencia celestial, destruyendo así tanto su esperanza como su gozo?

La respuesta de Pedro es la misma que la de Pablo. Utiliza una analogía para ayudarnos a entender qué le ocurría a él exactamente cuando estaba bajo presión. Compara las pruebas de la fe al proceso del refinado del oro. Habla de que la fe *sometida a prueba* es mucho más valiosa que el oro que perece. La palabra traducida por *sometida a prueba* hace referencia a lo que queda al final del proceso: el oro puro que resulta de él. Para refinar oro, es necesario poner en un crisol un terrón que es una mezcla de oro y toda clase de impurezas. El calor del fuego hace que el metal se funda y las impurezas suban a la superficie, donde pueden ser retiradas, dejando solamente oro puro en el crisol.

Este texto presenta varios elementos importantes:

1. El proceso está orientado, no a destruir o perder nada de oro, sino a

refinarlo y hacerlo mucho más valioso. Por eso nuestro Señor le dice a Pedro que volverá: *cuando te hayas vuelto a mí…*

2. Sin embargo, en el proceso de refinado del oro se llega a un punto en el que un observador que nunca haya visto antes el proceso pensaría que se ha destruido el metal. Ese es el punto en el que el calor funde el oro, que se hunde al fondo del crisol, por lo que solamente la escoria de las impurezas queda visible arriba. Algo así le ocurrió a Pedro bajo el calor del interrogatorio. Cuando negaba agresivamente a Cristo, toda señal del oro que había en su corazón desapareció, y solo quedaron a la vista las impurezas. Cuando Cristo se volvió y miró a Pedro mientras el gallo cantaba, Pedro recordó la promesa del Señor de orar por él y su carga fue levantada. El oro (su fe), mucho más valioso de lo que podría haber sido antes, podía empezar a brillar de nuevo.
3. La fe *es mucho más preciosa que el oro, el cual [es] perecedero*. La razón es que la fe no perece, mientras que, en última instancia, el oro sí perecerá.
4. Es interesante comparar esta analogía con la que el Señor utilizó cuando le dijo a Pedro que le negaría: *mira que Satanás ha pedido zarandearos como si fuerais trigo…* (Lucas 22:31). Igual que el proceso de purificación del oro ha sido diseñado para no perder nada del precioso metal sino hacerlo más valioso liberándolo de impurezas, del mismo modo, la criba del trigo está diseñada para no destrozar el trigo sino para separar los valiosos granos de la paja y otros tipos de "impurezas". Nótese de paso que la intención de Satanás es destrozar los propósitos de Dios, pero su poder es limitado y Dios puede usarlo y, de hecho, lo utiliza para refinar la fe de los creyentes.
5. El mensaje central de Pedro, por lo tanto, es el mismo que el de Pablo. Sabiendo lo que la vida y sus presiones pueden y no pueden hacernos, en las manos de Dios nos proporciona una enorme seguridad saber que nuestra fe será protegida hasta que alcancemos nuestro hogar.

Por otro lado, resultaría difícil entender cuál sería el objetivo de la intercesión de nuestro Señor si la fe en cuestión no hubiera sido la fe de Pedro sino una fe otorgada por Dios en tanto que uno de los elegidos incondicionalmente. La P del acrónimo TULIP, una doctrina verdaderamente bíblica, aunque no por motivos

deterministas, no encaja con la U. La razón por la que Pedro y tú y yo podemos tener la seguridad de una fe que persevera no es por la elección incondicional de Dios, que asegura al elegido que, por definición, perseverará. No, es porque tenemos un sumo sacerdote que vive para orar para que nuestra fe no falle.

Se suele describir Juan 17 como la oración del sumo sacerdocio de Jesús. Nos da la explicación del nuestro propio Señor de lo que es necesario para la preservación de la fe de sus discípulos:

> Mientras estaba con ellos, los protegía y los preservaba mediante el nombre que me diste, y ninguno se perdió sino aquel que nació para perderse, a fin de que se cumpliera la Escritura… No te pido que los quites del mundo, sino que los protejas del maligno.
> Juan 17:12, 15

El único que se perdió fue Judas, pero él no sirve de ejemplo de creyente auténtico que perdiera su salvación. Es cierto que formaba parte del grupo de discípulos que Jesús llamó, pero, a pesar de que era el tesorero y (presumiblemente) salió a predicar con los demás, el mismo Señor deja claro que nunca creyó, ni al principio ni más adelante:

> Es que Jesús conocía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que iba a traicionarlo… "¿No os he escogido yo a vosotros doce?". Repuso Jesús. "No obstante, uno de vosotros es un diablo". Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote, uno de los doce, que iba a traicionarlo.
> Juan 6:64, 70-71

Espero que el lector sea capaz de apreciar a estas alturas que Judas era totalmente responsable de su comportamiento y, al mismo tiempo, cumplió un rol como "vasija de ira" dentro del propósito general de Dios.

Resumiendo: Jesús oró por los apóstoles y los preservó hace veinte siglos, incluyendo a Pedro. También ora explícitamente por nosotros: *No ruego solo por estos. Ruego también por los que han de creer en mí por el mensaje de ellos…* (Juan 17:20). A lo largo de los siglos, millones de personas han puesto su fe en Cristo gracias al mensaje de los apóstoles. Podemos estar tan seguros de que Cristo continúa orando e intercediendo a día de hoy como los estaban ellos. La seguridad descansa en la confianza en lo que Jesús promete, en fiarse de su palabra.

Hay, no obstante, gente que confía en falsas fuentes de seguridad, como el

mismo Jesús advirtió:

> No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos, sino solo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?". Entonces les diré claramente: "Jamás os conocí. ¡Alejaos de mí, hacedores de maldad!".
> Mateo 7:21-23

Los seres humanos confiarán en cualquier cosa excepto en Dios y en su palabra. Confiarán incluso en las capacidades y dones que Dios les ha otorgado en lugar de poner su confianza en Dios. Hay gente que pone su seguridad de la salvación en poseer lo que llaman "dones sobrenaturales" como hablar en lenguas, profetizar o echar fuera demonios. En este pasaje, nuestro Señor habla de esa gente que afirma haber hecho grandes cosas en el nombre de Cristo y, a pesar de ello, no son creyentes. Nótese que Cristo los rechazará, no como a gente a la que una vez conoció, pero ya no conoce, sino como a gente a la que *jamás conoció*. Ellos tampoco tenían raíces. Nunca fueron cristianos auténticos.

Todo esto nos aporta más evidencia sobre lo que señalamos antes: que solo existen dos grupos de gente:

1. creyentes auténticos que prueban su autenticidad;
2. gente que nunca creyó.

Como ya hemos dicho, no existe ningún tercer grupo compuesto por gente que una vez fueron creyentes auténticos pero que han perdido su salvación.

Jesús advierte de manera similar a sus propios discípulos del peligro de poner su fe en el lugar equivocado. En cierta ocasión, descrita por Lucas, nuestro Señor envió a setenta y dos de sus discípulos a enseñar y predicar en las aldeas:

> Cuando los setenta y dos regresaron, dijeron contentos: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre". "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo", respondió él. "Sí, os he dado autoridad para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada os podrá hacer daño. Sin embargo, no os alegréis de que podáis someter a los espíritus, sino alegraos de que vuestros nombres están escritos en el cielo".
> Lucas 10:17-20

Habían cumplido su misión con aparente éxito, acompañado de demostraciones supernaturales de poder como echar fuera demonios en el nombre de Jesús.

Estaban encantados con lo que había ocurrido. Pero Jesús vio que existía el peligro latente de que pusieran su confianza en el éxito de su misión. “No os alegréis por ello”, les dijo. Es decir, no pongáis vuestra confianza en ello. La fuente de vuestra confianza está en conocer que vuestros nombres están escritos en el cielo. ¿Y cómo podían saberlo? Sencillamente, basándose en la autoridad de la palabra de Jesús.

Pablo tuvo la oportunidad de escribir lo mismo para animar a sus colaboradores en Filipos, recordándoles que sus nombres estaban *en el libro de la vida* (Filipenses 4:3).

La vida eterna requiere una relación. Nuestro Señor mismo lo definió:

> Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado.
> Juan 17:3

Y todas las relaciones requieren confianza. La fe en Cristo es la clave y por eso Dios ha preparado una provisión tan maravillosa para su preservación.

19
Advertencia en Hebreos

A estas alturas, lo que muchos lectores se están planteando seguramente es: Hasta ahora has estado utilizando la carta a los Hebreos para hablar del papel de nuestro Señor como nuestro sumo sacerdote celestial; ¿cómo es que la misma carta contiene pasajes que indican claramente la posibilidad de que los creyentes auténticos pierdan su salvación?

Los principales pasajes en cuestión son estos:

> Es imposible que renueven su arrepentimiento aquellos que han sido una vez iluminados, que han saboreado el don celestial, que han tenido parte en el Espíritu Santo y que han experimentado la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero, y después de todo esto se han apartado. Es imposible, porque así vuelven a crucificar, para su propio mal, al Hijo de Dios, y lo exponen a la vergüenza pública. Cuando la tierra bebe la lluvia que con frecuencia cae sobre ella, y produce una buena cosecha para los que la cultivan, recibe bendición de Dios. En cambio, cuando produce espinos y cardos, no vale nada; está a punto de ser maldecida y acabará por ser quemada.
> Hebreos 6:4-8

> Si después de recibir el conocimiento de la verdad pecamos obstinadamente, ya no hay sacrificio por los pecados. Solo queda una terrible expectativa de juicio, el fuego ardiente que ha de devorar a los enemigos de Dios. Cualquiera que rechazaba la ley de Moisés moría irremediablemente por el testimonio de dos o tres testigos. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merece el que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha profanado la sangre del pacto por la cual había sido santificado y que ha insultado al Espíritu de la gracia? Pues conocemos al que dijo: “Mía es la venganza; yo pagaré”; y también: “El Señor juzgará a su pueblo”. ¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo!
> Hebreos 10:26-31

Para muchos creyentes, el primer pasaje parece zanjar la cuestión: un auténtico Hijo de Dios se puede perder. Basándose en ello, algunos pastores y ministros han

utilizado este pasaje para mantener a los cristianos a raya, advirtiéndoles y, a veces, amenazándoles, con la pérdida de la vida eterna. Argumentan que, si se les enseña a los creyentes que pueden estar seguros de su salvación, llevarán estilos de vida autocomplacientes.

Sin embargo, antes de tomar una decisión sobre este tema, resulta fundamental pensar con detenimiento en la identidad de la gente a quien se dirigía la carta a los Hebreos. Porque, fueran quienes fuesen, y hubieran hecho lo que hubieren hecho, el escritor dice que es *imposible* restaurarlos de nuevo al arrepentimiento. Debemos aceptar toda la fuerza de lo que implican estas palabras, y luego preguntarnos si realmente pueden (tan a menudo como se piensa) describir a los creyentes que, de algún modo, han perdido su camino, cuyo afecto por el Señor se ha mitigado y que han tropezado con el atractivo de lo que el Nuevo Testamento llama "el mundo".

Esta no puede ser la interpretación correcta por la sencilla razón de que todos los creyentes experimentan altibajos, bajones espirituales, mundanalidad, cesión a la tentación, etc.; pero también, gracias a la oración sumosacerdotal de Cristo por ellos, se arrepienten y su comunión con el Señor es restaurada. No puede ser la gente descrita en Hebreos 6 puesto que, repito, cualquiera que esta gente sea, es *imposible* renovar su arrepentimiento.

Pensemos también en las cartas escritas a las siete iglesias en Apocalipsis 2-3. El Señor reprende a algunas iglesias por su falta de amor, por su tibieza, por alejarse de la sana doctrina e incluso por inmoralidad. Las llama al arrepentimiento, una exhortación que no tendría sentido si no fuera posible que se arrepintieran.

Si los creyentes que han pecado de diversas maneras, defraudado al Señor y comprometido su fe no pudieran renovar su arrepentimiento, el trabajo de Cristo como sumo sacerdote dejaría de tener cualquier significado real o efectivo. Sabemos que esto, sencillamente, no es verdad.

Así pues, volvemos a la pregunta de quiénes son estas gentes, cuyo comportamiento es tan serio que no es posible hacer que se arrepientan de nuevo.

Como apuntamos antes, los destinatarios de la carta a los Hebreos necesitaban saber que Jesús era el sumo sacerdote porque eran gente de trasfondo judío que habían profesado fe en Cristo, para acabar suportando una enorme presión para que renegaran de Jesús y volvieran al redil judío.

Pensemos conforme vamos argumentando. La primera cosa de la que nos damos cuenta es de que es imposible hacer que esta gente se arrepienta. No dice que sea imposible que Dios los perdone. Como sabemos, Dios está dispuesto a perdonar a cualquiera que se arrepienta, y Jesús les enseñó a sus discípulos a hacer lo mismo (véase Mateo 18:21-22). El arrepentimiento y la fe son los prerrequisitos de la salvación, arrepentimiento significando "un cambio de mentalidad". El problema de esta gente es que no se puede hacer que cambien sus mentes. Ahora bien, la gente cambia de idea sobre un montón de cosas, por lo que la pregunta es: ¿cuál es aquí el problema?

Para responderlo, primero tenemos que ver qué les había pasado. Se dicen cuatro cosas de ellos:

1. habían sido iluminados;
2. habían saboreado el don celestial;
3. habían tenido parte con el Espíritu Santo;
4. habían experimentado la buena obra de Dios y los poderes del mundo venidero.

¿Qué significa todo esto?

Una conocida respuesta es la de Juan Calvino y John Owen, que sostenían que estas personas nunca habían sido creyentes auténticos.

Howard Marshall argumenta en contra diciendo que esta gente sí que fue salva de verdad una vez, pero que habían perdido ese estatus.[1] Sin embargo, esta lectura del texto parece plantear muchos problemas, y esta vez siento más simpatías por Calvino, aunque por razones que no se basan en las presuntas consecuencias lógicas de la doctrina de la predestinación.

En primer lugar, ¿por qué el autor de Hebreos no se ahorra palabras y declara explícitamente que este gente sí que había sido salvada? Una buena razón podría deducirse del subsecuente sutil cambio de lenguaje del autor, que pasa de decir: *Es imposible que renueven su arrepentimiento* ***aquellos*** *que han sido una vez iluminados…* (6:4) a ***En cuanto a vosotros****, queridos hermanos, aunque nos expresamos así, estamos seguros de que os espera lo mejor, es decir, lo que atañe a la salvación* (6:9). Es decir, el autor está persuadido de que la gente a la que se está dirigiendo es diferente de *aquellos que* están en esta situación; estos están en una situación mejor: evidencian cosas que pertenecen a la salvación, por lo que

está persuadido de que son realmente salvos. La implicación obvia es que los otros no lo son.

¿Y cómo podrían serlo, a la luz de cómo son descritos?

Tomemos el primer término, *iluminados*. ¿Es sinónimo de salvación? Juan habla de la Palabra como la luz verdadera que ilumina a todos (véase Juan 1:9). En ninguna parte de las Escrituras se enseña que todos vayan a ser salvos, sino más bien lo contrario. Por lo tanto, resulta que ser iluminado *no* es lo mismo que ser salvo. La iluminación es ciertamente necesaria para la salvación, pero no es suficiente. Alguna gente, cuando es iluminada, continúa y se arrepiente y confía en Cristo, mientras que otra, tristemente, es iluminada, pero luego, perfectamente consciente de lo que está haciendo, decide cerrar sus ojos a la luz y rechazar la salvación.

El apóstol Pablo es un ejemplo del primer tipo. Describe los días previos a su conversión como una época en la que *era un incrédulo y actuaba con ignorancia* (1 Timoteo 1:13). Era un hombre bien educado y pensaba que sabía lo que estaba haciendo cuando se oponía con fervor al avance del evangelio. Sin embargo, en el camino de Damasco, fue iluminado en cuanto a quién era Jesús. Por primera vez sabía de qué iba el tema, y decidió arrepentirse y confiar en el Salvador.

Tristemente, yo he conocido personalmente muchos ejemplos del segundo tipo: gente que ha estudiado las Escrituras conmigo con un interés que iba en aumento, hasta que llegó un día en el que, de repente, les quedó claro quién era Jesús, y así me lo dijeron, para luego añadir que habían decidido rechazarlo. Su interés en el evangelio se evaporó, y pronto iban completamente a la deriva. Cristo había llamado a la puerta de su corazón de modo inconfundible. Ellos lo habían reconocido. Se habían dado cuenta de quién era y, con todo, habían rehusado abrirle la puerta.

Algunas semanas después de la resurrección, en el pórtico de Salomón en Jerusalén, Pedro le habló a la multitud que había rechazado a Jesús como Mesías y lo había crucificado. Les dijo así:

> Ahora bien, hermanos, yo sé que vosotros y vuestros dirigentes actuasteis así por ignorancia.
> Hechos 3:17

Igual que Pablo, afirmaban saber lo que estaban haciendo, pero seguían estando en la oscuridad de la ignorancia. Pero ahora habían sido iluminados y sabían

quién era Jesús. ¿Qué pasaría? Para ellos, como para con Pablo, Dios, en su misericordia y gracia, les ofrecía el perdón a través del mismo Cristo al que habían crucificado. Pedro los llamó a arrepentirse, diciéndoles que, si lo hacían, recibirían el don del Espíritu Santo (véase Hechos 2:38). Aún más, Pedro los exhortó a que se volvieran de sus pecados en arrepentimiento:

> Por tanto, para que sean borrados vuestros pecados, arrepentíos y volveos a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso de parte del Señor, enviándoos el Mesías que ya había sido preparado para vosotros, el cual es Jesús. Es necesario que él permanezca en el cielo hasta que llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas, como Dios lo ha anunciado desde hace siglos por medio de sus santos profetas.
> Hechos 3:19-21

Concluimos, pues, que la iluminación, aunque sea un prerrequisito necesario para la salvación, no es suficiente para salvarse, lo cual nos alerta a continuar examinando el resto de los términos utilizados en el pasaje de Hebreos 6 con el mismo cuidado. El último elemento de la lista puede arrojar luz sobre los demás. La expresión *los poderes del mundo venidero* hace referencia al concepto hebreo de dividir la historia entre esta era y la que ha de venir, la última haciendo referencia a la era en la que el Mesías volverá y traerá restauración y gran bendición a Israel. Es decir, se refiere a los *tiempos de descanso* que Pedro menciona en el pasaje que acabamos de citar.

Pedro acaba de sanar a un cojo de nacimiento a la entrada del templo, ofreciendo un anticipo de esa era gloriosa que ha de venir, como hicieron también todas las demás señales milagrosas que los primeros apóstoles realizaron. Así fue cómo mucha gente experimentó en aquellos días la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero. Fueron físicamente sanados por el poder del Espíritu Santo. La pregunta es: ¿significa eso que todos se arrepintieron, confiaron en Cristo para su salvación y recibieron la vida eterna? Ciertamente no. El Evangelio de Lucas nos cuenta la historia de un grupo de diez leprosos que recibió sanidad física por medio del propio Cristo, pero solo uno de ellos volvió a darle las gracias. Presumiblemente los otros estaban contentos de haber sido sanados, de obtener el beneficio físico, pero carecían de interés alguno en tener más contacto con el Señor (véase Lucas 17:11-19).

La triste realidad es que ver la evidencia de la deidad de Cristo, ser iluminado, e incluso experimentar el poder del Espíritu Santo de Dios en el propio cuerpo

sigue sin ser lo mismo que ser salvo.

La carta a los Hebreos tiene más que enseñarnos sobre esta gente, pues el escritor continúa desentrañando la razón por la que es imposible hacer que cambien de mentalidad. Analicemos el curso de la argumentación en el primer pasaje citado:

> Es imposible que renueven su arrepentimiento aquellos que han sido una vez iluminados, que han saboreado el don celestial…, y después de todo esto se han apartado. Es imposible, porque así vuelven a crucificar, para su propio mal, al Hijo de Dios, y lo exponen a la vergüenza pública. Cuando la tierra bebe la lluvia que con frecuencia cae sobre ella, y produce una buena cosecha para los que la cultivan, recibe bendición de Dios. En cambio, cuando produce espinos y cardos, no vale nada; está a punto de ser maldecida y acabará por ser quemada.
> Hebreos 6:4, 6-8

¿Por qué es *imposible*? Porque lo que aquí se presenta es un grupo de gente que han sido iluminados para que entiendan que Jesús es el Mesías, que han experimentado los poderes del mundo venidero y, aun así, han rechazado a Jesús: su deidad, su sacrificio expiatorio, su sumo sacerdocio, y han vuelto al sistema judío de sacerdotes y sacrificios que Dios hizo obsoleto a través de Jesús (véase Hebreos 7:12; 8:13). Han rechazado el sacrificio mejor, el pacto mejor, el mejor sacerdocio, en favor de un sistema que nunca puede quitar los pecados (véase Hebreos 10:4).

Esta acción significa que lo que están diciendo a todos los efectos es que Jesús no es el Hijo de Dios, por lo que se mereció ser crucificado: están crucificando y despreciando de nuevo al Hijo de Dios para prejuicio de ellos.

Así que, ¿por qué, nos preguntamos de nuevo, es imposible hacer que esta gente cambie de idea? Y bien, ¿qué podría hacerles cambiar su mente? ¿Tú dices, el poder del Espíritu de Dios y su mensaje de salvación? Pero, y este es el punto central, si lo han rechazado. El problema no es si Dios está dispuestos a perdonarlos o no. El problema es que Dios no tiene ninguna salvación alternativa para quienes rechazan a Jesús y el poder del Espíritu Santo. Solo existe una salvación. Si esa salvación se repudia, no hay otra.

La analogía ofrecida en el texto lo explica:

> Cuando la tierra bebe la lluvia que con frecuencia cae sobre ella, y produce

> una buena cosecha para los que la cultivan, recibe bendición de Dios. En cambio, cuando produce espinos y cardos, no vale nada; está a punto de ser maldecida y acabará por ser quemada.
> Hebreos 6:7-8

Notamos de inmediato que esta ilustración es un paralelo muy parecido a la del sembrador, comparando a la gente con la tierra y su respuesta al evangelio con la presencia o ausencia de cosecha. Si un campo solo produce espinos y cardos, no sirve de nada que siga lloviendo, puesto que la lluvia únicamente hará que crezcan más espinos y cardos. Ninguna buena semilla ha echado raíces. La parábola no habla de creyentes que han perdido su salvación, sino de gente que nunca fueron verdaderos creyentes.

El segundo pasaje de hebreos que aborda el mismo problema es este:

> Si después de recibir el conocimiento de la verdad pecamos obstinadamente, ya no hay sacrificio por los pecados. Solo queda una terrible expectativa de juicio, el fuego ardiente que ha de devorar a los enemigos de Dios. Cualquiera que rechazaba la ley de Moisés moría irremediablemente por el testimonio de dos o tres testigos. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merece el que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha profanado la sangre del pacto por la cual había sido santificado y que ha insultado al Espíritu de la gracia? Pues conocemos al que dijo: "Mía es la venganza; yo pagaré"; y también: "El Señor juzgará a su pueblo". ¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo!
> Hebreos 10:26-31

Este pasaje insiste en lo mismo exactamente que Hebreos 6. De nuevo el pecado en cuestión no tiene que ver con el creyente siendo tentado o siendo mundano. Es un pecado muy particular que concierne a una persona de trasfondo judío que ha recibido *el conocimiento de la verdad*, quizás profesado el cristianismo, pero que luego ha repudiado la deidad de Cristo implicando que su sangre es normal y que su sacrificio y su pacto carecen, por lo tanto, de significado.[2]

Estos pasajes son muy solemnes y solo pueden entenderse si se les concede todo el peso que entrañan. Sin embargo, debemos recordar que, aunque el escritor de Hebreos sintiera que debía advertir acerca de ciertas personas que no eran creyentes, está de hecho convencido de que sus lectores son auténticos creyentes: está seguro de algo mejor, de lo que atañe a la salvación (Hebreos 6:9). Hace una clara distinción entre aquellos y vosotros. Esa es la evidencia de su autenticidad: *Porque Dios no es injusto como para olvidarse de las obras y del amor que, para*

su gloria, vosotros habéis mostrado sirviendo a los santos, como lo seguís haciendo (6:10).

El escritor no está hablando de sus obras como de la base de su salvación, sino como evidencia de dicha salvación. Como la buena tierra de la parábola, persistieron produciendo buenas cosechas. Su fe y amor perseveraron. Habían probado ser auténticos.

Tristemente, yo mismo he escuchado a austeros predicadores decirle a su congregación que, aunque los creyentes sirvan al Señor fielmente a lo largo de toda su vida, si al final tropiezan y caen una sola vez, es muy posible que pierdan la salvación. Estos predicadores me contaron que la única manera de mantener a la gente en su sitio era amenazándolos con la pérdida de la salvación. Pero Dios no es así. Hebreos advierte del peligro de no ser auténtico, pero no amenaza a los creyentes verdaderos con la pérdida de la salvación. Si los creyentes producen a lo largo de su vida evidencia de una salvación real en lo que hacen y en su amor hacia otros creyentes, no debemos pensar que Dios sea tan injusto ni que pueda olvidar toda esa evidencia.

En el capítulo anterior nos referimos al profundo análisis de Pedro de su propia experiencia tropezando y cayendo al negar al Señor. Habla de la prueba como de un proceso de refinamiento de su fe y de hacerla aún más valiosa, igual que el oro. Y pensando en sus lectores mientras escribe, dice:

> Vosotros le amáis a pesar de no haberle visto; y, aunque no le veis ahora, creéis en él y os alegráis con un gozo indescriptible y glorioso, pues estáis obteniendo la meta de vuestra fe, que es vuestra salvación.
> 1 Pedro 1:8-9

Es decir, mientras Pedro considera a sus lectores, ve la evidencia de su autenticidad: su amor y confianza en un Jesús al que nunca han visto, y el que se regocijen, como diría Pablo, en la esperanza de la gloria de Dios (véase Romanos 5:2).

Así, en el mismo espíritu que Pedro, el escritor de Hebreos anima a los creyentes a seguir adelante hacia el glorioso objetivo celestial:

> Deseamos, sin embargo, que cada uno de vosotros siga mostrando ese mismo empeño hasta la realización final y completa de su esperanza. No seáis perezosos; más bien, imitad a quienes por su fe y paciencia heredan las promesas.

1. Véase, por ejemplo, H. Marshall, *Kept by the Power of God* (Epworth Press, 1969).
2. El uso del término *santificado* ha llevado a algunos a pensar, a pesar de todo lo dicho, que son cristianos auténticos los que se tienen en mente en este pasaje. Sin embargo, los incrédulos también pueden, en ciertos sentidos, ser santificados (véase 1 Corintios 7:14).

20
Garantía en Hebreos

Sería un error abandonar la carta a los Hebreos en este punto. El hecho de que contenga un pasaje de sombría advertencia hace que mucha gente no termine de leer el capítulo completo, lo cual es una pena, porque la segunda parte contiene uno de los mensajes de garantía más positivos de toda la Escritura. Nos dice por qué podemos tener *plena certeza de la esperanza* (Hebreos 6:11 RV60).

> Cuando Dios hizo su promesa a Abraham, como no tenía a nadie superior por quien jurar, juró por sí mismo y dijo: "Te bendeciré en gran manera y multiplicaré tu descendencia". Y así, después de esperar con paciencia, Abraham recibió lo que Dios le había prometido.
>
> Los seres humanos juran por alguien superior a ellos mismos, y el juramento, al confirmar lo que se ha dicho, pone punto final a toda discusión. Por eso Dios, queriendo demostrar claramente a los herederos de la promesa que su propósito es inmutable, la confirmó con un juramento. Lo hizo así para que, mediante la promesa y el juramento, que son dos realidades inmutables en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un estímulo poderoso los que, buscando refugio, nos aferramos a la esperanza que está delante de nosotros. Tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.
> Hebreos 6:13-20

Se nos pone a Abraham de modelo de lo que significa confiar en Dios. Como Abraham, nosotros también vamos camino de una herencia futura y podemos aprender de su vida y experiencia qué le ayudó a seguir adelante, aferrándose a las promesas de Dios hasta que las vio cumplirse en su propia vida. Como el nuestro, el camino de fe de Abraham tuvo distintas etapas. Ya hemos considerado brevemente su fe inaugural en Dios cuando *creyó al Señor, y el Señor se lo reconoció como justicia* (Génesis 15:6).

En esos primeros días (lo cual no nos sorprende, si observamos nuestras propias

vidas), Abraham quería estar seguro de que Dios cumpliría su promesa de darle la tierra y una nación en la que habitar. Le preguntó directamente a Dios: *Señor y Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?* (Génesis 15:8) y la respuesta de Dios es muy instructiva: le pidió a Abraham que tomara ciertos animales y los cortara en mitades, haciendo dos pilas separadas por un pasillo lo suficientemente amplio como para caminar por él, lo cual era una antigua y vívida manera de hacer un contrato vinculante o contrato a dos partes. Las dos partes del contrato pasarían entre los animales, expresando su compromiso de mantenerlo, bajo pena de que se les hiciera lo que se les había hecho a los animales.

En el caso de Abraham, sin embargo, hubo una diferencia profunda y crucial en el modo en el que se llevó a cabo la ceremonia. (Nótese que esto ocurrió antes de que se le cambiara a Abram su nombre por Abraham).

> Al anochecer, Abram cayó en un profundo sueño, y lo envolvió una oscuridad aterradora. El Señor le dijo: "Debes saber que tus descendientes vivirán como extranjeros en tierra extraña, donde serán esclavizados y maltratados durante cuatrocientos años. Pero yo castigaré a la nación que los esclavizará, y luego tus descendientes saldrán en libertad y con grandes riquezas. Tú, en cambio, te reunirás en paz con tus antepasados, y te enterrarán cuando ya seas muy anciano. Cuatro generaciones después, tus descendientes volverán a este lugar, porque antes de eso no habrá llegado al colmo la iniquidad de los amorreos".
>
> Cuando el sol se puso y cayó la noche, aparecieron una hornilla humeante y una antorcha encendida, las cuales pasaban entre los animales descuartizados. En aquel día el Señor hizo un pacto con Abram. Le dijo: "A tus descendientes les daré esta tierra...".
> Génesis 15:12-18

El hecho clave es que este no fue un pacto entre dos partes a la manera usual. Fue un compromiso y una promesa de una parte a la otra.

Esa fue una etapa temprana del caminar de Abraham con Dios. El incidente al que se refiere Hebreos 6:13 ocurrió mucho más adelante y se cuenta en Génesis 22, y es la ocasión en la que Dios le pidió a Abraham que ofreciera a su hijo Isaac, el hijo y heredero que Dios le había prometido.[1] Para guiarnos a entender el punto que Hebreos desea hacer al citarlo, debemos recordar primero que los versículos que preceden a este pasaje se ocupan de que los cristianos hebreos han demostrado que su fe es auténtica a través de su comportamiento, sus obras y su

amor por otros cristianos.

El apóstol Santiago cita la misma historia para insistir en lo mismo en un pasaje sobre la inutilidad de la fe sin obras:

> ¡Qué tonto eres! ¿Quieres convencerte de que la fe sin obras es estéril? ¿No fue declarado justo nuestro padre Abraham por lo que hizo cuando ofreció sobre el altar a su hijo Isaac? Ya lo ves: Su fe y sus obras actuaban conjuntamente, y su fe llegó a la perfección por las obras que hizo. Así se cumplió la Escritura que dice: "Creyó Abraham a Dios, y esto se le tomó en cuenta como justicia", y fue llamado amigo de Dios. Como podéis ver, a una persona se la declara justa por las obras, y no solo por la fe.
> Santiago 2:20-24

El contexto está, pues, claro. Este es el momento el que Abraham fue llamado a justificar (a probar la autenticidad de) su fe por medio de sus obras. Ahora bien, se dice a veces que la justificación por obras es lo contrario a la justificación por fe, y así sería si significara que las obras son la base de nuestra salvación. Pero eso no es lo que significa en las Escrituras. Significa aportar evidencia a través de nuestras obras de que somos genuinamente salvos.

Se dice también que somos justificados por fe en cuanto a Dios, y por las obras en cuanto a nuestros congéneres. Y, por supuesto, es importante que quienes afirmamos ser creyentes vivamos delante de nuestros congéneres de manera consistente con nuestra fe en Cristo. Sin embargo, no es eso a lo que se refieren ni Hebreos 6 ni Génesis 22. El pasaje de Hebreos dice que *Dios no es injusto como para olvidarse de las obras* (Hebreos 6:10). Es a *Dios* a quien le interesa ver la evidencia de la autenticidad en las vidas de los creyentes.

Eso les choca a algunos, puesto que Dios debería saber si somos auténticos o no, ya que puede ver directamente en lo más profundo de nuestro ser, ¿no? Es cierto, por supuesto, pero eso no cambia el hecho de que requiera una evidencia visible en nuestras vidas. A Dios no le importa cómo sean nuestras obras, volvemos a insistir, como base de nuestra salvación, sino como evidencia de su autenticidad. La necesidad de confirmar la autenticidad de nuestra fe en Cristo por medio de nuestras obras y comportamiento es una parte no negociable del cristianismo básico. Nuestras buenas obras dan gloria a Dios (véase Mateo 5:16).

Nos ayudará a entenderlo mejor pensar sobre lo que ocurrió cuando Abraham fue justificado por sus obras ante Dios: allí no había nadie más que Isaac.

Como hemos recordado antes, Abraham llevaba tiempo creyendo en Dios y se le había contado por justicia. Dios lo había aceptado y nada cambiaría ese hecho. Y, sin embargo, la fe de Abraham, como la de Pedro, tenía que ser refinada, como muestra el relato del Génesis. Como hemos visto antes en el capítulo 13, con el retraso en el cumplimiento de la promesa de Dios de darle un hijo, Abraham comenzó (con la considerable connivencia de su esposa Sara) a jugar con la idea común de que fe es sinónimo de "Dios ayudando a quienes se ayudan a sí mismos". Por eso intentó ver el cumplimiento de la promesa empleando una madre subrogada, Agar, que engendró a Ismael. Fue una lección dura, larga y amarga tanto para Abraham como para Sara, a quienes Dios tuvo que enseñar que esa no era una fe real. La promesa de Dios sería cumplida, no por sus esfuerzos y obras, sino a través del poder sobrenatural de Dios. Igual que la salvación por medio de Cristo, la nueva vida sería un regalo que *no es por obras* (Efesios 2:9).

La llegada de Isaac fue un día para recordar en las vidas de Abraham y Sara. La promesa de Dios se había cumplido de manera dramática mediante la intervención sobrenatural de Dios rejuveneciendo sus cuerpos físicos. El relato de Génesis muestra, lo cual es perfectamente comprensible, que Abraham tomó todas las medidas posibles imaginables para la seguridad de Isaac. La gran promesa de Dios de una nación que saldría de él pasaba por la supervivencia de Isaac, por lo que Abraham echó a Ismael y a Agar, cavó pozos, mantuvo siervos armados e hizo tratados con las tribus vecinas. Nada iba a evitar que Isaac creciera y se convirtiera en el ancestro de la nación prometida a Abraham.

Justo cuando Abraham acababa de concluir un pacto de seguridad con un líder filisteo y el jefe de su ejército, Dios le habló y le dio una orden inesperada y devastadora:

> Toma a tu hijo, el único que tienes y al que tanto amas, y ve a la región de Moria. Una vez allí, ofrécelo como holocausto en el monte que yo te indicaré.
> Génesis 22:2

¿Cómo deberíamos entender esta petición o, más bien, orden, a la luz del hecho de que todas las promesas de Dios pasaban por Isaac? Hebreos 6 está a punto de basar una de las afirmaciones más poderosas de la seguridad cristiana en lo que Dios le dijo a Abraham tras este doloroso momento de prueba, y eso nos proporciona el conocimiento necesario para centrarnos en lo que importa: ¿dónde yace en realidad la seguridad?

Ya hemos visto que Jesús había advertido a sus discípulos contra el peligro de buscar su seguridad en los poderes sobrenaturales que se les habían otorgado en lugar de confiar en su palabra. Sin duda, lo mismo ocurrió con Abraham, pero mucho más profundamente, porque Isaac era el don sobrenatural que Dios le había otorgado. Isaac se había convertido en el centro de su mundo y corría el peligro de desplazar su confianza en Dios. Siendo más generosos, podríamos decir que Abraham corría al menos el peligro de confiar tanto en Dios como en Isaac.

Confiar en Dios y en algo más es peligroso, sobre todo si el tema es la seguridad. Abraham tenía que aprender, igual que nosotros que confiamos en Dios a través de Cristo, que no se puede tener ninguna seguridad real a no ser que nuestra confianza esté "en Cristo solamente", como dice el bello himno que lleva ese título.

El relato del Génesis de este acontecimiento está introducido por la explicación, *Pasado cierto tiempo, Dios puso a prueba a Abraham* (Génesis 22:1), y fue una prueba que tensó la fe de Abraham hasta sus límites. Hebreos resumen lo que ocurrió:

> Por la fe Abraham, que había recibido las promesas, fue puesto a prueba y ofreció a Isaac, su hijo único, a pesar de que Dios le había dicho: "Tu descendencia se establecerá por medio de Isaac". Consideraba Abraham que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos, y así, en sentido figurado, recobró a Isaac de entre los muertos.
> Hebreos 11:17-19

Abraham razona todo el asunto con una lógica remarcable. Dios le ha prometido que Isaac será el progenitor de una nación. Cree que ocurrirá. Así que, si Dios ahora se lleva a Isaac de la mano de Abraham, tendrá que resucitarlo de los muertos. Abraham ya ha experimentado algo así a menor escala, pues el nacimiento de Isaac fue una regeneración sobrenatural de los cuerpos "muertos" de Sarah y de él. Si fuera necesario, Dios podría hacer cosas más grandes por Isaac.

Así que Abraham fue junto con su hijo a las montañas, amarró a su hijo al altar, y alzó su cuchillo para realizar el acto… Cuando Dios interviene de manera dramática:

> No pongas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas ningún daño —le dijo el ángel—. Ahora sé que temes a Dios, porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo.

> Abraham alzó la vista y, en un matorral, vio un carnero enredado por los cuernos. Fue entonces, tomó el carnero y lo ofreció como holocausto, en lugar de su hijo. A ese sitio Abraham le puso por nombre: "El Señor provee". Por eso hasta el día de hoy se dice: "En un monte provee el Señor".
> Génesis 22:12-14

Ahora sé, dijo Dios. Ha visto la evidencia, y ahora no solo repite y confirma sus promesas, sino que hace algo completamente nuevo: le da su juramento a Abraham utilizando una forma de confirmación que Abraham entendería perfectamente y a partir de la cual derivaría el grado más alto de certeza y seguridad:

> Como has hecho esto, y no me has negado a tu único hijo, juro por mí mismo —afirma el Señor— que te bendeciré en gran manera…
> Génesis 22:16-17

Hebreos 6 señala que, en las disputas humanas, hacer un juramento se suele usar para poner punto y final al asunto en cuestión. En los tribunales de justicia se sigue utilizando el proceso hoy en día, jurando por alguien mayor que uno mismo (es decir, Dios), "decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad". Pero no hay ningún ser o poder mayor que Dios. Por eso, Dios juró por sí mismo, lo cual le dio a Abraham una seguridad inmensa. Y, como Hebreos dice de modo explícito, la idea es que nos proporcione a nosotros la misma seguridad:

> Por eso Dios, queriendo demostrar claramente a los herederos de la promesa que su propósito es inmutable, la confirmó con un juramento. Lo hizo así para que, mediante la promesa y el juramento, que son dos realidades inmutables en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un estímulo poderoso los que, buscando refugio, nos aferramos a la esperanza que está delante de nosotros. Tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.
> Hebreos 6:17-20

Esa certeza queda garantizada por dos cosas: la promesa de Dios y el juramento de Dios. Es imposible que Dios mienta. El uso del término *imposible* nos recuerda a cuando, al principio de Hebreos 6, el escritor dijo que era *imposible* hacer que cierta gente se arrepintiera. Resultaron no ser verdaderos creyentes. Pero ahora el escritor habla de verdaderos creyentes cuya seguridad queda

garantizada por otra imposibilidad: la de que Dios mienta.

Hay más: nuestra esperanza tiene que ver con el mundo que ha de venir, y Jesús ya está allí como heraldo. Para asegurarse que llegamos en su debido momento, es ahora el sumo sacerdote celestial, que está allí para ayudar a su pueblo a enfrentarse a las decisiones más profundas de la vida. Tenemos un ancla en el otro mundo, no en nosotros mismos, nuestras circunstancias, nuestros sentimientos o nada más que esté en este mundo temporal. Después de todo, sería de tontos echar el ancla dentro del barco.

La aplicación para los destinatarios de Hebreos queda clara. Se les estaba presionando para que se volvieran al judaísmo, a su sacerdocio y sacrificios. Pero allí no había seguridad alguna. La seguridad solo podía encontrarse en el sacrificio y sacerdocio de Cristo, y únicamente en él. Ni siquiera parcialmente en él y parcialmente en lo otro. "Solo en Cristo se halla nuestra esperanza".

Dios los llamó, como hizo con Abraham, a demostrar la autenticidad de su fe por medio de sus obras, renunciando a lo que Hebreos describe como un sistema que necesitaba un pacto, sacrificios y sacerdotes, un sistema que ya era obsoleto: *y lo que se vuelve obsoleto y envejece ya está por desaparecer* (Hebreos 8:13).

¿Y qué pasa en nuestro tiempo? Existe cada vez más presión en muchas culturas, particularmente la occidental, para aguar o abandonar muchos de los distintivos del cristianismo, la unicidad de Cristo como Hijo de Dios, el testimonio sobrenatural de sus obras y resurrección, la eficacia de su sacrificio por los pecados de una vez y para siempre, y la moralidad de la expiación en su rol como el único sumo sacerdote de Dios. Hebreos 6 nos desafía a asegurarnos de no hacer compromisos desertando de Cristo.

Mirando hacia el futuro, animémonos una vez más con las palabras de Pablo:

> Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en vosotros la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús.
> Filipenses 1:6

> Siempre doy gracias a Dios por vosotros, pues él, en Cristo Jesús, os ha dado su gracia. Unidos a Cristo vosotros os habéis llenado de toda riqueza, tanto en palabra como en conocimiento. Así se ha confirmado en vosotros nuestro testimonio acerca de Cristo, de modo que no os falta ningún don espiritual mientras esperáis con ansias que se manifieste nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de

nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, quien os ha llamado a tener comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.
1 Corintios 1:4-9

Yo estoy determinado a creerlo.

---

1. Este relato es uno de los pasajes del Antiguo Testamento que plantea inquietudes morales, algunas de las cuales se abordan en mi libro *Disparando contra Dios* (Andamio, 2016).

Epílogo

Ya hemos llegado al final de nuestro largo viaje, aunque no al de la discusión sobre los temas planteados a lo largo del libro, que seguirán discutiéndose hasta que el Señor venga y nos cuente lo que en realidad deberíamos haber pensado. Mi objetivo ha sido cuestionar los argumentos deterministas que afirman basarse en algo que yo no cuestiono: las doctrinas bíblicas de la soberanía de Dios y la responsabilidad humanas. Sigo tan convencido como estaba al comenzar esta obra de que Dios es el gran iniciador de la salvación que atrae a hombres y mujeres hacia sí. Que la salvación es en Cristo y en nadie más; que no puede merecerse; que es por gracia y se recibe por la fe en Cristo como Salvador y Señor, fe que no es una obra o acto meritorio, sino todo lo contrario.

Por último, he considerado la importante cuestión de la seguridad de la salvación y la garantía de la seguridad eterna que está en el corazón de la gloriosa doctrina del sumo sacerdocio de Cristo.

Mi esperanza es que, al menos, haya estimulado a pensar sobre estos temas tan vitales. Para hacerlo, he tenido que citar a gente con cuyas opiniones no estoy de acuerdo. Espero haberlo hecho justamente. Quisiera volver a insistir en que mi desacuerdo con ciertas afirmaciones que una persona haya podido hacer en modo alguno implica que esté en desacuerdo con todo lo que dice, ni representa un ataque *ad hominen*, igual que su desacuerdo con mis posturas no implicaría un ataque a mi persona. Esto es particularmente importante en lo que respecta a los autores que he citado, puesto que me han proporcionado también conocimientos muy útiles en otras áreas. Precisamente porque los respeto me he visto empujado a pensar tanto en lo que respecta a los asuntos concretos en los que me he centrado en este libro.

No tengo ninguna duda de que su motivación ha sido *Soli Deo Gloria.* Confío en que la mía haya sido la misma.

Cuestiones para reflexionar o debatir

Parte 1

1. ¿Cuáles son, en tu opinión, las características esenciales de la libertad?
2. ¿Qué piensas de la relación entre libertad y justicia en una sociedad civil?
3. ¿Qué libertades piensas que tiene el ser humano y por qué? Considera ocasiones en las que no haya libertad, libertad de espontaneidad o libertad libertaria.
4. ¿Por qué alguna gente piensa que la religión es una amenaza contra la libertad? ¿Existe alguna justificación para esta reacción?
5. ¿Hasta qué punto crees que el concepto de libertad de una persona depende de su cosmovisión?
6. ¿Cuáles son las similitudes y diferencias entre el determinismo ateo y teísta?
7. ¿Cómo expresarías el problema moral conectado con el determinismo (por supuesto, si ves alguno)?

Parte 2

1. ¿Cuáles son tus primeras impresiones sobre la enseñanza bíblica acerca de la soberanía divina y la responsabilidad humana? ¿Cuáles son, según tú, los pasajes decisivos relevantes para el tema?
2. En tu opinión, ¿cuál es el rango de significados cubiertos por los conceptos de presciencia, predestinación y elección?
3. ¿Qué significa "elección incondicional"?
4. ¿Crees que la presciencia de Dios elimina la verdadera libertad?
5. ¿Por qué es importante preguntarse "con qué propósito" cuando vemos los términos "elegido" o "electo"?

Parte 3

1. En tu opinión, ¿cuál fue el perjuicio causado a la humanidad como resultado del primer pecado?

2. ¿Qué crees que es la "fe"? Proporciona ejemplos bíblicos que apoyen tu opinión.
3. ¿Qué entiende Pablo por el contraste entre fe y obras? ¿Es posible convertir la fe en una obra, ya sea inadvertida o deliberadamente?
4. ¿En qué sentido, si lo tiene, puede interpretarse la fe en Dios como un "don"? ¿La hace esto independiente de la respuesta humana?
5. ¿Crees que Dios siempre toma la iniciativa en la salvación?
¿Qué significa eso exactamente?
6. Según tu opinión, ¿la fe precede o sigue a la regeneración? Comparte tus razones. ¿Importa la diferencia?
7. ¿Qué significa decir que los seres humanos están "muertos en delitos y pecados"? ¿Cómo afecta ello a su capacidad de responder a Dios? ¿El ejemplo de Adán en Génesis arroja alguna luz sobre el tema para ti?
8. ¿Implica "atraídos por el Padre" elección incondicional?
¿Crees que se puede resistir a la gracia de Dios?
9. El hecho de que Jesús esperara que la gente siguiera sus argumentos morales, ¿qué consecuencias tiene sobre su responsabilidad?

Parte 4

1. Según tu opinión, ¿por qué escribió Pablo Romanos 9-11? ¿Cómo encajan estos capítulos en el mensaje general de Romanos?
2. En este pasaje, ¿qué distinciones, si las hay, hace Pablo entre Israel y la iglesia? Comparte tus razones. ¿En qué categoría se incluye Pablo a sí mismo?
3. ¿Qué razones ofrece Pablo para la incredulidad de Israel?
4. ¿Qué concluyes de la descripción del proceso de endurecimiento del corazón del faraón?
5. ¿En qué sentido era Israel responsable de su incredulidad?
6. ¿Qué son vasijas de misericordia y vasijas de ira?
7. ¿Qué piensas de la imagen del olivo y las ramas? ¿Indica esto un futuro para Israel como nación? Comparte tus razones.

Parte 5

1. Considerando tu propio caminar, ¿cuál ha sido tu experiencia en cuanto a la certeza de la salvación? ¿Qué consideraciones te han frenado o ayudado a la hora de obtener la seguridad que tienes ahora, sea cual sea?
2. ¿Qué hay en la naturaleza de la salvación que promueve la seguridad de la salvación?

3. ¿Cómo se relaciona la parábola del sembrador con la seguridad de la salvación?
4. Una vez se es creyente, ¿siempre se es creyente? ¿Qué importancia tiene dejar que las Escrituras controlen nuestra experiencia a la hora de pensar sobre este tema?
5. ¿Qué significa el sumo sacerdocio de Cristo para ti en tu vida cotidiana?
6. ¿De qué modo contribuyen los pasajes de advertencia de Hebreos a la seguridad de la salvación?

Otros libros del autor

¿Ha enterrado la ciencia a Dios?
Jonh C. Lennox

Conceptos bíblicos fundamentales
Para comprender y enseñar la Biblia a la sociedad de hoy
David Gooding y John C. Lennox

Disparando contra Dios
Por qué los nuevos ateos no dan en el blanco
John C. Lennox

Fundamentos para una ética bíblica
La Biblia y la educación ética para un mundo en transición
David Gooding y John C. Lennox

Una definición del cristianismo para el siglo XXI
Un estudio basado en los Hechos de los Apóstoles
David Gooding y John C. Lennox

andamio editorial
Alts Forns nº 68, sót. 1º
08038 Barcelona. España
Tel. (+34) 93 432 25 23
libros@andamioeditorial.com
www.andamioeditorial.com
portafolioandamio.com

Andamio es la editorial de los Grupos Bíblicos Unidos en España, que a su vez es miembro del movimiento estudiantil evangélico a nivel internacional (IFES), cuya misión es hacer discípulos y promover el testimonio de Jesús en los institutos, universidades y centros de trabajo.

¿Predeterminados a creer?

Determined To Believe?
John C. Lennox, 2017

Copyright © 2017 John C. Lennox. Edición original publicada en inglés con el título *Determined To Believe* por Lion Hudson IP Ltd, Oxford, Inglaterra.

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

Traducción
Isabel Marín

CORRECCIÓN
Miguel Llop y S. Stuart Park

Maquetación EBOOK
Sonia Martínez

Depósito Legal
B. 26684-2019

ISBN
978-84-120890-8-0

Impreso en Ulzama
Impreso en España

andamio

La **misión** de Publicaciones Andamio es publicar y difundir literatura que, desde una perspectiva bíblica, contribuya al crecimiento integral de la persona, la iglesia y a la transformación de la sociedad.

Somos la editorial de los **Grupos Bíblicos Unidos (GBU)** y nacimos en 1987. Los GBU inician su camino en el mundo de la literatura cuando un grupo de estudiantes universitarios puso en marcha (1974) una revista muy sencilla a nivel de producción, pero muy rica en contenidos. Desde ese comienzo un tanto "inesperado", con pocos recursos pero con muchas ganas, hemos ido creciendo hasta el día de hoy.

Publicaciones Andamio ha sido y es el resultado del trabajo y **colaboración de muchas personas**, unido a la **ayuda de Dios** a lo largo de todo este camino.

DIEZ EN EL TRABAJO

El decálogo aplicado al entorno laboral



John Parmiter

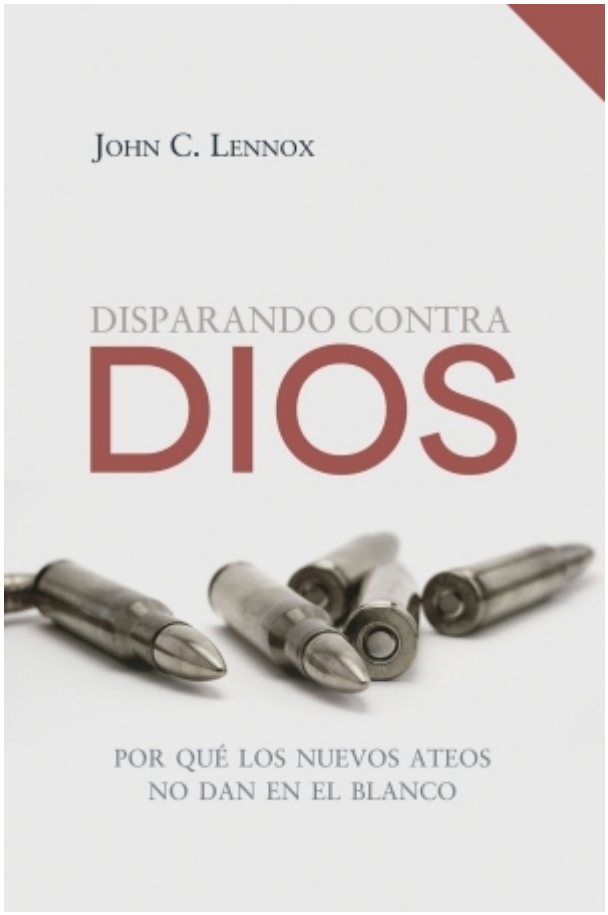
Diez en el trabajo

Parmiter, John
9788412089011
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué pueden aportar las tablas de piedra que Moisés cargó montaña abajo para los estresantes lugares de trabajo del siglo XXI?Según John Parmiter, todo.En este honesto e inspirador libro, analiza cómo aplicar los diez mandamientos al trabajo y la libertad que ello nos genera. Con su enfoque en la integridad personal y las relaciones clave (con Dios y los demás), son extremadamente relevantes para las presiones que soportamos a diario. El análisis de John se ha sometido a la prueba de fuego del mundo laboral contemporáneo, y la supera en cualquier sala de juntas, reuniones de venta de ladrillos o cuidado de bebés. Ya sea que trabajes a nivel profesional o de forma voluntaria, en casa o fuera, brindan una perspectiva fresca y convincente sobre cómo vivir para Jesús con todo el corazón.

Cómpralo y empieza a leer


JOHN C. LENNOX
DISPARANDO CONTRA
DIOS
POR QUÉ LOS NUEVOS ATEOS
NO DAN EN EL BLANCO

Disparando contra Dios

C. Lennox, John
9788494551116
396 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El ateísmo está en auge en el mundo occidental y su enemigo es Dios. Los "nuevos ateos" afirman que la religión "es peligrosa", que "mata" o que "lo envenena todo". Y si la religión es el problema del mundo, su respuesta es simple: deshagámonos de ella. ¿Pero las cosas realmente son así de simples? John Lennox se enfrenta a autores como Richard Dawkins, Stephen Hawking, Christopher Hitchens y Daniel Dennett y resalta las falacias de sus planteamientos, argumentando que su metodología irracional y poco científica los hace culpables de la misma necedad obstinada de la que ellos acusan a los religiosos dogmáticos. "Disparando contra Dios", un libro académico y que abarca aspectos muy diversos, contiene golpes certeros que debilitan al rival. También expone nuevas ideas sobre la naturaleza de Dios y el cristianismo que harán reflexionar tanto a los mejores amigos como a los peores enemigos de los nuevos ateos.

Cómpralo y empieza a leer

Timothy Keller

El Dios pródigo

El redescubrimiento
de la esencia de la fe cristiana

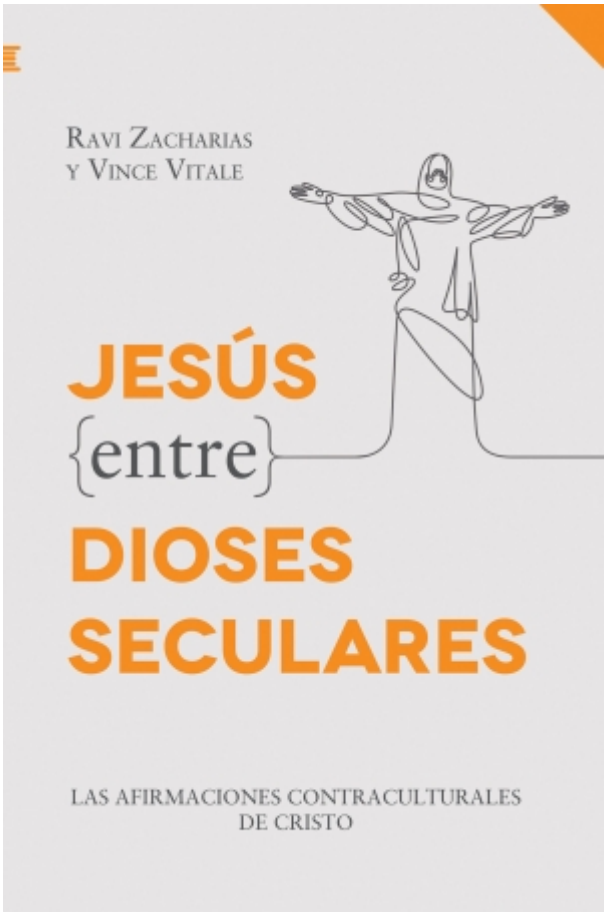
El dios pródigo

Keller, Timothy
9788494408106
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En este libro, Timothy Keller utiliza la historia del hijo pródigo para arrojar luz al mensaje central de Jesús: el evangelio de gracia, esperanza y salvación; con el fin de llegar al fundamento de la fe cristiana. Keller nos muestra cómo esta parábola es de las más conocidas, pero también de las menos comprendidas. Con esta historia, Jesús nos muestra al Dios que lo gastó todo, y que no es otra cosa sino pródigo con nosotros, sus hijos. La gracia desmesurada de Dios es nuestra mayor esperanza, una experiencia que transforma vidas y el tema principal de este libro. El Dios pródigo retará tanto a los escépticos como a los religiosos. ¿Cómo cambiarían nuestras vidas al basarlas en el mensaje de Jesús acerca del pecado, la gracia y la esperanza?

Cómpralo y empieza a leer


Ravi Zacharias
y Vince Vitale
JESÚS
{entre}
DIOSES
SECULARES
LAS AFIRMACIONES CONTRACULTURALES
DE CRISTO

Jesús entre dioses seculares

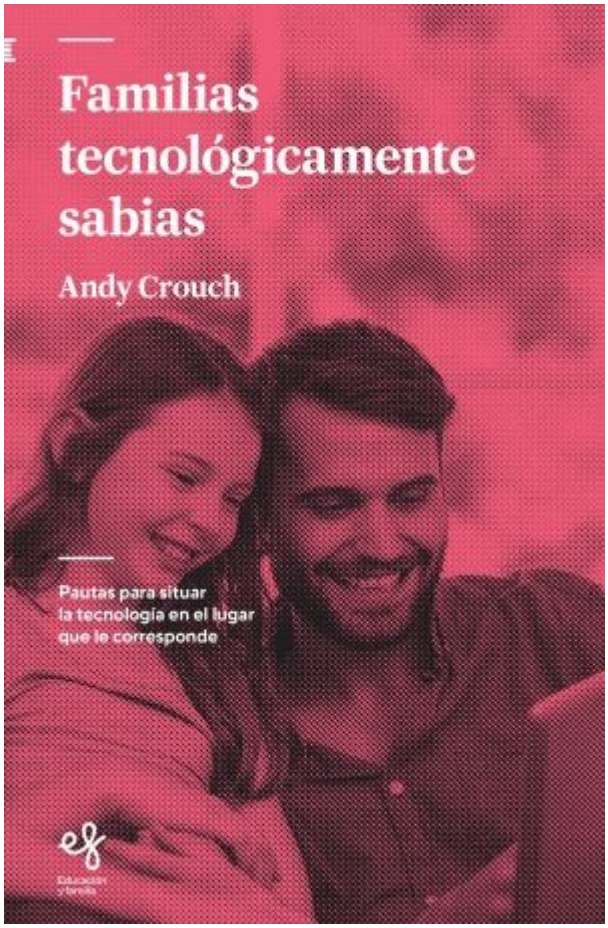
Vitale, Vince
9788494911286
356 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Si alguien te pregunta "¿Qué da sentido a nuestra vida?", ¿qué le responderías? A lo largo de la historia, el ser humano ha intentado responder a esa pregunta fundamental de muchas maneras distintas. ¿Cuántas filosofías, creencias e -ismos podrías mencionar? Ravi y Vince hacen un viaje a través de muchos de los -ismos con los que convivimos, desgranando las implicaciones que cada uno de ellos tiene para nuestro día a día. ¿Qué nos aporta el ateísmo cuando nos preguntamos sobre el sentido de la vida? ¿Qué nos aporta el hedonismo cuando lo estamos pasando mal? ¿Qué nos aporta el humanismo cuando las noticias que vemos o leemos a diario nos hacen perder la confianza en el ser humano? ¿Qué nos aporta el relativismo cuando las naciones más democráticas están empezando a atentar contra los derechos fundamentales?En medio de todas esas filosofías, este libro —profundo y ameno a la vez— nos presenta a una persona, Jesús, que hizo las afirmaciones más

contraculturales que jamás hayas escuchado. Y lo hace desgranando las implicaciones, la coherencia, la relevancia y el poder transformador de cada una de sus afirmaciones.

Cómpralo y empieza a leer


Familias tecnológicamente sabias
Andy Crouch
Pautas para situar la tecnología en el lugar que le corresponde

Familias tecnológicamente sabias

Crouch, Andy
9788494959479
188 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Reclamando la vida real en un mundo de dispositivosTomar las decisiones correctas para nuestra familia en cuanto a la tecnología no significa, simplemente, instalar filtros de internet y limitar el tiempo que nuestros hijos pasan delante de una pantalla. Se trata de desarrollar el carácter, la sabiduría y el valor en vez de aceptar la promesa de que la tecnología nos da de una gratificación fácil e inmediata. Se trata de desarrollar nuestro corazón, mente, alma y fuerza cuando somos tentados a contentarnos con el entretenimiento y la satisfacción que produce la acción de consumir. Y no estamos hablando solo de los niños.Con base en una investigación original y exhaustiva, llevada a cabo por Barna Group, donde se muestra que a las familias les está costando manejar las nuevas realidades que presenta la tecnología, Andy Crouch lleva a los padres más allá de las típicas preguntas del "¿qué?", "¿dónde?" y "¿cuándo?" para mostrarnos que, en un mundo

lleno de dispositivos, existe la opción de escoger una vida mejor de la que habíamos imaginado.

Cómpralo y empieza a leer

Table of Contents

Agradecimientos 7
Prólogo 8
De qué trata este libro 10
PARTE 1 - EL PROBLEMA DEFINIDO 16
01 - La naturaleza y limitaciones de la libertad 17
02 - Diferentes tipos de determinismo 30
03 - Reacciones al determinismo: el problema moral 53
04 - Armas de distracción masiva 65
PARTE 2 - LA TEOLOGÍA DEL DETERMINISMO 79
05 - La soberanía de Dios y la responsabilidad humana 80
06 - El vocabulario bíblico 91
PARTE 3 - EL EVANGELIO Y EL DETERMINISMO 109
07 - La capacidad humana y sus límites 110
08 - La condición humana: diagnóstico y remedio 128
09 - Atraídos por el Padre y viniendo a Cristo 146
10 - La irreversibilidad de la regeneración 160
11 - El evangelio y la responsabilidad moral humana 173
PARTE 4 - ISRAEL Y EL DETERMINISMO 202
12 - Israel y los gentiles 203
13 - ¿Por qué no cree Israel? 210
14 - El endurecimiento del corazón del faraón 223
15 - ¿Es Israel responsable? 239
16 - ¿Israel tiene un futuro? 255
PARTE 5 - GARANTÍA Y DETERMINISMO 268
17 - La garantía cristiana 269
18 - ¿Perseverará la fe en Dios? 284
19 - Advertencia en Hebreos 295

20 - Garantía en Hebreos 304
Epílogo 312
Cuestiones para reflexionar o debatir 313
Otros libros del autor 316
1 28
2 28
3 28
4 28
5 28
6 28
7 28
8 28
9 28
10 29
11 29
12 29
1. 19
2. 20
3. 22
4. 23
5. 23
6. 23
7. 24